



a 00001 93179 8

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
MAY 1 1983	PR 20 '93		
SEP 27 1998			
JAN 05 2004	OCT 07 1998		
FEB 17 2004	FEB 17 2004		
APR 19 2004	JUN 01 2004		
JUL 01 2004			
SEP 27 2004			
NOV 19 2004			
DEC 10 2008			
NOV 17 2008			



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill



LA CID

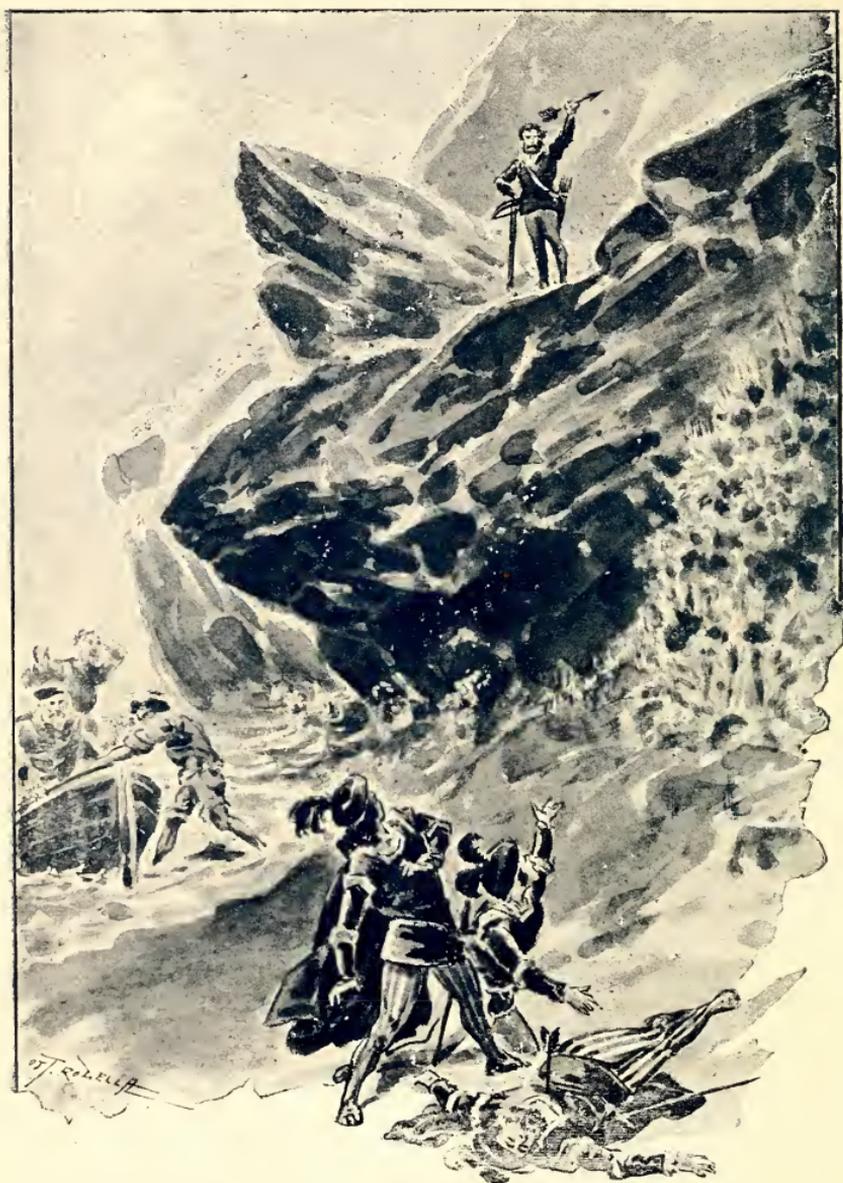
Poesias
Completas



PLÁCIDO

POESIAS COMPLETAS





Yace en la playa el déspota insolente
Con férrea vira al corazón clavada,
Despidiendo al infierno acelerada
El alma negra en forma de serpiente :

Muerte de Gesler.

RC
C

PQ7389
.V3
A17
1900Z

PLÁCIDO

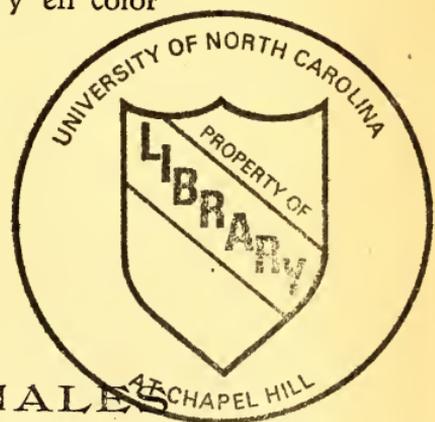
(Gabriel de la Concepción Valdés)

POESÍAS COMPLETAS

CON DOSCIENTAS DIEZ COMPOSICIONES INÉDITAS



Nueva edición ilustrada
por ocho láminas fotograbados y en color



CASAS EDITORIALES

MAUCCI HERM.^{os} é HIJOS
BUENOS AIRES
Calle Rivadavia 1435



MAUCCI HERMANOS
MEXICO
Cuarta de Tacuba, 40

JOSE LOPEZ RODRIGUEZ
HABANA

Calle Obispo, 129 á 135.

LIBRARY
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
CHAPEL HILL



PRIMERA PARTE

SONETOS

INVOCACIÓN. (1)

Fuente Castalia, donde solamente
Basta probar tus aguas cristalinas,
Para ser de las musas peregrinas
Siempre acogido con amor ardiente:

Dame tus aguas ¡oh Castalia fuente!
Y verás que pinturas tan divinas.
Tan sencillas, tan claras, y tan finas,
Hace mi fácil numen elocuente.

Pero si acaso á la plegaria *mía*
De tus aguas el curso has enfrenado,
No por eso acibararás mi *alegría*,

Y así, mundo, si estoy equivocado,
Bien puedes perdonar, pues *todavía*
De Castalia las aguas no he probado.

LA PRIMAVERA. (2)

Llega el Marzo feliz, y los pastores
Celebran su verdor como embajada
Precursora de Abril, y á la alborada
Tañen flautas y suenan atambores:

Embalsama Favonio con olores
El aire, y Flora su deidad amada,
Aparece seguida y rodeada
De mil aves, mil plantas y mil flores.

Llena su vid de pámpanos la *uva*
Crece la piña, extiéndose la higuera,
Y el ave extraña, por veloz que *suba*

Midiendo lista la espaciosa esfera,
Baja en los campos de la fértil Cuba
A gozar de su eterna Primavera.

LA PRIMERA SENSACION DE AMOR.

De la vida en la dulce primavera,
Ora llámese acaso, ora destino,
Hay un solo momento peregrino
Que fija nuestra suerte venidera.

Más rápida que el rayo en su carrera
Nos hiere el corazón con raro tino
En un fuego inflamándolo divino:
Tal es de amor la sensación primera.

Chispa sublime, emanación sagrada
Del Supremo Hacedor, que el cuerpo inerte
Abandona al morar la tumba helada;

Pero el alma inmortal eterna y fuerte
Lleva al cielo su imagen adorada,
Que no puede arrancarle ni la muerte.

A DORIS

En la muerte de Fela.

Ya ves, Doris, los hados cuán contrarios;
No minorar intentes mis martirios
Al suave aroma de fragantes lirios
Ni al grato son de alondras y canarios:

Píntame oscuros bosques solitarios,
Lóbregas tumbas, funerales cirios,
Adaptables más bien á mis delirios,
Que aves y flores de colores varios:

Pues de amor anudaste el lazo fuerte
Ciñendo á Fela con el mirto de oro
En el próspero tiempo de mi suerte,

Riega, amigo, también doliente lloro
Y hondos lamentos sobre el polvo inerte
De una mujer que aún en la tumba adoro

RECUERDOS.

Cual suele aparecer en noche umbría
Metéoro de luz resplandeciente,
Que brilla, parte, vuela, y de repente
Queda disuelto en la región vacía;

Así por mi turbada fantasía
Cruzaron cual relámpago luciente
Los años de mi infancia velozmente,
Y con ellos mi plácida alegría,

Ya el corazón á los placeres muerto
Parécese á un volcan, cuya abrasada
Lava tornó los pueblos en desierto;
Mas el tiempo le holló con planta airada
Dejando solo entre su cráter yerto
Negros escombros y ceniza helada.

A UNA INGRATA.

Basta de amor: si un tiempo te quería
Ya se acabó mi juvenil locura,
Porque es, Celia, tu cándida hermosura
Como la nieve, deslumbrante y fría,
No encuentro en tí la extrema simpatía
Que mi alma ardiente contemplar procura,
Ni entre las sombras de la noche oscura,
Ni á la espléndida faz del claro día.

Amor no quiero como tu me amas,
Sorda á los ayes, insensible al ruego;
Quiero de mirtos adornar con ramas
Un corazón que me idolatre ciego,
Quiero besar á una deidad de llamas,
Quiero abrazar á una mujer de fuego.

A MI AMADA. (3)

Mira, mi bien, cuán mústia y deshojada
Está con el calor aquella rosa
Que ayer brillante, fresca y olorosa,
Puse en tu blanca mano perfumada.

Dentro de poco tornarése en nada:
No verás en el mundo alguna cosa
Que á mudanza feliz ó dolorosa
No se encuentre sujeta ú *obligada*.

Sigue á las tempestades la *bonanza*,
Síguenle al gusto el tédio y la tristeza;
Mas perdona que tenga desconfianza

Y dude de tu amor y tu terneza,
Que habiendo en todo el mundo tal mudanza,
¡Solo en tu corazón habrá firmeza?

EN LOS DIAS DE FELA

Después de su muerte.

Brilla la aurora, dulce Fela mía,
Y no me encuentra tu natal cantando
Al grato son de tiplecillo blando
Como en un tiempo cuando Dios quería.

Sobre los bordes de tu losa fría,
Coronado de adelfas, suspirando,
Hállame triste y pálido, anhelando
De mi vida infeliz el postrer día.

Tú, cariñosa y pura, me ofreciste
A despecho del hado y cruda suerte,
Amarne hasta morir... ¡ay!... lo cumpliste;

Y yo imitando tu constancia fuerte,
Ante el Ser que gobierna cuanto existe
Juro amar tu memoria hasta la muerte.

A MI AMIGO NICOLAS AYALA

En la muerté de Fela.

Brilla el Sol en Oriente, reina el día;
Marchando llega al fin de su carrera,
Húndese en el ocaso, y la ancha esfera
Cubre la noche de tiniebla fría:

Sigue al Invierno rica de alegría
La risueña y felice Primavera,
Y Otoño aguarda que el Estio muera
Para extender su blanda monarquía.

Todo tiene su fin; la risa, el llanto,
Y el placer, Nicolás; pero mi suerte,
Mi crecido dolor y mi quebranto,

Mi terrible afliccion y pena fuerte
Por el perdido bien que adoré tanto,
Solo puede aliviarse con la muerte.

ADIOS. (4)

Partes, amor, y en soledad impía
Dejas al triste que infeliz te adora,
Como violeta que brilló á la aurora
Y mística muere en la mitad del día;
No olvides ¡ay! que la fineza mía,
Con tu imágen presente, á cada hora
En número mayor lágrimas llora
Que el alba perlas al nacer rocia.

Adiós, y si en la ausencia tus sentidos
 Buscan de nuevo amor la dulce palma,
 Asordarán mis quejas tus oídos,
 O turbarán tu indiferente calma
 Mis ayes dolorosos, impelidos
 Desde lo más recóndito del alma.

A DAMASO GARCIA.

La partida.

Adiós, orilla del San Juan serena,
 Sembrada de conchuelas elegantes,
 Blancas, menudas, limpias y brillantes,
 Como los ojos son de mi morena.

Adiós, Dámaso, adiós, que ya resuena
 La prora entre las olas inconstantes,
 Y al buscarte con ojos anhelantes
 Partido va mi corazón de pena:

No te aflija mi suerte, ni te asombre,
 Que la fina amistad anuda el lazo
 Si el hombre sabe lo que vale el hombre.

Hoy reiré de amor en fiel regazo,
 Y á mi hechicera le daré en tu nombre
 Un tierno beso y un estrecho abrazo.

A MI CUMPLEAÑOS.

No quiero que de púrpura y de nieve
 Vista el oriente en mi natal la aurora,
 Ni que Erato en su cítara sonora
 Mi nombre al Pindo generosa lleve,

Ni que el Eterno mi canción eleve
 Al sacro Empíreo donde reina y mora,
 Ni que me brinde mi adorada Flora
 Que el dulce beso de sus lábios pruebe:

Ni que mueva mi voz los troncos rudos,
 Ni que alaben mis obras los discretos,
 Ni en la guerra ganar bandas y escudos:

Todos mis gozos quedarán completos,
 Con que se vuelvan ciegos, mancos, mudos,
 Cuantos piensen mandarme hacer sonetos.

A ELINO

En la muerte de Fela.

Ven, Elino, á llorar: ya murió Fela:
 Ya acabó para siempre mi ventura,
 Y yo espiro de pena y de amargura
 Si tu tierna amistad no me consuela
 ¡Ay! cómo el tiempo de la dicha vuela;
 Rayo parece que el pesar augura,
 Hollando al paso de su planta dura
 Cuanto se guarda con mayor cautela.
 Yo no puedo vivir sin ser amado,
 Ni espero más amar, ni ser querido:
 Moriré triste de dolor postrado;
 Pero ántes quiero, por tu fé traído,
 Un fúnebre ciprés dejar plantado
 Sobre la tumba de mi bien perdido.

A VILLACLARA. (5)

Si por fortuna abandonando Apeles
 El sueño eterno de la tumba oscura
 Nos mostrase en fantástica pintura
 La magia divinal de sus pinceles;
 Si una virgen dormida entre claveles
 Nos presentase, candorosa y pura,
 Cercada en torno por feraz llanura,
 Montes, arroyos, palmas y laureles;
 Y, si trinando entre las plumas de oro
 Con que su índica frente coronara,
 Se vislumbrase el ruiseñor canoro;
 De Cuba el bardo entónces exclamara
 Al contemplar tan celestial tesoro:
 «*El génio, entiende al génio.*» «*Es Villa-Clar*

¡TRISTES MEMORIAS!

A Doris

Amigo Doris, cuando el cielo santo
 De Fela hermosa á mi sabor veía,
 Todo á mi vista plácida reía
 Porque gozaba su amoroso encanto;
 Mas la noche eternal tendió su manto,
 Y mi lira infeliz desde aquel día,
 En vez del dulce acento que solía,
 Canta pesares y respira llanto.

Las aves, y las flores, y las plantas,
Testigos fueron ¡ay! de los favores,
De las célicas dichas, y de cuantas
Gracias me prodigó; y ora las flores,
Las plantas, y las aves, otras tantas
Tristes memorias son de mis amores.

LOS TRES ANATEMAS.

Maldito una y mil veces el instante
En que te vi, mujer; ¡mujer impía!
Y encendí, sin temer tu alevosía,
La llama fiel de mi pasión constante.
¡Forcé yo acaso, hiena devorante,
Tu voluntad infiel que fuese mía?
¡Porqué, alma dura, corazón de harpía,
Robaste mi quietud, pérfida amante?
Cérquente, cruel, las sombras aflictivas
Con que has nublado mi apacible estrella,
Y en premio á tu maldad, de Dios reciba
Que jamás te oigas alabar de bella,
Que treinta lustros sin amores vivas,
Y que te lleven á enterrar doncella.

A UNA JOVEN.

Virgen incauta, por tu suerte mira,
Huyendo el lazo que falaz te tiende
Profano seductor, cuando pretende
Mostrarte amor y finje que suspira.
Torna airada la faz velada en ira,
Si su eco impuro tu modestia ofende,
Y el fuego vil á sofocar aprende,
Que su perverso corazón respira.
Mas si escuchares su mentido halago,
Cuando quieras hacer en la indigencia
De tus virtudes un recuerdo vago,
Perdido habrás tu cándida inocencia,
Y la mofa del mundo será el pago
De tu triste y fatal condescendencia,

EL CANARIO

A los días de Selmira.

El éter surca, pajarillo raro,
Y de Selmira ante la faz descende,
Mientras por cielo, tierra y mar se extiende
La eterna lumbre del inmenso faro.

Díla que en su natal, al mundo caro,
Mi fé su llama sacrosanta enciende
Entre cáliz de nacar, que suspende
Corintio pedestal de mármol Paro.

Cubre aquel seno con tus alas de oro,
Donde oculto el amor, placer respira;
Abre tu pico de marfil sonoro,

Cuéntala el gozo que su edad me inspira
Y entrega para siempre á la que adoro,
Mi corazón, mis versos y mi lira.

A LA VIRGEN DEL ROSARIO.

Load, cofrades, con sonoro canto
A la fúlgida estrella matutina,
Mística rosa, cándida ambarina,
Risa del cielo, del Averno espanto.

Un Sol contemplareis bajo su manto
De vivísima lumbre peregrina,
Y un globo inmenso de virtud *divina*
En cada *cuenta* del rosario santo.

Su protección es signo de *alegría*:
Ella os afianza en vida la victoria,
Y cuando llegue de la muerte el día,

Leyendo el Rey de Reyes vuestra historia,
Por el excelso amparo de María
Os abrirá las puertas de la Gloria.

A UNA HERMOSA. (6)

La diosa de este *templo* es tu persona
Y nuestras almas *tórtolas cautivas*
Que vuelan á juntarse en las olivas
Con que mi fé constante te *corona*.

Arden las *piras*, y en la rubia Zona
Te dán *cestos de flores ninfas divas*,
Y mi lira en sus cuerdas expresivas
Himnos de gloria embelesada antona.

Los *cupidos* con dardos de diamante
 En tus *ojos* bellísimos admiro
 Que penetran tu pecho palpitante.

Los génios son el gozo que recibo,
 Jurando en tus natales ser tu amante,
 Hasta exhalar el último suspiro.

A LA SR^{TA}. JUANA RUIZ DE LA PLAZA. (7)

¡Oh! tú á quien cubre funerario manto
 Angel de paz, que en majestuoso vuelo
 Solo á darme bajaste desde el cielo
 El agua pura del bautismo santo.

Sol de belleza, de virtud encanto,
 Con faz de gloria y corazón de hielo
 Váste al empireo, y déjame en el suelo
 Absorta de dolor, sumida en llanto!...

Doncellas de Sion, en vuestro coro
 Festejad á la vírgen escogida
 Con palmas divas de esmeralda y oro,
 Que yo en la tierra, triste y afligida
 Su tumba inerte regaré con lloro,
 Hasta el último instante de mi vida

DECEPCION. (8)

Improvisado.

A querer con delirio una enemiga
 Me condujo fatídica mi estrella,
 Y el esquivo desdén que encontré en elle
 Acrisolaba mi mortal fatiga.

¡Inhumana! la dije: ¿no te obliga
 La llama de mi amor? Pues eres bella,
 Indícame, por Dios, cuál es aquella
 Senda que quieres que en amarte siga.

Así la dije, y ella desdeñosa,
 Volviendo el rostro en ademán severo,
 (Esquivéz natural de toda hermosa)

Me dijo: no te canses, majadero,
 ¿Quieres verme contigo cariñosa?
 Regálame un quitrín, dame dinero.

A UN INDIVIDUO

Que triunfó de sus adversarios en una contienda judicial.

Como cuando se empaña el rey del día
 Con la niebla invernal de la mañana,
 Callan las aves su cancion temprana
 Y tristes vagan por la selva umbría;
 Pero luego que á rayos la desvía,
 Al verle coronado de oro y grana,
 En música festiva y soberana
 Su triunfo cantan ébrias de alegría:
 Así nosotros con semblante adusto
 Contemplamos tu pena, aunque ilusoria,
 Y al volver por tu honor, llenos de gusto
 Damos loor á tu brillante historia,
 Porque siempre al varon que es grande y justo
 Le corona el laurel de la victoria.

SOBRE LA SEPULTURA DE ROCINANTE.

No sacudas la crin, no te alborotes,
 ¿Piensas resucitar, ver escuderos,
 Hallar las dulcineas, los guerreros,
 Los escudos, las armas, y los motes?....
 ¿Cuántos verás follones en tus trotes,
 Y cuántos malandrines embusteros,
 Que más rocines son que caballeros,
 Y menos caballeros que Quijotes....
 Es verdad que tus nietos tan temidos
 Van con hermosos diges de diamante
 En riquísimos carros conducidos;
 Mas como ya, *por cuanto vos mediante,*
 Son del bestial linage esclarecidos,
 Te niegan ¡ay! descansa, Rocinante.

UN USURERO. (9)

Quando encontréis á un hombre distraído
 Que no le place el ámbar de las flores,
 Sin parientes ni amigos sin amores,
 Pobre de gusto y falto de sentido;
 Siempre en demandas, siempre compungido,
 Protestando á los jueces y asesores
 Que dió su plata por hacer favores
 Sin interés á quien halló afligido:

Y si le oís hablar bajo y confuso,
De letras, premios, pérdida y dinero,
Medrando á espensas de fatal abuso:
Temedle como al mismo Cancerbero
Por que si no es procurador intruso
Será su equivalente: un usurero.

A CELINA.

¿Has visto alguna vez, tierna Celina,
Un moribundo á quien el mal devora,
Y al docto alumno de Galeno implora
Temiendo triste su cercana ruina?

Este llega, le palpa, le examina,
Y si el remedio en aplicar demora,
Espira el infeliz, quizá á la hora
Que esperaba tomar la medicina!

Así, mujer, cuando mi amor requiera
Un remedio á su mal, dirás que aguarde,
Dejando al corazón herida fiera;

Y cuando tu bondad, haciendo alarde,
Verter el bálsamo de vida quiera,
Le habrá el cáncer picado, y será tarde.

EL LOCO CUERDO.

«¡Nada, hombre, nada!» en la sonante orilla
Del mar gritaba un loco, y los curiosos
A él se llegaban, de saber ansiosos:
Los vé, sonríe, y más demente chilla.

Era de ver absorta la cuadrilla,
Mujeres, niños, viejos perezosos,
Y tontos, y pedantes fastidiosos,
(Que en todas partes hay esta polilla.)

Todos buscan al fin de aquella fiesta
Algun viviente entre la mar salada,
Y no viendo asomar humana testa,

¿Qué diablo es? la turba dice airada;
Mas él en tono grave les contesta:
«Nada, Señores, ya lo he dicho, nada.»

IMITACION DEL PORTUGUES.

A retratar la imágen de tristeza
 Prestáronse dos hábiles pintores,
 Y aprestando fatídicos colores
 Uno y otro mostraron sutileza.

Quien mejor imitó á Naturaleza
 Ignoro, pues no he visto sus primores;
 Pero sé que apuraron inventores,
 Del arte la sutil delicadeza.

Mas si lúgubres cipreses dibujaron
 Y al nocturno Chacal, Buho agorero,
 Y viudos sáuces que el sentir *colmaron*;
 Quedóse lo mejor en el tintero,
 Pues un hombre feliz no retrataron
 Con esposa, hijos, suegra y sin dinero.

LAS FALTAS.

Fáltale, Silvio, paz al bandolero,
 Talento al tonto, suerte al desgraciado,
 Ropa al poeta, gloria al condenado,
 Sanidad de conciencia al usurero;

Bonanza en la borrasca al marinero,
 Vida al difunto, gusto al mal casado,
 Quietud al inesperto enamorado,
 Y amigos al hinchado caballero;

Razon al pobre, pesadumbre al rico,
 Protección compasiva al indigente,
 Velocidad al mísero borrico,

Al enfermo salud, juicio al demente,
 Novia al soltero, á la pelada trenza,
 A tu esposa virtud, y á tí vergüenza.

LA ENVIDIA.

En un lago infernal de lava ardiente
 Un mónstruo horrendo con furor nadaba.
 Que al agitar el líquido mostraba
 Garras de tigre y boca de serpiente:

Quando el Sol levantábase en Oriente,
 En su ígneo disco manchas encontraba;
 Quando la Luna espléndida brillaba,
 Tambien huía de su luz fulgente.

Cansado Dios de su eternal perfidia,
 Como á Luzbel, por maldición le manda
 Que yazga siempre en impotente lidia;
 Era aquella pasión sangrienta, infanda,
 Que nació con Cain, era la Envidia:
 Aún no se ha muerto: por el mundo anda,

A LOS PASAJEROS DEL VAPOR NATCHES. (10)

Improvisado.

Gloria al Señor, al Dios Omnipotente,
 Que por salvar su pueblo protegido,
 Hizo que de los vientos impelido
 Tragase el Rojo mar la Egipcia gente:
 Gloria al Dios de Israel que en transparente
 Nube, de ángeles bellos circuído,
 Dejó al Jordan su curso suspendido
 Y el calor mitigó de un horno ardiente
 ¡Hossana! Hossana al hijo inmaculado,
 Unico Rey del universo entero,
 Al que de gloria eterna coronado,
 Siempre clemente, santo y justiciero,
 Mirándoos con piedad, no os ha dejado
 En las ondas morir del Ponto fiero.

A MI AMADA

En su día.

Adorada y hermosa prenda mía,
 Fin de mis penas, dueño á quien amantes
 Holocáustos ofrezco por instantes,
 ¿Qué sacrificio haré por tí en tu día?
 Como estilo de toda poesía,
 Pudiera coronarte de diamantes,
 Y ofrecerte záfiro y brillantes,
 O en copas de oro el nectar de ambrosía;
 Pero no quiero hallarme confundido
 Entre la multitud que con orgullo
 Brindaron todo lo que no han podido,
 Porque nunca ofrecieron nada suyo;
 Y tan solo consagro, á tí rendido,
 Mi corazón que siempre será tuyo.

A DORILA DE ALMENDAR

En su día.

Indicos vates cuyas liras de oro
En torno suenan del excelso Pindo,
Bajo un verde y copado tamarindo
Te saludan con cántico sonoro.

Yo que al hechizo de Desval adoro,
En llanos versos mi homenaje rindo,
Y con plácida voz salud te brindo,
Fúlgida estrella del celeste coro.

¡Viva! dicen las aves sonrientes
Cual la de Abril recién-abierta rosa:
¡Viva! dice Almendar en sus corrientes,
Y alzando el almo Sol su faz gloriosa,
Alumbró con sus rayos esplendentes
Los dulces ojos de Dorila hermosa.

CONSEJOS A FABIO

Quéjate, Fábío, de la cruel Belinda;
Idolstrar sintiendo á quien te enoja,
Y de consejos darte en breve hoja,
No será bien que mi amistad prescinda.

Tu amor, ni inciensos ni holocáustos rinda
A la que todo en el olvido arroja;
La que siembra desdén, desprecios coja;
Tósigos beba, quien venenos brinda.

Sé con la amante fiel, blando, apacible,
Mas no te venza el lloro de la ingrata,
Ni te aflija el pesar de la insensible;

Y maltratando á quien tu fé maltrata,
Cumple del Tal'ón la ley terrible,
«Que á hierro muera, quien á hierro mata.»

A D.^a ISABEL SEGUNDA

En su día.

«Tu reinarás en paz; con pena extraña
Pondré del Orco en la mansión profunda
Al traidor que con alma furibunda
Mi ley ofende y á su patria engaña:

Libre por tí respirará la España,
En talentos y en héroes tan fecunda,
Y el viva solo de Isabel Segunda,
Valdrá por un ejército en campaña.»

Dijo el Eterno, el templo de Memoria
 Resonó con mil ecos de alegría:
 Brillante Sol de libertad y gloria
 La parte iluminó del Medio-día,
 Regia gala ostentó la hispana corte,
 Y temblaron los déspotas del Norte.

A AMIRA.

Cual subterráneo cóncavo que alienta
 Las materias eléctricas que guarda,
 Y cuanto más en reprimirlas tarda
 Con ímpetu mayor arde y revienta;

Así mi ávido pecho experimenta
 Fuego interior al ver tu faz gallarda,
 Y exhalará centellas cuando arda
 La voraz llama de mi amor violenta.

Violenta, ardiente, cariñosa y pura,
 Puesto que el alma por virtud notoria
 Con muda voz sacrificar te jura

Mi corazón y vida á tu memoria,
 Adorando tu célica hermosura
 Más que la libertad, más que la gloria.

EN LOS DIAS

De S. M. la Reina Gobernadora.

¡Veis aquella Matrona peregrina
 Que á un númen celestial sus brazos tiende,
 De diamantes en muro se suspende,
 Y un bizarro adalid por él camina?

Esa es la pátria, el ángel es Cristina,
 La gran muralla que el poder comprende
 Es el Pueblo Español que la defiende,
 Y aquel guerrero generoso es Mina.

¡Salud, oh Reina! á tu natal entona
 Un vate libre de la ardiente Antilla,
 Mientras la Fama tu virtud pregona,

«Viva Cristina», de una en otra orilla
 Suena del mar, y en su imperial corona
 De libertad un rayo santo brilla.

UNA SUPLICA. (11)

El fruto soy de vuestro amor pasado,
 Hechura vuestra soy, padre querido,
 Vos me disteis el sér, yo lo he sabido,
 Y á vuestras plantas me tenéis postrado.

¿Cuál delito, de vos me ha separado?
 ¿Qué crimen contra vos he cometido?
 ¿La culpa tengo yo de haber nacido?
 Para eso no me hubiérais engendrado.

Que me *reconozcáis* solo os exijo,
 Que mi existencia á vuestro pecho cuadre,
 Que me miréis con un amor prolijo,

Y aunque olvidéis á mi infelice madre
 No me neguéis el título de hijo,
 Pues vos siempre, Señor, seréis mi padre.

EN LOS DIAS DE D.^A CRISTINA DE BORBON

¡Oís, oís el cántico sonoro
 Que alzan los génios en acorde acento
 Y acompaña en el sacro firmamento
 La heroica Fama con su trompa de oro?

¡De las aves oís el son canoro,
 El belicoso obus que ajita el viento,
 Y esparcir por doquier vida y contento
 Las bellas ninfas del Castalio coro?

Pues cuadro tal con célicos pinceles
 Trazó el Eterno; cuya voz divina
 Manda inmutable en sus decretos fieles,

Paz á la Iberia, á la Discordia ruina,
 Dicha á los buenos, á Isabel laureles,
 Y honor y gloria á la inmortal Cristina

DESENCANTO.

En otro tiempo vime colocado
 Bajo el rico dosel de la alegría:
 A un lado la ilusión leda tenía,
 Y el divino placer al otro lado:

Entonce en el deleite enajenado
 Mi corazón sin padecer latía,
 Y mi existencia plácida corría
 Bajo un cielo bellissimo y dorado.

Pero todo voló cual débil humo,
 Y hoy tenaz me persigue la desdicha
 Y en bárbaro tormento me consumo:
 Por eso ya no canto, y no te asombres
 Que si amor de los hombres es la dicha
 Ya no quiero la dicha de los hombres.

AL SR. D. MANUEL FRANCISCO GARCIA

Cura Parroco.

Por la difícil y escarpada vía,
 De la inmortalidad diva y sagrada,
 Iban, las Casas, Fenelón y Espada,
 Y otro varon egregio les seguía.
 Un querub del Empíreo descendía,
 Y al posarse en su frente inmaculada,
 De laurel celestial dejóla ornada,
 Exclamando al partir—«salud, García.»
 Disfruta el lauro que te dá la historia,
 De la casa de Dios, ministro santo;
 Y cuando vueles á la eterna gloria,
 De cada boca escucharás un canto,
 Siendo de la virtud sublime ejemplo,
 Y en cada corazón tendrás un templo.

A D. FRANCISCO JAVIER FOXA

Autor del drama histórico «D. PEDRO DE CASTILLA.»

Génio fecundo en cuya frente brilla
 Clara estrella de lumbré inspiradora,
 Inmensa y pura, como el sol que dora
 El cielo azul de tu paterna Antilla.
 Vate y guerrero, cual moderno Ercilla
 Diadema de laurel tu sien decora,
 Y al eco de tu cítara sonora
 Torna á vivir D. Pedro de Castilla.
 Si arde tu corazón en viva llama
 Por morar en el templo de Memoria,
 Si la inmortalidad tu pecho inflama,
 Pide asuntos sangrientos á la Historia,
 Y harás tu nombre digno de la Fama,
 Que así se arrancan palmas á la gloria.

EL AGUINALDO (12)

A Amira.

En el jardín de Vénus los amores
 Revolaban con plácida alegría
 Cuando el dios de los astros esparcía
 En Oriente sus vivos resplandores:
 Las fuentes y los pájaros cantores
 Sonaban con acorde melodía,
 Y un dulce acento entre ellos me decía
 Que te brindara el *Aguinaldo en flores*.
 Vénus misma me dió con rostro ledo
 Aquesta pucha que al mandarte admiro,
 Ni aguinaldo mejor brindarte puedo
 Que en ramo de esmeralda oro y zafiro,
 Cuyos colores en las flores cedo;
 Y en fin, en cada flor pongo un suspiro.

A JOSÉ JACINTO MILANES

Autor de «El Conde Alarcos».

Salve á tu nombre, trovador preclaro,
 De inspiración y de modestia lleno,
 Más que las ondas del San Juan sereno,
 Como el cielo de Cuba terso y raro.

El «Conde Alarcos», á tu patria caro,
 Ensalza un vate de lisonja ajeno,
 Como del Nilo al desemboque ameno
 Cantaba Homero de Roseta el *Faro*;

Y Matánzas después que te bendiga
 Cual Grecia á los Esquines y *Plutarcos*,
 Si el hado injusto á perecer te obliga,

Viendo en tí sus *Flumisbos*, sus *Inarcos*,
 Pondrá en tu losa una inscripción que diga:
Aquí yace el autor del Conde Alarcos.

A D. ANTONIO HERMOSILLA.

Ayes de pena la vivaz Thalia,
 Velado el rostro en funerario manto,
 Daba á los aires con fatal quebranto
 De Talma y Maiquez en la tumba fría.

«¿Quién honrará mi templo?» repetía
 La triste musa con doliente canto,
 Y regaba las flores con el *llanto*,
 Y la esfera su acento estreñecía.

Un génio entonces del Olimpo, *alado*,
 Bajó trayendo dulce y complaciente
 Aurea diadema del laurel sagrado:
 «Al que ciña este emblema refulgente
 Dijo, y cruzó por la cubana Antilla
 Coronando la frente de Hermosilla.

EL ENTUSIASMO

Al pianista Miro.

Al verte, artista hispano, modulando,
 Mi corazón de gozo se adormece,
 Y que están en tus dedos me parece
 La Gracia, el Génio, y el Amor jugando.
 No ceses por piedad, sigue extasiando
 Al concurso que víctores te ofrece,
 Que no tan grato el céfiro se mece,
 Entre jazmines con susurro blando,
 Cual el dulce raudal de esa armonía
 Que arranca tu arte del marfil sonoro,
 Revelando que en májica poesía
 Encierra tu alma un celestial tesoro,
 Así todos te brindan á porfía,
 Diademas de laurel, coronas de oro.

A D. EDUARDO TORRES

En el aria de Asur.

Eres el mismo Asur, cuando se lanza
 Donde los manes, que terror le imprime
 Del Régio esposo envenenado, gimen
 Deséosos de sangre y de matanza.
 Espectro horrible tu cabeza afianza,
 Y en confuso tropel tu pecho oprimen
 La desesperación, la rabia, el crimen,
 Los celos, la ambición, y la venganza.
 Tu mirar imponente y gesto adusto
 Deja al espectador suspenso, helado
 De admiración, de pena, espanto y susto:
 Aclamándote el pueblo entusiasmado
 Al concederte inmarcesible palma,
 Rival de Prieto, imitador de Talma.

A UN AMIGO

En sus Natales.

En la márgen de un límpido arroyuelo
Que entre dos alas de clavel camina,
Y retrata la estrella matutina
Sobre su linfa de luciente hielo,

Templé mi lira, cuando en raudo vuelo
Un planeta á la tierra se avecina,
Y risueña tras él, Temis divina
En áureo carro descendió del cielo.

«Salve á la Fuente que mi nombre acata»
«Gloria al natal del que mi templo adora,»

Tal dijo, y ¡Salve!.... repitiendo grata,

Perdióse la visión encantadora
Tras los celajes de esplendente plata
Que velaban el rostro de la aurora.

A LA S^{RA}. D.^A TERESA ROSSI

En el papel de Fausta.

¡Quién no se rinde al armonioso canto
Que en tu pecho dulcísimo atesoras,
Si alegre expresas el placer, ó lloras
Herida el alma de mortal quebranto?

¡De dónde hubiste el celestial encanto
Y la tierna expresión con que enamoras,
Sensible Rossi, en las felices horas
Que arrancas vivas mil y aplausos tantos?

¡Oh fuerza de tu mágia peregrina!
El entusiasmo férvido no calma

Y esa nueva corona te destina:

Que en Fausta obtienes merecida palma
Cuando al acento de tu voz divina
Se inflama el pecho, se enagena el alma.

A LA S^{RA}. ROSSI.

Trasunto fiel de Erato peregrina
Que viertes tanto gozo en tus canciones
Cual de un tierno rosal en los festones
Perlas llueve la estrella matutina,

Yo en el *Tasso* te ví, mujer divina,
Cubierta de loor y aclamaciones,
Cautivando en la «Norma» corazones
Almas arrebatando en «Parisina.»

Tus encantos los númenes revelan,
 Y los mortales que tu voz extásia
 Con inefable gozo dar anhelan
 Más lauros á tu sien, moderna Aspasia,
 Que tiene olas el mar, y arenas vuelan
 Por los desiertos áridos del Asia.

A LAS SRAS. ROSSI Y PANTANELLI

En el tercer acto del «Montechi.»

Rie el Eterno, el huracán serena,
 Si vuestro acento su potencia adora;
 Si vertéis llanto, el firmamento llora,
 Si estáis airadas, el olimpo truena.

Un ¡ay! profundo en el sepulcro suena
 ¡*Julietta!* ¡vive aun! ¡funesta hora!
 Y al explicar la llama que os devora
 Dejáis de conmoción el alma llena.

Lesvia preciosa que con rostro fijo
 Estática os estaba contemplando,
 Por que es su pecho de las musas hijo,
 Con sus ojos de fuego señalando
 A *Teresina* y á *Clorinda*, dijo:
 «Así se muere por amor, cantando.»

A CLORINDA CORRADI PANTANELLI. (13)

Si es grato el bello Sol, al claro día
 Un cielo puro, un aire embalsamado,
 No menos place el eco regalado
 Que tu voz ¡oh *Clorinda!* al alma envía.

Ya reina te aclamó de la armonía
 El público de gozo enagenado,
 Ora inspire el placer tu canto osado,
 O la música tétrica y sombría.

Y al ver como tu mérito descuella,
 Los que tú llenas de entusiasmo ardiente,
 Te ofrecen hoy esa corona bella.

¡Oh! que ella ciña tu apacible frente
 Y luzca acaso como hermosa estrella
 Que domina en el cielo refulgente.

A LAS S^{RAS}: PANTANELLI Y ROSSI.

¿Qué deidades, qué acento melodioso,
 Alumnas de la sacra Mnemosina,
 Suspenden mi corriente cristalina
 Y al borde suena de mi cáuce undoso?
 Ya dulce, ya apacible, ya impetuoso
 Es vuestro canto; y á su acción divina,
 El Etna esencias de azahar fulmina,
 «Para su marcha el Niágara espumoso.»
 Dijo el sereno Yumurí: las flores
 Perfumaron de aromas sus riberas,
 Vuelan á coronaros los amores
 Seguidos de sus ninfas hechiceras;
 Y llevó vuestros nombres la memoria
 Al olímpico templo de la Gloria.

A MARIETA ALBINI DE VELLANI

Del Abril con las flores coronado,
 Suspendiendo apacible su corriente,
 Oyó el San Juan con entusiasmo ardiente,
 Hija de Italia, tu cantar arpado:
 Alzó hasta el cielo de placer colmado
 El himno al Génio que brilló en tu frente
 Y al «Mai Più» celestial, plácidamente
 Meciera el Arno su raudal plateado.
 Resonaron las arpas con su acento:
 Morlachi absorto se admiró, y Rossini:
 Callan las aves, se detiene el viento;
 Y la sombra inmortal del gran Bellini,
 De su fama dejando el réjio asiento,
 Clamando ¡Gloria! coronó á la Albini.

A D.^A VICENTA DE LA PUERTA

En el papel de Ginebra.

Amor pedías, cuando «¡amor!» clamabas,
 Ginebra hermosa, al derramar tu lloro,
 Y al salir de tu boca un «yo te adoro»
 Amor y gloria al corazón mandabas:
 Cuando pálida y yerta te encontrabas
 Flotando al viento tu cabellos de oro
 En las tumbas tristísimas, en coro
 Lloraron todos, porque tú llorabas.

Lloraron ¡ay! y tu afición sintieron
 Allá en el alma como un dardo ardiente,
 Que de tus ojos desprenderse vieron,
 Y á tus miradas, de dolor vehemente,
 Y á la expresión que á tu pesar le dieron.
 Bajó el amor y se posó en tu frente.

A. D.^A MANUELA MARTINEZ

En Raquel.

De una trama terrible y horrorosa,
 Víctima de tu amor cayó tu anhelo,
 Como del austro al furibundo vuelo
 Cae deshojada purpurina rosa.

La homicida cuchilla desastrosa
 En tí descarga de la pátria el celo,
 Y al fanático golpe tiñe el suelo
 Sangre inocente de Raquel hermosa.

Melpómene iracunda el cintio coro
 Deja por contemplar tu amante llama,
 En tu muerte vertiendo triste lloro;

Fija en tu fuente inmarcesible rama,
 Y te suspende con sus alas de oro
 Al olímpico templo de la fama.

A D.^A LUISA MARTINEZ

En el papel de la Gitana del Trovador.

Salud, la de los ojos centellantes,
 La del color quebrado y mirar ledó,
 La del pelo rizado y sin enredo
 Suelto á la espalda en crenchas ondeantes.

Tú pintastes con rasgos más brillantes
 Que los puso el autor, el susto, el miedo;
 Y empapada en las sales de Quevedo
 Has bebido el aliento de Cervántes. (14)

Terciado el manto, afables zalameras
 Todas son en la alcurnia bohemiana:
 —«¡Esa es bruja!»—clamaban mil parleras

Voces al ver tu gracia sobre-humana:
 Y dijo el vulgo bien, que bruja eras;
 Pues lo hechizaste en forma de Gitana.

A D.^A VICENTA DE LA PUERTA

En el «Conde de Alarcos».

¡Eres Leonor! la que amorosa un día
 Mostróle á Alarcos su pasión ardiente,
 Y tu lábio divino solamente
 Copiar su lábio y su expresion sabía:
 Solo en tus ojos destellar podía
 Puro el candor da un angel inocente
 Y la mirada plácida, vehemente,
 Del fuego amante en que Leonor ardía.
 Y al entusiasmo que tu voz derrama,
 Y á tu expresión y á tu ademan divino,
 Henchida el alma de placer te aclama;
 Y de las flores que adornó la zona
 Con larga mano su feliz destino,
 Manda á tu frente tropical corona.

A LA ACTRIZ D.^A MANUELA MARTINEZ

En la comedia «Un año después de la Boda».

¡Dó vas? ¡Qué vas á hacer, desventurado
 Oye á tu esposa suplicar doliente;
 Mírala en el abismo que imprudente
 Tu imbécil ambición la ha sepultado;
 De un seductor astuto alucinado,
 Y sumiso á la voz de un insolente,
 Insultas la virtud de esta inocente,
 Siendo tu corazón solo el culpado.
 Así clamara yo; mas tu desmayo
 Corta el duelo y obtiene aplausos miles:
 ¡Qué mucho, pues? si tu feliz ensayo
 Hecho en tiempo de bélicos gentiles,
 Contuviera de Júpiter el rayo,
 Suspendiera la cólera de Aquiles.

MUERTE DE JESUCRISTO.

Torva nube que arroja escarcha fría
 Rayos aborta que al mortal espantan;
 De las tumbas los muertos se levantan,
 Treme la tierra y se oscurece el día:
 Las crespas olas de la mar bravia
 Cabe las duras rocas se quebrantan,
 Ni el río corre, ni las aves cantan,
 Ni el sol su luz al Universo envía.

Cuando en el monte Gólgota sagrado
 Dice el Dios-Hombre con dolor profundo:
 «Cúmplase, Padre, en mí vuestro mandato»
 Y á la rabia de un pueblo furibundo,
 Inocente, sangriento y enclavado,
 Muere en la cruz el Salvador del mundo.

A LA RESURRECCION

¡Qué nueva luz más fúlgida que el día
 Gloriosa nube de esplendor radiante,
 De ámbar, y querub, y diamante,
 Puebla del aire la region vacía?
 Es Jesucristo, el hijo de María,
 Es el Rey de los Reyes que triunfante
 Alza el divino cuerpo centellante
 Del polvo inmundo que su faz cubría.
 ¡Salve, Dios de Israel! ya Magdalena
 Albricias pide á vuestra virgen madre
 Tornando en gozo la pasada pena;
 Y por más que Luzbel rabioso ladre
 Subir os vé con majestad serena
 Al Trono excelso del Eterno Padre.

AL ANIVERSARIO

de la muerte de Napoleon.

El Aguila caudal dejando el Sena,
 Bate sus alas al rayar el día,
 Y de los aires la región vacía
 Mide veloz con majestad serena:
 Baja, y tiende la garra en Santa Elena
 Con que á la Europa un tiempo estremecía,
 Pugnando por alzar la losa *fria*
 Que yerto cubre el vencedor de Jena.
 Suspende al fin el mármol *atrevida*,
 Mirando absorta con turbada frente
 ¡Tanta grandeza en polvo convertida....!
 Y aunque el estrago de sus triunfos siente
 De Bonaparte el nombre al Sol levanta,
 Su muerte llora, y sus victorias canta.

MUERTE DE GESLER.

Sobre un monte de nieve transparente,
 En el arco la diestra reclinada,
 Por un disco de fuego coronada
 Muestra Guillermo Tell la heróica frente.

Yace en la playa el déspota insolente
 Con férrea vira al corazón clavada,
 Despidiendo al infierno acelerada
 El alma negra en forma de serpiente:

El calor le abandona, sus sangrientos
 Miembros bota la tierra al oceano:
 Tórnanle á echar las ondas y los vientos,
 No encuentra humanidad el inhumano...
 Y hasta los insensibles elementos
 Lanzan de sí los restos del tirano.

LA SOMBRA DE MINA

Delante de Bilbao.

Mientras la fiera horda de canallas
 Con algazara súbita fulmina
 A la invencible gente bilbaina
 Lluvia horrenda de bombas y metrallas,
 Partió de sus numánticas murallas
 La heróica sombra del invicto Mina,
 Pura cual rayo de la luz divina,
 Tremenda como el Dios de las batallas.

—«Añada en mi sepulcro el vate Ibero
 Un triunfo más á mi brillante historia»—
 Dijo la sombra del audaz guerrero;
 Y fijando el laurel de la victoria
 En las sienas del ínclito Espartero,
 Voló serena al templo de la Gloria.

A GRECIA.

Como las olas de la mar sombría,
 Tal es la libertad, pues por un lado
 Un pueblo cubre, y deja abandonado
 Otro pueblo á la horrenda tiranía.

Grecia fué centro del saber un día,
 Muerto Alejandro, el griego degradado
 Vió el país de los dioses subyugado;
 Y del turco sufrió la ley impía

Tornó á llenar su página en la historia;
Y si de Navarino en las arenas,
Al ver las llamas, símbolo de gloria,
Que abrasaban las naves sarracenas,
Cantó la Grecia el himno de victoria,
Pasaron á Polonia sus cadenas.

A POLONIA.

Calma, nación heróica, tu agonía,
Y contempla olvidando tus horrores,
Que mil pueblos se hicieron opresores
Y sufrieron después la tiranía.
Medio siglo cabal no há todavía
Que en Moscow y Marengo tus señores
Delante de los galos vencedores
Abatieron sus águilas un día.
Si andando el tiempo con la Europa embiste
Horda inmensa de bárbaros armada
Y ves al Czar doblar la frente triste,
Exclamarás á su enemiga aliada:
«Esas son las cadenas que me diste,
Tuyas son, te las vuelvo, estoy vengada.»

A VENECIA.

Voló aquel tiempo, de la mar Señora,
Que de Lepanto en la batalla fiera
Descogida á los vientos tu bandera
Tremolaba, del turco vencedora:
Desde el Hercúleo Calpe hasta la Aurora
Por tus naves el Ponto se cubriera,
Entónces fuiste como Albión guerrera
Y como ella tambien conquistadora.
Mas ¡ay! seguiste con presteza suma
El ejemplo fatal de Roma y Grecia;
Quizá el viajero que observar presume
Recorrerá la patria de Lucrecia,
Y al ver tus ruinas entre blanca espuma
«Hé aquí, dirá, los restos de Venecia.»

UNA LAGRIMA DE SANGRE

César al ver la testa descarnada
De Pompeyo, sintió mortal quebranto,
Y entre los pliegues de luciente manto
Veló su faz en lágrimas bañada.

Algun tiempo después, Roma cansada
De tan larga opresión y oprobio tanto,
Hizo á Julio caer lleno de espanto
A los piés de su efigie laureada.

Al herir Bruto con el duro acero,
Saltó á la estatua de Pompeyo fría
Una gota con rumbo tan certero,
Que brotar de sus ojos parecía,
Pagando en sangre á su rival guerrero
El llanto que por él vertido había.

MUERTE DE CESAR.

«En cadenas mis palmas se han trocado,
«En pesares mis dichas, y en afrenta;
«Y nadie osado restaurarme intenta
«De Emilio y Numa el esplendor pasado.»

Así exclamaba Roma; cuando armado
Ante mónstruo feroz que la atormenta,
El vencedor del Ponto se presenta
Con torvo ceño y ademan airado.

«Depon ¡oh pátria! el ominoso luto,
«Un hijo tienes que el acero vibre;
«Hoy muere César ó perece Bruto:

«Mientras exista yo, tu serás libre.»
Dijo, y alzando la potente mano,
Descargó el golpe, y espiró el tirano.

A TEREVISA.

En sus Natales.

Ígneos rayos de púrpura brillante
Derrama el sol en el rosado oriente,
Mientras yo pulso por mi dueño ausente
Las dulcisonas cuerdas de diamante.

De gloria el himno al cielo se levante,
De rosas orne Amor tu bella frente,
Tuyo es en vida mi cariño ardiente,
Tuyo será mi corazón constante;



Diríjese á un grupo informe,
que advierte en la selva oscura,
de almenados torreones
y garitas puntiagudas;

El hijo de maldición : El caballero.



Y cuando de la Parca rigorosa
 Al fiero golpe mi existir sucumba,
 Alzando entónces mi mármorea losa
 El blando alisio que entre palmas zumba,
 Salve, tres veces, Terevisa hermosa,
 Dirá mi sombra y volverá á la tumba.

LA FATALIDAD. (15)

Ciega deidad que sin clemencia alguna
 De espinas al nacer me circuiste
 Cual fuente clara, cuya márgen viste
 Maguey silvestre y punzadora tuna;
 Entre el materno tálamo y la cuna
 El férreo muro del honor pusiste,
 Y acaso hasta los cielos me subiste
 Por verme descender desde la Luna:
 Sal de los antros del Averno oscuros,
 Sigue oprimiendo mi existir cuitado....
 Y si sucumbo á tus decreto duros,
 Diré como el ejército cruzado
 Exclamó al divisar los rojos muros.
 De la Santa Salen «Dios lo ha mandado.»

DESPEDIDA A MI MADRE. (16)

Si la suerte fatal que me ha cabido
 Y el triste fin de mi sangrienta historia
 Al salir de esta vida transitoria
 Deja tu corazon de muerte herido;
 Basta de llanto; el ánimo aflijido
 Recobre su quietud; moro en la gloria,
 Y mi plácida lira á tu memoria
 Lanza en la tumba su postrer sonido.
 Sonido dulce, melodioso, santo.
 Glorioso, espiritual, puro, divino.
 Inocente, espontáneo, como el llanto
 Que vertiera al nacer.... Ya el cuello inclino,
 Ya de la Religion me cubre el manto....
 ¡Adiós, mi Madre! ¡adiós!—El Peregrino.

A LA S^{RA}. D.^A CARLOTA ARMENTA

en el desempeño de la protagonista en el drama «Catalina Howard».

Torna á dormir, preciosa Catalina,
 J6ven actriz, sensible, encantadora;
 Tu sueño es semejante al de la Aurora,
 Que cada vez despierta m6s divina.

Habla y torna á dormir: la faz reclina,
 Dilata por piedad la horrible hora
 De escuchar la sentencia aterradora
 Que el hado adverso contra tí fulmina;

Mas si no es dado á nuestro voto ardiente
 Librar tu vida de la muerte airada,
 Recibe esa diadema refulgente,

Del San Juan por las ninfas dedicada;
 Orna con ella tu serena frente,
 Y desciende á la tumba coronada.

A LA S^{RA}. D.^A C. E.

Despu6s de haber cantado cierta canci6n.

Cuando tu dulce y peregrino acento
 Hierde y hechiza mi anhelante oído,
 Contemplando tus gracias embebido,
 Me juzgo transportado á otro elemento.

No sé que especie de enagenamiento
 Me deja el corazon de gozo henchido
 Con tal extremo, que mi pena olvido
 Y dudo á veces de mi propio aliento.

Es tan grata tu voz, que cuando trinas
 El mar sus olas procelosas calma,
 Endulzas mi existir, mi pecho inclinas

Al Sumo bien arrebatando el alma,
 Y admirando esas gracias tan divinas,
 De tu tierna afici6n te dá la palma.

NOTAS DE LOS SONETOS

(1) Este soneto es uno de los primeros que hizo Plácido á la edad de 15 años cuando aun no se había dado á conocer públicamente. Aunque bello en la forma poética, no así en la artística, pues los alternos en *ia* del sexteto son asonantes con los de las dos estancias ó cuartetos, lo cual lo demerita y despoja de la severa armonía que las justas reglas del arte exigen á esta clase de composición poética.

(2) Algunos preceptistas repugnan que se estimen como consonantes palabras cuyas terminaciones difieren en una letra equívoca al sonido de la pronunciación, tal como aquí sucede en *uva* y *suba*, pero en realidad bien pueden estimarse como consonantes, siempre que no se exajere la acentuación que es defecto que rechaza el génio suave de la lengua castellana.

(3) Este soneto se halla en la *América Poética* (página 322) impresa en Valparaiso en 1846, incluido en las composiciones poéticas de Heredia y con la fecha de 1818. No sabemos qué fundamento tuviesen los editores de la citada obra para insertar esta producción de Plácido como de Heredia, pues á ser obra del segundo, éste no habría dejado de insertarla en la edición de 1832 que él mismo hizo en New-York, y en la cual insertó corregidas y aumentadas todas las producciones felices que su musa le inspirara hasta aquella época. El estilo, los giros, y el fondo de las ideas revelan desde luego la lira del infortunado Plácido, y además, fué publicado en 1837 bajo su firma, en cuyo caso el poeta lo habría rechazado siempre que no hubiese sido de él. En dicha *América Poética* aparece este soneto con algunas variantes y correcciones que en verdad lo demeritan. Así pues, téngase por original el presente, y no el inserto en la citada obra.

Hay que notar sin embargo los defectos que aparecen en el primero, tercero y quinto consonantes de los endecasílabos del sextillo, asonando en *a a* con los correspondientes de la octava ó estrofas.

(4) Copiado para *El Album* en 4 de Julio de 1832.

(5) Pensamiento de Byron que el poeta ha contraído, aunque muy defectuosamente, para acomodarlo á su idea; mas no es original del poeta inglés, pues antes que él había dicho Montaigne (*Essais*) «Il faut presque du génie pour comprendre le génie.»

(6) El poeta D. Ignacio María de Acosta nos ha favorecido con este soneto, asegurando que fué escrito por Plácido, cuando era aprendiz de *peñetero*, y no tenía aún doce años.

No encontramos en él aquel estro valiente que distingue las concepciones del inspirado cantor de Jesucristo; empero lo insertamos como una muestra de los primeros ecos de aquella lira que después arrojará tan divinas armonías. Las frases subrayadas son simbólicas.

(7) Hecho por el autor á nombre de una ahijada de dicha señorita.

(8) Hallándose el poeta en una reunión diósele el verso décimo-cuarto para asunto de un soneto, y con tal motivo hizo éste, *cálamo corriente*

(9) Este soneto en su carácter de epigramático, sería uno de los buenos

que la lira de Plácido ha producido, si su interesante causticidad no decayese en el símil que hace entre un procurador y un usurero. El primero es un accidente, y no una prenda moral, y por tanto ninguna analogía tiene con el ente llamado usurero, que moralmente considerado es una especie de parásito animal que vive á espensas de la dura necesidad y á la sombra de la desarmonía de la máquina social.

Nosotros nos hemos aventurado á hacer en el sexteto la siguiente variante que no hemos agregado al soneto temiendo desfigurarlo:

«Y si oís que habla en tono misterioso
De letras, premios, pérdida y dinero,
Medrando á expensas del abuso odioso,
Temedle como al mismo Can-cerbero,
Que si no es un hipócrita ambicioso
Será su equivalente: «un usurero.»

(10) Con motivo de haber sufrido un fuerte temporal el vapor americano «Natchez» en su viaje de New York á la Habana en 1842, retardó su entrada, ó bien los pasajeros tuvieron que trashedarse á otro buque que los llevó al segundo de los puertos expresados, y con tal causa improvisó Plácido este soneto al verlos desembarcar salvos.

(11) Hecho á petición de un joven mulato, cuyo padre, por cierto peninsular segun la verdad histórica, no lo quería reconocer por haberlo tenido con una mujer de la raza negra.

(12) Aplicase en la Isla de Cuba este nombre á varias especies de lianas pertenecientes á los géneros *Ipomea* y *Convolvulus* que florecen por «Pascua de Navidad» con flores monopétalas, campaniformes de bellísimos colores. A esta circunstancia deben la expresada denominación, por concurrir en la época en que se dedican los regalos ó propinas como presentes ó felicitaciones de salida y entrada de años.

(13) Hecho para la coronación de la artista á quien se dedica.

(14) Los dos que con más gracia y tino han sabido pintar el carácter de los gitanos.

(15) Este soneto lo escribió Plácido en la prision pocos dias antes de ser condenado á pena capital.

Los versos 5.º y 6.º del 2.º cuarteto revelan al mundo el secreto de su nacimiento.

(16) Este soneto lo escribió el infortunado Plácido en la capilla el dia 27 de Junio de 1844.

Vivía aún la desventurada Concepcion Vazquez, cuando su preclaro fruto fué á pagar en el suplicio el delito de haber nacido en Cuba y de poseer talento.

Grande fué su dolor al saber el triste fin de su hijo. Hoy ya entrambos se han reunido en la eternidad.

S. A. M.

SEGUNDA PARTE

LEYENDAS

EL HIJO DE MALDICION.

Leyenda caballeresca del tiempo de las Cruzadas.

I.

EL CABALLERO.

Por las tendidas riberas
que el Segre undoso fecunda,
sobre un corcel arrogante
de lustrosa piel oscura,
tan lijero en la carrera
que ni la yerba menuda
ni la fina arena sienten
sus pisadas cuando cruza;
en su ancha capa revuelto,
bajo cuyo centro oculta
el noble cuerpo forrado
de reluciente armadura,
sueeltas las doradas riendas
manchadas de blanca espuma,
un cruzado caballero
caminaba á la ventura:
á los macilentos rayos
de la ya espirante Luna,
brilló su casco luciente
ceñido de negras plumas.
Diríjese á un grupo informe,
que advierte en la selva oscura,
de almenados torreones
y garitas puntiagudas:
—«¿Quién al rastrillo se acerca?»—

(el centinela pregunta)
«Aléjese si le traen
amorosas aventuras.
Apártese el malandrin
antes que el señor acuda;
pues entónces ni en el bosque
se librárá de su furia.»
—«Calla, charlatan pechero,
á tu señor luego busca,
y dile que un paladin
que le iguala en noble alcurnia,
que espuelas doradas calza,
vibra espada y lanza empuña,
con más fortuna en las lides
que en las zambras y en las justas
al volver de Tierra Santa
pasando por Cataluña
le demanda el hospedaje,
si es que concederlo gusta,
y si nó, le desafía
como entre nobles se usa,
por descortés, y le tacha
por hombre de baja cuna,
mal caballero y cobarde,
si antes que un hora transcurra

de todas armas no viste
y al campo sale en su busca.»
Dice, y la siniestra mano
del grueso guante desnuda,
y al fuerte muro le arroja
que ajitando el aire zumba.
Alzóle presto el peon,

miróle con faz adusta,
y fuese . . . Quedó el guerrero
solo entre viejas columnas,
y algunos ayes lanzaba
como fantasma nocturna
que suspirando aparece
sobre el mármol de las tumbas.

II.

EL LAUD.

Rara vez logra un poeta
pulsar el plectro tranquilo,
porque el diablo se aparece
á turbarle en su retiro.
Mirando estaba el guerrero
aquellos muros antiguos,
llanto vertiendo abundoso
y exhalando hondos suspiros:
—«Quién me dijera, exclamaba,
¡oh palacio en que he nacido!
que al salir de tí cual dueño
cubierto de acero fino,
volviera á pedirte albergue
cual miserable mendigo,
como fullero de amores,
ó ambulante peregrino!»—
Entonces sobre las ancas
del bélico bridon listo,
con majestuoso ademan
la capa descender hizo,
y mostró en su espalda hercúlea
un bello laud pulido.
Era de azabache y nácar
la caja, con embutidos
de amatistas y topacios
que daban temblantes brillos,
como el mar visto á lo lejos
del naciente Sol herido.
Hecha la tapa, de Holanda
con blanco y sonoro pino,
y el milagro del Mar Rojo
en ella estaba esculpido.
Moisés guiaba á su pueblo
por el enjuto camino,
serena frente mostrando
en medio de los peligros.

Israel cantaba «¡Hosanna!»
de Faraón perseguido,
y á tardo paso marchando
entona gloriosos himnos:
algunos vuelven el rostro
del mar horrendo al bramido,
y ven cien mil combatientes
armados, y al punto mismo
cien montes de hirviente espuma
con atronante mujido
caballos y caballeros
sepultar en su hondo abismo.
Solo petos, cascos, picas,
acá y acullá esparcidos
dicen con acento mudo:
—«Aquí fueron los Egipcios.»—
El diapasón es de ámbar,
las clavijas de zafiro,
el templador de granate,
plectro y cuerdas de oro fino.
Descoje el cordon de plata
con que lo llevara asido,
y apenas en triste tono
á un preludeo dá principio,
cuando bajar con estruendo
oye el puente levadizo,
y luego en él vé diez pajes
con hachones encendidos.
Cala al punto su visera,
vuelve el laud á su sitio,
torna á embozarse en la capa,
y espera firme y tranquilo
á los pajes y escuderos,
que de armas bien prevenidos,
en su demanda aparecen
con el señor del castillo.

III.

EL CASTELLANO.

Con lanza, espada, laud,
 alma fuerte, buen caballo,
 un corazón sin mancilla
 y un firme y robusto brazo,
 no teme el hombre, aunque venga
 copioso ejército armado;
 porque Dios está con él,
 y para Dios no hay contrario.
 Sobre su silla el guerrero
 como una estatua clavado,
 acorta al bridon las riendas
 y marcha lento á encontrarlos.
 Para al enfrentar con ellos,
 que humildes le saludaron
 en dos alas divididos
 dieron á su Señor paso
 —«Dios os guarde, caballero,»—
 dijo el noble castellano.)
 —«Y sea con vos, hijo de Hugo»—
 dijo el guerrero avanzando.)
 —«Admito, siguió el primero,
 el guante que me ha entregado
 este paje en vuestro nombre
 para dáoslo en el campo;
 el hospedaje os concedo
 esta noche en mi palacio,
 porque veáis que no solo
 son valientes los Cruzados.
 Dijo me llamis de Hugo,
 luego estais bien informado
 que al morir en Palestina
 por el Evangelio santo,
 de Mata-plana heredero
 a forma me ha declarado

y que heredé su valor
 tambien ofrezco probaros.»—
 —«A Hugo, vuestro padre ilustre,
 le conocí demasiado,
 y más os conozco á vos,
 apesár que os soy extraño.
 Sé que publicais su muerte
 sin tener seguros datos,
 y que estais en posesion,
 contra ley, de sus estados;
 que sus bienes y valor
 heredarais, no es muy raro,
 pero su virtud... se dice
 que no la habeis heredado.
 Mañana en la lid seremos,
 donde os mostrará mi brazo,
 que nobleza sin virtud
 es lo mismo que oro falso.»—
 —«Basta! adelante pasad,
 y Dios dictará su fallo.»—
 —«Si ha de ser lo que Dios haga
 mal pié llevais, Castellano.»—
 Hablando así, por la puerta
 del fuerte palacio entrambos
 entraron. Subió el rastrillo
 cuyos goznes rechinaron,
 y todo en silencio y sombras
 tornó á quedar sepultado.
 Solo á intervalos se oía
 del nocturno buho el canto,
 ó las ráfagas mujientes
 del ábrego batallando
 con las soberbias encinas
 de los distantes collados.

IV

EL CASTILLO.

¡Cuántos viles tiranos, con el velo
 de hipócrita virtud cubren su frente,
 sin acordarse que los vé del cielo
 un juez incorruptible, omnipotente!
 Grandes, temblad, los que oprimís el suelo.
 Dios es iusto. v aterra al delincuente

que de la impunidad medra al abrigo,
cuando menos espera su castigo.
A la diestra del noble Castellano
el incógnito iba: un escudero
llevaba por las riendas, de la mano,
el corcel del Cruzado caballero:
sus carrillos inflando un grueso enano
la vocina ajitaba placentero,
y el fulgor de las hachas, amarillo,
iluminó la plaza del castillo.
Un corredor al frente se mostraba
sobre siete arcos de árabe estructura,
en el marmóreo pórtico se hallaba
de un armado guerrero la figura:
una torre en el centro se elevaba
de enorme grueso y prodijiosa altura,
y en el átrio interior, tranquila fuente
murmuraba sonora y transparente.
Después que hubieron el portal pasado
y treinta ó más subieron escalones,
parecieron á vista del Cruzado,
del palacio los góticos salones:
en uno, de damascos adornado,
entraron á la par los dos campeones,
dó estaba una matrona, que al sentirlos
levantóse cortés á recibirlos.
Tras ocho lustros que corrieron breve
y la honda pena que le aflije insana,
aun en beldad á competir se atreve
con el claro nacer de una mañana:
no supo Urbino con carmin y nieve
formar un tinte de azucena y grana,
como al carmin mezcló naturaleza,
nieve, azucena y grana en su belleza.
Tornó el Cruzado, deteniendo el paso,
el fiel saludo á la beldad lucida;
al cumplimiento, de ficción escaso,
la capa de los hombros desprendida,
sonó una cuerda del laud, acaso
por algun broche al descender herida,
y el eco del sonido en consonancia
volvió tres veces la vecina estancia.
—«Ya que venís, Señor, de Tierra-Santa
y os he visto un laud precioso, infiero
que quien le tiene es trovador y canta;
y pues sois trovador y caballero,
si algun voto mi ruego no quebranta,
que me canteis algun pasaje espero
de aquel lugar sangriento y milagroso,
dó vace por la fé mi caro esposo.»—

Dice, suspira, y sin poder tenerlas,
 de lágrimas su faz llenó angustiosa,
 cual se mira del alba con las perlas
 aljofarada la purpúrea rosa:
 con finísimo lienzo á recojerlas
 acúde presto, y su semblanza hermosa
 más bella tras el llanto, se presenta
 como el iris despues de la tormenta.
 —Tened, clamó el extraño, la agonía;
 calmad el llanto por piedad, señora,
 no parezca en la tierra noche umbría
 ra que es del cielo estrella brilladora;
 que no está bien al Sol de medio día
 bañarse con las perlas de la Aurora,
 y el que á la tumba fué con honor tanto,
 mas os pide laurel que estéril llanto.
 Muertos lloran Cruzados, que andan vivos
 en heróicas empresas militares,
 ó los hados contrarios, siempre esquivos,
 los impelieron á remotos mares;
 y en diez años, errantes ó cautivos,
 aun no han vuelto á pisar los pátrios lares
 pero, alguno vendrá que muerto crean,
 y muchos.... temblarán cuando le vean.
 Temblarán, repitió, por ésta juro;
 la cruz tocando con la diestra mano,
 y vió en su rostro, intérprete seguro,
 la oculta turbación del Castellano.
 Desenvuelto el laud del manto oscuro
 requirió el temple, y con estilo llano,
 —«Si vos gustais, (á la matrona dijo)
 os cantaré de «Maldicion el Hijo.»
 —«Cantad lo que gusteis, que ya os atiendo,
 (contestóle la bella consolada)
 mas ante todo que acepteis pretendo
 una oferta que os hago delicada.»—
 É hizo señal á un paje, que saliendo
 en fuente hermosa le sirvió dorada
 una copa brillante, que traía.
 de balsámica y dulce malvasía.
 —«¡A la salud (le dijo la matrona)
 de la virtud y el conyugal decoro!»
 —«Esa es del hombre la mejor corona,
 (repuso él) y divinal tesoro.»—
 Acercóle otro paje una poltrona
 de terciopelo azul con clavos de oro,
 y sentándose allí con gracia extrema,
 dió principio al romántico poema.
 Como al oír al ruiñeñor que canta
 abandonan los pájaros sus nidos,

ias miradas fijando en su garganta
 por gozar con la vista y los oídos,
 así no bien el Trovador levanta
 la voz, cuando quedaron suspendidos
 escuchando sus tonos hechiceros,
 damas y pajes, guardias y escuderos.

V.

LA CITA.

Hallábanse los Príncipes cruzados
 en la conquista de la Santa-Tierra:
 era «Urbano segundo,» Papa en Roma,
 y de Jerusalem en las almenas,
 por Godofredo el Grande tremolaban
 victoriosas de Cristo las banderas.
 Entre los adalides que lucian
 la roja cruz en sus invictas diestras,
 hubo un hombre sin pátria, sin amigos,
 y aun sin divisa, al cual por su extrañeza,
 «Tristan» llamaban los Cruzados todos,
 y los creyentes: «Rayo de la guerra:»
 con ninguno reía, á nadie hablaba,
 jamás vióselealzada la visera;
 y pendiente su espada cortadora
 lleva día y noche, de una faja negra.
 Entrar por los infieles batallones
 y cubrir de cadáveres la tierra,
 tan breve ejecución era á su furia
 sobre una árabe alfana oscura y presta,
 como tragarse el Tigris una hoja
 ó abrasar una palma la centella.
 ¡Infeliz el campeón que le aguardara
 seguro en su valor ó en su destreza!
 Nada le aprovechaban cotas dobles,
 los yelmos de Damasco y las rodela
 fuertes de triple piel de cocodrilo
 que envejeció del Nilo en la ribera;
 todo está blando, de su espada al corte:
 los duros troncos si los toca quiebran,
 y si las peñas con su punta alcanza,
 también saltan las puntas de las peñas.
 No lleva cruz y va con los Cruzados,
 no asiste al templo en las solemnes fiestas,
 ni de los fieles las victorias canta,
 ni en los torneos ni en las justas entra.
 En tanto que descansan los soldados,
 él de las tiendas sin cuidar se aleja
 y va á sentarse solo y pensativo

sobre una tosca ensangrentada piedra.
 El codo izquierdo en la rodilla apoya,
 cruza pausado las nervudas piernas,
 la diestra inclina al puño de la espada
 y descansa la barba en la siniestra.
 Al notar los suspiros que le ahogan
 y su inmóvil mirar, diría cualquiera
 que en sus campos la sacra Palestina
 algun triste suceso le recuerda.
 Ya el ejército entero murmuraba
 á este varon de incomprendible secta,
 hasta dar en oidos del Patriarca,
 que con santa piedad á hablarle llega.
 —«Has recibido el agua del bautismo?»—
 —«Sí, venerando padre, (le contesta)
 Soy bautizado, y en la *Santa-Casa*.»—
 —«¿Luego naciste de sus muros cerca?»—
 —«He nacido en Belen, mas... me ha proscrito:
 yo pequé contra Dios...! soy... una fiera.»—
 —«¡Ah! su misericordia no conoces,
 la puedes alcanzar como interceda
 la *mujer fuerte*, de José la esposa,
 la que salvara tantos hijos de Eva,
 su Santísima Madre...!»—«Callad, hombre...
 Ese nombre terrible me atormenta;
 para un crimen tan grande como el mío
 no hay perdón en el cielo ni en la tierra.»—
 —«Todo puede alcanzar de Dios, quien todo
 de su infinita caridad lo espera.»—
 Estas voces reaniman su esperanza:
 es el trece de Agosto, y ámbos quedan
 para avistarse entre tercero día,
 de la Asunción en la sagrada fiesta.
 Mujeres, niños, principes, soldados,
 muy más curiosos que devotos, vuelan
 solo por ver entrar al Templo santo,
 un hombre que jamás pisó la Iglesia.

VI.

PROCESION.

1.º

Después de la ostentacion,
 que nuestra Iglesia el día
 celebra de la Asunción,
 cantan salves á María
 y marcha la procesión.
 Sobre un trono majestuoso

va la casta Eva tendida
 velada en fulgor glorioso,
 como la esposa escogida
 al tálamo del esposo.
 Entre cuatro querubines
 la sigue el ángel Gabriel

con un ramo de jazmines
 que hubo el pueblo de Israel
 del Eden en los jardines.
 Un sayal color de cielo
 de brillante seda siria
 viste, y un manto hasta el suelo
 de canario terciopelo
 manchado en púrpura tiria.
 Ciñen su jubon luciente
 piedras de colores varios,
 tres plumas ornan su frente,
 y al pié los tres solitarios,

más ricos de todo Oriente.
 ¡De Hosanna...! ¡Hosanna...! al cl
 Hácenle al pasar la salva,
 porque va dando esplendor,
 como el lucero del alba;
 la *Madre del Redentor*.
 Más refulgentes que estrellas
 cerrados sus ojos son,
 y á su divina Asunción
 los diáconos y doncellas
 entonan esta canción.

2.º

«*Venid, hijas de Sion, á ver al rey Salomón el día de sus desposori*

(CANTICO DE LOS C.

Con el laud sacro del pastor David,
 hijas del Carmelo Belen y Sión,
 los místicos salmos cantando, *venid*
á los desposorios del rey Salomón.
 Moisés llegó á orillas del mar Rojo, y él
 á Moisés dió paso, muerte á Faraón,
 porque el pueblo santo fuera, de Israel,
á los desposorios del rey Salomón.
 Con sus arpas de oro, Solima y Saul
 cantando discurren la etérea región,
 y van, como el cielo, vestidos de azul
á los desposorios del rey Salomón.

3.º

Así pasaron el día
 desde el Calvario á Sión,
 y ya cuando anochecía
 á Jerusalem venía
 de vuelta la procesión.
 Uno solo no gozaba
 la sagrada diversión;
 tras el Patriarca marchaba,
 y en su diestra sustentaba
 el más opaco blandón.
 Pinta en la faz congojosa
 las penas que su alma oprimen,
 y era su presencia hermosa;
 mas, fúnebre y pavorosa
 como la imagen del crimen.

Su cuerpo en cada pisada
 suena cual ronco cencerro,
 y era su voz atronada,
 y era su mano de hierro;
 pero de hierro animada.
 Sus ojos sin variedad
 brillan, cual tizonos rojos,
 con funesta claridad,
 como de un tigre los ojos
 rabioso en la oscuridad.
 A las siete horas cumplidas
 en Jerusalem entró,
 y las vírgenes lucidas
 llevan sus sienes ceñidas
 con rosas de Jericó.

4.º

El coro pregunta:
 ¿qué buscan los fieles
 en esos laureles
 en la procesión?
 ¿á la tribu junta
 las vírgenes todas
 van en unión:
 «Vienen á las bodas
 del rey Salomón.»—

5.º

Mas del sepulcro divino
 la losa sonando salta,
 tras silencio continuo,
 no el fallo del destino
 percibe en voz bien alta
 el eco de proscricción
 y dice:—«Hijas de Belen,
 Carmelo y de Sión,

echad de Jerusalem
 al Hijo de Maldición!
 A ese mortal inhumano
 que porque un culpable yerro
 reprendió su padre anciano,
 puso en su rostro *esa mano*,
 que se le ha vuelto *de hierro*.
 Y su madre malhadada
 cubrió su crimen ¡qué horror!
 De él tambien será pisada,
 quedando así castigada
 de un mal entendido amor.»—
 Dice, y cuarenta Cruzados
 que cerca del templo están,
 entran como arrebatados
 y sacan, sin ser notados,
 al maldecido Tristan.
 Huye el pueblo en confusión,
 guárdanse cirios y cruces,
 de los salmos paró el son,
 y acabóse con las luces
 la fiesta y la procesión.

VII.

LOS ESQUELETOS.

1.º

En mudo silencio que solo interrumpe
 el toque lejano de un triste esquilón,
 marchando camina sobre árabes potros,
 aquel de Cruzados nocturno escuadrón.
 Ya que cinco millas habian traspasado,
 uno, envuelto en manto de blanco algodón
 á Tristan se acerca riyendo, y le dice:
 —»¡Ibas tú á las bodas del rey Salomón?
 Vente con nosotros á Belen, amigo;
 ¡allá...! cenaremos; ¡verás que función!
 verás malas madres, y pésimos hijos
 que al cielo no temen, ni su maldición.—»
 A Belen llegaron, de cenar pidiendo
 donde un renegado tuviera un mesón;
 sentáronse todos, las caras cubiertas
 con dadas viseras de negro pavón.
 Sirviéronle en platos de extraña figura
 asados menudos de ingrato sabor,
 y en jarros informes, hendidos, verdosos,
 un fétido amargo purpúreo licor.

—«Entrañas son éstas de pérfidos hijos,»—
 le dice un judío de gesto feroz:
 y al ver que los jarros son cráneos humanos
 y el vino era sangre, se hiela de horror.
 Vestida una vieja de inmundos andrajos
 y el rostro velado de oscuro mantón,
 á Tristan suplica le dé una limosna
 con eco tan flébil que inspira aflicción.
 Él no vé ni oye, la empuja, la pisa:
 recobra al instante su muerta razón,
 ¡conoce á su madre...! Los cruzados mira....
 ¡Cuarenta esqueletos los cruzados son!
 —«¡Hijo ingrato, tiembla! soy tu padre (dice
 aquel de la capa de blanco algodón)
 que aqui te abandono purgando tus culpas
 y vóime á las bodas del rey Salomón.»—

2.º

Cual volcan que estremece los montes
 tembló el suelo con tal explosión,
 como el trueno que rueda en las nubes
 retumbando en la etérea región.
 Cae la venda, Tristan con su espada
 se atraviesa el fatal corazón,
 y una voz aterrante, en el aire
 siete veces gritó ¡Maldición!!!

VIII.

EL ENTIERRO.

Más de treinta adalides esforzados
 defensores del *Templo* y de San Juan,
 de fino acero relumbrante armados
 tras él lijeros por salvarle van.
 Tancredo ilustre, que ante todos vuela
 aguija presto un súbito alazán,
 y al «¿quién vive?» del turco centinela,
 —«Somos, dicen, sectarios del Korán.»—
 Encontraron al alba los guerreros
 yerto el cuerpo del mísero Tristán;
 cargáronle enlutados caballeros,
 y enterráronle orillas del Jordán.
 Los réptiles sus miembros desgarraban,
 temblar hizo á la tierra el huracán,
 y de gozo infernal, al verlo, ahullaban
 os horrendos ministros de Satán.

IX.

EL ARBOL NEGRO.

Hallaron en su tumba unos cautivos
 que lograron despues su redención,
 un árbol rudo de cortezas rojas
 con aquesta inscripción
 precedida de puntos suspensivos,
 y acabada con triple admiración,
 en sus extrañas renegridas hojas,
 que dice . . . «¡Maldición!!!»

X.

LA FANTASMA.

1.º

Es fama que en los contornos
 cuando alguna madre dá
 alas á su tierno hijo
 para á su padre faltar,
 así que solo murmuran
 a paterna potestad,
 el espectro se aparece
 el maldecido Tristan:
 yvido el rostro, y envuelto
 el cuerpo en negro cendal,
 rotando por boca y ojos
 un fuego azul infernal;
 enrinada la sien de sierpes
 cuyo silbo hace temblar,
 que asoman por bajo el gorro
 en forma piramidal;

lleva el cendal en el pecho
 transparente claridad,
 por dó se le ven los huesos
 desnudos de piel mortal;
 color de bronce encendido
 tienen á medio apagar,
 y el corazón que le muerde
 un negro enorme alacran.
 Rechina airado los dientes,
 sobre los hombros les dá
 y sacudiéndolos dice
 con eco descomunal:
 —«¡Yo soy Tristán, conocedme...»
 ¡Madre é hijo, escarmentad!
 sino, «*maldición eterna*»
 vuestra sentencia será!!!»—

2.º

Hace entonces sonar un trueno horrendo
 mide el aire cual presto gavilán,
 y...!!!maldición eterna!!! repitiendo,
 va á caer en las rocas del Jordán.

XI.

LA PETICION.

«¡Salve! ¡Salve! ¡Salve! ¡Salve!»
 llaman todos á la vez,
 cuando el laud del Cruzado
 empezó el tono postrimer.

La venerable Matrona
 le observa con interés,
 y tras una larga pausa
 dícele con timidez:

—«Si os alzárais la visera....
si el rostro os pudiera ver....
algo os debiera, Cruzado,
por las marcas de la tez.»—
—«Señora, dice el guerrero
finjiendo no la entender,
hiciéralo, á no estorbarlo
un juramento de fé.»—
—«Por lo que me interesais

no os lo exijo deshacer.»—
—«Quien no me pide un perjurio
muestra que me quiere bien.»—
—«Bien, y nada más, Cruzado.»—
—«Perdonad si os agravié.»—
—«Hablásteis bien, caballero,
y no me ofendisteis, pues
sé que sois hombre de honor.»—
—«Que sois dama de honor sé.»—

XII.

LA CENA.

En el centro del castillo
ha sonado una campana,
á cuyo toque, «*la cena*»
«*la cena,*» todos exclaman.
El castellano Rujero
solamente observa y calla,
y, como aquel que no quiere,
á cenar tras todos marcha.
De la diestra una poltrona
lleva, que irónico arrastra,
y con la siniestra al hurto
requiere el puño á la espada.
Iba á pasar de la puerta
que el ancho salon separa
del corredor espacioso
donde las mesas se hallan;
cuando es tocado su hombro
de misteriosa palmada;
el rostro torna, y tras sí
un viejo escudero cata.
—«Señor, le dice en secreto,
aunque en Barcelona estábais
estudiando mientras niño,
y volvísteis á este alcázar

seis años despues que Hugo;
el padre que os adoraba,
con heróico aliento había
partídose á las Cruzadas,
y aunque se afirma que es muerto,
puede ser noticia falsa.
Os advierto que tenía
un lunar negro en la cara
sobre la derecha sien,
otro en la oreja contraria,
y tiene en el ojo izquierdo
como nieve seis pestañas.
Decís que con vuestro huésped
os vais á batir mañana,
que no hagais tal os suplico,
si la visera no alza;
porque ese laud fué mío,
él lo llevó á Tierra-Santa:
el ademán...! la presencia....
y el eco de la voz...»—Basta,
Ramon Vidal, yo sé hacer,
presumo.... No importa, anda,
dí á mi primer escudero
que me prepare las armas.»—

XIII.

EL PRESAJIO.

Entre las negras furias infernales
hay alguna sin duda, cuya esencia
es obsecar los míseros mortales
á desoir la voz de la prudencia,
y les arrastra á términos fatales
compensando su estólida obediencia,
con mostrarles un fiero desengaño
cuando es tardo el remedio y cierto el dañ

No bien marcaba el cíprico lucero
 la breve vuelta del vecino día,
 y la noche fugaz con pié lijero
 envuelta en sombras á Occidente huía;
 euando cubierto de bruñido acero
 ya el jóven Castellano aparecía
 cruzando del castillo la esplanada
 con lanza fuerte y damasquina espada.
 No fué bastante el ruego fervoroso
 que le dirige el escudero anciano,
 teniendo humilde del corcel brioso
 las áureas riendas con su débil mano:
 á sus plantas postrándose lloroso.
 —«Pisad, le dice, mi cabello cano,
 y no cumplais del trovador el duelo;
 temed, Señor, la maldición del cielo.»—
 Más fácil es parar el rayo ardiente
 una vez de las nubes desatado,
 hacer que retroceda el Sol á Oriente
 habiendo del zenit ya declinado,
 y ver calmar al Ponto de repente
 su furia, por los vientos azotado,
 que variar de su intento á un poderoso
 temerario, inesperto y ambicioso.
 —«Calla, viejo insensato y novelero,
 bueno para formar coplas de amores,
 no te busco yo á tí por consejero
 ni me asustan Cruzados trovadores;
 mi palabra empené, soy caballero,
 quizá te habrán ganado los traidores
 domésticos que velan en mi ruina.»—
 Dice, monta el bridon pica y camina.
 Partir le mira el escudero y llora,
 y alzando el rostro en lágrimas bañado,
 dijo con voz profética y sonora
 cual si un ángel hubiéralo inspirado:
 —«Anda, infeliz, tu lanza matadora
 podrá verter la sangre del Cruzado,
 pero Luzbel prepara á tu delito
 condenación eterna.... adios, maldito.»—

XIV.

EL DESAFIO.

eina el silencio en Oriente,
 apieza á rayar el alba,
 el suave céfiro apenas
 mueve las sutiles ramas.

El Cruzado trovador
 apuesto de todas armas,
 sobre su corcel espera
 allende la barba-cana:

cabe su lanza se apoya;
 mas no le cubre la capa,
 ni el misterioso laud
 lleva colgado á la espalda.
 Contemplando está el castillo,
 y ya acusa la tardanza
 de Rujero, cuando éste
 se presenta en la campaña.
 —«Cruzado, á cobrar el guante;
 gastemos pocas palabras,
 que son vanos los discursos
 en donde los hechos hablan»—
 —«Despacio, seor caballero,
 dijo el Cruzado con pausa,
 porque exijo me escuchéis
 ántes de entrar en batalla:
 y alzándose la visera
 prosiguió—¿Veis esta cara?

¿en ella no hallais señales
 que os deben ser respetadas?»—
 —«¡Impostor! (gritó Rujero)
 he adivinado tus tramas.
 ¿Quieres que te tome yo
 por Hugo de Mata-plana...?
 Fácil es finjir lunares
 y blanquearse las pestañas,
 y seducir escuderos,
 porque el oro á todo alcanza:
 pero á quien como yo entiende
 las intrigas cortesanias,
 con toscas estratajemas
 no fácilmente se engaña;
 y para darte el castigo
 que merecen tus infamias,
 no quiero escucharte más:»—
 dice, y súbito le ataca.

XV.

LA BATALLA.

Aun no estaba el Cruzado apercebido
 para este choque repentino horrendo;
 pues hablaba tranquilo al Castellano
 descansando en la fé de caballero:
 así, que el jóven con traidora furia
 dió tal lanzada en su costado izquierdo,
 que falseando las armas y la cota
 introdujo en la carne el duro hierro,
 y de su mano, estremecida al golpe,
 saltó la lanza descendiendo al suelo.
 Cual leon de Numidia que se halla
 picado á hurtas de maligno insecto,
 que brama estremecido de coraje
 mirándole con rabia y con desprecio,
 y ni descoje las tajantes uñas
 ni la melena se le eriza al verlo,
 porque si quiere confundirlo, basta
 un leve soplo de su altivo aliento:
 así el Cruzado que se siente herido
 y vé su sangre sin razon corriendo
 y tendida su lanza sobre el campo,
 para probar su generoso esfuerzo
 saca la espada, arrójala, y aguarda
 á su adversario en ademan sereno.
 Torna á embestirle el jóven temerario,
 y al verle desarmado y sonriendo,
 crece su enojo, porque á burla toma

lo que era certidumbre de vencerlo.
Tres veces, y otras tres se lanza airado
sobre el inerme impávido guerrero,
que, sin temblar, los golpes que le asest
evita siempre con ardidés nuevos.
Hecho el Cruzado á batallar en Siria,
con gallardos ginetes sarracenos,
habíase visto en medio de los campos
herido por cien partes é indefenso,
y triunfó con su astucia de enemigos
menos rabiosos sí, pero más diestros;
por tanto determina fatigarlo
haciendo escaramuzas y rodeos,
y cuando considera que ya es hora,
vuelve á esperar que le acometa, quedo.
Al tener inmediato á su enemigo,
como de equitación hábil maestro
rápido impele su corcel de un lado
y tras él de repente revolviendo
le persigue, le alcanza, y de pasada
cerrado el puño en la manopla envuelto,
con indecible fuerza dióle un golpe
tan bien sentado en la mitad del yelmo
que bamboleando el jóven, sin sentido
soltó las riendas, del bridón cayendo,
y enredada la espuela en el estribo
quedó pendiente y arrastrado á un tiem
El indómito bruto ya azorado
y libre al par del poderoso freno,
dilata la nariz, la crin eriza,
las orejas levanta, enarca el cuello,
tiende la cola, relinchando brotan
su boca espumas y sus ojos fuego,
y corre desalado en la llanura
tras sí llevando al infeliz Rujero.
En vano el caballero dando espuelas
cual relámpago acude á socorrerlo.
porque el fiero animal, al sentir pasos
con más velocidad se aparta de ellos.
No es tan súbita el águila rapante
cuando, medido de la presa el vuelo,
á prenderla voraz se precipita
con las alas cerradas desde el cielo,
como impelido el volador caballo,
quizá por algun soplo del infierno,
lanzándose en el foso del castillo
reventado cayó sobre su dueño.
Al punto mismo apareció el Cruzado
que desmontando se arrojó lijero,
en sangre tinto sin sentir la herida,

por ver si salva á su rival del riesgo.
—«¡Piedad, Señor, para este desgraciado!»—
clamó impetrando la merced del cielo;
pero una voz terrible le responde
despues de un sordo y prolongado trueno:
—«¡Hasta cuándo piedad; caiga el maldito...
Dios no tiene piedad para perversos!
Aquese mónstruo á su mayor hermano
la existencia arrancó con un veneno;
tirano del castillo y de su madre
emplea con frecuencia el propio medio,
deshaciéndose á fuerza de delitos
de cuantos niegan que su padre es muerto
y aun tiene repartidos emisarios
para hacerle morir ¡Crímen horrendo!
Solo á Vidal de Besalú tolera
ávido siempre de gustar sus versos;
pero ni le respeta ni le estima,
y le condena á perecer tan luego
como un eco pronuncie en mengua suya
ó sacar piense del castillo un dedo.
Tú, que pides piedad para el malvado,
¡si supieses que albergas en tu seno
un tósigo fatal que en breves horas
te hará morar la tribu de los muertos!
¡Y demandas piedad? ¡caiga el maldito;
Dios no tiene piedad para perversos!»—
Y era así la verdad: ya en sus entrañas
advertía el Cruzado un dolor lento,
y un calor abrasante que por grados
íbese apoderando de sus miembros.
—«¡Hijo infeliz! (gritó mirando al jóven
que aun vivo estaba, á la sazón muriendo)
¿qué espíritu maligno te ha tentado?
¿De dónde hubiste un corazon tan negro?
Mi facultad de padre no me alcanza
sino á enmendar y perdonar los yerros;
pero crímenes tantos, no es posible;
ni lo quiere mi Dios, ni yo lo debo.»—
—«¡Ay! mi madre... mi madre me ha perdido
yo era... ¡infeliz! el hijo predilecto,
ocultó desde niño mis maldades
para probarme su cariño extremo;
al fin... fui criminal y soy maldito!!»—
¡Sí, sí, maldito...! respondióle un eco
y tras él un relámpago y un rayo
que llenaron el foso de humo denso,
y un ruido de cadenas y de ahullidos,
y una turba de mónstruos y de espectros
que dejaron atónito al Cruzado

envuelto en niebla sombras y silencio.
 Cuando volvió del éxtasis horrible,
 como quien sale de un pesado sueño
 tendió la vista en derredor del sitio,
 y ni caballo vió ni caballero.
 Solo un ropaje blanco divisara
 que al lugar mismo se acercaba presto:
 se aproxima... descubre á una Matrona,
 se acerca más—«¡Rosaura, Dios eterno...!»—
 —«¡Hugo... mi esposo...! (dijo, y desmayada
 cayó en los brazos de su antiguo dueño).
 Vuelve en breve y prosigue:—«Vamos Hugo,
 sígueme por piedad... sígueme luego,
 no hay que tardar, estás envenenado,
 aun te puedes salvar, no pierdas tiempo.»—
 Mientras marchan unidos al castillo
 encontraron los pajes y escuderos
 que sumisos ante Hugo se postraron
 con muestra de obediencia y de respeto.
 Uno, que fuera de Rujero hechura,
 dijo con tono humilde:—«Caballero,
 ¿qué ha sido de mi amo y vuestro hijo?»—
 —«Ya no es mi hijo ni tu amo: há muerto.»—
 —«Decidme donde está, voy á buscarlo.»—
 —«Anda, vé á encontrarlo en los infiernos.»—
 Dijo lanzando la acerima adarga
 en las sienes del mísero pechero,
 que le arrancó la vida: con su muerte
 quedó cercado de un maligno menos,
 y siguió recitando estas palabras:
 —«Dios no tiene piedad para perversos.»—
 con vacilante planta y rostro triste
 hasta ocultarse del castillo adentro.
 Solo yace en los fosos el cadáver
 abandonado á multitud de cuervos,
 que antes de anohecer ya presentaba
 la armadura fatal de un esqueleto.

XVI.

LA MUERTE.

1.º

«Ya es tarde...! ya es tarde...! Ay...!	que en los profundos abismos
Déjame morir en calma...	habite su cuerpo y alma...!
Ay...! esposa... adiós... adiós...	Adiós, esposa infeliz,
Oye, acércate, Rosaura.	adiós, mis glorias pasadas,
Tu extremo amor á Rujero	adiós, Cataluña, adiós,
ha sido... oh dolor...! la causa,	castillo de Mata-plana.»—

Dijo, y espiró el guerrero
 invencible en las Cruzadas,
 en la sala dó naciera,
 y sobre la misma cama.
 No de otro modo un laurel
 que á mil héroes coronara
 con la divisa precoz
 de sus envidiables ramas,
 agostado del estio,
 y cubierto por la escarcha,
 muere sobre el mismo campo
 que fué su cuna sagrada.
 Suelto el undoso cabello,
 de su garganta abrazada,
 su mísera y triste esposa
 copioso llanto derrama.

—«Unico y dulce amor mío,
 Hugo...! qué... me desamparas...?
 Hugo...! te vas y me dejas...?»—
 Dice, reclinase, y calla.
 Ningun sirviente aparece,
 paje, escudero, ni dáma;
 solo un anciano lloroso
 postrado á sus piés se halla:
 éste, despues que los mira,
 al cielo su faz levanta,
 y en Dios los sentidos puestos
 así sollozando exclama:

2.º

—«Sér Eterno que rijes el Orbe,
 de los astros y mundo Señor;
 tú que alzaste del polvo al caido
 y humillaste á Luzbel por traidor;
 tú que oculta en columna de fuego
 contra el déspota Egipcio cruel
 condujiste en el santo desierto
 á la tribu feliz de Israel.
 Por su noble virtud, por la sangre
 derramada en su gloria y honor,
 haz que goce su alma en el cielo
 paz eterna á tu lado, Señor.»—

3.º

Vueltos los ojos al lecho
 dó el yerto guerrero estaba,
 mira á la matrona inmóvil,
 se aproxima, toca, habla.

Espera un espacio, torna
 á decir; pero ella calla.
 Palpa su frente ¡es de nieve...!
 —«¡Santo Dios, murió Rosaura!
 ¡Rosaura, mi único amparo...!
 ¡Hugo, amigo de mi infancia...!
 ¡Apoyo de mi vejez...!
 De vuestra alcurnia esperanza...!
 ¡Son éstas las alegrías
 y las fiestas preparadas
 que esperábais disfrutar
 al volver de Tierra-Santa?
 ¡Ay! aun no cumplen tres horas
 que con belicosa planta
 pisaste el umbral funesto
 de tu ilustre antigua casa,
 cuándo ya las siempre frías
 marmóreas urnas te guardan
 del fúnebre panteon,
 dó tus abuelos descansan.
 ¡Porqué estoy vivo? porqué
 no he muerto en una batalla;
 ó al saltar de Balaguer
 por las soberbias murallas
 no me partió el corazon
 alguna morisca lanza,
 ó dividió mi cabeza
 furibunda cimitarra?
 ¡Para esto lleno de heridas
 entre las mortales ánsias,
 me usurpaste á la muerte,
 Alberto de Mata-plana?
 ¡Alberto, digno heredero
 de tu ya extinta prosapia,
 víctima de la ambición
 De Rujero, que mal haya!
 ¡Alberto, espíritu puro
 que habitas la gloria santa,
 recibe allá mis lamentos,
 y de tus padres las almas.»—
 Corre, pero inútilmente;
 grita, y suena la campana,
 ¡él, es el solo viviente
 que habita la fuerte estancia!
 Todos fugaron temiendo,
 unos, la justa venganza,
 y otros, en la noche ver
 aterradores fantasmas.
 ¡Hé aquí la inestabilidad
 de las venturas humanas!

Ayer á tal hora era
 todo el castillo algazara.
 Una multitud de pajes,
 peones, escuderos, dâmas,
 por todas partes lucian
 libreas, plumas y galas.
 ¡Y hoy moran en él dos muertos;

y un viejo los acompaña!
 que en su venerable rostro
 blancos cabellos y barba,
 parece imágen del tiempo
 que con inmutable calma
 de algun disuelto planeta
 entre los fragmentos anda.

XVII.

EL ENTIERRO.

1.º

Era la noche: un anciano
 de luctuosa vestimenta,
 con sombrero de castor
 ornado de plumas negras,
 sobre el báculo apoyado
 y tirando de una cuerda,
 cruzaba una galería
 marchando con planta lenta.
 Tras él sigue un ataud
 sobre cuatro toscas ruedas,
 y la capa del Cruzado
 en su fúnebre cubierta;
 espada, lanza y escudo
 terciados encima lleva,
 de laurel una corona
 y otra de blancas adelfas.
 Tiene inscrito el ataud
 este rótulo—«*Requies cant
 in pace*»—á los piés, y un Cristo
 de plata en la cabecera.
 Del conductor en la espalda
 el místico laud cuelga,
 que desata fatigado;
 y mientras descansa, suena:
 así en tanto que camina
 ó que á reposar se sienta

agudos suspiros lanza
 ó canta tristes endechas.
 Es ya más de media noche
 cuando á la gigante puerta
 del sombrío panteón
 lloroso y cansado llega.
 Sola una lámpara arde,
 cuya escasa luz apenas
 tiembla oscilando, y parece
 que hasta las paredes tiemblan.
 Su testa descubre, cruza
 los brazos, fija en la tierra
 sus rodillas, y tres veces
 el suelo que pisa besa.
 Lleva tendida á la espalda
 la nevada cabellera,
 mira con inquietos ojos
 las urnas que le rodean,
 alza la marmórea losa
 de la sepultura hueca,
 los dos cadáveres baja
 que el féretro condujera:
 siéntase al borde, aflijido,
 y, á par que en llanto los
 en trova triste cantóles
 esta despedida eterna.

2.º

—«Paz á tu alma, impávido guerrero,
 del cristiano pendón espejo y luz,
 que sustentar supiste con tu acero
 el glorioso estandarte de la Cruz.
 Paz á tu alma tambien, Rosaura hermosa,
 víctima de tu afecto maternal,
 que espiraste, infeliz, cual fresca rosa
 que arrebatada mujiente vendabal,

Ya más no te verán los campos, Hugo,
 de Valsarell, Cardona y Sampadós,
 dó en mejor tiempo solazarnos plugo.
 ¡Tiempo dichoso cuando quiso Dios!
 Ni ya más nos verá cruzar Fontesa
 la vuelta de Carrill y de Malgrat,
 ni á Castell-gali descender Manresa
 dó se juntan el Suria y Llobregat.
 El Suria ¡ay!... que en nuestra edad temprana
 nos viera sus orillas remontar,
 por gozar los festones de Oliana,
 de Bassella, de Urjel y Castellar.
 Ya de tanta victoria y tanta hazaña,
 tumba pudiste apenas alcanzar...!
 ¡Todos te huyen, nadie te acompaña...!
 ¡Ni aún siquiera un ministro del altar...!
 Dejabas una esposa, noble amigo,
 pero la muerte os reunió á los dos....
 Tambien la tumba me unirá contigo.
 Recíbeme, sepulcro... ¡mundo, adiós! —

XVIII.

EL ANGEL.

Dice el anciano así, suspira triste,
 y alzó la losa con su mano enjuta;
 era de mármol negro, y tan pesada,
 que dos mancebos de una fuerza hercúlea,
 si probasen de acuerdo á suspenderla,
 pudieranlo alcanzar con pena mucha.
 ¡Tanto es verdad que un corazón sublime
 rejuvenece al borde de la tumba!
 ¡Adiós, mundo...! repite, y delirante
 iba á lanzarse en la mansión oscura,
 cuando un ángel, hermoso como el cielo,
 adornada la sien de blancas plumas,
 le asió del hombro, y dijo con voz suave
 —«Cristiano trovador, detén tu furia.
 Para vivir es tuya la existencia;
 pero para arrancártela no es tuya.
 ¿Quieres que Dios, suicida te maldiga,
 y el fuego del infierno te consuma?
 ¿Quieres, despues que está la gloria ab'erta
 esperando tu alma noble y justa,
 tus méritos borrar con un delito
 y labrarte la eterna desventura?
 Vuelve á la vida, tu misión no es esa;

deja este albergue pavoroso, nunca
humana planta volverá á pisarlo.
Huye, no se desplome y te confunda
Si de Tolosa en los florales juegos
ya aromas de oro, disputar no gustas,
mayor corona á tu cabeza aguarda.
Con santa inspiración tu laud pulsa,
vé á cantar á los hombres esa historia,
hija infernal de la ambición impura:
haz saber á los hijos descarriados
que un padre es como Dios, que aun muerto triunfa;
que no espere del cielo la clemencia,
el que viola su ley eterna, Augusta,
y á los débiles padres, que escarmienten;
pues la debilidad de un padre, es culpa.
¡Toma presto el laud, deja este alcázar...!
¡Huye, no se desplome y te confunda...!—
Dijo y desapareció. Cayó la losa.
—«¡Huye y deja este alcázar...!»—voz oculta
gritó en el panteón, y el eco ronco
se dilataba en las marmóreas urnas.

XIX.

LA DESPEDIDA.

Resignado y obediente
las órdenes divinas,
deja el anciano, llorando,
la infeliz morada antigua;
antes, á orar fervoroso
sobre el sepulcro se hinca,
forma una cruz en su frente
con el polvo de la orilla,
entonces con planta incierta,
triste y confuso camina,
dejando en llanto regada
la cara tierra que pisa.
Al ase al paso despidiendo
de las urnas cineríceas:
de cada columna pára,
á suspirar se reclina,
mejante á un arroyuelo
que dá cien vueltas distintas,
como temiendo alejarse
para siempre de las guijas
de las silvestres flores

que cultivó con su linfa.
Así llega hasta la puerta
por donde en más faustos días
entrara, de aplausos lleno,
ó de gloriosas heridas.
Allí pretende, aunque en vano
dar la postrer despedida;
pero fáltanle palabras
con que explicar su agonía,
«que no el elevado acento
concede al dolor Polimnía
ni roba al laud sus sonos
la mano desfallecida.» (*)
Siente un trueno subterráneo,
fosfóricas luces giran
sobre las altas almenas,
y vé fantasmas que gritan:
—«¡Huye de este alcázar...! huye...
Sálvate en esa colina,
no esperes que se desplome
y te sepulte en sus ruinas...!»—

XX.

LAS RUINAS.

Dios sabe lo que hace. Hay en la tierra existencias que corren breve espacio; pero que á la centella parecidas, duran, brillan, y acaban, arruinando. Forzado por la voz de los sepulcros su incierta planta dirigió el anciano á una altura distante milla y media, y allí paróse á contemplar el cuadro funesto y horroroso, que á su vista presentaba el alcázar inmediato. Al sombrío fulgor de las azules y verdes llamas que por puntos varios se alzaban flameantes, divisaba un gigantesco espectro, que azorado ya cruzaba vagando, ya corría, con paredes y escombros tropezando. Cada lamento que al caer lanzaba, era un trueno sonante y dilatado; si un capitel tocaba, descendía tras sí impeliendo los vecinos arcos. Un nuevo incendio pavoroso estalla allí dó fija su mirar de rayo. Era un Luzbel en medio del infierno; monarca de las furias sanguinario. Sigue tras él una fantasma negra que asido le asegura por el manto con la cabeza destocada y lisa, ojos hundidos, rostro descarnado; esqueleto infernal de piel vestido, seco el cuerpo las piernas y los brazos. Antorcha funeral de roja lumbre sacude sobre el hombro del malvado; y cada vez que pugna por librarse, ó su mal se levanta lamentando, con sardónica risa y ronco acento le grita:—«Miserable...! es tarde, en vano intentas escapar...! Ya tú eres mio...! Solo Dios te liberta de mis manos, y él... *no tiene piedad para perversos...* No te puedo dejar, Dios lo ha mandado.»— Y entónces agitando más furiosa la satánica antorcha, al desgraciado martiriza, y destroza, y descoyunta con horrible impiedad. En torno de ambos sin cesar un enjambre se veía de negras mariposas revolando,

y lechuzas, murciélagos y tinges,
que entonaban un himno endemoniado.
Es Rujero el espectro furibundo,
y la fantasma asida de su brazo
la eterna *maldición* que le seguía
hasta el fin de los siglos.

Sonó en tanto
una explosión terrible y pavorosa:
su forma el mundo recobró del caos
cual si estuviese entre una bomba inmensa
el globo de la tierra, y con su mano
un dios ó un génio el polvorin prendiendo,
en los aires hubiérale lanzado:
así cuanto existiera en aquel punto
todo se estremeció, fué sombra y pasmo.
No empero el trovador cerró sus ojos,
antes, ardiendo en entusiasmo santo
dijo—«Dios me lo manda cantar todo,
todo lo debo ver, Dios lo ha mandado.»—

.
.
.

Cuando el Sol esparció su luz primera
no quedaban vestigios del palacio,
ya era un páramo yermo mal cubierto
de áridas rocas y silvestres cardos.

XXI.

EL POETA.

Bajó de la colina
el venerable bardo,
y los pueblos le vieron
de cipreses y adelfas coronado.

Así corrió el poeta
las villas y los campos
de la antigua Barcino,
el trágico suceso discantando.

Los padres á sus proles
mostrábanle admirado,
los hijos le adoraban,
y unos y otros le llamaban Santo.

Y le acataban todos
la rodilla doblando;
semejante á un profeta
que entona en su laud divinos salmos.

Su glorioso instrumento
dejó al morir, colgado
de un laurel floreciente
en los siempre fecundos verdes ramos,

¡La indolencia del hombre...
 ¡Los siglos que pasaron...
 ¡Las tormentas y guerras...
 Con el laurel y el plectro han acabado...!
 Pero, todos los justos
 entre sus pechos castos
 con ígneas letras tienen
 Ramon Vidal de Besalú grabado

El poeta no muere;
 pues del tiempo y los hombres
 la Historia está en su lira,
 y la inmortalidad está en sus cantos.

EL BARDO CAUTIVO.

Desde que hicieron á Tarfe
 Gobernador de Almería
 Cubrió de miseria al pueblo
 Y de luto las familias,
 Era el alarbe tirano
 De faz adusta y sombría,
 De alma baja y sanguinaria,
 Y de *complexión* maligna.
 Finjiendo amar á Mahoma,
 Los cristianos perseguía;
 Mas del Corán, los sectarios
 Tambien feroz extermina
 Cual arrasante aquilón
 Que lanza de Dios la ira,
 Y al rápido paso yerma
 Las florecientes campiñas;
 Así con sus férreas garras
 Aquel sarraceno Atila
 Dado á la crápula, al hurto
 Y las lúbricas orgías,
 Todo lo tala y destruye

Con pérfida hipocresía,
 Sin perdonar la inocencia
 Ni el oro de las mezquita.
 Al ruido de las cadenas
 Sus ojos de tigre brillan,
 Y por su pálido rostro
 Discurre infernal sonrisa.
 Entre los míseros séres
 Que en las prisiones yacian
 Sufriendo el bárbaro enojo
 De aquel moderno Calígula,
 Hallábase un bardo jóven
 Que al lamentar la injusticia
 Del tirano, recordaba
 A su Granada querida.
 Solo un compañero tiene,
 Unico bien que no quitan
 Los déspotas de la tierra
 Mientras el hombre respira
 Era su laud, que á veces
 Tocar el triste solía.

II.

¡Cuán caro me cuesta, Granada querida,
 Eterna morada del plácido Abril,
 Haber, ¡ay! dejado tu vega florida
 Y el diáfano cielo del claro Genil!

¡Cuán caro me cuesta por ver una zambra
 Haber, ¡ay! dejado tu bello Albaicín,
 Tus muros, tus palmas, tus templos, tu Alhambra
 Y el verde paisaje que cerca á Coin!

Cual cisne creyente viajé á Andalucía
 En místicos himnos cantando al Corán;
 Jamás presumiendo que en mí cebaría
 Sus uñas de hierro voraz gavián.

En honda mazmorra, cercado de horrores
 Padezco sin culpa ¡tremenda maldad!
 ¡Así me arrebatan mis dulces amores!
 ¡Así, mi adorada feliz libertad!

El moro, Almería, que se halla á tu frente,
 Injusto, perverso, sangriento y cruel,
 Ni Dios ni ley tiene ¡mentido creyente!
 Su ley es la fuerza.... no hay Dios para él.

Mas ¡guay del profeta! Yo he visto soñando
 Marchar por la vega los hijos del Cid,
 Y al mágico acento de Isbela y Fernando
 Los fuertes guerreros volar á la lid.

He visto á ese Tarfe retar con pereza
 Los héroes que estaban de Isbela en redor,
 Y en sangre empapada rodar su cabeza
 Al golpe de un bravo doncel trovador.

He visto en tus muros, preciosa Granada,
 De los Nazarenos ondear el pendon,
 Y sobre la Luna menguante, apagada,
 Triunfante y altivo rugir el Leon.

He visto cautivas tus lindas huries,
 La planta al cristiano tus reyes besar,
 Y al Libio desierto partir los zegries
 Dó nunca tus torres podrán divisar.

Allí tendrán sólo su sol fulgurante,
 Su potro, su alfange, su mar mugidor,
 É inmensos espacios de arena abrasante,
 Si árbol, ni arroyo, ni planta, ni flor.

¡Granada! Granada! tus baños y fuentes
 Llorando abandonan los nietos de Agar,
 Y en Generalife sobre astas lucientes
 Las cruces de Cristo se ven tremolar.

¡Mas... cómo! ¡me engaña falaz la memoria
 Creando en mi mente fantasma de luz...?
 ¡No cantan mil ecos: «¡A Isbela victoria!
 ¡Victoria á Fernando! Victoria á la Cruz!»

III.

Dijo el bardo algo dudoso,
 Mas no le engañó el oído;
 Y derribando las puertas
 En alabardas y picos,

Por libertar sus hermanos,
 Al fulgor de rojos cirios
 Entraron en las mazmorras
 Los defensores de Cristo.

De los católicos luego
 Rompieron los duros grillos,
 Y ya vueltas las espaldas
 Abandonaban el sitio,
 Cuando con sonora voz
 El jóven árabe dijo:
 —«Libertadme, caballeros,
 Y dadme el santo bautismo.»—
 —«Loado sea Dios»—clamaron
 Dos valerosos caudillos,
 Que eran Aguilar y Ponce.
 —«Libre estás, él sea contigo.»—

—«No, repuso el prisionero
 Quiero al combate seguiros:
 Dadme armadura y espada,
 Justicia y venganza os pido.»—
 «¡Ay de tí Tarfe!» exclamó
 Blandiendo el acero fino,
 Y rápido como el rayo
 Partió al palacio morisco;
 Mas no le halló, que el tirano,
 De los combates al ruido,
 Antes que salvar la pátria
 Toma cobarde el camino.

IV.

Poco tiempo despues, creyendo Tarfe
 Que aparecer en bélica palestra
 Fuese lo mismo que oprimir al debil
 Y encerrar en mazmorras la inocencia,
 Arrogante llegó pidiendo campo
 De Isabel y Fernando á la real tienda,
 Y blasfemó del nombre de María
 Con negro corazón y torpe lengua.
 Ante los reyes un doncel postróse
 Aunque nuevo adalid, de cuna tersa,
 Y pendón especial, la gracia obtuvo
 De entrar con Tarfe en la marcial contienda.
 Tornó en breves instantes victorioso,
 Del bárbaro trayendo la cabeza,
 Y su garzota de mecientes plumas
 Fija en la punta de su lanza enhiesta.
 El campo al verle entrar clamó «¡Victoria
 Por el ilustre Lasso de la Vega!»
 Y el árabe cantor entusiasmado
 Los piés besó del español poeta.
 Algun tiempo pasado, al cielo plugo
 Que la sin par Granada se rindiera,
 Y sucedió cuanto el cautivo moro
 Profetizó cargado de cadenas.

.

¡Ay del mortal que sin razón oprima
 Al que ilumina inspiración suprema!
 Si lanza en él la maldición, se cumple
 Porque bajan del cielo sus sentencias.

TERCERA PARTE

ROMANCES

A LOS NATALES DE DELIO. (1)

La náyade más hermosa
que orna del Pindo la falda
escojido el manto azul,
torna la crencha dorada
que que prendado Favonio
gita en torno sus alas,
y Helicón voló á la orilla
tocando cítara blanda.
¡Alve! dijo, y nació Delio
coronado de guirnaldas.
No le brinda fortuna,
y el amor le regala:
y apenas vé la luz,
y las rosas de Chipre gratas
toma, despreciando el oro
en que fortuna le halaga.
Corren los años veloces;
y la deidad, enojada

Del desaire que al nacer
La hiciera, pide venganza.
Persíguele hasta lograr
Verle ausente de su pátria
Y en los extranjeros ríos
Beber las aguas amargas;
Hasta que piadoso el cielo
Salvo á Cuba le tornara
Donde complaciente vive
Colmado de honor: y es fama
Que cuando anuncia el Octubre
La cuarta vuelta del alba,
De Helicón los dulces cisnes
Y las vegueras cubanas,
Aquellos con áureas liras
Y estas con índicas arpas,
Cantan la *luna del Cuzco*
Y las ruinas de la *Alhambra*. (2)

EL EVANGELIO.

Camino de los Güines,
dice tiple tañendo,
do entregado á Baco
t un jóven montero,
n tarda incierta marcha
citando estos versos.
o hay para el hombre pobre

Tan eficaz remedio
Como el de emborracharse;
Pues así el pensamiento
Vé objetos muy distintos
De cuando se halla cuerdo.
Quizá por eso á Baco
Lo pintaron en cueros;

Y á fé, que si él estaba
 Cuando el feliz encuentro
 De aquella hija de Minos
 Que abandonó Tesco
 En las costas de Naxos,
 Como estoy yo; bien piens
 Que al rehusar su amor
 Fué sin duda temiendo
 Fuera tan loco amando
 Como era desatento.»
 Esto el jóven decía
 Mil monadas haciendo,
 Lanzando sendas piedras
 A gallinas y á perros,
 Sin reparar los charcos
 Que estaban en el suelo.
 Llegó, por fin, á uno
 Donde era el paso estrecho:
 Paróse, observó un poco,

Y echóse al lado izquierdo.
 Era apenas un vado,
 Y lo cruzó tan diestro,
 Cual quizá no lo hiciera
 El más práctico y cuerdo.
 Volvió á su anterior paso
 Y yo, el caballo hiriendo,
 Con él llegué á juntarme,
 Y dije:—¿Cómo es eso
 Que ha pasado, buen hombre,
 Sin mojarse ni un' dedo?—
 —«Nosotros los borrachos,
 (Me dijo sonriyendo)
 Perdemos la vergüenza;
 Más no el conocimiento.»—
 De mi rocín al trote
 Seguí yo así diciendo:
 «¡No hay duda que este diablo
 Me ha dicho el EVANGELIO!»

COMPañIA PELIGROSA.

Iban en compañía
 Una tarde de invierno,
 Corriendo gran borrasca,
 Un jóven habanero
 De zapatito bajo
 Sin medias; un isleño
 De levita y cachucha,
 Y un andaluz de aquellos
 De ¡sonci...! va... la otra!
 ¡Pó... geche osté lo mesmo...!
 A una taberna entraron,
 Pita larga pidieron,
 Y como tres distintos

Sin medio verdadero,
 Sobre cuál pagaría
 Se armó el contrapunteo.
 Llegáronse á las manos
 Y á botellazos luego.
 Conque salió el más libre
 Con media cara menos,
 Y alcanzaron las chispas
 A los que estaban viendo.
 —En viendo estas compañía
 Huye, Favio, muy lejos,
 Que de tal gente junta
 No sale nada bueno.—

CORA.

Hondos suspiros lanzando
 Del Sol las sacerdotisas
 Fijos los ojos en tierra
 Con tardo paso caminan.
 Cien guerreros las rodean,
 Que al son de roncás vocinas
 Cantando marchan, armados
 De mazas, arcos y picas.

¿Cuál es criminal entre ellas....?
 ¿De cuál yerro la castigan...?
 ¿Porqué no vá, como debe.
 Junto al Soberano Inca...?

¡Ay! que son sus tristes padres
 Los dos ancianos que miras,
 Quienes tragará la hoguera
 Por la vestal fugitiva.

¿Veis con palmas de alcañfor
 Sus canas frentes ceñidas,
 Y los codos que á la espalda
 Atados, sangre destilan?

¿Veis en el centro de aquella
 Arboleda semi-círcula,
 De plátanos y bambúes
 Que el viento apenas agita,

La fosa profunda y cóncava,
 Sedienta de humanas víctimas,
 Arrojando al Eter vano
 Llamaradas infinitas?

Pues allí van inocentes
 Por Cora á perder la vida:
 Por Cora, que tanto amaron,
 Y que adoran todavía.

Ya llegan, ya les desnudan
 Las blancas túnicas limpias...
 Ya los cánticos de muerte
 Suenan, y eterna partida.

Hablar el anciano intenta.
 —«Habla»—le contesta el Inca,
 Y acude á enjugar el llanto
 Que corre por sus mejillas.

Cruza en el pecho los brazos,
 La vista en el cielo fija,
 El corazón en la Gloria,
 Y en tierra las dos rodillas.

«¡Manco Omnipotente, (exclama),
 Sagrado Dios de las Indias!
 Nuestras almas con placer
 Ante tí se sacrifican;

Empero permite ¡oh Sol!
 Que humildemente te pida
 Una merced que hacer puedes
 Por tu potencia infinita:

Y es que cual tú quede claro
 El honor de mi familia,
 El lustre de tus altares,
 Y la virtud de mi hija.

¡Ay! mi Cora es inocente,
 El corazón me lo dicta,

Que no es malo nunca, quien
Con buen ejemplo se cria.»—

Ha dicho con firme acento,
Y con el alma oprimida
Abraza á su esposa y vuela
Hácia la funesta pira.

.....
¿Por dónde, ignota fantasma,
Fué tu invisible venida...?

¿De dó sacaste ese manto
Bordado de plata fina

Que te cubre, y esa espada
Nunca de estos pueblos vista,
Relievado el guarda-monte
Con las armas de Castilla?

¿Porqué entre los dos y el fuego
Defiendes el paso, á guisa
De una sombra que separa
La eternidad de la vida...?

—«¡Teneos!» dice, y el manto
Cae, retrocede el Inca,

Y absorto y convulso exclama:

—¡Cora...! ¡Alonso de Molina...!—

«Cora...!» «¡Alonso...!» el campo suena,
Y amante, padres é hija

Abrazáronse y «¡perdon...!»

El pueblo y guerreros gritan.

Postróse Alonso á los piés

Del gran Príncipe Atalibas,

Y alcanzó de su bondad

Abolir la ley impía;

Por la que, á la menor falta

Que en el templo cometían,

Eran aquellas vestales

Llevadas á quemar vivas.

Así de amor fuéles dado

Gozar la inefable dicha,

Pasando á esposas y madres

Del Sol, las sacerdotisas.

EL PESCADOR DE SAN JUAN. (3)

I.

SALUTACIÓN.

Lleno de gozo y amor
De San Juan junto á la orilla
Cual amante ruiseñor,
Cantaba así en su barquilla
Un cubano pescador.

«Dulce y adorada Amira,
Escucha á tu fiel cantor,
Que solo por tí suspira,
Y te saluda en su lira
Aunque le ves pescador.

Sé que tu pecho no esquiva
 Mi fino y rendido ardor,
 Y que con canción festiva
 Siempre repites «¡que viva
 De San Juan el pescador!»

Si alguna blanca desdeña
 Con genio murmurador,
 Tu virtud, que tiene es seña
 Envidia de la trigueña
 Que celebra el pescador.

Tendrán quizá algún amante,
 Más aparente Señor,
 Más rico y más elegante;
 Pero no que así les cante
 Como á tí tu pescador.

Díles que son como estrellas
 Los ojos de tu cantor,
 Y aunque se alaben por bellas,
 Vale más que sus querellas
 Un beso del pescador.

Díles que el juicio perdieran
 Al contemplar su esplendor,
 Y que de envidia murieran
 Si solo una vez te vieran
 Abrazando al pescador.

Díles que tiene por vela
 De Vénus el ceñidor,
 Y que las alas de amor
 Son los remos con que vuela
 La barca del pescador.

Así quedaran confusas
 Al ver el almo candor
 Con que su maldad rehusas,
 Y que tejieron las musas
 Las redes del pescador.

En fin, mi gozo inefable
 Recibe, preciosa flor,
 Mi cariño incomparable
 Y el corazón invariable
 De tu amado pescador.»

Dijo, y levó su potala
 Marmórea de albo color,
 Luciendo, mientras que bala,
 Como el oro de Zempoala
 La frente del pescador.

«Amor» cuando se movían
 Dicen los remos, «amor»
 Los pececillos decían,
 Y las olas repetían
 Los ecos del pescador

II.

EL CANGREJO Y LA GARZA.

Ya en los mares de occidente
 El Sol su luz ocultaba,
 Mientras que yo discurría
 Por las riberas de Sagua
 Cortando los tibisies
 Donde fabrico mis nasas.
 Sobre un manglero frondoso
 Posándose había una garza,
 Y el envidioso cangrejo,
 Desde el cieno así le hablaba:

—«¿Presumes que eres hermosa,
 Ágil, ligera y gallarda,
 Porque el aire veloz midas,
 Presta en el suelo andas?
 Pues sabe que me incomodas
 Eres desproporcionada,

Que toda te vuelves piernas,
 Pescuezo, plumas y alas:
 Yo también por tierra corro,
 Y sé nadar en el agua.»—

—«Nunca tu enemiga fuí,
 Contestó el ave bizarra;
 Mas pues la naturaleza
 Te prohíbe el ver tus faltas,
 Quiero decírtelas. Eres
 Bestia inmundada, informe, extraña
 Emblema de los chismosos
 Por tu boca extraordinaria:
 Tu cara (si es que la tienes
 Donde nadie te la halla)
 Es horrible, grande y dura,
 Y toda tu forma es rara.

Por despellejar á otros
 Al aire tus huesos andan;
 Vives siempre desconfiado,
 Porque quien á todos daña,
 Teme que le dañen todos.
 (Única razon que alcanza)
 Sí, nadas y corres; pero
 Para a trás corres y nadas.
 Murmuras mis muchas piernas,
 Sin ver que todo eres patas,
 Y en fin, el que te crió,
 Por humillar tu arrogancia,

Hace que nazcas en lodo
 Y en él mueras, esto basta.»

El cangrejo, sin vergüenza,
 (Que tenerla es cosa rara
 Quien sin mirarse la suyas
 Murmura de agenas faltas)
 Huyó á esconderse en su cueva:
 Fuese á otro mangle la garza,
 Y yo á cortar tibisies
 Para fabricar mis nasas.

III.

LA SARDINA.

«Al que no te enseñe plata
 No le dés ni una sardina.»
 Esto me gritaba un jóven
 Del mar parado en la orilla,
 Y curioso por saber
 La causa que le movía,
 Viré de prora, y en tierra
 Hice embicar la barquilla.
 Le ví el pantalón tan roto,
 Tan sin sombra de camisa,
 Y en fin, tan flaco y desczalzo,
 Que un espectro parecía.

—«No extrañes que así te hable:
 Aunque me ves sombra viva,
 Yo en un tiempo fui poeta
 Todos versos me pedían,
 Dándome en cambio alabanzas
 Que en verdad no merecía;
 Falté á mis obligaciones

Por andar loando ninfas
 De amartelados amantes
 Que visto en mi vida había,
 Y me han puesto en el estado
 De mendigar la comida
 Y vivir entre los montes
 Como bestia fugitiva.
 Adios, sigue mi consejo,
 Desgraciado si lo olvidas.»—
 Mas yo, que tambien la vena
 De generoso me pica,
 Y que del tonto la plaza
 Pagué veces infinitas,
 Contesté—Dios te lo premie—
 Volviéndome á la barquilla,
 Jurando que en adelante
 Aunque las bote podridas,
 «Al que no me diere plata
 No le doy ni una sardina.»

IV.

LA FRAGATA Y LA BARQUILLA.

Infladas las anchas velas
 Al soplo de fresca brisa,
 Una aligera fragata
 Del puerto ufana salía:
 Desde la dorada popa
 Burlando de mi barquilla,
 El capitan y el piloto
 —«¡Ah de la real!»— me decían,

Y con silvos y risadas
 Insultaban mi desdicha.
 Yo los miré con paciencia
 Desenredando mis pitas,
 Y ellos se alejan ligeros
 Casi á perderse de vista.
 Era cerca de la noche,
 Mi rostro al norte se fija,

Y sus verdi-negras nubes
Próxima tormenta indican.
Suelto la potala, y corto
Mis cordeles, remo aprisa,
La palanca clavo en tierra
Y llevo salvo á la orilla.

Cúbrese de luto el cielo,
Ráudo el relámpago brilla,
Restalla horrisono el rayo,
Ruge el mar, el Bóreas silba,
Y su ímpetu horrible arranca
Las palmas de las colinas.

Allá lejos, de las ondas
Y los vientos combatida,
Roto los cables y velas
Y sin timon, se divisa
La desventurada nave,
Do quier volando las drisas,
Ya bamboleando en las ondas,
Ya en los abismos se hundía:
Aquí un cañon, suelto rueda

Y á muchos deja sin vida;
A otros allí por librarse
Les coje el mar cuando huían:
Así bajando y subiendo
A la tierra se avecina,
Hasta dar con una roca
La no bien compuesta quilla.
Cuál asegura una tabla,
Cuál á una flotante pipa
Pasa la noche aferrado
Esperando el nuevo día.
Calma el viento, el mar serena,
Y los que ayer burla hacían,
Hoy su salvación debieron
A mi bondad compasiva,
Que desmayados á tierra
Los conduje en mi barquilla.
Así, conozca los llantos
Que vienen tras de la risa,
El que se burla del pobre
Por ser de alta gerarquía.

V.

LAS DOS OLAS.

De blanda brisa impelidas
Como dulces compañeras,
Dos olas del mar salado
Marchaban á la ribera,
Cuando impaciente la una
Acusando la pereza
De su amiga, así le dice:
—«Atrás, taimada, te queda;
Así nunca medrarás
Por andar con las pequeñas:
Serás como ahora me junto
Con otras olas soberbias,
Y me levanto del Ponto
En la superficie tersa,
Y sumerjo los navíos
Y me trago hasta la tierra.»—
No bien hubo engrosado
Entendido, cuando envuelta
Por su misma pesadumbre
Quedó en espumas deshecha,
Y así acabó; mas la hermana
Que alzarse la vió tan hueca,
Quió callada y tranquila

Burlando de su demencia.
Ya un pintado pececillo
Saltando la sigue y juega,
Ya en ella el suave Favonio
Su planta toca ligera;
Así se vá deslizano
Hasta que á la orilla llega,
Donde abraza la cintura
De una preciosa doncella,
Y sube á su rostro, y moja
Su flotante cabellera,
Pasando á morir tranquila
En lecho de blanca arena.
Yo que mis redes cuidaba
En tanto que el Sol las seca,
Y he dado en ambas locuras
De pescador y poeta,
Creí que el mundo era el mar,
Y hombres las olas. Aquellas,
Que de la calma se apartan
Desdeñando la pobreza
Y con los grandes se juntan
Por ostentar preeminencias,

Son trasuntos de los vanos
 Amantes de la opulencia
 Que mueren sin alcanzarla
 Entre el ánsia y la miseria,
 Desprendidos de los suyos
 Por seguir quien los desprecia:
 Y éstas, que caminan mansas
 Y no ambicionan ni anhelan
 Más bienes que aquel estado
 Que les dió naturaleza,

Son los pacíficos hijos
 Del DEBER y la PRUDENCIA,
 Que ni murmuran ni envidian
 Ni de los suyos se alejan,
 Ni distinguen por colores,
 Ni casan por conveniencia,
 Ni se envanecen, ni tienen
 El trabajar por afrenta,
 Y solo precian acciones,
 Y viven de lo que pescan.

INÉS Y ROSA.

La mañana de San Juan
 Cuando sus largos cabellos
 Salpican de lindas flores
 Las jóvenes con esmero;
 Cuando se cuelgan los patos
 Untados en grasa el cuello,
 Y los ginetes se afanan
 Para disputarse el premio;
 Cuando brilla una sortija
 Que codician los cortejos,
 Y cada bella ambiciona
 Ornar con ella su dedo;
 Entre el grupo de hermosuras
 Que presenciaban los juegos,
 Hallábase la preciosa
 Inés de Rebacadero,
 La que se lava los piés
 De Sagua en el nacimiento,
 Y pisa los granos de oro
 Bajo el Escambrai soberbio;
 La que cuando canta y toca
 En el arpa el *zapateo*,
 Tiene las manos de ángel
 Y la garganta de cielo;
 La que cuando lleva al baile
 Su chal de púrpura puesto,
 Es la envidia de las damas
 Y el pasmo de los vegueros:
 Y en fin, la que jugó el pollo
 Malatobo espueli-negro
 En Arimaó, y ganó
 Al de Iznaga jiro-prieto.
 Iba sobre un alazan
 Con sillón de terciopelo,
 Y las cintas de su gorra

Sueltas á merced del viento.
 De azul-celeste vestida
 Estaba con cabos negros,
 Y negros eran los guantes,
 Blanco y bordado el pañuelo.
 Varios ya, corrido habían
 La sortija sin efecto,
 Cuando el gallardo Narciso,
 El que vive en *Sitio-viejo*,
 Picando desde *Anton-Diaz*
 Cual relámpago ligero,
 Sobre su potro gallado
 Entró á la marcha en el puel
 Todos corren á porfia
 Antes que emprenda el manco
 Su carrera, porque saben
 Su pulso y ojo certero;
 Mas él del triunfo seguro,
 Llegó á Rosa, no advirtiéndolo
 Que disimulada Inés
 Le observaba no muy lejos.
 —«Por verte, y porque me v
 Doncella de la *Pastora*,
 He venido en media hora
 Desde *San Juan de las Yera*.
 Si ser desairada esperas
 Con pesar, por las que aquí
 Tienen sus amantes, dí
 Que no puede suceder,
 Porque voy, niña, á cojer
 La sortija para tí.»—
 Dijo, y picando el gayado
 Llamó el animal al freno,
 Que dió un salto, relinchó,
 Y todos campo le hicieron.

legó Narciso á la raya,
 lanzó un doblón en el suelo,
 sobre el aro imperceptible
 fijó sus ojos de fuego.
 partió... mas cual saeta
 parte tambien á su encuentro
 una amazona aguijando
 un fuerte alazan ligero.
 echan los brutos al choque,
 alegre el concurso inmenso
 aplaude el terrible arrojo
 con silbos y palmoteos.
 tiróle Inés un instante,
 abiosa de enojo y celos,
 luego con falsa risa
 dijo en irónico acento:
 «Permitame usted que corra
 delante yo, caballero;
 siempre sortija si quiere
 cumplir con su ofrecimiento:
 vaya á decirle amoríos
 Rosa la de *Cienfuegos*;

Que ésta no se la pondrà,
 Porque tiene mejor dueño.»—
 Dijo, y mientras que Narciso
 La contemplaba suspenso,
 Alarga las riendas, pica,
 Llega y arrebató el premio.
 Rosa, al verla que volvía
 ufana del buen suceso,
 Mordióse sus rojos lábios
 Y bajó la vista al suelo.
 —«Señorita, dijo Inés,
 Tenga, porque no se aflija,
 La prenda de su interés.»—
 Y rompiendo la sortija
 Arrojosela á los piés.
 Marchóse al punto jurando
 A Narciso un odio eterno.

.....
 Mas cuenta despues la historia
 Por boca de todo el pueblo
 Que murió la pobre Inés
 Devorada por los celos]

EL DESENGAÑO.

Cansado un marido pobre
 de ver miseria en su casa,
 sin dinero, sin salud
 encontrar quien le fiara,
 que no le era posible
 tener carne sin dar plata,
 dijo:—«Pues gocen los ojos
 que el estómago ánsia.»—
 arrojóse al matadero,
 arrojóse sobre una tabla,
 allí aguardando se estuvo
 que empezase la *matanza*,
 donde de varios sujetos
 reunion contemplaba,
 al ver sus hondos bolsillos
 llenos de monedas varias
 aunque ambicioso no era,
 como su fiera desgracia
 hacer, que la suerte de ellos
 desde una vez envidiara.
 llegó el momento terrible
 que las reses se sacan
 con las cuerdas y heridas

Para darles muerte aciaga.
 Entónces como adalides
 que en las justas se adelantan
 aguijando los corceles
 en ristre puestas sus lanzas,
 armóse entre todos juntos
 una confusa algazara:
 cuál afirma que es ternero
 el que de matar se trata;
 cuál si la moneda debe
 ser sencilla ó columnaria,
 y cuál, en fin, si la edad
 se vé en el corte del asta.
 el contratista y el fiel
 trabaron disputa brava,
 no porque viesen las reses
 diez días, sin beber agua;
 que aunque ello un descuido
 que á todo el público daña,
 el público para ellos
 vale lo mismo que nada.
 era su propio bolsillo
 el que cada cual miraba,

Desatendiendo las leyes
 Que sus atributos marcan.
 En fin, el juez que nombrado
 Allí de mes se encontraba,
 Como hombre justo falló
 Imparcialmente en la causa.
 Mas no por eso quedaron
 Los contendientes en calma,
 Porque con ojos torcidos

El uno al otro miraba.
 Reflexionando el buen hombre
 Los disturbios que allí pasau,
 Dijo—«Si tantas fatigas
 Cuesta tener carne y plata,
 Como no encuentre otra cosa
 En que poder agenciarla,
 Si ha de ser por este estilo
 Jamás las habrá en mi casa.»

LA SATISFACCIÓN.

CUBANO.

Una encapotada noche
 Del Diciembre, oscura y fría,
 Lisio, veguero que mora
 Del Ay en la verde orilla,
 Sentado sobre una piedra
 A la puerta de Selmira,
 La más apuéstá beldad
 Que con planta breve pisa
 Las alfombradas praderas
 Bordadas de florecillas
 Que argenta la blanca aurora
 En los campos de Güinia,
 Al son de su tiple blando
 Cantaba con voz meliflua,
 Para acallar con sus trovas
 Las quejas de su querida.

«Prenda de mi corazón,
 Ya que arrebatat te dejás
 De la amorosa ilusión,
 Te probaré que tus quejas
 En todo infundadas son;
 Dices que un pesar agudo
 Sientes, que amor no te tengo,
 O que de tu afecto dudo,
 Toda la vez que no vengo
 A visitarte á menudo.
 Mil ejemplos te dará
 Mi pecho fiel, cariñoso,
 Por ser bien sabido ya
 Que el rio más caudaloso
 No siempre crecido vá.
 Hace la lluvia favor
 A los renuevos lozanos;
 Mas si es con mucho rigor,

Mueren los tallos temprano
 Sin dar una sola flor.
 De una potencia infinita
 Las llena el Sol refulgente;
 Pero tambien las marchita
 Si es muy continuo y ardiente,
 Y su belleza les quita;
 Y como los amadores
 Apasionados y rectos,
 Si no templan su ardores
 Sienten los mismos efectos
 Que el Sol, el agua y las flores.
 Por eso, prenda querida,
 De mi esquivéz aparente
 No debes estar sentida;
 Puesto que tú solamente
 Eres el bien de mi vida,
 A tí sola, amada hermosa,
 Todos mis intentos van
 Con marcha rauda y gozosa,
 Como el acero al imán,
 Como el céfiro á la rosa.
 Calma, pues, el sentimiento
 De que en nada tengo parte,
 Y acoje el leal acento
 De éste, que sabrá adorarte
 Hasta su postrer aliento.»
 — Dijo y calló; de repente
 Abrióse sin ser sentida
 Una ventana, en la cual
 Un blanco pañuelo brilla.
 Acércase Lisio á ella,
 Reconoce, se aproxima,
 Y después... ¡«Era una noche
 Del Diciembre, oscura y fría!»

EL SANTO DE NISE.

CUBANO.

1.º

De Santa-Clara en el hato,
 A orilla de un arroyuelo
 Que de Sur á Norte jira
 Con caprichosos rodeos;
 Y luego sigue al poniente
 Entre *purios* gigantescos,
 A entrar en Camajuani
 Limpio, bullicioso y terso:
 Por la Luna iluminados
 Que decora el firmamento,
 Al son de sus tiples cantan
 Los más gallardos vegueros.
 A un rincón del colgadizo
 Yacen los machetes quedos,
 Sus bien domados caballos
 Pacen por el campo sueltos;
 Forman un informe grupo
 Las albardas y aparejos,
 Y los jóvenes descansan
 En fuertes bancos de cedro.
 Todos el natal de Nise
 Van á celebrar contentos,
 Y llevan puchas de flores,
 Y cintas en los sombreros:
 Pañuelos á la cintura
 De olan, y de seda al cuello,
 Finas camisas bordadas,
 Y joyas de mucho precio.
 Es Nise la más graciosa
 Trigueña de *Tierra-dentro*,
 Tiene el cuerpo como un ángel,
 La cara como un lucero,
 Canta como un ruseñor,
 Es de canela su aliento;
 Pero su gracia enamora
 Más que su cara y su cuerpo
 Una décima á cantar
 La «Juanico el Cayero,»
 Conocido por «Sinsonte»
 En San Juan de los Remedios
 Cuando cercano los pasos
 De un caballo se sintieron;
 Y allaron á la vez todos

La vista al punto volviendo,
 Y al reconocer el bulto
 A recibirle partieron,
 Dejando puesto sus tiples
 Sobre los bancos de cedro.

2.º

De limpio y blanco vestido,
 Sobre una jaca soberbia,
 Tan fuerte y suave de paso,
 Como gallarda y ligera,
 Un joven de negros ojos,
 Rostro afable y talla esbelta,
 Sin esperar que descorran
 Los palos de la *tranquera*:
 —«Por felicitar tu santo
 Vengo, Nise, de las Huertas;
 Dios te dé un siglo de vida.»—
 Dice, pica, salta y entra.
 Volaron de su corbata
 Las puntas al aire sueltas,
 Y las espuelas punzantes
 Al tiempo de bajar suenan.
 De carey, y plata fina
 Su machete el puño ostenta,
 Y en él lucen incrustadas
 Finas y brillantes piedras.
 Todos le tienden la mano,
 Y él á todos recompensa
 Diciendo—«Mandar, amigos,
 A Marcial el de las Huertas.»—
 Nise agradecida entonces,
 Y sus padres que se acercan,
 Dieron á Marcial las gracias,
 Y mandan á abrir cerveza.
 Claudio solo en el bullicio
 De los otros no se mezcla;
 Tomó su tiple, y á Nise
 Miró de piés á cabeza;
 Puso una prima, templólo,
 Preludió *el punto* en sus cuerdas,
 Y cantó con voz sonora

Estos cuatro *piés* por tema.
 «He de morir ó vencer,
 O has de ser mi amada prenda,
 O todo lo he de perder
 Con tal que tu amor no pierda.»
 —Canta, *hermano*, (Marcial dijo
 Poniéndose á su derecha)
 Que aunque vengo sofocado,
 No te faltará contesta.
 Y golpeando con el *mocho*
 En el canto de la mesa,
 Impaciente que le llegue
 De cantar su turno, espera.
 El viejo en tanto se ocupa
 Ordenes dando diversas;
 Manda que del huésped guarden
 El machete y las espuelas,
 Que el lechón tostado viren,
 Poner el vino en botellas,
 Limpiar vasos, y quitar
 La albarda á la jaca negra.

3.º

Como los celos sin duda
 Son enjendros de Luzbel,
 Que el que ama y llega á sentirlos
 No los puede contener,
 Claudio con Marcial al lado
 Y Juanico frente á él,
 (Que en pretensiones de Nise
 Eran rivales los tres.)
 Y todos tres con sus humos
 De poeta tal cual vez,
 Esta improvisó cantando
 Segun lo ha dicho después.
 —«Se afanan dos ruiñeños
 Por una rosa de Abril,
 Que es aurora del pensil
 Y emperatriz de las flores;
 Mas otro que sus favores
 Tambien quiere merecer,
 Jura firme y sin temer,
 Por el Supremo Hacedor,
 Que en defensa de la flor
 Ha de morir ó vencer.»—
 Menos Juanico y Marcial,
 Todos contestaron—«¡Bien!
 Ya está caliente, veremos
 Quien le pone el cascabel.»—

Viendo que todos callaban,
 Claudio con más altivez
 Siguió por el mismo tema
 Y cantó las otras tres.
 A cenar, dijo el anciano;
 Y no hubieron menester
 Repetición, pues los plátanos
 Pavos, lechon y pastel
 Fueron cual real de enemigos
 Asaltados á la vez,
 A cuchillo, diente y *mano*
 Sin dar á nadie cuartel.
 —«¿Y Marcial?—preguntó uno»—
 —«Con Claudio y Juanico fué
 A tomar agua al arroyo,
 Segun dijeron»—«Ya sé...
 (Repuso el primero) y faltan
 Sus tres machetes tambien...»
 —¡Ir al arroyo por agua
 Habiéndola en casa...? pues
 Esos han ido... ¡qué diablos...!
 Dios quiera... vamos á ver.—
 Dijo, y tomando sus quimbos
 Salieron todos tras él.

4.º

Dispersos por entre el monte
 Que cubre el opuesto lado
 Del arroyuelo, caminan
 Los que la cena dejaron.
 Tambien el padre de Nise
 Ha querido acompañarlos;
 Síguenle el *quincho* y el *trueno*.
 Dos perros de casta bravos.
 Al pié de una vieja seiba
 Lucir machetes notaron,
 Y á la vez exclaman todos:
 —«¡Ellos son...! allí están...! alto...!»—
 Todos á la seiba corren,
 Y antes de llegar sacaron
 Los unos sus *calabozos*,
 Los otros sus *toledanos*.
 Apartáronse al momento
 Juanico, Marcial y Claudio,
 Cada cual su acero tinto
 En sangre de su contrario.
 El capitán del partido
 Rondaba por allí acaso,
 Y las voces de JUSTICIA....

¡Darse presos....! resonaron.
 Como tomeguín que viendo
 Voraz gavilán cercano
 Abre las alas y huye
 Con la rapidez del rayo;
 Así los promediadores,
 Y contendentes dejaron
 El puesto, y desaparecieron,
 Distinto rumbo tomando.
 Al entrar en casa el viejo
 Con sus dos perros cansado,
 Sentóse sobre un serón
 Y llamó á Nise, ignorando
 Que si un *tercero en discordia*
 Dió á Breton asunto tanto,
 Nise aventajó al poeta,
 Porque escapó con un cuarto.
 Buscóla en el gallinero
 Y bajo los emparrados
 De jazmines, presumiendo
 La hubiese el susto llevado
 A ocultarse, temerosa
 De algun imprevisto daño;
 Mas viendo que sus desvelos
 Y sus gritos eran vanos,
 Ya comenzó á presentir
 Diferente resultado,
 Y lanzó tristes suspiros
 Vertiendo abundoso llanto.
 Mientras esto sucedía
 A los dos padres ancianos,

Y unos huían, y los otros
 Se estaban quizá curando;
 Un hombre en su capa envuelto,
 Con un trabuco cargado,
 Puesta delante una jóven,
 Aguija un moro mosqueado.
 Como del Camajuani
 Ya la corriente cruzaron,
 Y dirijen su camino
 De la *Guadalupe* al *Cayo*;
 La Luna, que solo á un tercio
 De su carrera ha llegado,
 Refleja en sus negros ojos
 Y dá en su rostro de plano.
 Era Nise, y Rafael
 Aquel en discordia cuarto,
 Que casó con su trigueña
 De tres semanas al cabo.
 Un día de buen humor
 Ante Nise contó el paso,
 Y no me pareció mal
 La historia de los tres guapos
 Que despues de haberse herido
 De Nise por los encantos,
 Ni han vuelto á pensar en ella,
 Ni en la noche de su santo.
 Bien que por parte de Nise
 Están los matones pagos;
 Pues jura que jamás quiso
 A Marcial, á Juan, ni á Claudio.

FAJARDO.

MORISCO.

Era la noche; en silencio
 Estaban montes y valles,
 Solo del viento el silbido
 Resonaba entre el ramaje.
 Del Genil por la ribera
 Caminaban cuatro alarbes,
 Armados de largas picas
 Y damasquinos alfanges.
 Cabalgan prestos corceles
 Más negros que el azabache,
 Y doradas medias lunas
 Ornan sus rojos turbantes:

Detienen al par los brutos,
 Observan por varias partes
 Y ocúltanse cautelosos
 Al pié de unos verdes sauces.
 No léjos vése una quinta
 En cuyo centro se esparcen
 En ternísimos coloquios
 Dos misteriosos amantes;
 Embelesados respiran
 El puro impregnado aire
 Con el perfumado aroma
 De alejandrinos rosales.

Del alba al lucir la estrella
 Se abrazan, miranse, parten
 Y hasta perderse de vista,
 Hablando por señas vanse.
 Las tapias salta ligero
 El mancebo, y sin curarse
 De peligro que desprecia,
 Monta en su potro arrogante.
 Gruesa lanza de dos hierros
 Segura en la cuja trae,
 Y del tahalí pendiente
 Derecha espada cortante.
 Roja cruz luce en su yelmo,
 Y de la cimera caen
 En varios giros, seis plumas
 Cual la nieve de los Alpes.
 —«Adiós, Zelindaja bella,
 Presto podré bautizarte.»
 (Iba diciendo á sus solas)
 Y serás mi esposa —«Dáte!...
 «Dáte á prisión, nazareno,
 O perecerás!» —«Aparte,
 Perros, que lo que decís,
 No es tan fácil realizarle;
 Y si os empeñais en ello,
 Sabreis quien soy.» —«Ya se sabe
 Que eres Fajardo el de Murcia,
 Y venimos á llevarte.» —
 Dijeron, cuando il guerrero
 Les embistió, semejante
 Al rayo que inflama el éter
 Y cuanto encuentra deshace.
 Rota su lanza en los choques
 De dos que en la tierra yacen,
 Por la espada apela, y cierra
 Con los que tiene delante.
 Mas al son de las bocinas
 Que los dos á la vez tañen,
 Nuevo tropel de agarenos
 Se presenta en el combate.
 Cada vez que el bravo joven
 Alza la diestra incansable,
 Descarga un golpe de muerte,
 Y un cuerpo, sin vida cae:
 Pero tambien de sus vasos
 La noble púrpura sale,
 Y ya las hercúleas fuerzas
 Van empezando á faltarle:
 Cuando tres nuevos guerreros
 Ve de improviso lanzarse

Sobre la turba, vibrando
 Sus cimitarras cortantes.
 Al choque de los aceros
 Retumba el vecino valle,
 Y en chispas al aire vuelan
 Meteoros de fuego y sangre.
 Ninguno cede ni huye,
 Un ¡ay! no se escapa á nadie;
 Quien, con su contrario cierr
 O muere, ó pasa adelante.
 Ya de los asaltadores
 Uno solo hay de combate,
 Herido, en pié, sobre un grupo
 De hombres muertos ó espirantes.
 De sus caballos desmontan
 Los cuatro para acercarse
 Y suben con pasos prestos
 Aquel muro de cadáveres.
 —«Ríndete, Fajardo, gritan.» —
 —«¡Sólo yo seré el cobarde?» —
 Dijo el moro, —Ven; cristiano,
 Toma otra prenda de Azarques,
 Y alzando el acero corvo,
 Tan terrible golpe dále
 Que á no ser el yelmo fino
 Le hiciera el cráneo en dos parte
 Bamboléase el guerrero;
 Mas volviendo en sí al instante,
 Cual pino que el viento dobla
 Y torna súbito á alzarse,
 Acometióle de cerca,
 Y diciendo —«¡Alá te ampare!» —
 Quitó de un revés al cuerpo
 La cabeza y el turbante.
 De los tres aparecidos,
 Aquel de mejor talante,
 Levantóse la visera,
 Y el rostro mostrando afable,
 Dijo —«Fajardo el de Murcia,
 Cerca de aquí me salvaste,
 Cuando á Zoraida cautiva
 Condujeran tus infantes.
 Y yo, á tu nobleza atento,
 Sabiendo que el fiero Azarques
 Que siempre, sin ser querido,
 Fué de Zelindaja amante:
 Ardiendo en celos rabiosos
 Procuraba muerte darte;
 Vine como caballero
 A rendirte el homenaje

me hice de servirte en todo
 que á la pátria no dañe.
 tarde llegué, mas no tanto
 fuese á tu vida tarde.
*Y enemigos te persigan
 necesidad te asalte,*
 me yo soy Aben-Zulema
 vivo en Granada sabe:
 en á vendar tus heridas
 un ADUAR poco distante,
 onde estar podrás seguro
 asta que sano te halles.»—
 «No son tan hondas, amigo,
 me me impidan á que marche,

Y pues como caballero,
 Sabrás secreto guardarme;
 Sirve á Zelindaja, y díla
 Si la vieres... no la hables.
 Seamos amigos por siempre,
 Noble Gazul y Aben-Zayde;
 Tal vez volvamos á vernos,
 Y hasta entonce, Alá te guarde,
 Valeroso Aben-Zulema.»—
 —«Nazareno, Dios te salve.»—
 Abrázanse, y montan luego
 Sus corceles arrogantes:
 Él vá en vuelta de Coin,
 Y ellos á Granada parten.

ESPECULACIÓN MODERNA.

Lucio entre los figurines
 el jóven más apuesto,
 en medido en sus acciones
 como agradable de genio:
 Toca la flauta al primor
 alguno que otro instrumento,
 en fin, con sus buenas dotes
 todos gana el aprecio;
 Pero tiene una extrañeza,
 es, que nunca fuerza ha hecho
 r acercarse á una hermosa
 ra decirla un requiebro.

Cuando con viejas y feas
 Que parecen esqueletos
 Enreda la pita, entónces
 Está Lucio en su elemento.
 Preguntéle una ocasion
 La causa de tal efecto,
 Y él me contestó—«El motivo
 Es bien fácil conocerlo:
 A mí, como á cada cual,
 Me gusta tambien lo bueno;
 Mas á la vez que una esposa,
 Busco mujer, y dinero:

Despues que halle lo que he dicho
 Verás como me manejo:»—
 No es hoy el único Lucio
 Que especula en casamientos.

EL JAQUETÓN.

trase el guajiro Alberto
 mozo más arrogante
 e ha recorrido los montes
 de la Mocha á Tapaste:
 a machete (segun él)
 el más fino y cortante
 ha entrado en vaina de cuero
 aya manejado un jaque.
 ta el coco de los mozos,
 actotum de los bailes,
 emido de los jueces,
 as bellas el amante.

Todos contaban de Alberto
 Mil hazañas singulares;
 Mas nunca se vió que hubiese
 Reñido solo con nadie.
 Cierta ocasion que Narciso
 Mayoral del Aguacate,
 Entonaba al son del tiple
 A Celinda sus cantares,
 Trozóle Alberto las cuerdas
 Con un cuchillo cortante:
 Aquel alzándose al punto
 Le dijo—«Te la encontraste.»—

Y se lo deshizo encima
 Dejándolo tinto en sangre:
 Despues montó en su rocillo
 Y gritó—«Voy á esperarte.»—
 Todos creyeron que Alberto
 Tambien al punto montase;
 Pero, ¡Dios lo libre! estuvo
 Seis horas sin menearse.

Y yo digo: «Dios nos libre
 De guapos que mucho hablen
 Para escudarse despues
 Con disculpas de cobardes.»

Al cabo de cuyo tiempo
 Dijo—«Agradezca el tunante
 Que tengo padre y familia
 Y quiero mucho á mi madre;
 Que sinó... yo le diría
 Lo que merece un infame:
 Prudencia he tenido, y no
 Lo maté... porque... Dios sabe.»

UN AÑO Y UN DÍA.

MORISCO.

1.º

En torva noche lluviosa
 Del Diciembre oscura y fría,
 Sobre arrogantes corceles
 Ligeros como la brisa,

Blandiendo potentes lanzas,
 Del Guadalquivir á orillas
 Dos apuestos caballeros
 Con presta marcha caminan.

Bajo los verdes gabanes
 Que el Bóreas furioso agita,
 De las cortantes espadas
 Aureos puños se divisan.

Rojos turbantes los cubren,
 Cuyas tocas amarillas,
 A la vez que el rostro adornan,
 El casco de acero afirman.

Departiendo van los dos
 En buena paz y armonía,
 Sobre las civiles guerras
 De Leon y de Castilla.

—«No temáis que os falte nada,
 Mientras Almenón exista.»—
 El más vivaracho y jóven
 Al otro adalid decía:

Este como aquel que lleva
 La mente en cosa distin
 Distruido suspiraba,
 Y rara vez respondí:

A la voz de: «alto Abenzaide»
 Que un cercano árabe grita,
 Tienen las doradas riendas
 Mientras aquel se aproxima.

—«Mil años os guarde Alá»—
 —«Él venga en tu compañía»—
 Y llegando junto á ellos
 Les habla de aquesta guisa:

—«Alfonso, rey de Leon,
 El que hoy en Toledo habitas,
 Zaida, mi infanta y señora,
 A noticiarte me envía:

Que si de veras la amas
 No pongas el pié en Sevilla,
 Porque Benabet juró
 Tres veces en la mezquita,

Que si te prende en su tierra,
 Para lo cual tiene espías,
 Te manda ciego á la córte
 De Don Sancho de Castilla.»—

El príncipe de Toledo
 Que con Alfonso venía,
 Alzó entónces su visera
 Y ardiendo en rabiosa ira

Dijo—«Vuelve y dile á Zaida,
 Que en aquesta noche misma
 Hablará Alfonso con ella:
 Y si alguno con su vida

Tan disgustado se halla
 Que quiera perderla aprisa,
 Venga á buscar el descanso,
 Y encontrará con dos picas,
 Dos potros árabes fuertes.
 Dos espadas damasquinas,
 Y dos amigos leales
 Que de corazón se estiman:
 Con los cuales basta y sobra
 Para llegar, verla, oirla,
 Degollar á Benabet
 Y darle fuego á Sevilla.»—
 Marchóse al punto el esclavo,
 Y ellos, sin volver las bridas
 Embrazaron las adargas,
 Reconocieron sus picas,
 Requirieron las tizonas,
 Y, con heróica osadía,
 Del claro Guadalquivir
 Prosiguieron por la orilla.

2.º

En los jardines que adornan
 De Sevilla el régio alcázar,
 Entre dos filas de almendros
 Que entretendiendo sus ramas,
 Y ostentando en sus racimos
 Corazones de oro y grana,
 Forman estrellas las flores,
 En bóvedas de esmeralda;
 Hablando está un caballero
 Con una vírgen de Arabia,
 Por no ser sorprendido
 Desnuda tiene la espada.
 Otro montado guerrero
 Con una cuerda delgada,
 Cuyos dos extremos tienen
 Para hablarse sin palabras:
 Con un corcel por la brida
 Fuera del jardín le aguarda,
 Una pica empuña, y otra
 Está en el muro apoyada.
 Más de cien armados moros
 Con sigilo se adelantan,
 Doblados hasta el suelo
 Para no ser vistos, andan.
 Seguro cuentan el triunfo,
 Mas ¡vive Dios! que se engañan

Porque han de correr primero
 Rios de sangre africana.

Y aunque en almeleques grises
 Ocultas llevan las armas,
 Sus ojos de lince han visto
 Brillar una cimitarra.

Tira tres veces la cuerda;
 El de los jardines salta,
 Y se escuchan estas frases:

—«Adios Alfonso...»—«Adios Zaida.»—

Ya sube al muro, y ligero
 Al suelo rápido baja,
 Monta el indómito bruto,
 Y empuña la fuerte lanza.

Los moros apercebidos
 Sus alfanges desenvainan...

—«O las armas, ó las vidas»—

El gefe dice y avanzan.

Como torrente impetuoso
 Que rompe el dique, y sus aguas
 Las florecientes campiñas

Destrozan yerman y talan;

Así los dos adalides

Cuantos encuentran atacan,

Sin que resistirle puedan

Las cotas, petos, ni adargas.

Mas cual cilindrico muelle,
 Que al primer impulso amaina,

Y al mismo cuerpo impulsivo

Volviendo á su estado lanza:

Así los moros, repuestos

Con tal ímpetu les cargan,

Que ellos la sangre vertida,

Tambien con su sangre pagan.

Caballos y caballeros

Con cien heridas se hallan;

Pero entónces son más fuertes

Los golpes de sus espadas.

Auxilio piden los moros,

No hay de salvarse esperanza,

Porque en las mezquitas tocan

A rebato las campanas.

Para designar el punto

Una gran pira levantan,

Y el Capitan advertido

Que la pongan fuego manda.

Ya acude toda Sevilla

Con tumultuosa algarada,

Y el campo es un monte espeso

De picas y cimitarras.

—«Vamos á morir, Alfonso;
Mas conozca esta canalla,
Dice el Príncipe, que deben
Comprar nuestras vidas caras.»—

—«No morireis, caballeros,»—
Dijo una voz castellana.

A este inesperado grito
Volvieron ambos la cara,

Y vieron á un campeón
Sobre una acanea blanca,
De sin igual apostura,
Con dos hierros en su lanza.

Al enfrentar con la hoguera
Reverberaron las llamas
En el espejo bruñido
De sus refulgentes armas.

Hasta seis más le seguian,
Que el terror y muerte airada
Volaban cien palmos siempre
Delante de sus espadas.

Despavoridos los moros
El combate desamparan;
Y con los siete adalides
Alfonso y su amigo marchan.

—«Con qué podré, caballeros,
Pagaros aquesta gracia?»—
Dijo Alfonso, y contestóle
El de la cándida alfana:

—«Con qué un guante me entre-
Y empeñarme la palabra [gueis
De no salir de Toledo

Hasta que os avise Zaida.»—

—«¿Y podré saber quien sois?»—

—«Cuando Zaida esté casada
Con Alfonso»—«¿Ella conmigo..!»—

—«Sí, con vos: será cristiana.»—

Vendadas ya sus heridas,
Mudan bestias, y se apartan,
Los unos para Toledo,
Los otros para Granada.

3.º

Bajo un purpurino dosel,
De oro y perlas adornado
Y tantas piedras preciosas
Que deslumbra al contemplarlo;

Almenón Rey dey de Toledo
Está en su silla sentado;

Descansa los piés el moro
En cojines de damasco;

Brillante corona ciñe,
Y adornan su régio manto
De seda azul de atanjia,
Margaritas y topacios.

En otras dos sillas hay
Dos caballeros sentados;
El de la siniestra es
Su hijo, el príncipe africano,

Y el que la derecha ocupa
Es Alfonso el destronado
(Séptimo Rey de Leon)
Por la ambición de su hermano.

—«Mire al amigo, le dice
Almenón al huésped caro,
Benabet el de Sevilla
Esta contesta me ha dado.»—

Y un árabe manuscrito,
De Alfonso puso en las manos,
«Salve, Almenón de Toledo,
Supuesto que habeis tomado

A empeño casar á Zaida,
Con el huésped castellano;
La bendicion del profeta
Los haga bien desposados.

Decidle que venir puede
Sin armas á mi palacio,
Que Zaida se lo suplica
Bajo mi fé descansando.

Y holgaréme en llamar hijo
A un guerrero tan bizarro.
Salve, Almenon de Toledo.
Guárdete Alá muchos años.»

Seis veces repasó Alfonso
Lo dicho, con entusiasmo;
Mientras su jóven amigo
Estaba atento mirando

Los arneses y pendones
Por las paredes colgados,
Que en Tarifa y Guadalete
Sus ascendientes ganaron.

—«¿Partis á Sevilla, Alfonso?»
Dijo el moro, y escuchando

Esto el príncipe, así exclama:
—«¿Dejaréisme acompañarlo?»—

—«Alá vuestra marcha guie.»
Dice el Monarca, y entrambos
De allí salen presurosos
En busca de sus caballos.



que bamboleando el jóven, sin sentido
soltó las riendas, del bridón cayendo,
y enredada la espuela en el estribo
quedó pendiente y arrastrado á un tiempo.

El hijo de maldición: La batalla.

Pero resuena un clarin,
 Y un caballero cristiano
 De negras armas cubierto,
 Llega ante Alfonso, y alzando
 La visera, una rodilla
 Fija en tierra—«Levantaos
 Dice el Leonés, ved si puedo
 Servir á mi pátria en algo.»—
 —«Sí, señor, en que su Alteza
 Vuelva á regir sus vasallos,
 Que en el cerco de Zamora
 Perdió la vida Don Sancho;
 Y los nobles os esperan,
 Porque no debe el Estado
 Estar sin Rey, cuando tiene
 Tan ilustre soberano.
 Dejad, Señor, esta córte,
 Y en prueba del holocausto
 Que la nobleza os tributa
 Dadme á besar vuestra mano.»—
 Dióle la diestra, y la otra
 Ocultar subió, aunque en vano,
 Dos lágrimas de dolor
 Que por su rostro rodaron.
 Para partir, ocho dias
 Alfonso fija de plazo,
 Porque quiere ver su amor
 Primero que sus estados.
 Y en verdad que anduvo cuerdo;
 Porque ¡á quién no le es más grato,
 Ver la frente de una virgen,
 Que las honras de un tirano?

4.º

Mientras se entrega Sevilla
 Al regocijo y contento,
 Porque Zaida se desposa
 Con el régio nazareno:
 Mientras ostentan sus galas
 Los gallardos agarenos,
 Unos en danzas, y otros
 En las justas y torneos:
 Y en fin, mientras la ciudad
 Vista en la noche de lejos
 Al resplandor de las luces,
 Parece un lago de fuego:
 Alfonso á Zaida pregunta
 Quienes son los caballeros

Que le salvaron, la noche
 Que sorprenderle quisieron.
 —«Son unos cautivos, dice,
 A quienes en otro tiempo,
 Procuré la libertad:
 Caballos y armas pidieron
 Para tornar á su pátria,
 Con tal de no verse expuestos
 A los ultrajes que sufren-
 Los cristianos indefensos.
 Felizmente, aquella noche
 Para partir escojieron:
 Yo que su marcha sabía,
 Mandé un eunuco á su encuentro
 Aquel de la blanca alfana
 Me dijo:—«Infanta, os prometo
 Salvar de Alfonso la vida,
 Aunque es enemigo nuestro
 Por civiles discensiones;
 Mas concededme primero,
 Que os habeis de hacer cristiana
 Si cumplo lo que os ofrezco.
 Que os llamaréis Isabel,
 Y el primer fruto de vuestro
 Amor, si es varon sea Sancho,
 Y si es hembra Elvira.»—«Bueno.
 «Salvadle, y tomad mi vida
 Que daros juro á más de eso,
 (Dije) volad, por la sangre
 De Jesús, no perdais tiempo.»—
 —«Bendito tal nombre sea,»—
 Exclamó de gozo lleno,
 Montó en su alfana, picóla,
 Y los demás le siguieron.»
 —«¿Mas cuál es, repuso Alfonso
 El nombre del caballero?»—
 —«Durante un año y un día,
 Juré guardarle el secreto.»—
 En esto difunde el alba
 Su nítido y blanco velo,
 Anunciando el quinto sol
 Del plazo que Alfonso ha puesto.
 Zaida con llanto de amores
 Despide á su esposo régio.
 Ya preparados relinchan
 Los alazanes soberbios:
 El príncipe está á caballo,
 Baja Alfonso y monta presto,
 Tristes dejan á Sevilla
 Y dan la vuelta á Toledo.

REBATO DE GRANADA.

MORISCO.

Sembrado de hermosas plumas
 Los purpurinos turbantes,
 Y ornados de azules tocas
 Y amarillos capellares,
 Sin petos de limpio acero,
 Ni damasquinos alfanjes,
 Entrando van en la Alhambra
 Los nobles Abéncerrajes:

En las lides tan valientes
 Como en las danzas galanes,
 Y en el campo tan temibles
 Como en el festin amables.

Cada cual lleva su mote
 En una banda ondeante,
 Colocada entre un emblema
 Puesto en caracteres árabes.

Dos donceles que quizá
 Por su bien llegaran tarde,
 Vienen departiendo alegres
 Y en sus dos divisas traen:

Una hora despues Granada
 Estaba al mar semejante,
 Cuando con montes de espumas.
 Las soberbias rocas bate.

El uno entre un sol de oro
 Un corazón de brillantes:
 «Este, de Granada, y tuyo.
 Dicen las letras del márgen.

Una lanza tiene el otro
 Con un brazo que le blande,
 Y en dorados signos dice:
 «Por mi pátria y por mi amante»

Ya del régio alcázar moro
 Estaban en los umbrales,
 Cuando—«Por Alá, no entreis»
 Exclamó saliendo un paje,

Ved que los fieros zegries
 Dentro os esperan, ¡infames!
 Llorad á vuestros amigos,
 Esta que veis es su sangre.»

—«¡Su sangre ¡y llanto nos pide
 Hierro y fuego... zuz, ¡cobardes!
 Abenzulema, á la lid...!»—

—«A las armas Abenzayde.»—

EL ACREEDOR ADVERTIDO.

Há tiempo qué á nadie pago,
 De muchos á quienes debo,
 Y la razon es sencilla:
 Por la falta de dinero.

Y aunque no sea yo el solo
 Que de tal fiebre padezco,
 Pues otros con más posibles
 Están como San Lorenzo;

Sin embargo, no me toca
 Hablar de asuntos ajenos,
 Trataré pues de los míos;
 Harto he dicho, y vaya el cuento:

Uno de mis acreedores,
 Bastante agudo de ingenio,
 Segun lo vereis despues
 Por el cálculo que ha hecho,

Viendo que ya es imposible
 Que un poeta tenga medio,
 Me dijo—«PLACIDO, amigo (4)
 ¡Cuándo salimos de aquello?»—

Este «aquello» en sí no es nada
 Mas para mí que lo entiendo,
 Se supone que equivale
 A «¿cuándo me paga?»—«Luego»

Que tenga modo, le dije—
 Y él me repuso muy sério:
 —«Yo sé un modo que usted tiene
 De pagarme en el momento:

Déme algunas poesías...
 Que equivalgan...»—«Sí, por hec
 Yo escaparé de este apuro
 Y usted quedará contento.»

La cosa está de ley *brava*,
Mirad como anda el pandero,
Que ya donde no hay *conquibus*
Sirven de paga los versos.

Dios se lo pague, que ya
Tendré un acreedor de menos,
Y juro cumplir con todos
Si se conforman con ésto.

MI PRISIÓN.

Triste se muestra mi esposa
Des que supo mi prisión,
Y es justo que con verdades
La convenza de su error.

Suponeos que aquí moro
Libre de toda traición,
Y fiebres y tabardillos
Que causan de Julio el Sol.

Para guardar mi morada
Viene un oficial de honor,
Diez y ocho infantes, dos cabos,
Un sargento y un tambor.

Ya por mi oficio, un ochavo
No ganaba; pues señor,
Sin querer mé han hecho bien
Frayéndome á tal mansión.

Aquí se aprenden mil cosas
Que el mismo diablo ignoró,
A sacar sin que se sienta
La cadena y el reloj.

A vivir sobre los pueblos
A atinar con precisión
Como un puñal, por la espalda
Llega recto al corazón.

Así mientras se averigua
Si soy inocente, ó nó,
Me ensayo para ser útil
A la pátria, que es primor,

Jamás negar me fué dado
A nadie que me pidió,
Y ya, daré un *no* á mi padre,
Más redondo que una O.

Soy feliz, pues por fortuna
No vienen en pelotón,
Tontos á pedirme versos,
Pedantes á dar lección.

Como Dios pintó á Perico,
Salgo de este taller yo,
Puro, flexible y quemando
Como el oro del crisol.

Mirad si tendrá mi esposa
Para alegrarse razón,
Cuando comprenda la ganga
Que al camino me salió.

A nuestra primera vista
¡Qué bullanga! ¡Qué abrazón....!
Vamos, á pedir de boca,
No fuera el viaje mejor.

Si su interés conociera,
Rogárale siempre á Dios,
Que de cada cuatro meses
Me tuviesen preso dos.

Y quedara convencida,
Como una y una son dos,
Que cual hay bienes malditos,
Hay males de bendición. (5)

OTROS TIEMPOS.

Si los hombres de otros tiempos
No eran como los de ahora,
¿Cómo es que los mismos vicios
Critican antiguas obras?

Cuando la edad, el ardor
De las pasiones minora,
Y con más reflexión damos
Su valor propio á las cosas,

Parece que le avergüenzan
Al hombre sus faltas propias,
Y entónces busca el recurso
De contradecirlas todas.

Así se vé que las viejas,
Si creemos las historias
Que de su tiempo nos cuentan,
Eran todas unas monjas:

Entonces no había maldades,
Ni muertes, ni hurtos, ni bromas,
Ni mujeres prostitutas,
Ni quien robara sus honras;

Pero si se habla de guapos
(Aserción contradictoria)
Cada uno ha sido un rey
Deseiderio sobre Roma.

Cualquiera que los escuche
Dirá abriendo tanta boca;
¡Caramba! aquel era el siglo
De la paz y la concordia.

Mas ¡cómo los que escribían
En aquella edad dichosa,
Afirmar que había ladrones
Asesinos y alquilonas?

Yo no gocé ciertamente
Esas épocas de gloria,
Pero á los que las defienden
Haré una pregunta sola:

Si los hombres de esos tiempos
No eran como los de ahora,
¡Cómo es que los mismos vicios
Critican antiguas obras?

MI CASA.

Quiero á los que me procuren,
(Que hartos son por mi desgracia)
Para evitarle molestias,
Dar las señas de mi casa.

No indico calle ninguna;
Pues cual marabú que vaga
Errante por el desierto
Con su tienda de campaña,

Suelo mudarme á ocasiones
Tres veces á la semana;
Y así tengo por más cuerdo
Bosquejarles mi morada.

Supuesto che ella es la misma
Do quier que PLACIDO vaya,
Pintando la que ahora vivo,
Están las demás pintadas.

Cuando veáis una puerta
Que jamás esté cerrada,
(Porque donde nada existe
¡Para qué llaves ni aldabas?)

Dirijid la vista al centro,
Encontrareis una cama,
Tres sillas, que fueron nuevas
En tiempo de Doña Urraca,

Una mesa tan ruinosa
Que solo tiene tres patas;
En un cordel, que es la percha,
Vereis dos piezas colgadas;

¡Es mi ropa de más lujo
Para los Córpus y Pásucas!
Son dos camisas ¡oh amigos!
Guardaos bien de tocarlas.

Juro que en el Escorial
No hay más puertas y ventanas
Que claraboyas en ellas
Del hombro á la boca-manga.

No por eso presumais
Que estén por el cuerpo sanas,
Básteos saber que un poeta
Las desterró de su arca.

De pantalones, ni indicios,
Porque el uno está de guardia,
Y es centinela perpétuo
Mientras el otro se lava.

Vereis fijo en un rincón
Un perno de media vara,
Donde á guisa de despensa
Pende una pequeña jaba:

En ella está un peine roto,
Una escobilla pelada,
Y tres ó cuatro mendrugos
De pan, que parecen balas.

Sin duda que algun ratón
Los embistió; mas la chanza
Le costó dejar tres dientes
Y emprender la retirada.

¡No vió que el pan de un poeta
El que de morderlo trata,
Debe tenerlo primero
Tres horas y media en agua!

Tengo por tintero un vaso
De la bodega inmediata,
Y el agua en una botella
Que con la vela se tapa.

No barro muy á menudo,
 porque una vecina anciana
 le presta su escoba vieja
 una vez al mes, y gracias.
 Por eso, y porque me llena
 la botella, no hay mañana
 que no me pida un soneto
 para saludar á Olalla,
 á Rita, á Rosa, á Petrona,
 á Celestina, á Mariana....
 Pues, *un soneto chiquito*,
 que así á las décimas llama.
 Amen de algunas colillas
 y de tabacos que me apaña,
 cuando voy á la imprenta
 quiere siempre alguna estampa.
 «¡Qué más estampa que tú!
 digo yo para mi capa,
 eres la misma heregia
 que penas en cuerpo y alma.»
 Varios duendes me visitan
 además de esta fantasma;
 unos que van á cobrarme
 y otros que no tengo blanca,

Y otros que van á buscar
 Sonetos por toneladas;
 Nada me dan, y me piden,
 Yo lo hago de buena gana;
 Pero cuando llega el día
 que yo pido y no doy nada,
 Ponen el grito en las nubes
 Y olvidan *la vez de marras*.
 Ahora tengo un penitente,
 que quiere le saque un drama,
 porque le mordió una oreja
 Las otras noches su amada.
 Direis que ya mi discurso
 del propósito se aparta,
 Quiero que esteis al corriente
 de mis salidas y entradas.
 Y pues ya sabeis las señas
 que distinguen la mi casa,
 id allá cuando queráis,
 Pedidme lo que os dé gana;
 Mas si yo os pido algun día
 porque pique la *carpanta*,
 Y me salís con pretextos,
 No vayais nunca á mi casa.

LA GUIRNALDA HURTADA.

Tomó el guajirito Claudio
 las flores una guirnalda
 para llevarla á Florencia
 quien tiernamente amaba;
 en señal de sufrimiento,
 en prueba de su esperanza,
 de amarillas moyas
 de verdes albahacas
 quisola tejer; mas plugo
 su enemiga desgracia,
 que no saliera aquel día
 el jóven, tan de mañana
 cual ella solía salir
 á gozar de la fragancia
 de los céfiros risueños
 que parcen á la alborada,
 más que todo, por ver
 Claudio que la aguardaba,
 lo por decirle «adiós»
 y volverse á su labranza.
 ¡El amante guajiro,

En tanto que su amor tarda,
 Dejó la guirnalda puesta
 Al pié de una verde mata,
 Y fuese á ver sus novillos
 que alegres triscan y saltan.
 Pasaron en esto algunos
 Vegueros que iban de caza,
 Y tan presto como vieron
 La presa, cayó en sus garras.
 Pusiéronlas al sombrero
 Y con bulla y algazara.
 Entráronse por la villa;
 Lo que viendo las muchachas,
 Preguntáronles, de dónde
 Aquellas flores sacaban,
 Y ellos dijeron que eran
 De sus jardines y casa,
 Donde cuidaban macetas
 Por lucir y regalarlas.
 Miráronse unas á otras,
 Y luego con risa falsa

Exclamaron de esta suerte:
 —«¿Dónde están vuestras estancias?
 Nunca vimos estas flores
 Tan fragantes y lozanas,
 Ni sabemos qué macetas
 Son las que mentais con tanta
 Vanidad; mas bien creemos
 Serán de algun camarada,
 A quien las habeis hurtado,
 O pedido por confianza.»—
 Colérico Claudio llega
 Gritando—Soldad, canallas,
 Esas flores que tenía

Para coronar mi amada.—
 Ellos confiesan el robo
 Y ellas con silbos los marchan
 Del propio modo los tristes
 Poetas que andan á caza
 De los conceptos ajenos,
 Tomen lección de esta falta;
 Porque cuando más presuman
 Que sus talentos alaban,
 Pueden encontrar alguno
 Que le dén con ello en cara,
 Como pasó á los vegueros
 Del hurto de la guirnalda.

AMOR CURADO.

En la elevada cima
 De la fértil Managua
 Estaba Anselmo jóven,
 Mirando así á la estancia
 Donde habitaba Antonia,
 Bellísima zagala
 De quien un tiempo fuera
 Anselmo la esperanza
 El placer y el consuelo;
 Mas hoy Antonia ingrata
 Con recelos simulados,
 Con desden y con falsas
 Suposiciones, busca
 Alguna leve causa
 Para dejarle solo
 Porque ya no le ama.
 Allí sentado el triste
 Sobre una peña, canta
 Con su rústico tiple
 La siguiente sonata:
 —«Querida Antonia mia,
 Término de mis ansias,
 Origen de mis penas,
 Móvil de mis desgracias;
 ¿En qué te ofendió Anselmo
 Para que tan tirana
 Me dés así la muerte?
 Si acaso no me amabas
 ¿Porqué cuando era menos
 La mi amorosa llama
 Soplaste? ¿Porqué entónces
 No escondiste esa cara

De purpurada rosa
 Y esa frente agraciada
 Más blanca y más luciente
 Que el centro de la nácar?
 ¿Porque entonces tus ojos
 No cerraste á la clara
 Luz de amor, que en mi pech
 Depositada estaba,
 Sino que con los rayos
 De tu luz soberana
 Más y más encendiste
 Su volcánica llama?
 En fin, ya no me quieres.....
 Claro es que tu inconstancia
 Olvidó los cariños
 Que aun la memoria guarda.
 Olvidó aquellas noches
 Que al sereno me estaba
 Sin pestañar un punto,
 Hasta que las pintadas
 Y simples avecillas
 Saludasen al Alba,
 Que tambien con mi tiple
 Rico entonces de gracia
 Porque estaba en la tuya,
 Mi amor te saludaba;
 Y escojiendo entre flores
 Aquellas delicadas,
 Coronaba con ellas
 Tus sienas... pero calla
 Calla, lengua confusa,
 Deja, deja pasadas

Memorias que no sirven
 Sino de llanto y rabia,
 Y sentimiento, y pena
 Para abatir el alma
 Y tu oprimido pecho,
 Lloro, llora, derrama
 La amargura que tienes
 Dentro depositada,
 Y salga en llanto envuelta
 Por la vereda incauta
 De los ojos que fueron
 Los móviles de tantas
 Desventuras, tormentos
 Y desdichas infaustas.
 Engañados del ciego
 Capricho de esperanza;
 Que si así consiguieras
 Olvidar esa ingrata,
 Tranquilo quedarías
 Y sin zozobra el alma....»—
 Así cantaba Anselmo

Cuando dió la campana
 El golpe de las ocho,
 Y luego al punto salta.
 Y dice—«Esta es la hora
 Que yo solía hablarla,
 Pero ya no es posible,
 Ya no es la Antonia amada
 Sino la aborrecida,
 Ya no es posible amarla
 Ni quiero sus memorias,
 Que hay otras mil zagalas
 Más dignas de mi esmero.»—
 Diciendo estas palabras
 Rompió en la peña el tiple,
 Bajó la cuesta ingrata,
 Y con sereno paso
 Se encaminó á su casa
 Como quien soñó muchos
 Pesares y desgracias,
 Y despierta gozoso
 De no padecer nada.

Á D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Al ejemplo de *Dorila*,
Florinda, *Isolina*, *Isaura*,
 He de cantar á Martino
 En tanto que brilla el Alba.
 Escuchadme, ninfas bellas,
 Lustre y honor de la Habana,
 Prestadme atención ¡oh vates!
 Gloria de mi dulce pátria.
 ¿Veis el aquilón cuán bravo
 Los campos fértiles tala,
 Y los gigantescos pinos
 De sus cimientos arranca?
 ¿Cómo la robusta seiba
 Sin temer su furia airada,
 Con serena faz le mira
 Y espera con firme planta,
 Hasta que aclarado el cielo,
 Sosegada la borrasca,
 Torna á revestir de hojas
 Sus tristes desnudas ramas:
 Y aclamándole las aves
 Como rey de la campaña,
 Forman en ella sus nidos
 Y trinan canciones gratas?

Así de Martino, un tiempo,
 Noble revistiera el alma
 Fiero aquilón de infortunios,
 Desterrado de su pátria,
 Y cuando en el Cielo hispano
 Lució el nuncio de bonanza,
 Subió al eminente puesto
 Que su genio conquistara.
 ¡Viva Martino! el Genil
 Que miró su oriente, canta;
 Y al eco mueven sus flores
 Los jardines de la Alhambra,
 ¡Viva Martino! dijeron
 Del Turia y Tajo las aguas.
 ¡Viva! dijo el Manzanares.
 ¡Viva! contestó el Guadiana,
 Duero, Ebro, Guadalquivir
 Y Miño ¡qué viva! exclaman.
 Los hijos del Almendares
 Oyendo voces tan gratas
 ¡Viva Martino! repiten
 Al son de bélicas arpas,
 Y con fúlgida aureola
 De adornar su frente tratan.

Nosotros tambien gustosos
 Al son de tiples y flautas
 Decimos ¡viva Martino!
 De Iberia dulce esperanza,
 Brindando á su héroeico aliento
 De incultas flores guirnaldas,

Que ciñan sus claras sienes;
 V al pié de las verdes palmas
 Cuando el albo Sol se ponga
 Y cuando fulgente salga,
 Entonarémos alegres
 Himnos mil en su alabanza. (6)

UN REMEDIO.

Para cierto mal antiguo
 Que casamiento se llama,
 No hay más remedio en el mundo
 Que morirse, y santas-páscuas:

Pero un poeta endiablado
 Que de médico echa plantas,
 Hame dado esta receta
 Que no me parece mala:

Porque á diabólico mal
 (Como este de que se trata)
 De perlas han de venir
 Las drogas endemoniadas.

Dice así:—Primeramente
 Pulvorizanse unas raspas
 De asta de macho cabrío,
 Y refriéguese en la cara
 Del paciente: esto endurece,
 Refresca, lustra, y ensancha.
 Tómese luego dos libras
 De esencia de buena pasta,

A todo haragán marido,
 Que sin comprender la santa
 Virtud del casto himeneo,
 En pasear la vida pasa.

Otras dos de vista gorda,
 De disimulo diez dracmas,
 Échese un grande cuerno
 Como de buey ó de vaca;
 Téngase al sereno un mes
 Con una segura tapa:
 Disuélvanse doce gotas
 En cuatro vasos de agua;
 En cuatro vasos de agua;
 Tómese en vez de café
 Por dosis la parte cuarta;
 Con las otras tres, lavarse
 El rostro á noche y mañama.

Déle á menudo la esposa
 Sonantes besos de plata,
 Hasta que sendos pitones
 Entre sien y sien le salgan.

Con esto y hacerse sordo,
 No tomar cuenta de nada,
 Pasar el tiempo en paseos,
 Ver, oír y callar, basta.

JICOTENCAL.

Dispersas van por los campos
 Las tropas de Moctezuma,
 Lamentando de sus dioses
 El poco favor y ayuda.
 Mientras ceñida la frente
 De azules y blancas plumas,
 Sobre un palanquin de oro
 Que finas perlas dibujan,
 Tan brillantes, que la vista,
 Heridas del Sol, deslumbran,

Entra glorioso en Tlascala
 El jóven que de ellas triunfa.
 Himnos le dan de victoria,
 Y de aromas le perfuman
 Guerreros que le rodean,
 Y el pueblo que le circunda;
 A que contestan alegres
 Trescientas vírgenes puras
 —«Baldon y afrenta al vencido,
 Loor y gloria al que triunfa.»—

Hasta la espaciosa plaza
 Llega, donde le saludan
 Los ancianos senadores
 Y gracias mil le tributan.
 Mas ¡por qué veloz el héroe
 Atropellando la turba,
 Del palanquin salta y vuela
 Cual rayo quel el éter surca?
 Es, que ya del caracol
 Que por los valles retumba,
 A los prisioneros, «muerte...»
 En eco sonante anuncia.
 Suspende á lo lejos hórrida
 La hoguera su llama fúlgida,
 De humanas víctimas ávida
 Que bajan sus frentes mústias.
 Llega: los suyos al verle
 Cambian en placer la furia,
 Y de las enhiestas picas
 Vuelven al suelo las puntas.
 —«¡Perdon!»— exclama, y arroja
 Su collar: los brazos cruzan
 Aquellos míseros séres
 Que vida por él disfrutan.
 —«Tornad á Méjico, esclavos;
 Nadie vuestra marcha turba,
 Y decid á vuestro dueño
 Vencido ya veces muchas,
 Que el jóven Jicotencal
 Crueldades como él no usa.
 Ni con sangre de cautivos
 Asesino el suelo inunda.

Que el cacique de Tlascalá
 Ni batir ni quemar gusta
 Tropas dispersas é inermes,
 Sino con aromas, y juntas.
 Que arme flecheros más bravos
 Y me encontrará en la lucha,
 Con solo una pica mía
 Por cada trescientas tuyas:
 Que tema el instante aciago
 Que mi enojo á punto suba;
 Entónces, ni sobre el trono
 Su vida estará segura:
 Y que si los puentes corta
 Porque no vaya en su busca,
 Con cráneos de sus guerreros
 Calzada haré en la Laguna.»—
 Dijo, y marchóse al banquete
 Dó está la nobleza junta,
 Y el néctar de las palmeras
 Entre víctores apura.
 Siempre vencedor despues
 Vivió lleno de fortuna;
 Mas como sobre la tierra
 No hay dicha completa nunca,
 Vinieron atrás los tiempos
 Que eclipsaron su ventura,
 Y fué tan triste su muerte,
 Que aun hoy se ignora la tumba
 De aquel ante cuya clava
 Barreada de áureas puntas
 Huyeron despavoridas
 Las tropas de Moctezuma.

EL AMOR VIAJANDO.

(IMITACIÓN DE UNA POESÍA CASTELLANA DE INCIERTO AUTOR).

Despues que por largo tiempo
 Causaron mil tropelias,
 Un médico recetando,
 Y el amor abriendo heridas;
 Algo inmediato á Jaruco
 Los dos se hallaron por dicha
 Ya despues de puesto el Sol,
 A tiempo que anochecía.
 Iba el médico á Matanzas,
 Y Amor á la Habana iba.
 Dijo el uno—«Buenas tardes.»—
 Y el otro—«Felices días.»—

Reconociéronse al punto
 Los dos, por lo que mentían;
 Dado que nada haya cierto
 En amor, ni en medicina.
 Unidos, al pueblo entraron,
 Y siendo la noche fría
 Determinaron de acuerdo
 Pasarla en una botica.
 De suerte, que á estar vinieron
 En nocturna compañía,
 Un médico, un boticario,
 Y el Amor ¡brava familia

Aquellos á poco tiempo
Roncan á pierna tendida;
Mas Amor, como no duerme,
Vé sin luz, y sombras pisa,

Levantóse á paso quedo,
Tomó su punzante vira,
Y por jugarles un chasco
Sutilmente á los dos pica.

El médico no echó sangre,
Aunque de sobra tendría:
Le halló al boticario el pecho
Duro cual piedra de chispa.

Viendo el rapaz que sus dardos
A tal gente no ofendían,
Dijo—«Si no sois fantasmas
No hay cosas más parecidas.»—

Desconsolado acostóse;
Y como el hijo de Cipria,
De los insensibles huye
Hasta perderse de vista.

Impaciente ya, del alba
Esperaba la venida,
Por evitar el disgusto
De tan dura compañía.

Finalmente, cantó el gallo,
Dió el templo el Ave-María:
Era víspera de fiesta
Y el médico gritó—«¡A misa!»—

Cada cual, al tiento coge
Lo que ser suyo imagina,
Y de las puertas afuera
Opuesto rumbo caminan.

El médico entró á rezar,
Segun su costumbre antigua,
Por las almas que de cuerpos
Antes despojado había.

El médico por curar
Mata, ordenando sangrías;
Y Amor, lanzando recetas,
En vez matar dá vida.

Al dejar éste la iglesia,
Amor bajó la colina,
Cuando la fúlgida Aurora
Su manto de oro tendía.

Al ver su caña el galeno
Se halló de amor con la vira,
Y Amor sobre sus espaldas
Un recetario tenía.

Levántase el boticario,
No halla sus huéspedes: mira
Y vé del Amor la aljaba,
Y del doctor la varita.

Tienen moda y novedad
Influencia tan activa,
Que hasta en las ciencias y drogas
Ejercen su tiranía.

El farmacéutico tal
A quien la experiencia dicta,
Pensó á costa de las feas
Tener su bolsa provista.

Forma de la aljaba un cubo,
Saca del pozo agua limpia,
Dála olor, color, y puesta
En bellos pomos de china,
- Por los diarios esponder
Agua de Vénus publica,
Clamando ufano—«ahora sí
Que hay de todo en la botica.»—

Mas volvamos á los dos
Causas de estragos y ruinas,
Que así Dios me libre de ellos
Como de pleitos y riñas.

Es el caso, que constantes
Prosiguen sus correrías,
Y aunque con el propio intento,
Son las resultas distintas.

MI AMOR.

El diablo tentóme un día
A saber lo que es amor:
Digo que me tentó el diablo,
Y voy á dar la razón.

Dios no inspira cosas mala
Y ésta tan mal me salió,
Que estoy medio condenado;
Luego no pudo ser Dios.

Como nunca las resultas
Un jóven reflexionó,
Y yo era jóven, sin juicio,
Y de ardiente complexión;

Convertido en un Tenorio
Me metí á galanteador,
Sin conocer á mi luna
A mi estrella ó á mi sol.

Vamos que despues de muchas
Que me lanzaron un nó,
Alcancé el sí de una *iguana*
Con sus picos de escorpión.

La hice quintillas, sonetos,
Octavas y... que sé yo:
Ella al fin las aplaudía
Sin entender un renglón.

Gozamos de paz un año,
Por la sencilla razón
Que éramos feos y pobres,
Mandados á hacer los dos.

Mas Barrabás que no duerme,
Quiso que cierta ocasión
Me encontrase en un festin
Con María de la O.

Redonda como su nombre,
Sangrienta como Nerón,
Mujer, en fin, de *ley brava*...
Harto he dicho. Pues señor,

Encélaseme la niña,
Dióme arañazos, gritó:
Hubo accidentes, suspiros
Y males de corazón.

Sali del festin rabiando,
Arreciósele el dolor,
Volví con tal de aliviarla,
Y entonces era peor.

Fuíme á dormir. Otro día,
Y un mes, y otro mes pasó:
Por un billete me dijo:
«Concluyóse nuestro amor.»

Como si fuera precisa
Aquesta declaración,
Para dar por terminada
Cosa que nunca existió.

Y cuando yo más alegre
Que una páscua en mi interior,
Por verme libre de ella
Le daba gracias á Dios;

Cáteme aquí á mi Eloisa
Inquiriendo cuáles son
Las jóvenes que visito,
Y si es á menudo ó nó.

No me deja á sol ni á sombra.
Es como una maldición,
Que á todas partes me sigue
Llenándome de terror.

Ahora que la he visto bien,
Es más fea que un dragón,
Y estoy por salirle huyendo
Lo menos hasta el Mogol.

Y despues de verme en salvo.
Juro con solemne voz
Que no volveré en mis días
A probar lo que es amor.

LAS COSAS DE JUAN JOSÉ.

Cuando Juan José contrajo
Esponsales con Inés,
Juró ponerle la casa
Más florida que un verjel.

Inés siempre le recuerda
La promesa ¡ya se vé...!
Más vale deberle al diablo
Que ofrecerle á una mujer.

Él le contesta:—«Hija mía,
Deja que pase este mes,

Para comprar muchas cosas
Que habemos de menester.»—

Así pasaron diez meses,
Y pasaron otros diez,
Y treinta sobre los veinte,
Y sobre los treinta, cien.

La casa está peor que estaba,
Y en la misma intención él,
Así, que ya Inés se rie,
Y no hay quien la haga creer.

Yo tambien suelo reirme
 Cuando escucho alguna vez,
 Que se trata de mejoras
 Y las artes proteger;

Y aun tengo por estribillo,
 Acordándome de Inés,
 Decir en chanza—«Estas son
 Las cosas de Juan José.»—

AGUDEZA DE UN BORRACHO.

Érase un gobernador,
 Hombre afanoso y activo,
 Tanto, que con él los malos
 Jamás estaban tranquilos.
 Su prodigiosa memoria
 Era tal, que al descubrirlos
 Fácilmente recordaba
 Al que hubiese una vez visto.

Sucedió que una ocasion
 Halló en la calle á un perdido,
 Con los piés llenos de lodo,
 Y la cabeza de vino.

—«Escuche usted, desalmado,
 (Con torvo ceño le dijo)
 Como le vuelva á encontrar
 De esa manera, le aviso
 Que irá donde no le sea
 Dado ejercer ese vicio,
 Que para eso tiene el Rey
 Buques de guerra y presidios.»—

El ébrio se disculpó
 Segun él pudo, ó Dios quiso,
 Y el gobernador marchóse
 Repitiéndole lo dicho.

Al cabo de cuatro meses
 Volvióle á hallar al camino
 Con más *aceite* en el cuerpo
 Que leña carga un borrico.
 Llegó por detrás, y dando
 Sobre el hombro un toquecillo,
 Exclamó con tono airado:
 —«¡Cómo estamos, buen amigo..!»—

Quedó al verle el *aceitero*,
 De susto, parado y frío;
 Pero repuesto al momento
 Contestó—«¡Señor, qué ha sido?»—
 —«¡Qué ha sido? ¿no dije á usted
 Que si le encontraba chispa,
 O tomaba otro *chubasco*,
 Iba á parar á un presidio?»—
 —«Pues señor, en ese caso
 No tengo ningun delito,
 Porque desde aquellá vez
 Ni he vuelto á probar el vino.»—

—«¡Ola...! ¿está como una cuba
 Y niega que ha reincidido?
 ¿Este no es despues de aquel?»—
 —«No señor, es aquel mismo.»—

EL GARRAFÓN DE JUANA.

Tiene Juana un garrafón
 Forrado de fina paja
 Que con un paño de olan
 Sacude á tarde y mañana.

Su tapa imita una estrella
 En cuyas seis puntas clava
 Puchas de nardos, jazmines
 Y adormideras rosadas.

Con galoncillos de oro
 Envueltas tiene sus asas,

Y dellas penden graciosas
 Pequeñas borlas de plata.

Le adorna los días festivos,
 Para más lucir sus galas,
 Con bellas moñas de cintas
 Azules, rojas y blancas.

No sabe dónde ponerlo;
 Con él sueña, rie, habla,
 Y está más hueca con él
 Que Salomón con el Arca.

Cierta vez, como ella fuese
A ver una camarada,
Y yo á fuer de buen amigo
Quedé cuidando la casa;

Quise saber qué misterio
El favorito encerraba.
Llego, destapo, le alzo,
Le viro, y encuentro... ¡nada...!

Mas si á examinar llegais
El interior de su alma,
La hallareis, hueca, vacía
Como el garrafon de Juana.

Torné á taparle, y volví
A ponerle como estaba,
Reflexionando despues
El capricho de la dama.

La comparé con el mundo,
Cuando inciensa y rinde parias
Al hombre que vé cercado
De oropel y pompa vana,

LOS CONSEJOS.

Quince ó veinte dias antes
De casarme, daba gusto
Ver á todos los amigos
Tratándome hasta de bruto.

Quizá con más fundamento
Llamáronme loco algunos
Que más amor me tenían
Y el corazón menos duro.

Era de ver los primeros
Con sus semblantes adustos
Decirme—«Amigo, el poeta
No ha de tener más asuntos

En su mente, que los hechos
Heróicos, nombres augustos,
Y pensamientos sublimes.»—
—«Gracias, amigo Hermeguncio:

¿Conque yo por hacer versos
Y que me celebre el mundo
Deberé precisamente
Vivir de yerbas con jugo,

A modo de los Patriarcas?

¿O á manera de los turcos
Morar entre los serrallos
Convertido en un eunuco?

Dios se lo pague, buen hombre
Vuestro acerto será justo;
Pero así lo sigo yo
Como arrojarne al Vesubio.»—

Por este y otros estilos
Recibí exordios profundos
De varios, que para ellos
Estaban buenos; y hubo

Hombre que por dar su voto,
Sin pedirlo en el asunto,
(Cual suele decirse) vino
En posta desde Jaruco.

En fin, en aquellos días
Me dieron largos y muchos
Consejos; pero ¿dinero...?
Eso no me dió ninguno.

EL DESAFÍO.

Tengo un amigo oficial
Hombre de apreciables prendas,
El cual llamándome á parte
Hablóme de esta manera.

—«Sabes que estoy desafiado
Para esta noche, poeta;

Se me exige vaya solo;
Mas para evitar sorpresas

Quiero que tú me acompañes
Sin mezclarte en la pelea,
Sino de cierta distancia
Observar lo que suceda.»—

—«Estoy conforme, le dije,
Como cuerpo á cuerpo sea;
Pero si entra más de uno
Debo presentarme en ella.»—

Fuimos al punto citado,
Que, por no ocultarlo, era
Los baños del Ojo de Agua,
En punto á las diez y media.

Yo quedé oculto en la esquina
Detrás de una rota cerca,
Y él, en la diestra su espada,
La pistola en la siniestra:

Y al destinado lugar
La vista de lince atenta,
Pisaba como si fuese
Al asalto de Morella.

Dobló y perdióse á mis ojos;
Y como ruido no oyera
De armas, dispuse marchar
Donde viese la tragedia.

Su espada y pistola estaban
Tiradas sobre la yerba,
Y él doblada la rodilla
Ante su enemigo en tierra

—«¡Cobarde! grité, ¿qué haces?»—
—«Lo que tú también hicieras:
Ven, acércate.»—Lo hice,
Y ví al contrario: era Lesbia.

Si todos los enemigos
De ese propio temple fueran
No pasara yo seis horas
Sin buscar una pendencia.

LAS BURLAS VIENEN Á VERAS.

Dices, Filena, que tú
Con Licido te chanceas
Cuando te trata de amores,
Por escuchar sus simplezas:

Que le entretienes por gusto
Con esperanzas inciertas,
Hasta que al fin, de aburrido
Se busque otra Dulcinea.

Tú presumes engañarle
Con tan simple estratagema,
Y aun yo también me engañara
Si tus palabras creyera;

Pero ya tengo más mundo
De lo que algunos se piensan,
Y sé que tú sola eres
La que te engañas, Filena.

¿No has visto cuando los chicos
Reccjen cáscaras tiernas
De melon, y haciendo bandos
Gritan—«Caballeros, guerra?»—

Al principio todo es risa;
Pero despues se calientan,
Y entonces tiran con barro,
Más adelante, con piedras;

Cual baja el hombro de un golpe,
Cual encoje un brazo ó pierna,
Y cual, en fin, cierra un ojo
O le parten la cabeza.

Entonces todos mohinos
Dan á sus casas la vuelta,
Y al que menos lo pensara
Un pan la torta le cuesta.

Pues Amor es un chiquillo
Que de distintas maneras
Aparece entre nosotros.
¡Ay de aquel que con él juega!

Para descubrir el flanco
Primero burlar se deja;
Mas despues que ya le ha visto
Y conoce donde queda,

Empuña el arco temido,
Lanza la ardiente saeta,
Y sin humano imposible
Parte al corazón derecha.

De amor y manos, jamás
Me gustan chanzas, Filena;
Porque de manos y amor
Las burlas vienen á veras.

OCIOSIDAD.

Hallábame yo en un campo
De bellas flores cubierto
Donde mil canoras aves
Ensayaban sus gorjeos.

Deslizábanse apacibles
Clarísimos arroyuelos
Que en sus linfas retrataban
Los astros del firmamento.

De entre unos verdes jazmines
Con rostro alegre y modesto
Salió la más bella ninfa
Que pisa el cubano suelo:

Ante mí llegó la jóven,
Y con insólito acento
Me dijo—«Bardo de Cuba,
Si tú me hicieras un verso

Para grabarlo en la huesa
Del que fué mi amor primero,
Yo te cediera.... un tesoro
Que no lejos de aquí tengo.»—

—Con una mirada tuya
Me conformo, hermoso cielo, —
La dije; y un epitafio
Amoroso la hice luego.

Tomóme la mano entonces,
Que besé con rendimiento,
Con.... amor; pero al instante
Aparecióse un mancebo

Con un puñal en la mano,
Y, más rápido que el viento,
Cual tigre de Hircania horrible
Sobre mí lanzóse fiero.

Yo puse mano á un peñasco....
Entónces cantó el «Serenó»
«¡Las cuatro en punto y nublado!»
Y.... desperté de mi sueño.

ENCUENTRO FATAL.

Salí de mi casa un lunes,
Sin medio real de vellón;
Primero del mes, por cierto,
Para desdicha mayor.

Y como el adajio dice:
«*Para todos sale el Sol,*»
Me hice cuenta «al fin no es malo,
Uno de *todos* soy yo.»

Vamos, que tras una hora
De tonta conversación,
Un pedidor de sonetos
A café me convidó.

Cuando torné á la morada
Eran ya dadas las dos,
Con el estómago lleno
De viento como un tambor.

Dijéronme mis vecinos
Que con mucha precisión
Estuvo ocasiones varias
Allí en mi busca un ¡Señor;

Con buena caña, casaca,
Cadena de oro y reloj.
Bravo, dije, y encerréme:
Me la hallé, gracias á Dios,

Ese viene á pedir versos;
Y aunque sea Napoleon,
Le diré que no he comido
Y acaso me hará un favor.

Tales medidas echara,
Y ya miraba el jamón
El buen pescado el buen vino
Venir volando á mi voz;

Cuando cátenme que suena
De la puerta el aldabón,
Me levanto, corro, abro,
Y me saluda ¡Gran Dios!

¡Fantásticos sueños míos,
Huísteis cual rayo veloz!
¡Pobre estómago, paciencia!
¡Era... un diablo, un acreedor!

Á FABRICIO.

Toma el consejo de un loco,
Goza la vida, Fabricio,
Deja el mundo como está,
Lo demás es desatino.
Y para que te convenzas
De la verdad que te digo,
Préstame atención un rato,
Y escúchame un cuentecillo.
«En medio de un yermo campo
Ví la piedra de un molino:
Del hueco que había en su centro,
Con fuertes nudos asidos
Estaban varios cordeles,
Que saliendo de aquel sitio
En forma radial, se hallaban
A gran distancia estendidos.
Un número igual de hombres,
De sus extremos prendidos
Tiraban con toda fuerza
Por sacarla de su juicio;

Pero como á la vez todos
Tiran á rumbos distintos,
Contrapesan los esfuerzos
Y ella está en el punto mismo.
Lo propio sucede al mundo:
No te quede duda, amigo,
Todos quieren componerlo,
Y de aqueste laberinto
Resulta lo que á la piedra;
Se afanan, hacen prodigios
Todos por igual, y todos
A la vez quedan rendidos,
Y el mundo está como estaba
En su natural principio,
Y como estará, por fuerza,
Hasta el final de los siglos.
Así, lo más acertado
Es, no andarse en laberintos,
Gozarlo, y dejar que ruede:
Lo demás es un delirio.»

NO SIEMPRE ES TEMIBLE EL FUERTE.

Dos hombres disputaban
Con argumentos miles
Probando: entre agua y fuego
Cuál es lo más terrible:
El del fuego alegaba
Que era fácil hundirse
Cien veces en el agua
Y de ella salir libre.

—«Eso, repuso el otro,
Para probarnos sirve,
Que de los dos, el fuego
Al hombre es más sensible;
Más, que ambos elementos
Con iguales fuerzas lidien,
Y verás cuán fácilmente
El agua al fuego extingue.»—

Convencióse el primero,
Y este ejemplo nos dice:
Que á veces los más fuertes
Son los menos temibles.

EL NOVIO SOÑADO.

—«Déjame casar, papá»—
Dijo la jóven Emilia,
En una apacible noche
Del Enero clara y fría.

—«¿Tienes novio?»—(exclamó el padre
Con irónica sonrisa)

—«¿Cómo si lo tengo? bueno,
Rico y de noble familia.

Me adora como á una imágen,
Su educación es muy fina,
Y hay en su escudo, leones,
Castillos, lanzas y cifras.

Tiene arrogantes caballos,
Coches, carretelas lindas,
Y pajes con sus libreas
De oro puro y plata fina.»—

—«¿Le has hablado alguna vez?»—

—«Ah, sí señor, infinitas.»—

—«¿De qué modo? ¿en dónde? ¿cuándo?»—

—«En sueños»—dijo la niña.

—«¿En sueños...! pues bien estamos;
Eres venturosa, hija:

De ese modo, también tengo
Yo del Potosí las minas.»—

Me direis que son simplezas
Las ocurrencias predichas,
Y no merecen contarse,
Tan insulsas niñerías;

Pues yo conozco sujetos,
De todas categorías,
En la realidad tan vanos,
Como el amante de Emilia.

EL PROFESOR FINJIDO.

En un pueblo en que no había
Hombre, niño, ni mujer,
Que conociese los cristos
Ni escribiese mal ni bien;

Buscaban un profesor
Que los enseñase y que
Fuera bastante instruido
En escribir y leer.

Otro donde todos eran
Más hábiles que Moisés,
Y donde los preceptores
No ganaban que comer,
Estaba á poco distancia,
Y, sabiéndolo, allá fué

Un pillastrón que en su vida
A decorar llegó bien.

Se hizo anunciar con clarines,
Vino la gente en tropel:

Muy grave abrió su cartilla
Y dijo:—«cristo a. b. c.»—

Aplaudiéronle por sábio;
Tomó por nombre Talés
(Que de estos robos visibles
A cada instante se ven.)

Hubo toques de tambor
Y repiques de almirez;
Llamábanle unos «mi amo»
Y los otros, «sumerced.»

Y dedicóle la grey
Hasta artificiales fuegos;
Lo que prueba en buena ley,
Que en la tierra de los ciegos
El que tiene un ojo es rey.

Por eso algunos camellos
Tratarnos quieren de potros,
Cón sus ficticios destellos;
Sin advertir que nosotros
Vemos más claro que ellos.

LA RESPUESTA DE UN CURRO.

Con un andaluz de aquellos
Consumadísimos tunos
Que en la escuela de la viña
Cumplieron los cuatro lustros;
Estaba hablando el criado
De cierto doctor intruso,
Que fué educado (así cuenta)
En los colegios de Hamburgo.

Después que el simple, alabando
Su nuevo señor estuvo
Más de dos horas, é hizo
Relación de sus estudios,

—«En lo que me dices, chico,
Te equivocas de zeguro,
Puez cuentaz que *vá á caballo*
Y él á lo que *vá ez á burro*.»—

Dijo—«Mi amo es tan gran hombre
Que porque ramo ninguno
Ignorar quiere, de cuantos
Convienen á un hombre culto,
Tiene hasta de equitación
Conocimientos profundos,
Por eso es que va á caballo
Siempre el doctor, que da gusto.»—

A lo que muy socarrón
Contestó el taimado curro,
Con una risa burlesca,
Y dejándole confuso.

EL PRESTIGIO.

A cierto puerto de España,
(El nombre no importa un pito)
Llegó un jóven extranjero,
De buen porte y modos finos.

Su equipaje, al parecer
Tenía de riquezas viso;
Mas con pretexto de un luto,
Iba de negro vestido.

Pretendió una hermosa jóven,
Hija de un mostrenco rico,
Pidió su mano, la obtuvo
Y casóse de improviso.

Estaba la novia en brasas
Por ver los diamantes finos,
La plata, el oro y los trajes
De su adorado marido.

Cumplióse la boda, y ella
Empezó á abrir cofrecillos
Y baules ¡Dios eterno!
¡Estaban todos vacíos...!

—«Me has engañado,»—exclamó
La novia dando un suspiro;
Y él contestó muy sereno:
—«Te equivocas, amor mío,

Rico te he dicho que soy,
Y es tan verdad lo que he dicho
Que con tu mano soy dueño
De tus bienes ¡quién más rico?»

Cuantos hay en este mundo
Negociantes por el brillo,
Que no tienen una blanca
Y medran con el prestigio

EL CONSEJO DE UN ANCIANO.

Empeñóse un jóven docto,
De corazón muy benigno,
En hacer bueno á un malvado
Y tornar á un tonto en fino.

Al cabo de largo tiempo
De batallar tan continuo,
Pidió consejo á su padre,
Que era un anciano instruido.

Este tomó una canasta,
Y mandó que echase el hijo
Agua en ella hasta llenarla,
Si era dable conseguirlo.

—«Eso es, (contestó el mancebo)
Imposible, padre mío,
Y en tal concepto, es locura
Cuando el trabajo es perdido.»—

—«Pues hijo, repuso el viejo,
Te has sentenciado á tí mismo:
Querer que sea bueno un malo,
Y hacer á un tonto entendido,

De las plantas y los brutos
Fieles verdades te he dicho,
Reflexiona y ten presente
Que los hombres son lo mismo.»—

Es gastar tiempo, y perder
Trabajo, paciencia y juicio;
El malo y el tonto, quieren
Leña como los borricos.

Los virtuosos ejemplos
Y los discursos floridos,
Tan pronto como los oyen
Los condenan al olvido.

Y así como en la canasta,
No puede quedar el líquido,
Tampoco en sus almas pára
De moral el néctar divo.

Naturaleza ha creado
Séres de temples distintos;
Hay árboles que dan triaca,
Y otros, venenos activos.

Animales que son nobles,
Otros, traidores malignos,
Y todos son consecuentes
A su estado primitivo.

LA PEOR FURIA.

A un octógenario ciego
Y de agudeza exquisita
Que de su edad en la flor
Dado al estudio se había;

Una niña, en cuya casa
Darle limosna solían,
Invitada por su padre
Le dijo—«Hermanito, diga,

¿Si le pregunto una cosa
Usted me respondería
La verdad?»—«Si la supiere
Ofrézcode hacerlo, niña.»—

Y que maldicen los buenos,
Con muy sobrada justicia,
Porque hasta el diablo la odia,
Es, la negra hipocresía.

—«Pues bien, hermanito. ¿Cuál
Es la furia más impía
De cuantas tiene el infierno
Y el diablo abortó en su ira?»—

—«Algunos, que es la soberbia,
No sé porqué causa, afirman;
Otros, que es la vanidad,
Con argumentos publican;

Mas yo segun la experiencia
Con fuertes pruebas me dicta,
Puedo jurar, que la furia
A quien Dios más abomina

LA SOL—FA—A—SI

Teniendo Martin pendiente
Una cuenta con Don Luis,
Y habiéndole el tal deudor
Engañado en plazos mil,
Sacó el segundo una orden
Y dióselas á un alguacil,
Para que al punto embargase
Los bienes del tal Martin.

El catre y baul se sabe
Que están fuera de la lid,
Así como la herramienta
De que pende su existir.

Martin no tenía otros bienes
Además de un mal violin,
Que una yegua vieja y flaca
Como el arpa de David.

Su ceron y el aparejo
Eran su ajuar de dormir;
Toda su loza era un jarro
Y su baul un barril.

Llega el ministro y pregunta:
—«¿Don Martin tal, vive aquí?»—
—«Sí señor»—«¿Y bien, quién es?»—
—«Quien desea á usted servir.»—
—«Pues señor...»—quedó suspenso
Mirando el chiribitil,
Y luego prosiguió—«Nada
Le tengo á usted que decir.

Venía á hacer un embargo;
Mas todo lo que hay aquí
Ni la diligencia vale,
Conque para qué insistir.»—

Dicho esto toma la puerta,
Agarrándole Martin
Por el cuello de la chupa,
Dijo—«Usted no ha de salir
Sin dejarme dos pesetas,
O le rompo la nariz.»—

El alguacil conoció
Que era capaz de cumplir,
Porque despues de tener
La estatura de Amadís,
Miró los hercúleos puños
De su rival adalid.

Sacó, pues, *cuyas* pesetas,
Dióselas al infeliz,
Puso piés en polvorosa
Y escapó como un neblí.

De vuelta en el tribunal
Avistóse con Don Luis,
El cual le dijo al llegar:

—«¿Se encontró el pájaro allí?»

—«Sí señor, allí le hallé;
Pero yo soy tomeguin,
Y aquel es un gavilan,
Por lo cual tuve de huir.

Me ha quitado dos pesetas;
No tiene un maravedí,
De suerte que fui por lana
Y trasquilado volví.»—

Oigan este tono en *fa*
Los acreedores de *mi*,
Pues al que me mande un *re*
Le canto *la—sol—fa—á—si*.

A ELINO.

UN CONSEJO

Demándasme, caro Elino,
Aigun eficaz remedio,
Para complacer á tantos
Como te piden sonetos.
Vóitelo en un cuento á dar,
Por ser natural efecto
Que pues hay cuentos de drogas,

Hay para remedios cuentos.
No ignoras que me he criado
Entre alguaciles y viejos,
Que, menos al no mentir,
Para todo hallan remedio.
Cuando la Florida estaba
Bajo el español gobierno,

Sabrás que San Agustín
 Era patrono de un pueblo;
 Cada vez que algun devoto
 Sacaba sus duros pesos
 Para celebrar el día
 De San Juan ó de San Pedro
 Transformaban al patrono
 Se hacía la fiesta, y luego
 Quedaba el Santo doctor
 Como aquel que nada ha hecho.
 Sin duda no carecía
 El sacristan de talento;
 Pues notóle que el semblante

Era igual en todos tiempos:
 Así, que se mandó hacer
 De caretas buen pertrecho
 Y en cada función, ponía
 Lo conveniente, discreto.
 Siguiendo tal norma, Elino,
 Haz quince ó veinte sonetos,
 Y cuando te pidan uno
 Donde diga Anton, pon Diego.
 —Post-data—Pidé prestado
 Antes de darlo, y con eso
 Verás como todos huyen
 De mandarte hacer sonetos.}

NUEVO ENTRETENIMIENTO.

¿A que no sabeis qué cosa
 Debe emprender el taimado
 Mortal, que naciendo un zote
 Quiere que le llamen sabio?

En otro tiempo solían
 Aplicarse á hacer zapatos,
 A domar burros ó mulas,
 O bien á cuidar caballos.

Los pueblos al fin los burlan,
 Y ellos por no estar parados,
 Dejan las ciencias, y entónces
 Se meten á criticastros.

Pero agora las costumbres
 Visiblemente han variado;
 Hora fastidian los pueblos
 Hablando de asuntos varios.

Y como en cosas profundas
 No dan jamás en el clavo
 Por la sencilla razón
 Que hablan como papagayos,

A UNA CONCHA MARINA.

Bella Concha, que del iris
 La purpúrea faja imitas,
 Y entre la menuda arena
 Cual rosa de fuego brillas.
 ¿Porqué á la sonante playa
 Sin precaución te aproximas,
 Y entre pescadores mil
 Te muestras leda y tranquila?

Vuélvete ¡oh Concha! del mar
 A las ocultas guaridas,
 Retorna á la gruta ovisa:
 Que fué tu morada antigua:
 Mira que infinitos buzos
 Apostados en la orilla,
 La hermosa perla que ocultas
 Entre tu seno, codician.

Y si á descubrirte llegan
 Eres al punto perdida,
 Porque anhelan arrancarte
 Tu perla brillante y limpia.

Engastada en joya de oro,
 Quizá horadada ó partida,
 De una impura palaciega
 Acaso será la insignia.

Perderá por fuerza entónces
 Su candidez primitiva,
 Y en vez de ornar su blancura
 Fosfórica luz marina,

Habitará las estancias
 De prostitución maldita,
 Y brillará amarillenta
 Al resplandor de una orgía.

Vuélvete ¡oh Concha! del mar
A las ocultas guaridas.
Retorna á la gruta ovisa
Que fué tu morada antigua.

Cércate de tiburones,
Mora entre las peñas vivas,
Donde no logre alcanzarte
De los hombres la codicia.

CON LA VARA QUE MIDES....

Hay ciertas cosas en que,
A saber reflexionar,
No debieran dar consejos
Los hombres de cierta edad;
Por ejemplo: si se quiere
La amante pasión templar,
Puede aconsejar un viejo;
Pero el que es joven, jamás.
Tengo yo un amigo bueno
De corazón, y capaz
De alzar su frente serena
Sin mancha en la sociedad.
Ya veis que en aquestos tiempos
Es difícil pedir más.
Porque el demonio anda suelto
Y... no hay por donde pasar.
Mas tornemos al asunto
Que iba olvidando ya.
Este tal díjome un día
Con acento magistral:
—«Está usted enamorado,
Y empieza á disparatar,
El hombre no debe nunca
Humillarse á estado tal.
No deja usted á la niña
Ni siquiera respirar;

En fin, es usted un *oso*
Que en todo sueña un rival.»
Yo conocí que él no era
El médico de mi mal;
Seguí mi amorosa empresa
Y lo dejé predicar.
El tiempo que lo hace todo,
De sus pasos al compás,
Sin precisarse me hizo
De mi locura sanar,
Y á él enfermó de manera
Que es loco de amor, y tal
Que se ha convertido en *os*
Y *oso* hidrófobo, infernal.
Diz que trata de casarse
Con su querida beldad,
Y es lo peor, que lo niega
Cuando muriéndose está.
Mirad si hay cosas en que,
A saber reflexionar,
No debieran dar consejos
Los hombres de cierta edad:
Porque es la de las pasiones
Y es infalible verdad,
Que «con la vara que mide
Tambien medido serás.»

A LAURA.

¿Viste, Laura, la rosa,
De los jardines reina,
Que amaneció del alba
Que amaneció del alba
Rociada con las pérlas,
Cuán lozana y fragante
Se ostentaba risueña,
Burlando de las otras
Flores de la pradera?
Luego del Sol quemada
La viste mística y yerta
Palidecer su sangre

Al calor de la siesta?
¿Y no viste en el suelo
Su corola dispersa
Al asomar su frente
La vespertina estrella?
Pues eso es un trasunto,
Laura, de tu belleza,
La juventud es alba,
La edad madura, siesta,
Y la vejez es noche,
En que solo te quedan

Memorias de que fuiste,
 Para mayores penas.
 No te alucines, Laura,
 Si perdiste la bella
 Edad de los amores.
 Lloro tu inadvertencia,
 Lloro, y en tu desdicha
 Las jóvenes aprendan
 Que el tiempo vuela, y nunca

Se ha visto que atrás vuelva.
 Y la que desdeñosa
 Por temor ó sistema
 Sorprender sin amores
 De la vejez se deja,
 Dos cosas ciertas solas
 En que pensar le quedan;
 Que son, Dios... y la tumba
 Que su ceniza espera.

LA FELICIDAD.

Algunos moralistas
 Dicen que la ventura
 Del hombre está en su mano,
 Y que él puede crearse su fortuna.
 Defiendan tal aserto,
 Si quieren, doctas plumas,
 Que á mi ver esta máxima
 Es falsa enteramente, si no absurda.
 ¡Cuántos hay laboriosos
 Sin mancha en su conducta,
 Y que del polvo humildes
 La frente á levantar no llega nunca!
 ¡Cuántos que por la pátria
 Su sangre en lides crudas
 Vertieron; ignorados,
 Tristes, arrastran su existencia oscura!
 Mientras otros que solo
 En los festines sudan,
 Y jamás en sus manos
 La espada vieron que el guerrero empuña
 Ni á la pátria sirvieron
 De modo ó forma alguna,
 Se alzaron de la nada
 Sobre la ruina de familias muchas,
 Y sobre montes de oro
 Que á sus plantas agrupan,
 De vanidad henchidos
 Al guerrero, al artista, al sabio, insultan
 Yo no soy fatalista;
 Pero ¿quién me asegura
 Que el hombre no es movido
 Por una fuerza irresistible oculto?
 Con discursos brillantes
 Los doctos nos deslumbran;
 Pero esos mismos hombres
 De la verdad de sus discursos dudan.

Nada; al mortal cuitado
 Que nace sin ventura,
 Solo un medio le resta
 Para hacerse feliz, y ese es la tumba.

A LINCE.

EN SUS DIAS

<p>¡Oh tú! que tomaste el nombre Del nemeroso animal Que tiene los piés lijeros Y la vista perspicaz; El que en cada oreja lleva Para su testa adornar, Un pincel de largos pelos Bien formado, por lo cual Llamarse con razón puede, Sin faltarse á la verdad, El Apéles de los bosques, Aunque no sepa pintar. Sigue impávido el sistema Del cuadrúpedo sagaz; Que mata cuantos conejos Le es posible vislumbrar. Extermina con tu pluma A tanta liebre infernal</p>	<p>Que aja y destruye las flores De la culta sociedad: A tanto escritor conejo Que con instinto bestial, Cuando en pública palestra Se les antoja hablar, Sin respeto de ellos mismos Ni de la comunidad, Así escriben, como comen Maloja en un muladar. Péscalos entre tus garras Y destroza sin piedad Las filípicas inmundas Que escribieron por su mal. Aquesto ¡Oh Lince! te ruega El que con fiel amistad Tu noble mision aplaude Y felicita tu edad.</p>
---	--

EJEMPLOS.

A SELMIRA.

<p>Cual rosa que ostenta al Alba Su purpurino color, Y antes de la tarde cae Abrasada por el Sol: Cual lijerísima nube Que en rápida dirección Desparece á nuestros ojos En alas del Aquilón: Cual círculos que en el agua Forman contacto menor, Y dilatándose al punto Se pierden en su extensión:</p>	<p>Cual relámpago luciente Que ilumina la región Dejando el éter sumido En oscuridad mayor; Y en fin como fuegos fátuos Que en su corta aparición Vagando en espacio breve Ni queman ni dan calor; Tal es la vida del hombre, Y tales, Selmira, son Las amistosas protestas Y juramentos de amor.</p>
---	--

PEQUÑEZ DEL HOMBRE.

¿Quieres ver lo que vales,
Hombre vano y soberbio?
Sal de tu esfera humilde
Y en alas vuela de inspirado genio.
Torna al mundo los ojos,
Desde el diáfano cielo
Verás correr los siglos
Y las generaciones ir tras ellos.
Verás por una parte
Desparecer los pueblos,
Y opulentas naciones
Cambiar en tristes solitarios yermos.
Mientras por otra nacen
Poderosos imperios,
Y los incultos bosques
Se engalanan de hogares y de templos.
Si Menfis y Palmira
Se tornan en desiertos,
Pompeyo y Herculano
Cubre el Vesubio con ceniza y fuego.
Si Troya es desolada
Por devorante incendio,
La esposa de los mares,
Albion soberbia, se levanta luego.
Lanzado de la Iberia
Por el cristiano esfuerzo,
No ya en gótico alcázar
Duerme tranquilo el árabe guerrero;
El que entónces vivía
Cual Fénix entre inciensos,
Tiene hoy solo una espada,
Un corcel, una lanza y el desierto.
El moscovita airado,
Conquistador cruento,
Hoy triunfa; pero al mismo
De doblar la cerviz le vendrá tiempo.
No te envanezcas, hombre,
Nada en el mundo es cierto,
Y si aun el Orbe es nada
¿Quieres ser algo tú, mísero insecto?

A UN CRITICASTRO.

Salve, literato ilustre,
Erudito á la violeta,
Escritor incomprensible
Y crítico de taberna.

Graduado en una cocina,
Universidad selecta,
Entre cuatro galopines
Dormidos á pierna suelta;

Donde á guisa de tribuna
Subisteis en una mesa,
Y el auditorio de gatos
Aplaudió vuestras sentencias.

Era un fogon derrumbado
El trono de presidencia,
Postrado ante el cual, la borla
Recibisteis de una vieja.

Que si no era la heregía
Segun nos dicen las señas,
Sería la necedad,
Su terrible compañera.

Salve! y no temais, doctor,
Acometed sin clemencia,
Sobre cuanto hablar podais,
La más terribles empresas:

Y si inspiración sublime
Os negó naturaleza,
No solo en la poesía
El poder brillar se encierra

Si nada nuevo sacar
Podeis de vuestra mollera,
Yo os diré un camino fácil
Que os viene como de perlas:
Y extraño que ignoreis vos
Esa venturosa senda,
Pues no hay bruto que la ignore
Ni tonto que no la sepa.

Si á gritos y puñetazos
Los sabios se convencieran
Como hay Dios que ni Platon
Igualara vuestra ciencia;

Porque teneis, segun creo,
A imitación de las bestias,
La elocuencia en los rebuznos
Y la razon en la fuerza.

Criticad, pues, á destajo,
Y si algun bobo os contesta
Dejad el asunto aparte
Y embestidle á desvergüenzas.

Salve! Doctor, y pues ya
Os dije el rumbo cual era,
Seguid por él, y tendreis
Mucha fama y más pesetas;

Mas libréos Dios de encontrare
Con uno de vuestra cuerda,
Porque un argumento *en bruto*
Suele ser *convence muelas*.

LA INOCENCIA.

Cuando por el sol de Julio
Agostadas las sábanas
La menor chispa de fuego
Forma horribles llamaradas;
Sin oposicion alguna
El incendio se dilata
Y aniquila cuanto encuentra
Llevado del viento en alas;

Mas en medio de un arroyo
Pequeño islote se alza,
Vestido de enredaderas
Y coronado de palmas.

Allí contempla tranquila
El elemento que tala
Los campos que le circundan,
Y en la opuesta orilla pára;
Así brilla la inocencia
De la vida en las borrascas,
Ni el fuego de las pasiones,
Ni la ambición la anonadan;
Porque duerme en su conciencia
Y siempre que la amenazan,
Cual manantial cristalino
La cerca la Virtud Santa.

UN CONSEJO A LAS BELLAS.

Sé que es arriesgado asunto
Decir mal de las mujeres,
Y por eso en cosas tales
He jurado no meterme;

Mas es bueno criticarlas
Ciertas manías que tienen,
Que son malas para ellas,
Y para los hombres, siempre.

Verbigracia, cuando niñas
Ningun galan las merece,
Unos son malos por flacos
Y esqueletos les parecen,

Los otros son despreciables
Por bajos y regordetes,
Estos, por ser desdentados
Los otros, por muchos dientes.

Aquél, por hablar con todas,
Por ser muy callado, éste,
El último, es mudo y tonto,
El primero, desvanece;

En fin, ninguno les gusta,
Y si alguna vez sucede
Que correspondan á tal,
Por amor ó entretenerse;

Allí tiene usted los celos
Hasta del agua que beben,
Donde quiera, á cada instante,
Lo acribillan á billetes.

Si el pobre al fin se fastidia,
Y toma el unto de *vete*;
Se avispan y se alborotan
Como las brujas en viérnes.

Para llamar su atención
No saben dónde ponerse,
Y si es de los de alma blanda,
Segunda vez se convierte;

Entónces es cuando ellas
La mano tal vez aprietan;
—«No quiero satisfacciones,
No señor, no se moleste,

Vaya donde está Fulana,
Que es á la que usted más quiere.»—
Y el mentecato le sufre
Razones, muecas, desdenes,

Y se le cae la baba
En presencia de su Hebe;
Hasta que pasan los chicos
Cuando de la escuela vuelven,

Y ven aquel hombre allí
Llorando como un *muteque*,
Y le cercan entre todos
Y le gritan —«¡Huye, Pepe!...»—

Entónces Pepe se escapa
Más ligero que una liebre,
Con tres ó cuatro pedradas;
Y ella, asomándose á verle,

Se rie con los chiquillos
Que en coro exclaman—«¡A ese!...»—
Y alegres como unas páscuas
Gritan tambien—«¡Huye, Pepe!...»—

El tal Pepe, escarmentado,
No verla jamás resuelve,
Llega otro, y la galantea,
Y así sucesivamente

Van cortejando á la niña
Hasta quince ó veinte Pepes;
Pero ya la niña va
Pasando los veinte y siete,

Y en su interior, de sí misma
Un triste fastidio siente
Los treinta llegan, y pasa
Llorando el tiempo que pierde.

Los cuarenta se avecinan
¡Mala la hubisteis, franceses!
Ya las arrugas y canas
En pos de Madama vienen.

Ya va caminando á mona,
Y de tal pelaje al verse,
Por no quedar para tía
Se casa con cualquier Pepe.

Por supuesto, es el peor
De cuantos la amaron fieles;
Mas cual suele el que se ahoga
Asirse á un hierro caliente,

Así llega cierta edad
Que echan mano las mujeres,
De hombres que en su juventud
Habrían tenido por duendes.

¡Pues no es más juicioso, niñas,
Ver que es rosa que amanece
Entreabierto, la hermosura,
Y cerca del cáliz tiene
La vejez, que sobre ella
A marchitarla descende,
Si ántes no es la tempestad
Que su corola disuelve?

¡Ay! dejad esas manías,
Desterrad esos desdenes,
No sea que cuando esteis
Más allá de los dos veintes,
Os pese haber malgastado
La existencia inútilmente;
Porque hasta los condenados.
Lloran el tiempo que pierden.

DESENGAÑO.

Quando yo era más jóven,
Y de ilusiones locas
Estaba siempre llena
Mi mente bulliciosa;
Pensé que era el amor
Fulgente sol de gloria,
A quien jamás nublaron
Del interés las sombras.
Creí que la alabanza
Dada á ciertas personas,
Eran debidos premios
A su mérito y honra;
Que la divina Astrea
Fuese, segun la nombran
Los sabios y poetas,
Incorruptible diosa;
Y en suma, que la espada
De Témis no se dobla,
Ni al poder de la intriga,
Ni al peso de las onzas;
Mas como llega el tiempo
Que el hombre reflexiona,

Y ya yo voy entrando
Por esa edad dichosa,
Sé que de amor el fuego
Prenden almas muy pocas,
Y que es meteoro fátuo
El que brilla en las otras;
La alabanza es un siervo
Que se vende y se compra,
Y ¡cuántos por trasmanos
Hacen la suya propia!
Que Astrea (tal vez) baja
Su balanza, en la hora
Que con el metal bello
Del Perú se la toca;
Y que Témis imitando
Esa moderna norma,
Los filos de su espada
Tambien con oro embota.
¡Ved si viví engañado,
Quando de vanas sombras,
Estaba siempre llena
Mi mente bulliciosa!

ÉL PARARÁ.

Moralistas rigurosos,
Los que á fuer de inteligencia
Dais del corazón humano
Definiciones soberbias;

Yo, por lo que más ameís,
Os pido por gracia extrema
Un antídoto que cure
El fiero mal que me aqueja.

Sabed que vivo prendado
De una graciosa trigüeña,
Tan dulce, que cuando habla
Parece de miel su lengua.

Con unos labios de rosa,
Unos dientes de azucena,
Unos ojos centelleantes,
Y una cintura de á terciá.

Diréisme:—¡Diantre de hombre!
¿Qué más ventura deseas?
—Señoritos, poco á poco,
Escuchadme con paciencia:

Así pensaba yo ántes
De haberme metido en gresca
Ignorando lo que son
Quebraderos de cabeza.

Mas despues de haber entrado
 Tan fatalmente en la feria,
 No debo cantar alegre
 Por lo mal que me va en ella.

Es mi amor una mujer...
 Miento, que es una quimera,
 Una miscelánea viva,
 Un laberinto de Creta.

Compra novelas y dramas,
 Y lee cuantos le prestan;
 Vamos, que para instruirse
 Muy santo y bueno es que lea;

Pero es lo peor del caso,
 Que á costa de mi paciencia
 Ha dado en ser la heroína
 De dramas y de novelas.

Leicester me llamó un día,
 Yo le contesté que ella
 Era *Catalina Howard*,
 Y se me puso en candela.

Si le digo que la adoro,
 Me oye con indiferencia,
 Y parece que es de escarcha
 Por el yelo que aparenta.

Mas si le hago poco caso,
 Entónces se desespera,
 Y chilla, que necesito
 De un mercader las orejas.

Entónces me quiere más,
 Si hemos de seguir la regla
 De, *Quien te quiere te aflige*,
 Y *quien no quiere no cela*.

Entónces se vuelve un argos,
 Con ninguna hablar me deja,
 Y hasta su sombra, presume
 Que es una rival tremenda.

Temiendo estoy que algun día,
 Con un hombre hablar me vea,
 Y que es mujer disfrazada
 Le pase por la cabeza.

Diréisme: Pues buen remedio,
 ¿Porqué la carga no sueltas?
 —¡Diantre! si no me es posible
 Porque la quiero de veras.

Ya que ella tan solo pára

En estar más majadera,

Yo pienso tambien parar

En salir huyendo de ella.

.

¿Conque nada respondeis,
 Moralistas, los que á leguas
 Dais del corazón humano
 Definiciones soberbias?

—Hombre, déjanos en paz,
 Porque amor es un problema
 Tan oscuro, que Dios solo
 Es fácil que lo resuelva.

Propon algun otro enigma,
 Sobre otro ramo de ciencia,
 Y tendrás la solución
 Mejor de lo que desees;

Pero en amor, el que habla,
 Y si es de pasión ajena,
 Se equivoca, porque el hombre
 Ni en el suyo mismo acierta.

Esto los doctos dijeron
 De una brillante academia,
 Y yo sin aprender cosa
 Torné á salir por la puerta.

Estaba un viejo en la calle
 Con una bolita negra
 Repitiendo «*él parará...*»
 Al tiempo que yo saliera.

Tomé la voz por augurio,
 Y como pensaba en ella,
 Dije: Si ella ha de parar,
 No va tan mala la cuenta.

Luego me he desengañado
 Que es un juego de mi tierra,
 Donde se pára la bola,
 Y pierde siempre el que apuesta.

Ahora mi amor va parando,
 Y parando en ser enferma,
 Con que... peor está que estaba,
 Porque se ha puesto más terca.

Y ya que los moralistas
 Otro remedio no encuentran,
 Sino que suelte la carga,
 Y que Idalia no se enmienda,

A MI TRIGUENA.

Aunque te murmure el mundo,
 Ponte zarcillos, triguena,
 Que tú del mundo no vives
 Ni él tiene contigo cuenta.

¿Presumes que es nuevo acaso
 Adornarse las orejas
 Con pendientes de oro y plata
 Y de relumbrantes piedras?

Díle á los que te murmuren:
 Que se emprendaron con ellas,
 Sin desdeñar, las sagradas
 Deidades de Roma y Grecia.

Con tal que no se te antoje
 Hacer conmigo la prueba
 De ver ornada mi frente
 A guisa de *Luna nueva*;

Todo lo demás que gustes
 Hazlo como te parezca,
 Bien cierto que para nada
 Has menester mi licencia.

Y luego aunque el mundo hable,
 Ponte el adorno que quieras,
 Que á mí no me importa el mundo,
 Ni él tiene contigo cuenta.

Sin embargo, si escuchar
 Varios consejos quisieras,
 Como hay Dios, te daré algunos
 De los que más te convengan.—

Por ejemplo: no critiques
 Las mismas faltas que tengas,
 Porque no hay vicio mayor
 Que ser ligero de lengua:

No caigas en el pecado
 (Harto comun en la tierra)
 De tenerte por mejor
 Que otra persona cualquiera.

Por tu conducta tan solo
 Medir debes tu excelencia;
 Pero tenlo para tí,
 Porque si lo dices yerras.

Estas y otras varias cosas
 Que más convenirte puedan,
 Es lo que quiero me hagas
 Por darme gusto, triguena.

EL PAJARILLO.

Cual pajarillo alegre
 Que entre las verdes ramas
 Para el invierno frío
 Y dulce Abril aguarda
 Gozar en compañía
 De su mitad amada:
 Pero no bien se esconde
 De Apolo la bizarra
 Frente en el signo tauro,
 Cuando á la primer alba
 Le invita la luz pura
 De la celeste estancia
 Salir por todo el bosque:
 Tiende al aire las alas,
 Contéplase dichoso
 Gozando la abundancia

Que la risueña Flora
 Por los campos derrama;
 Bajo rosales corre,
 Sobre claveles canta,
 Entre azucenas juega,
 Pórase en albahacas,
 Pica las ambarinas,
 Por los jardines salta,
 Y en la apacible fuente
 Sobre la arena blanca
 Bebe del agua fresca
 Y en su cristal se baña;
 Así anda divertido
 Por la feráz sabana,
 En tanto que la Aurora
 Su blanca frente saca

Del nacarado manto
 Y el claro oriente esmalta.
 Entónces, corre presto
 Do viera una guayaba
 Cuyo color pajizo
 Dice estar sazónada;
 Come allí lo que quiere,
 Y algunos granos guarda
 Para llevar al nido
 Donde cuenta encontrarla.
 Ya nada le detiene,
 Y vuela, ya se alza,
 Y rápido y zumbando
 Mide la esfera clara:
 Va á contarla los gocos
 Que tuvo esta mañana,
 Los amorosos lirios
 En que bañó sus alas,
 Y los sabrosos granos
 Que hallara entre las gramas;
 Cómo robó á las flores
 Las gotas que guardadas
 En sus corolas bellas
 De la vista ocultaban,
 Cómo en la cristalina
 Fuente se revolcaba
 Sobre la arena fresca,
 Y bebió de sus aguas;
 Y en fin, que de su pico
 Dulce fruto va á darla
 Porque vea que en medio
 Del placer gue gozaba
 No fueron tantas dichas
 Bastantes á olvidarla.
 Ella tambien le espera,

De verle, alborozada;
 Y en lo más eminente
 De una alterosa palma
 Llena de amor ansiosa
 Gorjea, trina y salta.
 Mas ¡ay! gavilan fiero
 Con sus sangrientas garras
 Sin que estobarlo püeda,
 Del árbol la arrebatá.
 Deja caer el triste
 Los granos que llevaba
 De aquella dulce fruta
 Que más que hiel le amarga,
 Y sobre el gajo mismo
 Donde perdió su amada
 Quiere buscar la muerte
 Con dolorosas ánsias;
 Pero no tardó mucho,
 Que flecha disparada
 De oculto cazador
 Vino y le partió el alma,
 Y ántes de morir, dijo:
 —«¡Oh muerte deseada,
 Cuán pocos infelices
 Tan á tiempo te llaman:
 Feliz soy, pues espiro
 Al nacer mi desgracial!»—
 Cayó en la tierra yerto,
 Y así la muerte ingrata
 Fuera una vez benigna.
 Tambien yo la llamara,
 Pues he perdido á Fela.
 ¡Ay, imán de mi alma,
 Tú has muerto y aún yo vivo!
 ¿Porqué el pesar no mata?

FANTASMAS, DUENDES Y BRUJAS.

En aquellos memorables
 Tiempos de Mari-Castaña,
 Dicen los viejos que había
 Brujas, duendes y fantasmas.
 Los modernos no lo creen;
 Miradlo bien, camaradas.
 Ahora los hay como entónces,
 El caso es que se disfrazan.
 Y si por la refracción
 De la luz solar, que os daña,

Sobre el piso blanquecino,
 Teneis la vista turbada:
 Yo os iré mostrando algunos,
 De los infinitos que andan,
 Sin parar en noche y día.
 Por las calles y las plazas.
 En los que os iré diciendo
 Vereis que la tengo clara,
 Y que para ver á oscuras,
 Soy una semi-siguapa.

Es cierto que se extinguiéron
 Aquellos duendes de marras;
 Pero es porque otros más fuertes
 Les han ganado la palma.

A un majadero que pide
 Tersos por pipas y cajas,
 Y si pereceis de sed
 No os dará una gota de agua.

A un usurero que presta
 Con la módica ganancia
 De veinte y cinco por ciento,
 Exigiendo idónea fianza.

A un hombre que sin oficio
 Le gusta manejar plata,
 Y hasta el juego de las piedras
 Imitando á Moisés saca.

Al procurador intruso
 De los tribunales plaga,
 Que ajenos créditos cobra
 Y nunca los suyos paga.

Al crítico por sistema
 Que lo bueno y malo tacha,
 Sin otra razón ni prueba
 Que por que él lo dice y basta.

Ved si habrá diablos, vestiglos,
 Duendes, brujas ó fantasmas
 Que le sostengan las fuerzas
 A estos duendes de *ley brava*.

No son estos como aquellos
Del tiempo que el Rey rabiaba,
 Porque mientras uno vive,
 Que rabie, no es cosa rara;

Mas ahora que estos duénes
 Tanto estrechan la distancias,
 Que mueren de hambre los vivos,
 Y despues de muertos rabian.

¿No quereis creer que hay brujas?
 Pensadlo bien, camaradas,
 Ved esos que os represento,
 Y otro millon más que falta:

Y confesad sin ambajes,
 Que en este tiempo hay fantasmas.
 Y mucho peores que aquellas
 De que los viejos nos hablan:

Aquellas la cruz huían,
 Por ser medrosas y mansas;
 Pero éstas son tan terribles,
 Que dellas la cruz se espanta.

UN CUBO.

Los que presumís que un cubo
 Es solo mueble de casa,
 Sabed que tiene acepciones
 Distintas esta palabra.

Al hombre que bebe mucho
 (Entiéndase que no es agua)
 Cuantos le conocen, dicen
 «Aquel es cubo de marca.»

A la mujer que es igual
 De los hombros á las plantas,
 Si está seca, es una vela,
 Si gorda, cubo con náguas.

La aplicación es un cubo,
 Que con cuerda de constancia,
 En el pozo de la ciencia
 Prodigioso néctar saca.

Un cubo es una bicoca;
 Pues en una pobre casa,
 Por ejemplo de un poeta,
 Es cubo, jarro y tinaja.

¿Y cuántos y cuántos hay
 Que por no soltar la plata
 Piden agua, sogá y cubo?
 ¡Esto sí es vivir de guagua...!

Y para cumplir mejor,
 Es una Cuba mi patria,
 De materiales tan ricos,
 Y de construcción tan rara,
 Que aunque tiene el fondo fijo
 Dentro de las mares anchas,
 Es un manantial inmenso
 Donde por más que se saca

Jamás se agota el venero,
 De oro puro, y fina plata.
 Esta es la Cuba de Dios
 Según pregoná la Fama.

LA FALTA IMPERDONABLE.

Adivíname, Selmira,
Cual en el mundo es la falta
Que ningun rey hasta ahora
Se ha dignado perdonarla.

—«¿La pobreza?»—«No, esa es
Enfermedad que contagia.»—

—«¿La avaricia?»—«Mucho ménos;
Porque es veneno que mata.»—

—«¿La mentira?»—«Esa es moneda
Que todo viviente gasta.»—

—«¿La...?»—«No digas más, Selmira,
Estás léjos de acertarla.»

La falta que en este mundo
No la perdona ni el Papa,
La tiene hasta en los infiernos
Aquel que debe y no paga.

Yo he visto, siempre que nace
Un príncipe, ó que se casa,
O se obtiene una victoria,
O los partidos se tranzan.

Y otro más porque te he dicho
Cuál en el mundo es la falta
Que ningun rey hasta ahora
Se ha dignado perdonarla.»

Dar indultos, y en ninguno
He visto conceder gracia
Al que debe, aunque no tenga
Siquiera una sed de agua.

Dicen que una ley vigente
Dispone en la Gran Bretaña,
Que el que debe, si se muere,
Hasta con su restos paga.

¡Terribles deberán ser
Los ingleses cuanto á trampas,
Cuando para contenerlas
Tienen una ley tan brava!

Pero volviendo al asunto;
Si el tiempo sigue cual anda
¡Cuántos irán sin perdon
Al valle de *Josezafa!*

Págame el beso, Selmira,
Que me ofreciste en la Páscoa,
Y sino cuando me muera
Vendré á penar á tu casa.

EL BESO DE SELMIRA.

En una oscura noche
De Agosto, solo había
Un astro que brillaba:
Era la estrella del Amor, divina

Sobre el brocal de un pozo,
Mediado de agua fría,
Daban de un cuarto oscuro
Los hierros de una leve ventanilla.

La yedra, que enredada,
Mi pretensión cubría,
Fué la sola tercera
Del mayor gozo que sentí en mi vida.

Tono tan santo y dulce,
Que ningun plectro imita:
Era... el toque de un angel...
El primer beso que me dió Selmira.

Y aun me robó una parte;
Pues terciando una espiga
Disfrutó de la gloria
Que mi fiel corazón jamás olvida.

Mas la ventana, el pozo,
Y la estrella Ciprina,
Solos testigos fueron
De aquella celestial y eterna dicha.

Clavó sus labios rojos
En esta boca mía....
¡Abriéronse, y sonaron
Cual un tono del arpa de *Corina...*

YA ME CASO.

Antes era yo enemigo
Terrible del casamiento;
Mas como dice el refran
Que «todo lo acaba el tiempo;»

Con los años voy por grados
De mi oposición cediendo,
Y estoy medio convertido,
A ser un socio del gremio.

—¡Qué diablos! (suelo decirme)
Si me caso nada pierdo;
Cuando estoy rico, me faltan
Siete reales para un peso:

La pobre á quien Barrabás
Infunda tal pensamiento,
Como se me aguante un año,
Que me corten el pescuezo.

En fin, si es tan arreglada
Que no le gusten paseos,
Que lave la ropa, cosa,
Y que cocine (en habiendo.)

Que se nutra de quintillas,
Se vista de diarios viejos,
Y saboree las frutas
Que yo le pinte en mis versos;

Entónces ya es otra cosa,
Viviremos años ciento,
Y soy capaz de llevarla
Junto conmigo en muriendo.

No encontrará en mi baul
Ni memorias de dinero;
Mas si se hace un inventario
Arreglado á mis sonetos,

No habrá tesoro en la Tierra
Que iguale á lo que yo tengo.
No digo todos, con *uno*
Que realice estoy contento.

Ahí es nada: á más del Sol
Palacios de oro y luceros,
Coloco un brillante en él,
De mil quintales, y eso

Que no lo puse mayor,
Porque me faltó el resuello.
Si quiere mantas bordadas
Y trajes de terciopelo,

Le daré cuantos me pida,
Y costosísimos ternos;
Pero daréselo todo
En pintura, por supuesto.

Casarme con una rica
No lo haré, porque más quiero
Ser pobre y libre, que echarme
Por toda la vida un dueño.

Niñas, sírvales de aviso,
A casarme estoy resuelto,
Advirtiéndome, que la novia
No traiga muchos inviernos.

Que no ha de tener parientes
Criticastros ni usureros,
Y si es sola en su familia,
Tanto mejor, por aquello

De no casarme con una,
Y me cueste cargar luego,
Con suegra, suegro, cuñados,
Primos, y gatos, y perros.

Ultimamente, según
Estoy de inspirado, creo
Que me caso á ojos cerrados,
Hasta con un esqueleto.

Con que muchachas, al grano,
Acudan todas con tiempo
A hacerme proposiciones,
Porque sino... me arrepiento.

EL HOMBRE DE LA GUAGUA.

Silvio, ¿conoces aquel
Hombre de bella semblanza,
Que alegre sin gastar vive,
Y siempre decente anda?

Aquel que nunca en tabacos
Gastó medio real de plata,
Y sin embargo los fuma
Donde de valde los halla?

El que va siempre al teatro,
Entra en los bailes, y danza,
Come donde se le brinda,
Y bebe donde le llaman?

Aquel que por un cuartillo
Si le ahorcan no lo larga,
Y des que nació al presente
No hizo favor ni por chanza?

Aquel que al prójimo incita
A que gaste cuanto gana,
Y lo que su mano agencia
Bajo cien llaves lo guarda...?

—No me dés más señas, Fabio,
Esas que me dices bastan
Para saber que tu héroe
Es el hombre de la *guagua*.

EL PORVENIR.

Todos se consideran
Tener hartas razones
Para probar que auguran
El porvenir del hombre;

Pero sobre este punto
No están, por cierto acordes
Puesto que todos fundan
Sus místicos errores,

Sobre cálculos, unos,
Otros en tradiciones;
Fanatismo heredado
Quizá de sus mayores.

Yo, cuando dar sobre ello
Mi parecer me toque,
Diré, según alcanzo,
Ajeno de ficciones,

Que el hombre es como el leño
Nacido en vírgen monte,
Y será, lo que quieran
Las manos que le corten.

Yo he visto de oro fino
Formar diablos, y flores;
Y santos y querubes
De despreciable cobre.

Yo con cruces y bandas,
He visto á salteadores,
Y en cadenas á héroes
Que honraron sus naciones.

¿Y habrá quien ésto viendo
Vanos cálculos forme,
Para probar que auguran
El porvenir del hombre?

CONSEJOS A UN POETA.

Toma las cosas, poeta,
Segun en el mundo pasan,
Vamos al grano, y dejemos
Heroismos de la Iliada.

Dirás que el amor de aplausos
Tus sentidos arrebatá,
Y que por una corona
Sin otro interés trabajas.

Convengo en que es noble idea
La que al cielo te levanta;
Mas esa verás que tiene
Tambien excepciones varias.

Si por ejemplo, celebras
A una ninfa que otro ama,
Y siendo una Mesalina
Como á Lucrecia la ensalzas;

Si héroe llamas á un ladrón,
Si Trajano, á un traga-aldabas,
Si Tito, á un prostituido,
Y humano, á un tigre de Hircania.

El pueblo que los conoce
Y que rara vez se engaña,
Pues sabe por experiencia
Las cosas que por él pasan,

Dirá que eres un vendido
Que tu profesión degradas,
Y como á falso profeta
Te dará con ello en cara.

Al que por hacer negocios
Te pida versos sin tasa,
Dále cien plazos; y nunca
Sus pedidos satisfagas.

Si es de aquellos majaderos
 Que hacen diez visitas diarias;
 Cuéntales en cada una
 Que tienes siete mil trampas;
Y necesitas dinero.
 Estas dos fieras palabras
 Son el «Agnus Dei» que ahuyentan
 Los demonios de la *guagua*.
 Poeta, en las poesías
 Que del corazón te salgan,
 Busca imágenes aéreas,
 Pinta, si quieres, fantasmas.

Con eso alcanzarás gloria
 Y será eterna tu fama;
 Mas cuanto á lo positivo,
 Visiones á un lado aparta.
 Mira que hoy por varias vías
 Todos á un asunto marchan,
 Y sin reparar se ha dicho:
Que á vivir y á buscar plata.
 Poeta toma las cosas
 Segun en el mundo pasan,
 Vamos al grano, y dejemos
 Heroismos de la Iliada.

LA ESTRELLA DEL DIABLO.

El que esté enfermo de muerte
 O emprenda un viaje arriesgado
 Présteme dinero á mí
 Y haga cuenta que está en salvo.

Si es cierto que cada uno
 Es dichoso ó desgraciado
 Porque nace cuando brilla
 Un planeta bueno ó malo;

Yo nací seguramente
 Con un diabólico astro
 (Se entiende, si es que el en cielo
 Conserva su estrella el Diablo).

Llévome el *cólera* deudos,
 Y una mujer, que aun la amo,
 Despues me robó la muerte
 A un fiel amigo y hermano.

Donde quiera que me mudo
 Encuentro vecinos sandios,
 Y mis comunes visitas
 Son de tontos y arrancados.

Si en el camino me llueve
 Y entro en una casa, hallo
 Viejas que rezan á gritos
 Creyendo espantar los rayos.

Si á un festin voy por sacar
 Mi estómago de mal año,
 En repartir y hacer versos
 Me dejan en cruz y en cuadro.

En cualquier taberna me entra
 Por la fuerza un desalmado,
 Me pone un vaso en la diestra
 Y exclama—«Diga usted algo»—

Yo bien pudiera decirle
 Que es un desmoralizado,
 Y que con su obligación
 No cumplen los comisarios.

Mas como éstos son asuntos
 Que no me atañen, me callo,
 Y además, que mis costillas
 Ningun que sentir me han dado.

Para que así las esponga
 A que un monton de borrachos
 Descargue una lluvia en ellas
 De puñetes ó trancazos.

Cuando me ven en chancletas
 Me piden viejos zapatos,
 Y otros vienen por dinero
 Cuando no tengo un ochavo.

Todas las madres celebran
 Sus chiquillos por callados,
 Y cuando yo las visito
 Se desgañitan llorando.

Si presto algun libro, no
 Vuelvo á verlo, ni pintado,
 Y si alguno me lo presta
 Hasta el alquiler le pago.

Esta es mi suerte en la vida,
 Y otras mil cosas que callo;
 Porque á relatar el todo
 Ni en muchos pliegos acabo

Ved si es cierto que nací
 Con un diabólico astro.
 (Se entiende, si es que en el cielo
 Conserva su estrella el Diablo.)

EL SIGNO.

¿A qué no sabeis, del año
En cual de los doce signos
Deberá nacer el hombre
Que ha de parar en marido?

Me direis que hay tres tan propios
Para el objeto antedicho
Que cualquiera á la ventura
Puede quedar elegido.

Algunos del manso Aries
Estarán por el partido;
Otros tomarán á Tauro
Fundándose en que es rollizo.

Cada cual nombre el que guste:
Yo con el derecho mismo
De elección que tienen todos,
A Capricornio me inclino.

Porque á más de ser ligero,
Alegre y asustadizo,
Es animal que le apuntan
Los pitones desde chico:

Y como dientes y astas
(Segun me ha dicho un amigo)
Al nacer duelen, y son
Útiles cuando han crecido:

Yo quiero que cuando lleguen
A ser esposos mis hijos
Ya tengan los cuernos duros,
Y de ese modo consigo

Dos cosas: la una, que huyan
Al verse en un compromiso,
Porque ser casado y guapo
No es atributo de chivo:

Y la otra, que no reparen,
Ya sean blancos ó amarillos,
Si los hijos de su esposa
Salen negros ó cenizos.

Hé aquí de qué cualidades
Deben gozar, por su signo,
Los hombres predestinados
Que nacen para maridos.

NOMBRES CAMBIADOS.

En lo muy poco de mundo
Que tengo visto, he notado
Que hay nombres tan contrapuestos
A los que suelen llevarlos,
Que, á pensarlo bien, parecen
Ser de exprofeso buscados,
Para que sean más visibles
Los defectos de sus amos.

Por ejemplo: Pedro es nombre
Que deben llevar los calvos,
Y hay Pedros que pelos tienen
En las palmas de las manos.

Justos que en el mismo infierno
No puede haberlos más malos.
Inocentes hay que saben
Siete veces más que el diablo.

Juanes que con ser Bautistas,
Maldito si son cristianos;
Y Benignos, que en no serlos
Cifran todo su conato.

Prósperos hay ¡vive Dios!
 Que nunca tienen un cuarto;
 Serafines, horrorosos,
 Y Cristóbales enanos.

Hé aquí porque la experiencia
 Hace á los viejos ser cautos;
 Y dicen algunos de ellos,
 Se entiende aquellos más sabios,
 Que «á los hombres por sus hechos;»
 Pues padece el mismo engaño
 El que juzga por los nombres,
 Que el que se atiende á dictados.

COMPARACIONES.

Como las alegres flores
 Con cuyas colores varias
 Se ornan los bellos jardines
 Y los prados se engalanan,
 Que en las apacibles noches
 Pueblan el aire de ámbar,
 Que nacen del Sol á puestas
 Y mueren á la mañana.

Como las brisas ligeras
 Que rebatiendo sus alas
 Súbitas desaparecen
 Delante de las borrascas:

Como las brillantes chispas
 Que voráz incendio lanza,
 Que rápidas giran, vuelan,
 Y al mismo instante se apagan
 Y por fin, como las olas
 Ya soberbias ó ya mansas
 Que unas tras otras caminan
 A disolverse en la playa;
 Así sin parar un punto
 Siguen los pueblos la marcha
 De los siglos, y con ellos
 Las generaciones pasan.

NOTAS DE LOS ROMANCES

(1) D. Francisco Iturrondo.

(2) Bellas poesías de este poeta.

(3) Atendiendo al asunto de esta composición, y no á su forma artística, que la expulsa del romance, la colocamos aquí porque ella forma la primera parte de las subsecuentes del mismo título y asunto y las cuales cumplen con las reglas del arte.

(4) Histórico.

(5) Escrito en los primeros días de la última prision que sirvió de pretexto al asesinato del poeta.

(6) Esta composición, que nada tiene de particular, fué hecha por PLACIDO y suscrita por Fela segun era costumbre en aquella época entre los poetas que cantaron á D. Francisco Martinez de la Rosa, suscribiendo sus dedicatorias á nombre de sus esposas ó amadas.

CUARTA PARTE

POESÍAS VARIAS

A UNA FLOR. (1)

CANCION.

Bella flor, cándida y pura,
Que puedes con el olor
Que te prodigó natura
Eclipsar en hermosura
A la estrella del amor.

Flor que ignorada en el suelo
Te ocultas, por no pagar
De mi pasión el anhelo,
Pudiendo hermosa brillar
Como la aurora en el cielo.

¿Porqué causa, flor preciosa,
En las zarzas del jardín
Escondes tu faz graciosa,
Siendo fresca cual la rosa
Y más suave que el jazmin?

Y para que no descuides
En siempre avivar las llamas
De este pecho en que resides;
Tú, «siempre-viva» te aclamas,
Yo me llamo «no me olvides.»

Bella flor, ¿tú desconfías
Al regar el Sol su luz
De aquestas protestas mías?
Yo te juro por la cruz
Regarte todos los días.

No me esquives tus placeres,
Purpúrea reina de Abril,
Y pues sé que nunca mueres,
Siendo siempre-viva, eres
La Sultana del pensil.

Soy un pobre jardinero,
Y solo un bien te aseguro:
Que es un corazón sincero,
Tan claro brillante y puro,
Como la luna de Enero.

LA GUIRNAJ

Al S.^r Cláudio Martínez de Pinillos.

En la apacible márgen
Del Yumurí tranquilo
Que el aguinaldo adorna,
Y dá perfume el lirio:
Dó vuelan y retozan

Los bellos pajarillos
Cantando la alborada
Con melodiosos trinos.
Apenas el Sol dora
La copa de los pinos

Con los ardientes rayos
De su fulgente disco,
Risueña está una jóven
De aspecto peregrino
Tegiendo una guirnalda
De rosas y de lirios.
Ceñida está su frente
De plumas y zafiros,
Sus brazos, de albas conchas,
Sus plantas, de oro fino.
Por cima de los hombros
Despréndese blanquísimo
El manto primoroso

Del algodón más rico,
En donde muellemente
Confúndense los rizos
De su cabello hermoso,
Que besa el airecillo.
¡Acaso es una Driade
Del bosque aquí vecino,
O bien hermosa ninfa
Del transparente río...!
La jóven es Matánzas
Que en sus manos quiso
Ornar de una *Guirnalda*
La frente de Pinillos.

A CARMINA.

EN SUS DÍAS. (2)

1.º

Ya luce, Carmina Hermosa,
Del cielo el áureo fulgor,
Y mi lira presurosa,
Canta como el ruiseñor
Que trina junto á una rosa.
Junto á una rosa divina,
Cuyo purpúreo botón
Vierte esencia peregrina,
Porque eres la flor ciprina
Que ensalza mi corazón.
Mi corazón, que levanta
Con acordes melodías
Himnos á hermosura tanta,
Como ruiseñor que canta
Felicitando tus días.

Sus jazmines te dé Flora,
Su titilar las estrellas,
La fuente, espuma sonora,
El alba sus perlas bellas
Y sus esmaltes la Aurora.

Y si en la Grecia ofrecieron
Incienso á una deidad
Que «Vénus» llamar quisieron
Fué porque el astro no vieron,
Carmina, de tu beldad.

Porque si le vieses, luego
Incienso te hubieran dado
El Indio, el Persa y el Griego,
Y el mundo ardiera postrado
De tu belleza en el fuego.

En ese incendio de gloria,
Que se abrasa el alma mía,
Del cual no guarda memoria
La lírica poésia,
Ni tiene ejemplos la historia.

2.º

En ese fuego refulgente y puro
Muy más que el Sol, espléndido y brillante,
Nombre que el tiempo guardará futuro
En signo de finísimo diamante:
Nombre feliz que vivirá seguro
Del negro olvido y la maldad, triunfante;
Pues como un ángel sacro sin mancilla,
Al fin del trono del Eterno brilla.

Brilla, y su luz por la region derrama,
Y en el espacio su fulgor se extiende,
Cual lumbre excelsa de celeste llama
Que en el altar de la virtud se enciende:
Ni muje el Aquilón, ni el ponto brama,
Cuando esta antorcha en el Empíreo prende
El querub de la paz y bienandanza,
Que te formó de Dios á semejanza.

Salve á tu gracia, jóven adorada,
Suave amapola, angelical doncella,
Como las palmas del Jordan, sagrada,
Más que las rocas del Olimpo bella.
Acoje mi expresión inmaculada,
Cielo de la virtud, de amor estrella
Mientras la márgen de Helicón divina,
Salve entona en tu loor, Carmina.

DECLARACIÓN DE AMOR.

Belleza celestial en cuyo fuego,
Como en lava del Etna abrasadora,
Arde mi corazón de amores ciego
Al fulgor de tu alma encantadora;
Oye benigna el ardoroso ruego
De un infeliz que tu hermosura adora,
Y al eco dulce de tu acento santo,
Consuela su dolor, calma su llanto.

No el imposible en que te ves cercada
Al desaliento mi pasión inclina,
Que aunque nace de espinas rodeada,
No por ello la rosa purpurina
Deja de ser del céfiro besada,
Y la suave azucena y clavellina,
Burlando de sus guardas el intento
Embalsaman con ámbar el viento.

El blanco lirio entre su cáliz bello,
Guarda el licor del alba en el estío;
Mas de la aurora al matinal destello
Si otra diáfana gota del rocío,
Desciende á unguir su vegetal cabello,
No esquiva el tallo del argento frío;
Antes acoge con ufano anhelo,
La nueva perla que le brinda el cielo.

Por tanto, ¡oh bella! de mi amante cuita,
Menos cruel conduélete piadosa,
Ya que tu rostro angelical imita,
Lirio, azucena, clavellina y rosa,
Y si usares bondad tan infinita,

Si un alma abrigas cual tu cuerpo hermosa
 Premia la fé de quien será tu amante,
 De su existencia hasta el postrer instante.

Prémiala, sí, que un límpido arroyuelo
 Entre su línia de luciente plata,
 No se enturbia jamás porque del cielo
 Distintos astros á la vez retrata.
 Y como cubre de la noche el velo
 Las quietas horas de su dicha grata,
 Nunca celoso el Sol le dá querellas,
 Ignorando su amor con las estrellas.
 Lo mismo puede dulce prenda mía;
 Nuestro trato sinuático, amoroso,
 Cubrirse cual la fuente en noche umbría
 De un velo impenetrable y misterioso.
 No podrá en nuestrá plácida alegría
 Sorprendernos el astro luminoso;
 Pues como estrella dejaré la fuente,
 Antes que él aparezca en el Oriente.

RECUERDOS A UNA CONCHITA. (3)

1.º

Oye benigna, refulgente estrella,
 Que fuiste un tiempo de mi dulce amor,
 Concha de nácar deslumbrante y bella,
 Emblema de la gracia y el candor.

Oye benigna el cántico sincero
 Que te dedica mi infeliz laud,
 Dichosa imágen del amor primero,
 Símbolo de inocencia y de virtud.

Cual viudo rui señor que entristecido,
 Despues que el móvil de su amor perdió
 Recuerda el árbol de verdor vestido,
 Donde su dicha celestial cantó:

Y allá del monte en la fecunda falda
 Sueña mirar lo que su encanto fué,
 Y entre sus anchas hojas de esmeralda,
 Su blando nido y sus hijuelos vé.

Así yo en medio del letal beleño,
 En que la ausencia me sunió mortal,
 Ver me parece en venturoso sueño
 De tu frente la lumbré celestial.

El suave labio leve y purpurino,
 Fuente animada de ciprina miel,
 La leve planta, el rostro peregrino,
 De grana y de jazmin, nieve y da

Y esos árabes ojos esplendentes
Que disparan de amor centellas mil,
Círculos de azabache refulgentes
Incrustados en globos de marfil;

Dos iris son tus cejas extasiantes,
Y tus luengas pestañas negras, son
Vivos dardos de ébano punzantes,
Que derechos se van al corazón.

Al corazón que triste y oprimido,
Recuerda el tiempo que olvidando vas,
Tiempo dichoso por su mal perdido,
Que ya no espera contemplar jamás.

2.º

Pero ya que no le es dado
Disfrutar tanta ventura,
Pueda al menos extasiado
Cantar de gozo embriagado
Tu angelical hermosura.

Disfrute el almo placer
De tu vista soberana,
Y alivie su padecer,
Sustentándose mañana
Con los recuerdos de ayer.

Y en su soñada alegría
Consuélese, como el alma
Del que en tempestad sombría,
Se figura ver la calma
De un claro y sereno día.

Mas ¡ay! se dobla el pesar,
Como el que libre en prisión
Se cree, y al despertar,
Disipando la ilusión
Siente los grillos sonar.

Y busca en la oscuridad
El sueño por menos daño,
Pues de su felicidad
Quiere gozar el engaño,
Ya que no la realidad.

Así en mi cruel situación
Dormir el alma no siente,
Como en dulce sensación,
Tus gracias tengo en la mente
Y el nombre en el corazón

UNA SUPLICA.

A las S.^{ras} Pantanelli y Rossi.

Si habeis cruzado los rugientes mares
Por desterrar del Yumurí las penas
Y suspender los índicos palmares
Y sus corrientes detener serenas
Con vuestra dulce voz: cantad sirenas,
Y no penseis partir.
¡Cómo! ¡tan presto,
Pantanelli divina,
El suelo de la paz ¡ay! abandonas...!
¿Y tú, cándida Rossi peregrina,
Que de hechicera y de cortés blasonas,
Rigurosas podreis en un momento
Al pueblo dar tan hórrido tormento
Donde os llueven aplausos y coronas?
No, por piedad, tended la vista

A ese grupo imponente de hermosuras
 Cuyos afectos vuestro don conquista,
 Avidas de escuchar tantas dulzuras,
 Concededles la gracia que pretenden
 Aquellas que á los cielos os suspenden
 ¡Oh Julieta y Romeo!
 Si no son vuestros pechos de diamante
 Duros como el escudo relumbrante
 Que hizo Vulcano al hijo de Peleo.
 Si el armónico son de los querubes
 Que cantan en la gloria reclinados
 Sobre alcatifas de plateadas nubes
 Es tan grata á los bienaventurados;
 Dichosos los que llegan á gozarlos.
 ¡Infelices de aquellos
 Que bajan desterrados al abismo!
 Y si producen el efecto mismo
 ¿Quién no anhela morir por escucharlos?
 Cuando tratáis de amor, y oye quien ama,
 Fundado teme que el placer le oprima,
 Su voz desmaya, su color se anima,
 Su palpitante corazón se inflama,
 Y este deleite santo de la vida
 ¿Nos quereis esquivar? no seais crueles,
 Suspended la partida,
 Dejad que os coronemos de laureles,
 Confirmad nuestras dulces esperanzas:
 Pídenlo así por nuestros votos fieles:
 Las bellísimas hijas de Matánzas.

JUICIO DEL AÑO 1838.

Si dar lo que no se tiene
 Un árduo problema implica
 Que tal vez no resolviera
 El más versado sofista,
 Aquí la Naturaleza
 Os dá la prueba sencilla,
 Pues os voy un juicio hacer
 Sin tener de juicio chispa.
 No os anunciaré por cierto,
 Ni venturas, ni desdichas,
 Que en el reino de la Luna
 Se engaña quien pronostica.
 En lunes empieza el año,
 Preside el zodiaco Cintia,
 Buena cosecha os espera,
 No perdais el tiempo, niñas,
 Estais tan interesantes

Cuando la Luna os domina,
 Que pareceis cada una
 Una Leonor una Elvira,
 Y si entra la Luna en moda
 Y á los hombres romantiza,
 En cada novio hallareis
 Un Trovador, un Macias.
 Al propósito de novios;
 Les daré una leccioncilla,
 Porque hablar de casamientos
 Es cosa que me electriza.
 Por el aspecto que ofrecen
 Las cosas cuando se miran,
 Se sacarán consecuencias
 Exactas de lo que indican.
 Así, jóvenes amantes,
 Los que mis consejos sigan,

Casaos, y observad las leyes
 Que os voy á dar en seguida.
 No os caseis en luna nueva,
 Que trae cuernos por insignia;
 Y aunque son de oro, son cuernos
 Que hasta el nombre mortifica.
 Tampoco es bueno en creciente,
 Que Vénus del mar es hija
 Y suele andar la hermosura
 En la creciente, crecida.
 En *la Uena* ni por pienso
 Caseis con pobres y ricas
 Porque pueden venir llenas
 Y tardar en ser vacías.
 En menguante es disparate
 Casarse por vida mía;
 Pues lo que empieza menguando
 Muy malamente principia.
 ¿Es cerca la conjunción?
 Casaros si es bella y rica,
 Que al fin os dejará pata,
 Y puede morirse aprisa.
 Perdonad si tardo en estas
 Que parecen boberías,
 Y pasemos á otras cosas.
 Quiero, Luna, que me digas,
 ¿Qué habrá de nuevo este año
 En nuestra fecunda Antilla?
 «Habrá (contestóme queza,
 Entre nubes escondida,
 Habrá máscaras, ¿me entiendes?
 Es decir, hipocresía
 Que en público te celebran,
 Y en secreto te asesinan.

Habrá quien por parecer
 Hombre de conducta limpia,
 De la opinion de los otros
 Hable mal de noche y día.
 Habrá enamorados gatos
 Las noches de Enero frías,
 Que las pasarán sin capas
 Si alguno no se las fía.
 Habrá quien para un tomate
 Cuarenta sonetos pida,
 Aunque se lleve el demonio
 Al que hace las poesías.
 Comerá el que trabajare,
 El que nó, que coma espinas;
 Y al que fuere vagabundo
 O quiera pasar la vida
 Cual tú haciendo malas coplas
 Sin utilidad maldita,
 Hay veinte leguas de aquí
 Una fábrica exquisita
 Donde siempre sobra un mazo
 Y hace falta un parte-chinas,
 Que al cabo de los diez años
 Salen todos diamantistas.
 Adios, y cuenta que yerras
 Si mis sentencias olvidas.»—
 Dijo la Luna, ocultóse,
 Y hora mi voz os suplica,
 Me dejéis quieto este año
 Sin buscar las coplas mías,
 No sea que me toque el mazo
 Sobrante entre diamantistas
 Y vaya á pagar mis deudas
 (¡Me estremezco!) en romper chinas.

DESPEDIDA.

A las S.^{ras} Doña Manuela y Doña Inocencia Martinez
 Primeras Actrices de nuestro Teatro.

CANCIÓN.

Dadme el arpa de nácar, bañada
 Con las gotas del Alba, que brilla
 Cual la rosa, que argenta en su orilla
 La corriente raudal de Helicón.
 ¿Oís...? Está por las musas templada,
 De sus sonos los campos se llenan,
 Y Maisí los repite, y resuenan
 Por la vasta celeste región.

Bellas ninfas, que en mundo abreviado
 Ya en terribles, ya en suaves lecciones,
 Retratando distintas pasiones
 Las haceis conocer y sentir:
 Mi sincera amistad os he dado,
 (Don bien raro en el tiempo presente)
 Mas ¿qué os puedo ofrecer? solamente
 Un adiós pesaroso al partir.

Sí, un adiós, cual sinsonte canoro
 Que posado en un alta palmera
 Vé al marchar la feliz Primavera,
 De los prados marchito el verdor.
 Ya no habrá quien con gracia y decoro
 En la escena dó el alma se eleva
 Con imágenes vivas nos mueva
 Ya inspirando placer, ya dolor.

A tí, grata y sensible Hormesinda, (4)
 Por sufrir libertando á tu hermano,
 Mortal golpe de acero tirano
 Que tu bárbaro amante vibró:
 Mi arpa fiel en sus cuerdas te brinda
 Discantando en la trágica historia,
 La aureola celeste de gloria
 Que tu cándida frente ciñó.

Y á tí, dulce y amable *Inocencia*,
 Si lejana repites un día
 El sublime papel de María,
 Con más tino que quiso el autor:
 Al volver del desmayo, en presencia
 De tus padres y amante, que admiro,
 Cuando exhales el hondo suspiro,
 Hazlo en prez de tu ausente cantor.

LAS PALMAS DEL YUMURI.

A la S.^{ra} Ursula Deville.

Ninfa del Yumurí, vírgen hermosa
 Cual la del alba matinal sonrisa
 Cuando en el cáliz de un clavel se posa
 Llevada por el céfiro y la brisa,
 Y en quien ostenta Cuba venturosa
 La pompa y gala de su rico suelo,
 El eco de sus gratos ruseñores,
 La brillantez de su encantado cielo
 Y el balsámico aliento de sus flores.
 Salve mil veces, cándida Ursulina,
 Cuya voz dulce, musical, descuella
 En la patria de Heredia peregrina,

Como en las ruinas de la Alhambra bella
El canto de la alondra matutina.

¡Qué esperas, dí...! ¡Legar á la memoria

Vagos recuerdos? páginas confusas

Quieres dejar á la cubana historia

Subir debiendo al carro de las musas

Y lanzarte en la senda de la gloria?

¡No ves, rosa de Idalia,

Angelpreciado de la rubia zona,

Que las artistas célebres de Italia

A las que solo su renombre abona,

Si á tí las une su feliz destino

Contigo acuerdan su expresar divino,

Parten contigo su genial corona...?

¡Quién podrá marchitarte las sagradas

Diademas que te adornan, casta Huri,

Puras, como las conchas nacaradas

Que el mar regala al sesgo Yumurí?

Nadie, por Dios, á disputar se atreve

Ese don que disfrutas celestial:

Nadie, por Dios, marchita en lo más leve

Tu artística guirnalda tropical.

Y si es del cielo tu inspirada gracia,

Dí á los potentes que en tu torno están:

«Ola, ricos de la alta aristocracia

Ved en mí la Cubana Malibrán.»

Y es así la verdad: Pues por ventura

Cuando mil almas de tu voz pendían

Y diademas y aplausos te llovían,

¡No eras la reina, tú, de la hermosura

De tu mérito y gracia admiradores

¡Cuántos quedaron por tu amor muriendo,

Y cuántos te colmaron de loores

Y bendiciones al partir, cubriendo

Tu sien de lauros y tus piés de flores...!

Cuando tu acento divino sonaba,

El lejano Canímar que entreoía,

Su cristal en la arena reclinaba,

Y la onda tersa que á morir corría

Sobre las duras peñas se rompía;

Mas por no interrumpirte, no sonaba.

El San Juan apacible, su sonora

Linfa detuvo: en nube transparente

Veló su faz la Luna brilladora,

Y el Pan quebró seis palmas de su frente

Para ceñir á su inmortal cantora.

LA FAMA.

Algunos moralistas
 Quieren que aquel que **haya**
 De escribir censurando
 Costumbres degradadas,
 En burlador estilo,
 Con jocosas palabras,
 Para enseñar riendo,
 Sus reprensiones haga.
 Convengo en que es la **senda**
 Más fácil y trillada,
 Y si se quiere, dulce,
 Para ligeras faltas;
 Mas tambien es **preciso**
 Que los que tal aclaman,
 Confiesen que esta regla
 Tiene excepciones varias.
 Hay épocas terribles,
 Costumbres depravadas
 En que los vicios medran
 Con fuerza éxtraordinaria.
 El mal, la risa entónces
 A remediar no alcanza;
 Pues la ambición es ciega,
 Y es ciega la ignorancia.

Entónces es preciso
 Con vigorosa alma
 Decir á los mortales
 Verdades muy amargas.
 Ellos verán con odio
 Al que con noble audacia,
 Sin vacilar les eche
 Sus defectos en cara;
 Mas aunque le persigan
 Cebando en él su rabia,
 ¿La vida qué le importa
 Si nació de la nada?
 Si injusto el mismo mundo
 A la muerte le arrastra,
 Él al sepulcro, alegre
 Con su victoria baja;
 Seguro que algun día,
 Los nietos de esa raza,
 Irán á regar flores
 Sobre su tumba helada:
 Y las doctas sentencias
 Que proclamô, grabadas
 De la gloria en el templo,
 Publicará la **FAMA.**

AL S.^R IGNACIO MARTINEZ.

Venga á mis manos por la vez primera
 El arpa de oro de acordado acento,
 Y en su armónica voz mi pensamiento
 Suba entre aplauso á la azulada esfera
 Bañado de contento.

Dénme los campos de mi patria amada,
 Sus claras fuentes, y sus flores bellas,
 La dulce inspiración que encuentra en ellas
 El alma del poeta apasionada,

Y canta entre querellas.

Que más sublimè la emocion que siento,
 Más casta y pura que el amor tirano,
 El arpa de oro colocó en mi mano
 Y dió á mi labio el melodioso acento
 Del canto soberano.



. . . . y espíró el guerrero
invencible en las Cruzadas,
en la sala dó naciera,
y sobre la misma cama.

El hijo de maldición: La muerte.

¡Sobre el Oriente fúlgido en su coche,
El padre de la luz se alzó triunfante,
Al poder de su antorcha rutilante
Plega su manto tímida la noche,

Trina el pájaro amante.

La extensa vega entre variadas flores
La luz rielando con placer, dilata
Claros arroyos de huyente plata
Que en su curso reflejan los colores

Que el Iris nos retrata.

Y mi canto y mi armonía
Par del dulce contento,
Aludan tu nacimiento
En ecos de bendición.
Que es la amistad sacrosanta
Un punto que puso el cielo
Entre la gloria y el suelo
Como lazo de su unión.

Y la mente enaltecida
Con su llama ardiente, pura,
Preconiza tu ventura,
¡Oh mi amigo! en el laud,
Que es dulce deber sublime
Del pecho que amor rebosa
Dar entre aplauso una rosa
Al talento y la virtud.

JUICIO DEL AÑO DE 1841.

¡Albricias, preciosas niñas!
Que Vénus, benigna Diosa,
Entre embelesos y amores
Del año va á ser Señora,
Y diz un viejo agorero
Que aunque nécio tiene borlas)
Que vendrá sobre una nube
Coronada de albas rosas
En un carro de marfil
Dirado por dos palomas,
Emblema que simboliza
(Segun concibe su cholla)
Que habrá tempestad de amantes,
Chubascos de lindas mozas
Con ventiscos de vejetes
Que tambien harán la ronza;
Que habrá yelos de maridos,
Y granizadas de esposas;
Y que *Sol* en *Capricornio*
Será *signo* de las bodas.
Que habrá niñas de dos siglos
Fresquecitas como momias,
Teniendo más tizne encima
Que una cocina de monjas,
Que celosas de un amante
De éstos formados de alcorza,
Con un alma de Macias,

Se nos cuelguen de una soga.
Mas yo infiero, ninfas bellas,
Que el vejete de las borlas
Nos sopla sendas mentiras
En conjeturas erróneas;
Y apostar un real me atrevo
Que es embustera su boca,
Por las sencillas razones
Que á mostraros paso ahora.
Yo que soy por mis pecados
Zurcidor de malas coplas,
Y como vate comprendo
Las verdades más recónditas,
No estoy con el chocho anciano
Por las ideas diabólicas
Que en el siglo diez y nueve
Son tenidas por exóticas.
Y con más sencillas frases
Y sin figuras retóricas
Probaré á formar mi juicio
(Que en verdad no es poca cosa)
Santiguado, como debo,
Y es costumbre religiosa
Al comenzar un cualquiera
Una buena ó mala obra,
Diré, mis queridas niñas,
Que si fueron provechosas

Las lecciones que un pedante
 Me ha encajado de astrología,
 En el año que principia
 Habrá cosas portentosas.....
 Habrá.... ¡Jesús...! me espeluzno
 Al mentar las tales cosas....
 Habrá... escribanos...—(bajito)
 Y... pleitos... ¡calla! y camorras,
 Boticarios.... refacciones,
 Y autos... y vistos... y... Costas!
 Petardistas y.... tramposos....
 Y limosneros en tropas.
Abrenunciol ¡qué rosario!
 Y aun no es todo, mis señoras;
 Que habrá tambien mil *pedantes*
 Y literatos de moda
 Que mil dramas nos parfullan
 Con tal magia y bataola,
 Que la dama muera ahorcada,
 El galan se vuelva loma,
 El gracioso un para-rayos,
 Y los demás culebrotas....
 Saliendo el apuntador
 Un espectro de su concha
 Que á sus lúgubres graznidos
 El teatro se desploma.
 Habrá tambien pelagatos
 Que las echen de personas,
 Y niñitas inocentes
 Que á quererlos se dispongan
 Porque llevan pantalones
 Y casaquitas de Anglona,
 Y espejuelos y patillas,
 Y una guadaña con borlas.
 Y *mamitas* indulgentes
 Que duerman en sus poltronas
 Mientras los chicos ¡qué gracia!
 Pelan la pava á sus solas
 (Con modestia, se comprende)
 Al compás de lo que ronca....
 Mas ¡qué digo? frioleras
 Por corriente tales bromas
 No se han hecho ya? y merecen

Se les llame portentosas...?
 Pues borrarlas, mis queridas.
 Que voy á la *Filarmonica*
 A bailar una *mazurka*
 Gran *rigodón ó gavota*....
 ¡Ay, cuántas lindas muchachas!
 Toda el alma me la roban...!
 —Señorita, si usted gusta,
 Esta danza que se toca...—
 —Estoy ya comprometida.—
 (Pasaremos á esta otra.)
 —Quién viene á citar á un bail.
 Esa es costumbre ranciosa
 Aquí baila cada uno,
 Entiende usted, con su novia,
 Y el que nó, *comiendo pavo*
 Paga su ineuria amorosa.—
 En esto rapante pifia
 Del clarinete y la trompa,
 Que repite el contrabajo
 Con sus *tremolantes notas*
 (Que dá todos los sonidos
 Menos lo que indican solfa)
 Me estremecen y... despierta
 Rebudado con mi colcha.
 Linpiéme muy bien los ojos
 Y abriendo un palmo de boca
 Y pensando en lo soñado
 Me dije yo acá á mis solas:
 —Esta visión que he tenido
 Del año nuevo es chistosa...!
 Y merece la publique
 En sus columnas la *Aurora*
 Por sus puntas de verdades
 Con sus ribetes de bromas.
 Con el más cumplido juicio
 Que con arpa sonora
 Pudiera formar del año
 El poeta de más nota;
 Con advertir que los sabios
 A los astros acogotan
 Y que mande Dios pesetas,
 Y dejar rodar la bola.

DESPEDIDA A SELMIRA.**CANCION.**

Adiós, Selmira amada,
Mi dulce y cara amiga,
Pura, cándida y bella,
Cual de un arroyo la serena linfa.
Adiós, que triste dejo
La tierra peregrina
Donde están mis amores,
Mis amistades, mi existencia misma.
Ignoro á dó me lleva
La triste suerte mía,
Mas nunca de mi mente
Se apartará tu imágen peregrina.
Cual tórtola asustada
En noche oscura y fría,
Del arcabuz al eco
El arbol deja dó su amante habita;
Y luego que la Aurora
Los cielos ilumina,
Torna al nido gozosa
Y arrullando salúdale festiva
Así yo arrebatado
De la desgracia impía,
Voy á vagar incierto
Mientras pasa la noche de mis cuitas.
Y cuando la fortuna
Más plácida me ría,
Vendré, para ser tuyo
Hasta el último instante de mi vida.
Mi corazón te queda,
Y hasta ese feliz día
En que á vernos volvamos
No me olvides; adiós... adiós Selmira

EL POETA.

En tanto que el mundo velado en su sombra
Nos hace en el lecho dormir y soñar,
Vagar solitario le es grato á un poeta,
En vírgenes montes, á orillas del mar.
Y si es donde el monte vecino á la playa
Sus pinos gigantes se ven descollar,

Mecerse lós ramos, lucir las estrellas,
 La arena bullirse, las ondas sonar;
 Entónces no es hombre que huella la tierra,
 Es genio que mide la etérea región,
 Es arpa sagrada que suena en las nubes,
 Proféticos himnos sus cánticos son.
 El globo, tan solo parécele un punto
 Opaco, invisible, de mera ficción,
 Y vé entre los astros su sien coronada
 Con palmas y olivas del monte Sión.

Mira de allí con horror
 Este suelo engañoso
 Y advierte que es una feria
 De falsedad y miseria
 De tormento y de terror.

Y al ver la suerte fatal
 Que en esta vida le toca
 Exclama ¡infeliz mortal!
 Y se escapa de su boca
 Un bajo y cortado «¡mal...!»

Maldición, iba á decir;
 Pero un trueno le sujeta
 Que hace esta voz percibir;
 «¡No ultrajes á Dios, poeta,
 Tu misión no es maldecir...!»

Él entónces ledo mira
 La nube que lanza el trueno,
 Calla, obedece, suspira,
 Y con ánimo sereno
 Requiere su blanda lira.

Y canta á Jehová sagrado,
 Unico bien que percibe
 De los hombres olvidado;
 Porque el hombre mientras vive
 No merece ser cantado.

¡Ay! cuántas veces cantó
 A muchos que justos fueron
 Porque el mundo se engaño;
 Y sus cantos se perdieron
 Y él despues se arrepintió.

Ni á las beldades procura
 Embellecer su arrebol,
 Pues sabe por desventura
 Que no es fijo como el Sol
 El favor de la hermosura.

Ni ensalza en dulce canción
 Las aparentes virtudes
 Que mentidas sombras son;
 Pues tiene de ingratitudes
 Harto lleno el corazón.

Él solo dirige su canto al Eterno
 Al Rey de los reyes, al Dios de Judá
 Al Santo de santos, al justo, al sagrado,
 Al fuerte, al glorioso divino Jehová.
 Y el mundo le burla su cántico ovendo,
 Y él quiere del mundo tener compasión,
 ¿Qué sabe la tierra lo que es un poeta?
 ¿Qué saben los hombres lo que es corazón?
 Tan solo un poeta desprecia los bienes,
 Él solo á las nubes levántase en pos
 De lauros, de glorias, de eternos aplausos
 Tan solo el poeta comprende á su Dios.

UN SUEÑO.

A UN AMIGO.

La víspera de tu día
Que es signo de mi fortuna,
El Sol marchádose había;
Solo brillaba la Luna
En tanto que yo dormía.

Como dormí vacilando
En la deuda que te estaba,
Mi ineptitud lamentando,
Soñé que te saludaba,
Y te saludé sonando.

Mi corazón presumí
Ver desnudo del amor
Que siempre muestra hácia tí,
Y agobiado de dolor
Interrogábale así.

«¿Donde está, corazón, el fuego santo
Que en más próspero tiempo te animaba?

¿Dó el dulcísimo encanto
Que en los opuestos polos resonaba,
Cuando con blanda lira
Del hado osaste desdeñar la injuria,
Como peñasco altivo que resiste
Del huracan horrísono la furia,
Y aparecer supiste
Claro, puro, luciente y sin mancilla?

Alegre y candoroso
Como el rey de los astros luminoso
Cuando despues de la tormenta brilla;
¿Qué, se extinguió la celestina llama
Innata y pura que en tu centro ardía?
Cuyas ígneas partículas, más llenas
Estaban de sagrada poesía,
Que los desiertos líbicos de arenas,
Que el cielo de astros en la noche fría,
Que el mar de oleadas y de luz el día.»—

«¡Extinguirse un volcau...! no se quebranta
Jamás un don que el cielo dá propicio.

¿Quieres loar el bello natalicio
De tu incansable protector? levanta
La frente sin temor, y en grato verso
Por la vasta extensión del Universo
Rápido vuela y sus natales canta.»
Esto dijo una voz en el espacio,

Que inmenso gozo al corazón inspira.
 Abrí los ojos, percibí una lira
 Con cuerdas de oro; un plectro de topacio.
 Tomé sin despertar maquinalmente
 Estos objetos que encontré á mi lado,
 Y de mágico contento arrebatado
 Canté soñando tu dichoso oriente.

Canté tu nacimiento,
 Símbolo de ventura y de contento,
 Como el Sága sonoro,
 Que extasiando las almas,
 Nace entre verdes palmas
 Y se desliza sobre arenas de oro.

Canté tu edad lozana,
 Cándida como estrella en la mañana,
 Y tu lealtad sincera,
 Tu trato afable y fino,
 Cual jazmin peregrino
 Que embalsama la dulce Primavera.

Mas al cantar ansioso
 Tu natural modesto y generoso,
 Lo sentí sin pintarte,
 Pues aunque el alma mía
 Inspiración tenía,
 Faltábame la voz para alabarte.

Desperté albozozado
 Creyéndote de lauros coronado,
 Mas torné el gozo en ira
 No hallando el canto pleno,
 Y de inspiración lleno,
 Quise romper las cuerdas de la lira.

Arrepentíme luego
 De mi iracundo intempestivo fuego;
 Pues si faltan laudes
 Que te ensalcen dichosos,
 Sobran hechos gloriosos
 Que proclaman al mundo tus virtudes.

A LA REINA DE LA HERMOSURA.

IMPROVISADA.

De oro al bordar la tropical cortina
 No es tan bella la Aurora transparente
 Ni tan hermosa se mostró Corina
 En olímpica lid resplandeciente,
 Cual tú en brillante carrosel divina
 Entre el clamor de la cubana gente,
 Y ámbares derramando como Flora,
 Diste envidia á Corina y á la Aurora.

EL ECO DE LA GRUTA.

«Hijo de Hatuey, salud! dijeron ledas
 Las altas cumbres y arenosas playas
 Que ornan los campos de la vírgen Cuba;
 Cuando el bajel velero divisaran
 Conductor de su bardo, el dulce Heredia,
 A quien cubriera de laurel la Fama,
 Las bellas sienes de jazmin ceñidas
 Sus Ninfas muestran y azucenas blancas,
 Y al son del plectro que los vates pulsan,
 En sacros himnos tus loores cantan.

No de otra suerte de Fingal las hijas
 De Morven por las selvas solitarias,
 Cánticos gratos de placer vertiendo,
 Al palacio de Selma se acercaban
 A victorear la deseada vuelta
 De Osian, famoso por la voz y el arpa.

Yo, el más humilde y débil de los hijos
 Que del índico mar la reina halaga,
 En tu prez canto de lisónja ajeno;
 Y cual la gota líquida que el Alba
 Destila sobre el cáliz de una rosa,
 Así mi voz será pura y sin mancha.

.

Admite, pues, de quien tu ingenio admira
 El Eco de la Gruta, que en las aguas
 Del sesgo Yumurí cantan nereidas,
 De aguinaldos y güines coronadas,
 Y en la serena noche lo repiten
 La voz de sus arroyos y sus palmas. (5)

A LA S.^{RA} D.^A C. E.

con motivo de cantar la Canción Habanera

«La Bella Imágen.»

Tierna vírgen modesta y candorosa,
 Rica de gracias, de atractivos llena,
 ¡Quién á tus labios de purpúrea rosa
 Prestó esa risa celestial graciosa
 Que á las almas sensibles enagena;
 Y esa voz suave, dulce y armoniosa,
 A tu garganta, tropical Sirena?

Si al hombre de los hombres olvidado,
 Si al mortal que se mira combatido
 Por doquier de pesares asaltado,
 Como bajel perdido
 En borrascoso mar le fuese dado
 Que un ángel diese á su canción oído:
 Yo mi cítara entónces templaría
 De tu guitarra al tono embelesante,
 Y tu nombre feliz resonaría
 Al agitar el plectro de diamante,
 Como el himno del místico monarca,
 Cuando al Rey de los reyes ofreciera
 El sacrosanto templo en que debiera
 Loar su gloria y conservar el arca.

Sí, Concha del mar, y del cielo
 Concha divina y humana,
 Emblema de la hermosura
 Y compendio de las gracias.

A tí sola dió el Eterno
 Esa incomprendible mágia
 Que acomete, lidia y vence
 Con una sola mirada.

Tú pulsas el instrumento
 Creyendo que él te acompaña,
 Y en tu entusiasmo no adviertes
 Que le dan tus ecos alma.

Tú cantas «La Bella Imágen,»
 Al compás de la guitarra,
 Sin saber que eres tú misma
 La «imágen bella» que cantas,

Y en verdad tú sola puedes
 Con tan extrema abundancia
 De celestiales virtudes
 Pintar tu deidad sagrada.

Eres parecida al Sol
 Que no hallando semejanza
 En toda la creación
 Cuando en el Zenit se halla,
 Al ver que su imágen juega
 En las cristalinas aguas,
 Fúlgidos rayos le envía
 Como signos de alabanza:

Y reverbera en las ondas
 Figurando ígneas escamas,
 Por complacerlas, sin ver
 Que él mismo se rinde párias.

Goza, inocente deidad,
 Tu primavera dorada;
 Jamás su mano de hierro
 Imprima en tí la desgracia.

Y en tanto que tu ventura
 Mi acento al Olimpo alza;
 Templa, toca, rie y vence,
 Mira, triunfa, vive y canta.

A LOS OJOS DE MI AMADA.

Como en mitad de noche pavorosa
 Que no alcanza la vista estrella alguna,
 Por entre torvas nubes magestuosa
 Serena asoma la brillante Luna,
 Y aclarando su luz la selva hojosa
 Ofrece al hombre célica fortuna;
 Tal lucen en mi alma acongojada,
 «Los negros ojos de mi prenda amada.»

Como la aurora de frescor vestida
 Perlas regando en el pensil de Flora
 Con alta frente de jazmin ceñida
 Los verdes campos apacibles dora,
 Y las aves con música lucida
 Saludan á su cándida señora;
 Así mi voz celebra entusiasmada
 «Los negros ojos de mi prenda amada.»

Como á principios del Diciembre helado
 Luce en el campo solitaria rosa
 Siendo envidia del bosque deshojado,
 Empírea gala de la amante Diosa,
 Y en su cáliz Favonio enamorado
 Plácido besa, y susurrante posa;
 Así tienen mi lira electrizada
 «Los negros ojos de mi prenda amada.»

Cual descubre en sus alas negra pluma
 La blanca garza al suspender el vuelo,
 Y fingealzada con belleza suma
 Sutil lunar en la mitad del cielo;
 O de un arroyo en la nevada espuma
 Pinta una mancha si se abate al suelo;
 Tal brillan en su frente delicada
 «Los negros ojos de mi prenda amada.»

Como aspira balsámico tesoro
 De flor en flor la mariposa linda
 Que sobre rasgos de zafir y oro
 Púrpura y plata á los claveles brinda,
 Y entre azucenas, para más decoro,
 No halla color que su hermosura rinda;
 Así admiran las bellas, y me agrada,
 «Los negros ojos de mi prenda amada.»

Ellos son mi placer, ellos mi gloria,
 Mi único bien, mi dios, mi luz, mi guía:
 Si risueños me miran, ¡qué victoria!
 Si me ven con desden ¡desgracia impía!
 Ellos solos ocupan mi memoria;
 Pues lucen para gérmen de alegría
 Como azabache en concha nacarada
 «Los negros ojos de mi prenda amada.»

A LESBIA.

LA SEPARACION.

Adiós, Lesbia, el instante terrible
 Muestra el tiempo voráz ya en su ala,
 Y la hora temida señala
 En su rápido, eterno, reloj.

Dulce amiga, mi pecho sensible
 Tiembla, llora, y destierra el contento,
 Al pensar en el fiero momento
 «De pedirnos el último adiós.»

¡Cuál se pasan los tiempos de gloria!
 Es el bien un fantasma embustero,
 Como el Bóreas, fugaz y ligero!
 Como el rayo, luciente y veloz!
 A penar con la triste memoria
 Nos condena la suerte enemiga,
 ¡Y tendremos valor, cara amiga,
 «De pedirnos el último adiós?»

Cuando ardiente juramos; yo amarte,
 Y tú serme constante y rendida,
 «Hasta el fin, hasta el fin de la vida,»
 Desde el cielo nos dijo una voz;
 Mas si es fuerza ¡oh dolor! el dejarte,
 Dulce Lesbia, sea pronto y gimiendo
 Y evitemos el lance tremendo
 «De pedirnos el último adiós,»

Dáme el chal que llevabas rosado,
 Cuando el sí pronunciaste querido,
 Y mil veces se vió humedecido
 Con el llanto infeliz de los dos;
 Volveré por morir á tu lado,
 Cumpliré con el alma-mi oferta,
 Y del hondo sepulcro en la puerta
 «Nos daremos el último adiós.»

EL SÍ.

A LESBIA.

Bien de mi vida, Lesbia adorada,
 Juró mi pecho morir por tí,
 Desde el instante que como Vénus
 Ante mis ojos brillar te ví;
 Pero el deleite que siente el alma
 Es inefable desde que oí
 Que pronunciabas aquel sagrado
 Una y mil veces dichoso Sí

La clara luna que ostenta Enero,
 La rosa bella del blondo Abril,
 Están distantes de compararse
 A tu precioso talle gentil.
 Estabas linda cual prado y cielo
 Cuando serena te conocí,
 Y más que el cielo y el prado bella
 En el momento de darme el Sí.

Como envidiosas miran las flores
 Triunfante alzarse dentro el jardin
 Laurel frondoso que halaga y besa
 Las áureas alas de un serafín;
 Así celosos hombres y genios
 De mi ventura sin igual, ví
 Que te observaban, divina Lesbia,
 En el momento de darme el Sí.

Te contemplaba de gozo absorto,
 Y ofreció el alma que te rendí,
 Ser, mientras viva, fiel y constante,
 Y si se ofrece, morir por tí.
 No estaba en cielo, ni en mar, ni en tierra,
 Ni estaba... vamos, no estaba en mí.
 Y hasta las penas tornaste en gloria
 En el momento de darme el Sí.

Hasta la tumba seré tu amante;
 Mientras notes constancia en mí,
 Jamás apagues el almo fuego
 Que en tus dos soles brillantes ví,
 Y estos dos versos pondrá mi afecto
 Con esmeralda sobre rubí;
 «Te amaré siempre cual te adoraba
 En el momento de darme el Sí.»

LA ATALA.

CANCION.

Cese el Sol de brillar, cese el prado
 De volar, cefirillos ligeros,
 Y la Luna y fulgentes luceros
 No más vuelvan su luz á esparcir.
 Ronco silvo de Bóreas airado
 Suene, en vez de trinar los jilgueros,
 Y en lugar de sus cantos parleros
 Fieros mónstruos se sientan rugir.

Pues ha muerto mi Atala ¿Qué importa
 Que los astros despidan fulgores
 Y se sequen las plantas y flores,
 O el mar quiera la tierra invadir?
 Mal los llantos mi pecho reporta:
 Gocé un tiempo ¡infelices amores!
 Y hoy desdichas, tormentos, rigores,
Sin mi Atala no puedo vivir.

Nunca ¡oh Dios! de mi alma se aparta
 La dichosa y fatal noche fuerte
 Que mis lazos cortó, ingrata suerte,
 Causa eterna de eterno gemir:

¡Porqué tanta ¡ay de mí! pena harta
 Me costára su mísera muerte?
 Pues segun el dolor me lo advierte,
Sin mi Atala no puedo vivir.

Fué la hija de Lopez, mi cielo,
 Cara amiga, dulcísima hermana,
 Bella flor, que una sola mañana
 Vió la Aurora nacer y morir.
 Nada, nada me ofrece consuelo;
 En la tarde, en la noche tirana
 Crece más mi desdicha inhumana:
Sin mi Atala no puedo vivir.

Simagán, mas quisiera haber muerto
 En el fuego voraz devorado,
 Que no ser por Atala librado
 Para tantos tormentos sufrir;
 Pero ya que en mitad del desierto
 Llora un bien que perdí no gozado,
 Mi momento postrero es llegado:
Sin mi Atala no puedo vivir.

Adiós, padre, mi cuerpo te queda,
 Haz que siga de Atala el sendero,
 Y este breve epitafio ligero
 Manda tú en mi sepulcro inscribir:
 «Dios á Chaetas descanso conceda;
 Aquí yace un amor verdadero;
 Murió Atala su hechizo primero,
 Y él sin ella no pudo vivir.»

A LA INGRATITUD DE SELMIRA.

CANCION.

Dulce tirana de mi existencia
 A quien el alma toda rendí,
 Oye los ayes que por tí vierto,
 Y los suspiros que doy por tí;
 Mas no insensible mi triste acento
 Escuchar quieras por más rigor.
 No seas ingrata con quien te adora,
Paga, Selmira, paga mi amor.

Yo ví tus ojos más relucientes
 Que el fulgurante Sol tropical,
 Y son tus labios y breves dientes
 Nítida nácar, fino coral.
 Quedé cautivo de tus virtudes,
 Y de tus gracias y tu candor.
 No seas ingrata con quien te ama,
Paga, Selmira, paga mi amor.

¡Cómo pudiera dejar de amarte
 Si por tí el fuego de amor sentí?
 ¡Sino me canso de contemplarte?
 ¡Si me es gustoso morir por tí?
 ¡Y á tantos ruegos te muestras dura?
 ¡No te conduelas de mi dolor?
 No seas ingrata con quien te adora,
Paga, Selmira, paga mi amor

Ni el soplo fiero de muerte airada
 Extingue el Etna de mi pasión;
 Estos acentos que oyes, Selmira,
 Nacen del fondo del corazón:
 Cuanto más tardes en ser mi amada
 Más se acrecenta mi fino ardor.
 No seas ingrata con quien te ama,
Paga, Selmira, paga mi amor.

El Sér Supremo que el orbe rige
 La llama inflama que yo encendí:
 Luego Dios mismo mi afecto aprueba
 Cuando me inspira pasión por tí.
 Virtud, dulzura, gracia y belleza,
 ¡Quién las resiste? ¡dónde hay valor?
 Ten de mis males piedad, bien mio;
Paga, Selmira, paga mi amor.

Si un rosal miro, tú eres la rosa
 Más elegante que encuentro allí;
 Si bailo y canto, si río y lloro,
 Todo, tirana, lo hago por tí:
 ¡Y tanto anhelo no tiene premio?
 ¡Cuándo se calma tanto rigor?
 ¡Quieres mi muerte? no seas ingrata;
Paga, Selmira, paga mi amor.

LA CONCHA MARINA.

A Don Eduardo Torres, Artista.

No siempre á la opulencia y la hermosura
 Ha de ensalzar la pobre musa mía;
 Hoy libre el plectro de lisonjas quiere
 En prez sonar de un distinguido artista.
 Perdona, pues, si tu modestia ofendo,
 En premio del objeto que me anima.

Jamás músico fuí por regla ó arte,
 Ni yo la estimo condición precisa,
 Que en las artes de gusto, lo que agrada
 Bueno ha de ser por consecuencia fija.

De la regia Semíramis al lado
 En vano un español buscó mi vista,

Ora soberbio despreciando á Idreno
 Belicoso Monarca de las Indias,
 Rival sangriento del guerrero Arsaces
 Desconociendo al encubierto Ninias,
 O ya de insana rabia arrebatado
 Vas á insultar de Nino las cenizas:
 Su imágen horrorosa te amedrenta:
 ¡Acero aterrador su diestra vibra!
 Y te cerca, y te aterra, y se estremece...!
 Y haces estremecer á quien t. mira.
 Empero vuelves cual leon furioso
 De la fiebre voráz que te intimida,
 Jurándote vengar; triunfar del hado,
 Y de las sombras, y la muerte misma.
 Ira exhalan tus ojos centelleantes,
 Solo venganza, destrucción respiras...
 Allí no eres un hombre, eres un rayo
 Asur furioso, semi-dios de Asiria.

Vuelvo á buscarte Montalvan en Clara.
 Y un grande veo que al engaño aspira;
 Pero un grande instruido y de talento,
 Aunque perverso de intención maligna.

El ayuda de cámara de un príncipe
 Te hallo en la Cenicienta, á la vez misma
 De éste el noble carácter sosteniendo,
 Y mostrando su clase y gerarquía.

Fígaro interesado y complaciente
 Vivaz y alegre en el teatro brillas;
 Pues fingiendo en la escena, no eres Torres
 Sino el mismo barbero de Sevilla

Conozco que mi aplauso no es de moda
 Por no ser de Parténope á las ninfas;
 Pero el mérito es digno de alabanza,
 Y doquiera que esté suene mi lira.

Una banda tejer puedo de rosas
 Con que tu blanca frente ceñiría,
 Mas son flores de amor, y como tales
 Se deshojan en breve ó se marchitan.

Bríndote solo esta graciosa concha
 En que del Iris los colores brillan,
 Brotada en donde corre al mar sonante
 La espumosa corriente del Canímar.

Que en su espalda, sus bordes, y centro,
 Presenta como tú, formas distintas,
 Sin desmentir por ello la hermosura
 Con que la ornó Naturaleza misma.

Tómala pues, y mi amistad con ella.
 Concha es emblema de la patria mía,
 Por ser virgen que vive entre las ondas
 Cual la reina feliz de las Antillas

LA AUSENCIA.

Como vuela arruyando entre las flores
 La solitaria tórtola afligida,
 Desoyendo á los dulces ruiseñores
 Que al Sol entonan cánticos de vida;
 Y solo busca al bien de sus amores
 Llorando por las selvas escondida;
 Lejos yo así de la que fino adoro,
Las amarguras de la ausencia lloro.

Cual cándida azucena separada
 Del verde tallo que á brillar la incita,
 Sin fuerza y sin fragancia deshojada,
 Triste, deshecha, pálida y marchita,
 Sobre la seca yerba abandonada
 Llora el destino que su bien le quita;
 Así yo que merced del cielo imploro,
Las amarguras de la ausencia lloro.

Como aparece en el rosado oriente
 Velado el rostro de purpúreo manto
 La blanca Aurora, que á Favonio siento
 De ella apartado, y en fatal quebranto
 De perlas orna el campo floreciente
 Con las límpidas gotas de su llanto;
 Así yo entre los velos del decoro
Las amarguras de la ausencia lloro.

Oye, imán de mi amor! oye mi acento,
 Ven presto, ven si quieres que yo exista;
 Mira que soy sin vida y sin aliento,
 Tórtola amante, lejos de tu vista,
 Blanca azucena que destroza el viento,
 Y nueva aurora que su bien conquista;
 Pues como estrella en el celeste coro,
Las amarguras de la ausencia lloro.

LAS VENTURAS DEL TRABAJO.

Dedicada al Doctor Don Manuel Gonzalez del Valle.

Por ti solo el trabajo ensalzo tanto,
 « Tuya es la inspiración, tuyo es el canto. »

Hijos felices del virgíneo suelo
 Que Flora cubre con su blondo manto,
 Y en que derrama generoso el cielo
 Copiosa lluvia de fecundo llanto;
 Si gratos me escuchais, con ráudo vuelo
 Plegue al Eterno que mi humilde canto

Al alto Empíreo resonante suba,
 Y en perlas torne convertido á Cuba.
 No es por cierto al guerrero belicoso
 Destructor de su propia semejanza
 Que en medio de las huestes sanguinoso
 Con plomo horrendo y homicida lanza,
 Turbando fiero del pastor bondoso
 La envidiable quietud, vence y avanza
 Y con muertes y ruinas se engrandece,
 Quien ser loado por mi voz merece.

Sino el santo trabajo, don sublime,
 Emanación del Dios Omnipotente,
 Cuya alta mano celestial imprime
 Sello de gloria en la industriosa gente:
 Jamás el hombre laborioso gime
 Acosado del hambre ó sed ardiente;
 Pues aunque duerma sobre humilde lecho,
 Está en cambio tranquilo y satisfecho.

Paréceme que hendiendo la ancha esfera
 Al disco de la Luna me remonto,
 Y desde allí como águila altanera
 Miró á mis piés las márgenes del Ponto;
 Del Tiber sacro la feliz ribera,
 A Eufrates, Nilo, Vístula y Oronto,
 Y llorar de las guerras el estrago,
 Troya, Palmira, Menfis y Cartago.

Cuando aquellos antiguos moradores
 Los campos afanosos trabajaban,
 Eran cubiertos de risueñas flores
 Que en dulcísimos frutos se tornaban:
 Las gracias, los placeres, los amores,
 En sus templos y quintas habitaban;
 Mas todo lo ha tornado en hondo abismo
 La guerra, la ambición, y el despotismo.

Torno la vista al Támesis undoso,
 Y á las orillas frías del Sena;
 Todo imponente; todo majestuoso
 En ambas partes de placer me llena.
 Ora advierto un camino prodigioso
 En el fondo del mar sobre la arena,
 Y los hombres cruzar el centro frío
 Bajo la inmensa mole de un navío.

No son los rayos de doradas teas
 Que los grandes palacios ilumina,
 Ni las ofrendas ricas de preseas,
 Ni ámbar quemado sobre plata fina,
 Ni la aparente pompa de libreas,
 Los que honra dan á la bondad divina,
 Que solo dislumbrar pueden la vana
 Humilde y débil condición humana.

Las llamas en la frágua del herrero,
 El compás de la sierra y el martillo
 Con que gana su vida el carpintero,
 Los escritos de un sabio, el tiplecillo,
 Que al alba tañe el cándido veguero
 Loando las gracias de su amor sencillo,
 Estas son del Eterno las canciones,
 El culto, los inciensos y oraciones.

Trabaja el grande que en la córte vivo,
 El artesano ajeno de pesares,
 El buen jurista que derecho escribe,
 El navegante en repasar los mares,
 El mercader que utilidad recibe,
 El poeta que entona sus cantares;
 Y así en la sociedad por varios modos
 Todos trabajan, y consumen todos.

Si cada hombre por distinta vía
 Lejos de sociedad buscara suerte,
 Los bienes que adquiriese otro ansiaría
 Y con dura ambición diérale muerte:
 El más débil por fuerza cedería
 Al bárbaro designio del más fuerte,
 Al fin con otros débiles se uniera
 Y de esta suerte á sociedad volviera.

Insensato el que envidia al hombre culto
 Porque el oro le cerca en los palacios,
 Dando precio á las cosas por el bulto
 Y ansiando respirar en sus espacios:
 ¡Ay! que allí cada paso es un insulto,
 Funerales antorchas los topacios,
 Y la santa verdad de ellos se aleja
 Como del lobo la inocente oveja.

Nos hizo á todos Dios; todos hermanos
 Al nacer somos, y al morir lo mismo:
 Aquellos que se muestran más humanos
 Rebeldes á la voz del despotismo,
 Ya sean reyes, pastores, ó artesanos.
 Contrarios del estólido egoismo,
 Y solo formen de virtud proyectos,
 Esos serán sus hijos predilectos.

Cuando los hombres por Jehová despiertos
 « *Esto es tuyo,* » dijeron, y « *esto es mío,* »
 Surcaron mares, descubrieron puertos
 Desde la zona ardiente al polo frío,
 Hicieron por los páramos desiertos
 Correr las aguas del lejano río,
 Y poblóse la tierra, de canales,
 Templos, jardines, plantas, y animales.
 Creció la población, alzóse el lujo,
 La ambición abortó conquistadores,

Y el amor al trabajo tuvo influjo
 Para cortar el vuelo á sus furores.
 La política luego se introdujo
 Haciéndose señora de señores,
 Y ya, ser el talento se colije
 Quien la balanza de los pueblos rige.

Es justo que haya séres ilustrados
 Cuyo cuidado es la mayor fatiga,
 Que ejerzan la función de magistrados
 Y hagan cumplir lo que la ley les diga:
 Ministros preserven los Estados
 De una agresión extraña y enemiga;
 Y éstos trabajan en un campo lleno
 De puñales, intrigas y veneno.

Y si es razón, pastores y artesanos,
 Que pague un rey quien es su centinela,
 ¿Porqué no han de pagarse aquellas manos
 Que siempre están por vuestra hacienda en vela?
 Más tranquilos alegres y lozanos
 Vivís vosotros libres de cautela,
 Que el que entregado va desde la cuna
 Al capricho fugaz de la fortuna.

Trabajad y vivid en paz serena,
 Disfrutad de los campos la alegría,
 Donde se pasa sin temor ni pena
 En regázo de cándida armonía;
 Mas si por armas de potencia ajena
 Veis la patria amagada en algun día,
 Tomad presto la lanza en vez de asada,
 Soltad la reja y empuñad la espada.

Ya veis que todo cuanto dable ha sido,
 Y aunque falto de gala, he cordinado
 Lejano del saber; y harto atrevido,
Del trabajo las dichas he cantado.
 Ahora, vegueros, lo que sólo os pido
 Por esto, (que tambien he trabajado)
 Es, que sigais, si voluntá os inspira,
 Los preceptos que os dá mi tosca lira.

Y si por colmo de placer me es dada
 La dicha, de mirar alegre un día
 A una cubana recitar sentada
 Mi acento al márgen de una fuente fría,
 Y al son de su guitarra bien templada
 Cantar un verso á la ocurrencia mía,
 Escucharé su tono delicioso,
 Y diré con razón que soy dichoso.

Y si obtienen por suerte mis consejos
 Lugar feliz en vuestros corazones,
 Pudiendo, al ser de la virtud espejos,
 Dar ejemplo y envidia á las naciones.

Cuando la Luna pálidos reflejos
 Vierta en mi tumba, fúnebres canciones
 Entonad con el tiple: esa es mi gloria,
 Y plantad una seiba á mi memoria.

EL SUEÑO.

A DESVAL.

(En su día).

dulces horas célicas volvieron
 Que ledas remecieron
 Tu cuna tropical,
 Murmurando la apacible fuente
 Dá salves á tu oriente,
 Carísimo Desval.
 que miras, nubes de colores
 Como alzados vapores
 Del insondable mar,
 os son de salud que al cielo envía.
 En tu *natalio día*
 Dorila de Almendar.

a víspera de tu *día*
 llena de gozo estaba,
 discernir no podía
 s que despierta dormía,
 dormida soñaba.
 ñaba ver de azahares
 gratas sienes ceñidas,
 ntre los verdes palmares,
 vírgenes escondidas
 sonando mis cantares.
 a el sereno horizonte
 ar torrentes de lumbre
 padre de Faetonte,
 o, sentada en la cumbre
 más elevado monte.
 l campo, desde su falda
 ta el opuesto confín,
 un golfo de esmeralda,
 sus isletas de gualda
 us olas de jazmin.
 ntonaba mi canción
 un árbol de virtud:
 ramos de gracias son,
 corteza, de salud,
 frutos, de bendición.

Por brindarte el mar primores
 Es campo de espumas bellas,
 El Sol, un mar de fulgores,
 El cielo, un campo de estrellas,
 Y el campo un astro de flores.

Las aves trinando saltan
 Y con sus trinos se asombran,
 Porque tu dicha levantan
 Los bosques cuando te nombran,
 Los valles cuando te cantan:

Los valles, bosques y flores,
 Que ensalzaron otros días
 Con aromas y verdores,
 Tus nacientes poesías
 Y tus primeros amores.

El monte á sus piés desata
 Un río con gracia suma,
 Dó el Favonio se dilata
 Bordando rosas de espuma
 Sobre alcatifas de plata.

«Goza á tu amante,» del hon
 Cáuce escucho murmurante,
 Y hasta la arena sonante
 Parece que desde el fondo
 Repite «goza á tu amante.»

Hay en la orilla espumosa
 Un signo móvil de lamas
 Que dice, «Ninfa dichosa.»
 Y de un yarey en las ramas
 Grabado «Dorila hermosa.»

Mas allá, dónde el raudal
 Rara vez creciendo moja,
 Hay un arbusto especial
 Que este lema en cada hoja
 Contiene: «Gloria á Desval.»

Mas yo anhelante
 Junté los versos
 Que ví dispersos,
 Y dicen tal:

«Goza á tu amante,
 Ninfa dichosa,
 Dorila hermosa:
 Gloria á Desval.»
 Por tres veces dulcemente
 Dijome una voz: «Dorila:»
 Y sintióla mi alma ardiente,
 Tan pura como el ambiente
 Que el Alba al nacer destila.
 Clamé—«Deidad singular,
 Driada de este bosque umbrío,
 Ninfa de Cuba sin par,

Náyade del patrio río,
 Sacra Nereyda del mar.
 Con el más fiel rendimiento
 Yo te suplico ¡oh vestal!
 Que por tu divino acento
 Oiga Cuba el nacimiento
 De mi adorado Desval.»—
 Naturaleza reía,
 El ruiseñor gorgeaba,
 Galas el Pindo vestía,
 Ella tus dichas cantaba.
 Y yo soñaba y dormía.

Desde el manso Almendar la bella ninfa
 Tu oriente ensalza entre su clara linfa
 De límpido cristal.
 Su manto de zafir, su faz riente,
 De oro sus rizos, de jazmin su frente.
 Su carro de coral.
 Su nevado cendal ciñen claveles,
 Orna su sien de auríferos laureles
 Con ademán gentil;
 Y en tu natal las almas enagena
 Pulsando así con dedos de azucena
 Su plectro de marfil.

Al nacer Agnicio brillaba en su frente
 Un rayo fogoso del Sol tropical;
 Por eso con plectro sensible, hechicero,
 Ninguno primero cantó que Desval,
 Erato su cuna cubriera amorosa,
 De olivo, de rosa, de mirto y laurel:
 Algunas bellezas con plácida calma
 Brindáronle el alma, penaron por él.
 Empero, Dorila, de todas triunfara;
 Ninguna igualara su ardiente pasión,
 Y un himno de gloria le ofrece mi lira
 Que todo lo inspira su fiel corazón.
 En tanto que al cielo mi cántico suba,
 Será, Virgen Cuba, tu bardo inmorta
 Aves, fuentes, prados, placeres y amore
 Dad por mis loores salud á Desval.
 Voló el sueño, y la ilusión
 Pero la Ninfa al marchar,
 Grabó su diva canción,
 En el fino corazón
 DE DORILA DE ALMENDAR. (

A LA S.^{RA} TERESINA ROSSI

En la ópera «Nina loca por amor».

¡Cuál, célica, alba Rosa,
 Cuál de los dos apurará el postrero
 En pugna deliciosa
 Los armónicos ecos de su arte?
 ¿Quién de los dos se cansará el primero?
 ¿Tú de extasiarme, ó yo de celebrarte?
 El que infelice con las penas luce,
 A oírte, vuele con ligeras plantas;
 Nadie puede penar donde tú cantas,
 Nadie puede morir mientras te escuche.

Tu acento al de los ángeles igualo
 Que grato al alma duicemente toca,
 Porque el poder de tu divina boca
 Es del cielo, es de Dios: nada haces malo.

¡Ay! cuando dices á tu caro Enrique:
 «No admito excusa,» de placer me inflamo:
 Que antes ya en tu locura manifiesta
 Le cantaste en el bosque, y por respuesta
 Repitieron los montes «yo te amo.»

Nina, si el brazo alguna vez levanta
 La parca aleve, al descargar la herida
 Muéstrale, en vez de intimidarte, erguida
 Tu divina garganta,
 Y si no quieres que te hiera, canta.

A «EL PAN» (7)

Atalaya del golfo mejicano,
 Que erguido brillas, gigantesco altar,
 Donde te colocó de Dios la mano
 Sobre el nivel de espumoso mar.

Soberbio Pan, de cañas coronado,
 Cuyas hojas, con voz repiten fiel
 El himno que un ilustre desterrado (8)
 Te cantara en alígero bajel.

Salve, monte feráz, viva memoria
 De un tiempo inmemorial que feneció,
 Vago recuerdo de ignorada historia
 Que entre místicas sombras se ocultó.

Los vivientes que algún día
 Escaban en tu espesura,
 Y salen como las hadas
 Resplandor de la Luna.

Entre las palmas esbeltas
 Y las flexibles *yagrumas*,
 A recordar lo que fueron
 Sus simples sombras se agrupan.

Dorados carcaxes llevan;
Y sus cabezas circundan
De garzas y tocoloros
Con blancas y rojas plumas.

Ya se apartan, corren, ríen,
Callan, bailan, ó se juntan
A discantar sus amores,
O á llorar sus desventuras.

Así las bellas fantasmas
En la noche te saludan,
Hasta que el alba en oriente
La vuelta del Sol anuncia;

Entónces rápidas vuelan,
En la inmensidad se ocultan,
Y solo se oyen sus ecos
Que repiten «¡Cuba...! Cuba...!

La Aurora esclarece tu aspecto sombrío,
Tu faz colorando de tinte sutil,
Y el céfiro blando con fresco rocío
Salpica tus flores de Marzo y Abril.

Cada cocotero de verde esmeralda
Un coro de aves que te alaba, es;
Y cada arroyuelo que corre á tu falda,
Sandalia de plata que adorna tus piés.

Los náuticos diestros que en viajes penosos
De ver cielo y agua cansados están,
Tu cumbre divisan, y exclaman gozosos:
¡Albricias! ¡Albricias! ¡La tierra! ¡Es el Pan!

Tú has visto los nubarrones
A tu cima descender,
Y cien mil generaciones
Cual ráudas exhalaciones
Brillar y desaparecer.

Mientras fuerte, indestructible,
Con agreste majestad
Te ostentas firme, insensible,
Como sarcasmo terrible
Que burla á la humanidad.

Quién sabe si tu extensión
Es apariencia y no más;
Si es tu forma una ilusión,
Y de fulminante gas
Tienes lleno el corazón.

Quién sabe si á reventar
Te apercibes con estruendo,
Y en vez de flores brotar,
Torrentes de lava ardiendo
Qué se apaguen en el mar.

Quien sabe ¡oh Pan! si otro tiempo
Antes de extender un brazo
El Ponto, juntando en Gades
El Pacífico y Atlántico,

Cuando Europa estaba unida
Al continente africano,
Una cadena de montes
Ya pigmeos, ya elevados,

Por las cumbres que hoy hundi
Son rocas del Oceano,
Y en submarinos eruptos
Lanzan inmensos peñascos,

Te ligaban al Vesubio,
Etna, Stromboli, Volcano,
Atlas, Pirane, Orizaba,
Los Alpes y el Chimborazo.

Y quién sabe si tú mismo,
De algunos siglos al cabo,
Con piedras fuego y ceniza
Yermarás los verdes campos.

Quizá sobre el yerto polvo
Del que hoy te admira en su car
Lance el viajero sensible
Un ¡ay! de dolor amargo.

Quizá en una escavación,
Dé con un cadáver pálido
Cual mómia hallado en las rui
De Pompeya y Herculano.

Querrá robarme á la tumba,
Y mi forma equivocando,
Deshonrarme con el nombre
De algun sátrapa inhumano.

Entónces tú, agradecido
A tu más querido bardo,
Conmoverás el sepulcro
Y le gritarás tronando:

—«Si eres nécio, busca oro,
 Manuscritos si eres sabio;
 Pero no toques los restos
 De mi más querido bardo.
 ¿No ves que en estos contornos
 Cuanta yerba nace abraso,
 Y solo consiento flores
 En la tumba de mi bardo?

Él ensalzó muchos nombres
 Que hubiéranse ya olvidado,
 Y ni un viviente siquiera
 Lloró la muerte del bardo.
 Él me trató de insensible
 En su cántico inspirado;
 Pero yo he sido más justo
 Que los hombres con mi bardo.

Viajero, si eres poeta
 Derrama en su tumba llanto;
 Pero no toques los restos
 De mi más querido bardo.»—

A D. IGNACIO VALDÉS MACHUCA.

DEDICATORIA.

Desde la verde callada
 melancólica orilla,
 donde «Dorila de Delio»
 dudaba á tu «Dorila.»
 Quien á tí debe nociones
 de la dulce poesía,
 más que un favor te debe,
 éstos que un verso dedica.

Él es un cuadro incompleto
 De tradiciones antiguas,
 En prosa, disimulada
 Con el velo de la rima.
 Acójelo tal cual es,
 Y no lo hagas en estima
 Porque algun mérito tenga,
 Ni por la dicción castiza:

Puesto que agora esas dotes
 Ni se atienden, ni se miran,
 Sino por la voluntad
 De éste que te los dedica.

A EL YUMURÍ.

Manso arroyuelo, que un día
 de Sur á Norte corrieras,
 antes que te diese paso
 la montaña soberbia
 que á impulsos de un terremoto
 seno profundo abriera;
 e entónces acá variaste,
 en vez de campiña amena
 poblada de gayas flores

Y verdes enredaderas,
 Cambiaste por cieno inmundo
 Tu fina y brillante arena;
 Hoy llevas cardos por lirios
 Y manglares por palmeras.
 Tú, semejante á los hombres
 Ambiciosos de grandezas,
 Cuanto más tu cauce ensanchas
 Tienes la tumba más cerca.

Quién sabe, si antes que ese monte altivo
 Senda te abriese al borrascoso mar,
 Ya tú minabas su cimiento vivo
 Para más breve sepultura hallar.

Así los séres que Jehová creara
 Como revelación de su existir,
 Derriban la virtud que les ampara,
 Y anhelando gozar van á morir.

Quién sabe si en tu fondo cenagoso
 Algun tesoro oculto se hallará,
 O en subterráneo oscuro misterioso,
 De Hatuey entero el esqueleto está.

Quizá en el mismo se hallará clavada
 Morisca lanza que Almanzor blandió,
 Y en Santa Fé, delante de Granada,
 Familias mil en la orfandad sumió.

Y esa, que vió turbantes con rubies
 Y gallardos pendones ondear,
 Y sobre capellares carmesies
 Cifras de oro de ofir reverberar.

Esa, que en los torneos y saraos
 Lucir apuestos caballeros vió;
 Y vió, de Palos al partir las naos,
 Llorar al pueblo que Colon dejó:

¡Hoy despreciada, ignota, enmohecida
 Aciértanla tal vez solo á tocar,
 Piedra por las crecientes impelida
 O el remo de una lancha en baja-mar.

¿Dónde fueron, manso río,
 Aquellas góndolas listas,
 Con sus velas caprichosas
 De verde guano tejidas?
 ¿Dónde, aquellas banderolas
 De nítido algodón, fijas
 Sobre derechos bambues
 Con rojos soles de Bija?
 ¿Dónde aquellas prestas balsas
 Fingiendo flotantes islas,
 Con sus guirnaldas da hojas
 Por gallardetes de cintas?
 ¿Dónde los hombres tostados
 Cuyas zumbadoras viras,
 Alcanzaban en las nubes
 Las garzas que al aire hendían?
 ¿Y dónde, por fin, aquellas
 Modestas vírgenes indias,
 Sutiles como tus olas,
 Y puras como ellas mismas;
 Que en la noche con antorchas
 De sasafrás encendidas,
 Formando un bosque de fuego
 Te iluminaban festivas?
 Aun me parece escuchar
 Sus selváticas cántigas,

Y que redobla sus ecos
 La inmensa gruta vecina.
 Aun las contempla mi mente,
 Al soplo de blanda brisa
 Que sus cimeras de plumas
 Y sus cendales agita.
 Sus negras madejas veo
 Por la áurea espalda tendidas,
 Sus ledas frentes, sus ojos
 Centellantes de alegría.
 ¿Qué fué de esa pompa agreste,
 De esa perdurable vida,
 De esos amores sin celos,
 De esos goces sin malicia?
 ¡Todo se acabó...! Desierto,
 Solitario al mar caminas,
 Al triste son de las ranas
 Que nacen en tus orillas.
 Eres recuerdo profundo,
 Como flosamenta marina
 Hallada por un viajero
 En los desiertos de Libia.
 Cuando la noche te cubre
 De opacas sombras ceñida,
 Te es dado ver solamente
 En tu ribera sombría,

Algun amante que espera,
 un vate que medita,
 desventurados siervos
 e sus tormentos disipan.
 Perdiste tus festines y tus flores,
 rsura, arenas, palmas y nación;
 es como un poeta sin amores,
 mo la ancianidad sin sucesión.
 Quién sabe si en algun *cobo*
 magnitud prodigiosa,
 n geroglíficos signos
 tará escrita una historia;
 Y al encontrarlo en tu márgen
 sco pescador, lo arroja
 r parecerle las cifras
 rañazos de la concha.
 Quién sabe si un joven indio,
 el *conticinio* en la hora

Te atravesó recitando
 Amantes y dulces trovas;
 Y al cabo de cuatro siglos
 Aun viene á llorar su sombra
 Sobre tí que eres la tumba
 De sus hijos y su esposa.
 Hoy tienes vírgenes bellas,
 Más aristócratas todas,
 Que á par que se llaman tuyas
 Miran con desden tus olas.
 Ni á tus orillas se acercan,
 Porque rehusan ó ignoran
 Los inocentes placeres
 Que en tu soledad se gozan.
 ¡Tanto es verdad que los pueblos
 Henchidos de fausto y gloria
 Pierden en puras delicias
 Cuanto aventajan en pompa!

Adiós, callado y memorable río,
 Cual mística sirena entra en el mar,
 Recitando el humilde canto mío,
 De tus ondas al dulce murmurar.

El almo Dios consérvelas serenas,
 Y de los siglos vuélvate hasta el fin,
 Tus góndolas, tus palmas, tus arenas,
 Y tus conchas de nácar y carmin.

EN LOS DIAS DEL S.^R ANTONIO BUITRAGO

Gobernador de Matanzas.

Mientras ledas el alba nacarada
 Las avecillas en canción sonora
 Dán música acordada,
 Y brilla coronada
 De blancas perlas la naciente *aurora*,
 Sus alas bate el Génio de la gloria,
 Abandona el Empireo refulgente,
 Lega tu grato nombre á la memoria,
 Muestra su augusta frente
 Como el Sol encendida,
 Y entona en tu loor celeste canto
 De áureas nubes en trono suspendida
 Velado en magestad el rostro santo,
 Cubierto el cuerpo de purpúreo manto.

Vista flores la pradera,
 Olas serenas el mar,
 Buenen himnos en la esfera,
 Y torne en Cuba á reinar
 La plácida primavera.

A la faz del seco estío
 Y en medio de invierno helado,
 Jamás dañe el hado impío
 Al justo mortal que ha dado
 Noble asunto al canto mío.

Jamás del cielo las iras
 Apaguen tu pura llama,
 Y en tu honor, pues gloria inspiras,
 Pulsen los vates sus liras,
 Suene su trompa la Fama.

No es mérito gobernar
 Cual déspota sordo y ciego,
 Ni á los pueblos aterrar:
 Pues con hierro sangre y fuego
 Un mónstruo sabe mandar.

Convertir con sutileza
 A los siervos en amigos,
 Ser humano con nobleza
 Y repartir con firmeza
 Los premios y los castigos.

El ver su grey aliviada
 De las cargas que la oprimen,
 En virtud acrisolada,
 Y evitar que nazca el crimen
 Para no esgrimir la espada.

Este don sacro, que á él
 No alcanza virtud alguna,
 Te ha dado el Dios de Israel
 Para bien del pueblo fiel
 Que se goza en tu fortuna.

Del mundo para delicia
 Quiso el Supremo Hacedor
 En tí añadir por primicia,
 A los láuros del valor
 Las palmas de la justicia.

Y tu puro corazón
 Cual de un arroyo la espuma,
 Por sublime inspiración

Más quiera vencer cual Numa,
 Que aterrar como Nerón.

«Salve, orgullo de tu patria,
 Salve, militar prudente,
 Tan dulce y fino en la paz
 Como en los combates fuerte;
 Vive dilatados años
 Libre de tristes reveses.
 De jazmines sea la alfombra
 Donde las plantas asientes,
 El tálamo de azucenas,
 De ambarinas los tapetes,
 Y de rosas los cojines
 Donde reclines la frente:
 Un ángel tu pecho cubra
 Si al campo de Marte vuelves,
 Y los enemigos tuyos,
 Que ser de la patria deben,
 Escapen despavoridos
 Aun antes de acometerles:
 Tu gloria los justos canten
 En vida, y cuando la muerte
 Te haga bajar á la tumba,
 Ellos á llorarte lleguen,
 Sus llantos bañen tu polvo,
 Y que tu sepulcro inerte
 En vez de pesado mármol
 Cubran frondosos laureles,
 Como este con que ceñidas
 Dejo tus heroicas sienes:
 Salve, adiós, paz y salud,
 Y gloria y virtud por siempre.»

Cayó el genio y batiendo
 Con gracioso ademán sus alas de oro
 Dióme el plectro sonoro,
 Y alegre repitiendo
 «Buitrago viva» en armonioso canto
 Tornó á esconderse en el Empíreo Santo. (9)

A LA S.^{RA} D.^A JOSEFA GALINDO

Por la ejecución del papel de Leonor, en «El Trovador».

No es posible callar; dos sentimientos
 A cual más poderosos
 Me agitan la vez. El alma mia
 Fácil cede á los ímpetus violentos,

Y en versos armoniosos,
De amistad á la dulce simpatía
Y al gran poder de admiración, gloriosos
Cantos al Pindo por Leonor envía.

Si cuando siente el corazón, la lengua
No acierta á pronunciar, si vacilantes,
Solos, trémulos, débiles suspiros
Lanza el pecho, si fúlgidos y errantes
Vacilan los ojos en revueltos giros,
Y la frente sombría

Como las manos y la frente fría
Percíbense temblando;
Leonor, entónces con Manrique hablando
No hay que dudar, tu corazón sentía.

Sentía, y con vehemencia, *lo defiendo*,
Que no en asunto tal todos son jueces:
Yo callando he hablado muchas veces
El idioma del alma, y lo comprendo,
Y sé que lo hablas tú. Que acá en mi mente,
Quien sentir hace hablando, á medias siente,
O no siente quizá; pues con su estruendo
Hace el cañon temer lo que él ignora;
Luego es la habilidad que el hombre adora,
Comunicar una pasión sintiendo.

Felice yo si hallara
Una mujer sensible que me amara
Como tú al Trovador, aunque ¡oh ventura!
Fuese de mónstruo horrendo su figura,
Más allá de la muerte la adorara.

¿Faltárale belleza, y bien ¿qué importa
Si solamente para mí vivía?

Y si forzada alguna vez negaba
El inmortal amor que me tenía,
Dijera—«Sí, mi lábio lo decía;
Peró, mi corazón.... te idolatraba.»—

A UN PEZ.

En el borde de un bote recostado
Sobre el sesgo cristal del Yumurí
Viendo un leve jurel recién-pescado,
Un cubano cantor dijole así:

«Pececillo incauto
Que al nacer la aurora
Jugabas alegre
Con las mansas olas.
Ya en la superficie
De la mar sonora

Saltando festivo
Burlabas las ondas:
Ya al fondo bajando
Con tornátil cola
Lijero tocabas
Las purpúreas conchas;

O ya tras tu amada
 Salvando las rocas
 En lecho dormistes
 De *lamas* y *ovas*.

Del amor disfrutes
 La celeste gloria,
 Dila que en la tierra
 Almas hay bondosas,
 Que ajenas desgracias
 Sienten como propias,
 Y en salvar cautivos
 Como Dios se gozan.

Y ojalá pudieran
 Con su intención sola
 Romper cuantas redes
 Circundan las costas:

Ya que los mortales
 Sus acciones toman
 Por sueños, y llaman
 Ficticias sus obras.

Al menos los brutos
 Sus hechos conozcan,
 Y quizá más justos,
 Que su raza propia,

Allá en sus festines
 Danzando á la sombra
 Del árbol marino
 Que corales brota,

El licor libando
 Que los peces toman
 Con tazas de nácar
 En lugar de copas,
 Cantarán sus nombres
 En rústicas trovas,
 Y cuando en la playa
 Resonantes rompan

Las ondas rizadas
 Al furor del Bóreas,
 Aquellas volutas
 De perlas que forman,
 Blancas cual la nieve
 Que los Alpes orna,
 Brillantes y bellas
 Serán sus coronas.

Vuelve, pez incauto,
 Do la que te adora,
 Deja aquestas playas,
 Y tiembla si tornas.

Mira, que la raza
 Del hombre es traidora,
 Tanto, que se venga
 De su misma sombra.

Y si otro en sus redes
 Cautivarte logra,
 No habrá quien te libre:
 Vuélvete á las olas. »

Dijo, y echólo al mar.—El pececillo
 Dió tres vueltas del bote en derredor,
 Como ofreciendo en su girar sencillo,
 Gracias á tan benigno bienhechor.

UNA FLOR.

A la corona de la actriz Doña Vicenta Lapuerta.

¿Dónde oculta, criatura seductora,
 La fuente de tu magia irresistible
 Ese acento celeste que enamora
 Con sublime placer indefinible?
 ¿En qué parte, Vicenta, se atesora
 Tu encanto de imitar tan imposible;
 Pues nos ofrece envuelto en afecciones
 El más brillante prisma de ilusiones?
 Cuando vierten tus lábios la ternura,
 Hasta el alma penetras y la extásias,
 Y en delicias transformas la amargura,
 Y conviertes en gloria las desgracias;

Mas si expresa tu faz la desventura
 En el pesar devorador te sácias,
 Y derramas, mujer, en ese instante
 El hondo tédio del dolor punzante.

Cuando tu frente cándida velaba
 Aquel signo fatal que repelia
 Y el nombre de Manrique se escapaba
 Entre los votos que tu mente hacia,
 Entónces yo, Vicenta, te miraba,
 Y de llanto mi rostro se cubria
 Al ver aquella toca desprenderse
 Y con tu ardiente llanto humedecerse.

Empero el gozo que marcó en tu frente
 Aquel supremo delicioso instante
 En que Manrique te estrechara ardiente
 Y dijera—«No, ya nó dudo, amante»—

El placer me arrobára dulcemente
 Y en mi pecho sintiera palpitante
 Aquella bella indefinible gloria
 Que corona de láuros la Memoria,
 Y en vano, en vano, sin cesar el hombre
 La manera conquista de explicarla,
 Que se esconde para ellos; este nombre
 Y no pueden con voces expresarla.

Porque llena de encantos nuestra mente
 Y la gozamos con la gloria misma
 Y nos abraza nuestra misma frente,
 Los colores buscando de ese prisma.

Y la llamamos con celeste nombre,
 Y nos extásia su ventura cierta;
 Mas solo puede concebirla el hombre
 Si la expresan tus lábios, dulce Puerta.

Porque animas la expresión	Y nos haces conocer
Y vivificas la acción	La hermosura del placer
Con encanto tan sublime,	Y lo triste del dolor,
Que lo que expresa, se imprime	Y el encanto del amor
Con fuego en el corazón.	Si tú lo expresas, mujer.

Y en mi poético afan
 Cuando á mis potencias van
 Tus acentos, digo yo:
 «Concebirte sí podrán
 Pero describirte nó.»

UN RECUERDO. A SELMIRA.

Yo te ví, trigueña hermosa,
 Y era tu rostro agraciado,
 Como el cáliz perfumado
 De recién abierta flor.

Y eran tus lábios de rosa,
 Y tus ojos peregrinos
 Daban destellos divinos,
 Cual la estrella del amor:

Y tu pudorosa frente
Adornaba un blanco velo,
Como de limpio arroyuelo
El sonoro cristal.

Es tu mágia omnipotente,
Y hasta las aves encanta
De tu mélica garganta
El acento celestial.

Cuando en el baile apareces,
Los corazones se inflaman,
Y los donceles te aclaman
Por la reina del festin.

Y si giras, ó te nieces,
Semeja tu planta breve,
Al céfiro cuando mueve
Los rosales de un jardin.

La magnificencia olvido
De los trajes elegantes,
Que visten ninfas brillantes
Si fijo la vista en tí.

Ni de las bellas me cuido,
Ni escucho el son de la orquesta:
Para mí tú eres la fiesta,
Tú no más estás allí.

Porque me acuerdo del día
Que en estos mismos salones
Entre santas ilusiones
El *sí* me diste de amor:

Sí de gloria y de alegría
Que sonó por mi ventura,
Cual suenan en la espesura
Los trinos del ruiseñor.

Yo haré que envidien las flores
Tus encantos hechiceros,
Tus clarísimos luceros,
Y tus dientes de jazmin;

Y cantaré tus amores,
Linda trigueña cubana,
Con el plectro de un Quintana,
Y el arpa de un Serafin.

DESPEDIDA DEL AÑO.

Coronad vuestras sienes
De florecientes ramos,
Y despedíos, bellas,
De las Pascuas y el año.

Ved como vuela el tiempo,
Y que en su curso ráudo
Memorias deja solo
De los goces pasados.

Ved de la Primavera
Los renuevos lozanos,
Convertidos en troncos
Desnudos y agostados.

Los fértiles pensiles
Entónces tan gallardos,
En páramos dolientes
Se miran transformados,

Decid que el año acaba
Con el Diciembre helado,
Y á la Luna de Enero
Pasear pensais acaso

¡Ay! que los años vuelven
Lo mismo que han marchado;
Pero nosotros, nunca
Volvemos, y nos vamos.

Nos vamos al sepulcro
Sin parar acercando
Y no vemos la senda
De eternidad que hollamos.

Aprovechad el tiempo
¡Oh bellas! coronaos
De nacaradas rosas
Y azules aguinaldos.

No vuestra edad florida,
La edad de los encantos,
Dejeis pasar inútil
En pasatiempos vanos.

Fugaces como el viento
Pensad que huyen los años,
Y que ninguno sabe
Dó está su fin infausto.

Adornad vuestras sienes
De florecientes ramos,
Y al año que se marcha
Riendo despedíos.

A MI GUAJIRILLA.

Guajirilla hechicera,
 Que esquivas desdeñosa
 A quien por tí muriera,
 Tu frente candorosa
 Y tus mejillas de azucena y rosa;
 No tan ingrata seas;
 Tu amor recelar debe
 Las malignas ideas
 De una rival aleve
 Que ambicione á tu amante y se lo llevo.
 Atiende, guajirilla,
 Que no hay beldad segura,
 Y al ver la maravilla,
 Advierte que no dura
 Más que la maravilla la hermosura.
 Si en tu corazón cabe
 Esa esperanza vana
 De mañana, ¡quién sabe
 Si no tendrás mañana
 Brillo en los ojos, ni en los labios grana!
 ¡Quién si esa frente
 Antes que el Sol dorado
 Torne á verse en Oriente
 De rayos coronado,
 Será ya presa del sepulcro helado!
 ¿O esperas imprudente,
 A la vejez sombría
 Premiar mi amor ardiente
 Para que la ánsia mía
 Halle una estatua descarnada y fría?
 Deja, dulce tirana,
 De serme desdeñosa;
 Esos labios de grana
 Dame, guajira hermosa
 Y esas mejillas de azucena y rosa.

MEDITACIÓN.

Cual diseñan las nubes
 Fantásticas visiones
 Que la llegada anuncian
 De los primeros nortes,

Ya gigantes guerreros
 Ora alados leones,
 Ya distantes palacios
 Entre selvas y torres;

Ya flotantes castillos
Con fuertes torreones,
Y de formas variando
Cruzan el horizonte,

Hasta que las ocultan
Las sombras de la noche,
O se apiñan en grupos
Que el viento descompone.

Tal es la incierta y breve
Existencia del hombre,
Sus riquezas, sus dichas,
Sus glorias, sus honores,

Son sueños engañosos,
Como débiles flores
De branador torrente
Nacidas en el borde.

Mas al camino sale
La muerte, y á sus golpes
Desparecen cual nubes
Que el viento descompone.

¡Qué es un mortal cuitado
Si á contemplar se pone
La inmensidad de mundos
Que en el espacio corren?

Un átomo invisible...
¡Y aun tiene pretensiones
A la infinita ciencia
Del que rige los orbes!

Es heroismo en unos
Lo que en otros horrores;
Sus mismas realidades
No pasan de ilusiones.

Como si eternos fuesen,
Aduérmense en los goces
Ficticios que le brindan
Las pérfidas pasiones;

VANIDAD DEL HOMBRE.

El hombre miserable
Presume que sorprende
Los ocultos arcanos
Del que los orbes mueve.

El se abroga atributos
Del Sumo Omnipotente,
Del que Israel llamaba
El Grande, el Justo, el Fuerte.

Y Dios desde el Empíreo
Lo mira y se condele
Del reptil presuntuoso
Que á su poder se atreve.

Propala que los rayos
Con su saber detiene,
Que el mar, la tierra, el aire
Sus voces obedecen;

Pero él si el viento ruge,
Si el mar se ensoberbece
Y el rayo truena, el rostro
Despavorido vuelve:

Sus fuerzas le abandonan
Baja la altiva frente,
La tierra se abre, y trag.
Sus restos para siempre.

Las ciencias envidiables.
¿De qué servirle pueden
Si á sujetar no alcanzan
Las garras de la muerte?

Y este sér vanidoso
¡Aún dirá que sorprende
Los ocultos arcanos
Del que los orbes mueve?

A DESVAL.

PARA DORILA.

Desde el San Juan undoso
Cuya serena linfa
Entre verdes mangleros
Coronada de palmas se desliza.

Pulso, Desval amigo,
 Mi mal templada lira,
 Para darte de Páscuas,
 No cuanto debo á tu amistad benigna,
 Sino el pláceme grato
 Que tu bondad me inspira,
 Tejiendo una corona
 De nevado jazmin y siempreviva.
 No aspiro á que con ella
 La docta frente ciñas
 Que ya orlaron ufanas
 De lauro y rosas las cubanas ninfas.
 Para más caro objeto
 Mi númen las dedica.
 ¡Emblemas de pureza
 Y de inmortalidad, flores divinas!
 Cuando Desval os tome
 Quedad luego marchitas
 Si al punto no os coloca
 En las preciosas sienes de Dorila.
 Y cuando ya en su cielo
 Como estrellas lucidas
 Deis con vuestros colores
 Gracia á su rostro, al firmamento envidia.
 Decidla: «Ninfa hermosa
 De la fecunda Antilla,
 El bardo que nos manda,
 Salud y paz, y bendición te envía:
 Qué cada vez que luzca
 La Aurora purpurina,
 Sepa que eres dichosa,
 Y su gloria mayor será tu dicha.»

EL TIEMPO NO SE VA.

Como en noche anortada
 Impelidas del viento
 Se deslizan las nubes
 Por la region del cielo,
 Y al ver la clara Luna
 Que adorna el firmamento
 Nos parece que corre
 A ocultarse en el velo
 De variados celajes;
 Y es todo lo inverso,
 Que ella se está tranquila
 Y los que corren, ellos:
 No de otra suerte viven
 Engañados los nécios,

Plácido.

Si presumen que corre
 Con ráuda marcha el tiempo.
 Él como un astro, sigue
 Su giro á paso lento,
 Y nosotros volando
 Cual celajes ligeros,
 Por el soplo impelidos
 De mil vanos deseos
 Dejándole atrás, vamos
 En pos de goces nuevos
 Hasta dar con la tumba:
 Y solamente es cierto
 Que nosotros nos vamos,
 Y se queda el tiempo.

NO AFIRMAR NI DUDAR.

No te aconsejo, Lisio,
 Cuando mires ó escuches,
 Ni que lo afirmes todo
 Ni que todo lo dudes;

Puesto que ambos extremos,
 Por más que el arte apures,
 Son malos, y el ejemplo
 Lo hallarás cuando gustes.

Las nubes que lejanas
 El horizonte cubren,
 Hay veces que á los ojos
 Parecen altas cumbres:

Y las montañas, antes
 Que el Sol vierta sus luces,
 Parecen una faja
 De verdi-negras nubes.

Es bien que el punto medio
 A tomar te acostumbres,
 Sin que lo afirmes todo,
 Ni que todo lo dudes.-

Cuando en la noche el viento
 Agita los bambues,
 Y los murmurios suenan
 Del arroyuelo dulce,

El impaciente amante
 La voz oir discurre
 De su adorada prenda
 Cercada de querubes:

Y el cobarde viajero,
 Del mismo ruido arguye
 Que un grupo de bandidos
 Le cercan y destruyen.

No son viento y arroyo
 Bandidos ni querubes,
 Ni son las nubes montes,
 Ni las montañas, nubes.

A UN COMETA.

Cuerpo ignoto, que giras
 En la region del aire,
 Dejando tras tu curso
 Larga cola brillante,
 Tú, que por tantos siglos
 Corriste sin pararte
 Viendo generaciones
 Nacer y sepultarse,
 Tú, que entre tantos mundos
 Que en el espacio errantes
 Circulan, ves la tierra
 Mansión de llanto y sangre;
 Dime si has visto un pueblo,
 Dó solo un hombre se halle,
 Y ángeles obedezcan
 Lo que su voz les mande.
 O por opuesto extremo,
 Donde en paz perdurable,

Los vasallos sean hombres
 Y el que gobierne, un ángel
 Dímelo, te lo ruego
 Por el Sér Justo y Grande
 A cuya voz te elevas,
 Y á cuya voz decaes.
 Responde, que si esquivas
 Mi estrella incontrastable
 Me niega la ventura
 De poder habitarte,
 Seráme dado al menos
 El bien inapreciable
 De saber que hay un punto
 Dó la virtud descanse.
 Así más que el Sol brilles.
 Y á ser por siempre pases
 De tu Hacedor Supremo
 Corona deslumbrante.

LAS DOS EDADES.

Hay una edad de flores
 rascosa en verdad;
 o que en cambio, llena
 encantos mil está.
 entónces nos burlamos
 hórrido huracán,
 rayo destructivo,
 tempestuoso mar.
 entónces encontramos
 ángel terrenal,
 mujer que amemos
 que nos sepa amar,
 nuestra alma es una hoguera,
 oecho un huracan;
 por ella cedemos
 gloria y la verdad.
 es la edad de la gloria,
 goce celestial,
 las inspiraciones
 de la heroicidad;

Mas hay otra de nieve,
 Cuya calma fatal
 Tan solo nos presenta
 Recuerdos de pesar.

Entónces nos reimos
 Por no gemir quizá,
 Y reprendemos usos
 Que hicimos adorar.

Entónces, sin aliento,
 Cansados ya de amar,
 La vida nos fatiga,
 La muerte horror nos dá;

Y llenos de dolores,
 Nos hace Dios fijar
 Los ojos en la tumba,
 La mente más allá,

El hielo del sepulcro
 Con nuestros cuerpos va:
 ¡Féliz quien su inocencia
 Conserva hasta esa edad!

LOS DOS EXTREMOS.

Hay un valle encantado;
 Tiene en su centro un niño
 Que debe andar por fuerza
 Por uno de sus dos largos caminos.
 El primero, aunque recto,
 Tiene mil precipicios,
 Y hállanse á cada paso
 Espectros, y fantasmas en sus riscos.
 El que por él se lanza
 Hasta el término fijo,
 Que es un sepulcro helado,
 Solo halla horror, prisiones y suplicios.
 El segundo es tortuoso;
 Pero ameno y florido,
 Con todos los placeres
 Y deleites que embriagan los sentidos.
 Tal vez cuerpos sangrientos
 Se hallan en él tendidos;
 Mas tambien se halla oro
 Y renombres espléndidos, magníficos.

Este mundo es el valle,
 La inocencia es el niño,
 La senda desgraciada
 Es la virtud; y la brillante, el vicio.
 No hay más que dos extremos
 En este mundo inicuo,
 O gozar y ser malo,
 O morir virtuoso y perseguido.

SÚPLICA.

Escrita en la prisión.

Fantástico aparato de amistades y amores,
 Dejadme en mi retiro, dejadme por piedad,
 No me brindeis mentidos placeres seductores;
 Dadme siquiera un día de amiga soledad.

Venturosos recuerdos de la infancia querida,
 Venid á mi plegaria, cercadme en derredor,
 Tornadme á mi inocencia, dejad que me despida
 De aquella edad dorada de dicha y de candor.

Volaron ¡ay! las horas de plácida alegría,
 Entré en el laberinto llamado ilustración,
 El mundo confundióme entre su turba impía,
 Y me arrancó asesino la paz del corazón.

El mundo en cada hombre brindándome un amigo
 Y en cada bella jóven una inocente flor;
 En cada varon luego mostróme un enemigo;
 Y en cada flor, oculto un áspid destructor.

Y yo he sacrificado mi dulce primavera,
 Perdiendo mi sosiego pasado y porvenir;
 Y he volado insensato en pos de una quimera,
 Que ni del bien se alegra, ni el mal sabe sentir.

Fantástico aparato de amistades y amores,
 Dejadme en mi retiro, dejadme por piedad,
 No me brindeis mentidos placeres seductores;
 Dadme siquiera un día de amiga soledad.

A SILVIA.

No en descuido insensato
 Dejes que pasen, Silvia,
 Las plácidas auroras
 De tu temprana vida.

Mira que el tiempo alado
 Con ráudo vuelo gira,
 Arroyando inclemente
 Cuanto al paso divisa.

La hermosura es un soplo
Ligero cual las brisas
Que con el Alba nacen,
Y con la Aurora espiran.

Como claro arroyuelo
Que nace entre ambarinas,
Y á breve espacio, el bruto
Revuélcase en su linfa:

Como brillante ola,
Cuyas perlas lucidas
Sobre la propia arena
Que adornaron, se eclipsan.

No desprecies el tiempo,
Aprovéchalo, y mira
Que eternidad y tumba
No tienen hora fija.

Y en fin, como las flores
Que á la luz vespertina
Se abren, y al primer rayo
Del Sol yacen marchitas.

Pues si las bellas flores,
Olas, fuentes y brisas,
Te enseñan con su ejemplo
Lo que serás un día;

No en descuido insensato
Dejes que pasen, Silvia,
Las plácidas auroras
De tu temprana vida:

LA GLORIA.

¿Qué es del hombre la vida?
¿Cuál es del sér la gloria
Que rey de lo creado
Con vanidad se nombra?

¿Los cantos del poeta,
Del potente la pompa,
Los lauros del guerrero
Del amante las horas,
Y del profundo sabio
Las conclusiones doctas,
Que admiran los presentes,
Y los lejanos honran?

Ved cual es ¡insensatos!
De este animal la gloria,
Que rey de lo creado
Con vanidad se nombra.

¿Qué son sino fantasmas
Que bajo extrañas formas,
Al conticinio nacen
Y mueren á la Aurora?

De cuantos ya pasaron.
De cuantos son ahora,
Y de cuantos ser deben,
Solo quedaron sombras;

Y esas, aun no reales;
Pues solo en la memoria,
Tal cual vez se presentan
Como luces fosfóricas.

RECUERDOS.

A ELPIDIO.

Cuando recuerdo, Elpidio,
La sucesión de cuitas,
Y el mentido aparato
De este fantasma que llamamos vida:
Cuando torno los ojos
A los pasados días
Y advierto como vuelan
Los verdes años de la edad florida:

Cuando miro ese caos
 De ilusiones mentidas,
 Que lucen y se pierden
 Como en la noche exhalaciones ígneas;
 No entiendo por qué el hombre
 Se oprime y martiriza,
 Como si fuese tanto
 El tiempo que gozar puede la dicha.
 Parece que las causas
 De su desgracia impía,
 Sus tormentos y males,
 Son inherentes á su esencia misma.
 Hoy anhela un objeto
 En que su suerte cifra;
 Lo consigue, y mañana
 Ya es infeliz con lo que ayer quería.
 Feliz el que en la tierra
 Vé transcurrir la vida
 Sin que en su alma lleve
 La ánsia del oro, ó del dolor la espina.
 Feliz quien va al sepulcro,
 Cual fuente clara y limpia
 Que corre libre y pura.
 Entre vírgenes selvas escondida.
 Y triste el que el aliento
 Infestado respira
 De las nécias ciudades,
 Moradas del engaño y la perfidia.
 Él es como la rosa
 En páramos nacida,
 A quien de airada mano
 No podrán defenderla sus espinas.
 Alabe el falso mundo,
 Quien lleno de alegría
 Vió deslizar las horas
 Desde su cuna hasta el presente día;
 Mas el que en sus recuerdos
 Halla solo desdichas,
 Maldice el mundo insano,
 Y aun la propia existencia le fastidia.

A UN NIÑO DORMIDO.

Duerme, inocente niño,
 Que el sueño de la infancia
 Es celestial beleño
 Que á la inocencia extasia,

Feliz tú, que en tu cuna
 No sueñas con fantasmas,
 Ni anhelas un tesoro,
 Ni rujes por venganza,

Tú ignoras de los hombres
Las viles acechanzas
Los tétricos designios,
Y las inicuas tramas.

Tu corazón es puro,
Cual las gotas que el Alba
Sobre las flores riega
De Abril en las mañanas:

Por eso en él no sientes
De la ambición las ansias,
Ni la punzante espina
De una pasión profana.

Cual nave que en el puerto
Sus áncoras levanta,
Y al mar se entrega alegre
Con próspera bonanza,

Sin recelar el riesgo
De pérfidos piratas
De ignorados escollos
Y horrisonas borrascas;

Así llegará un día,
Que de esa edad dorada,
Dejando sin temores
La venturosa calma,

Te lances de la vida
Por las llanuras vastas,
En la apariencia amenas,
Y en realidad ingratas.

No en salir te apresures
De ese punto de gracia;
Que serás más dichoso,
Cuanto más tarde salgas;

Y en tanto que esa hora
Terrible se adelanta,
De llantos, amarguras,
Pesares y desgracias:

Duerme, inocente niño,
Que el sueño de la infancia
Es celestial beleño
Que á la inocencia extasia.

A UNA ADORMIDERA.

Flor bella y delicada,
Cándida y peregrina,
Que abres tu limpio cáliz
Cuando la Aurora brilla.

Si por tu lado cruza
Mi idolatrada Amina,
La de los negros ojos
La de la faz divina;

Y su mirar de fuego
Sobre tus hojas fija,
A saludarla alegre
Tu cáliz bello inclina;

Y cuando por sus lábios
Vague genial sonrisa,
De tu corola bella,
Brotan esencias, y díla:

«El que tu gracia adora,
El que me riega y cuida,
El que á cada instante
Su corazón te brinda,

Hermosa, me ha mandado
Que en viéndote, benigna
Vuele del tallo, y leda
Tu casta frente ciña.»

EL CEMENTERIO IDEAL.

PORTADA.

Ten, lector, por fiel verdad
Que en estos túmulos varios
Hay muertos imaginarios,
Y vivos en realidad:
Si es que por fatalidad

En tu alma acaso sencilla,
Hubiese alguna faltilla,
Y anhelas su corrección,
No le faltará inscripción
Que te venga de perilla.

I.

Por echarla de discreto
Murió pidiendo un soneto
El triste que yace aquí,
—¡Si todos fueran así!—

II.

Este infeliz murmuró
Siempre de propios y extraños,
Murió de veintidos años.
—De más los veinte vivió.—

III.

Mientras vivió Salvadora,
Los mancebos que la veían
Salva á su belleza hacían
Cual las aves á la Aurora.
—A que ninguno la llora.

IV.

Salud, Amira brindaba,
Y en dos meses que bailó,
Pálida, flaca, murió,
Y fina sangre arrojaba,
—¡Arrojaba sangre fina...?
Pues sal de la sepultura,
Y oprímeme la cintura
Para lucir figurina.

V.

Esta vieja falleció
Porque el jóven más lozano
Casó con ella, echó mano
A su plata, y escapó.
—Ese sí que la entendió.—

VI.

Aquí yace Juan, querido
De la más bella casada;
Fué muerto de una cornada.
—¡Y quién lo mató...? El marido.—

VII.

Vivo el mundo me creía
Ora santo, ora demonio,

Y en la fé de un testimonio,
Daba lo que no tenía.
Cerré para dar la mano,
Y abrila para cojer
Más pronto que una mujer...
—¡Salve, señor escribano...!—

VIII.

Aquí reposa Zafir,
Que obligado á declararse
Entre morir y casarse,
Decidióse por morir.
—Es digno de un monumento
Por tan ejemplar acción;
Pues convence la elección
Que era jóven de talento.—

IX.

Pues que sois de mi hermandad
Jaques, tontos y beodos,
En breve, seguidme todos
Al mundo de la verdad.
—¡Cúmplase tu voluntad!—

X.

Yo de calumniar vivía,
Y un día de muerte aguarda
A los de la estirpe mía.
—Lo que se siente es que tarda
Ese venturoso día.—

XI.

Uno aquí se bambolea
Cocotero poco á poco,
Leamos—«Desciende, coco,
En la tumba de esta sea.»

XII.

Los poetas me ensalzaron
Manaba miel de mis lábios,
Apreciáronme los sábios,
Las bellezas me adoraron;
Prodigaba pesos duros...?
—¡Rico, presumido y tonto...
Fabio, marchémonos pronto,
Porque no estamos seguros.—

XIII.

Aun el cántico épico retumba
 Que un homérico vate alzó á mi gloria;
 Aun me conserva espléndida la Historia...
 -¡Válgate Dios...! pedante, hasta en la tumba!-

XIV.

De reyes y emperadores
 esciende el noble finado
 ue yace aquí sepultado,
 vivió lleno de honores.
 i esqueleto y calavera
 stán por esa razón,
 an libres de corrupción...
 -Como los de otro cualquiera.—

XV.

Siempre adulando y fingiendo
 on méritos que no hablo...
 -Descansa en paz, pobre diablo!
 ste murió pretendiendo.—

XVI.

Yace aquí un jefe de armada,
 Que acabado de enterrar
 Hallaron de orin su espada
 A la vaina tan pegada,
 Que no se pudo sacar.
 -¡Valeroso Militar!—

XVII.

Éste murió suicidado,
 Porque un mullidor precoz
 Le ofreció en solemne voz
 Su entierro hacerle fiado.
 -¡Vaya un tramposo feroz...!
 ¡Dios lo haya perdonado!—

LA RECONCILIACIÓN.

Oye, Clarinda hermosa,
 a voz con que entre flores
 antan gratos amores
 fi reconciliación.

a citara armoniosa
 ye, con que constante
 e ofrece un fino amante
 su ardiente corazón.

En plácida locura
 uventud bulliciosa
 hasta cual mariposa
 volar de flor en flor;
 Pero la edad madura
 a da con gracias pías
 calma en las alegrías,
 firmeza en el amor.

El rui señor amante
 No halla placer cumplido
 hasta que vuelto al nido
 le arruya el bien que amó;

Y ya volar errante
 No quiere en la espesura
 Por gozar la ventura
 Que un tiempo idolatró.

Entónces él suspira
 Hallando en la que adora
 Las perlas de la Aurora,
 Del Alba el arrebol;
 Así mi pecho admira
 Tu frente de azucena,
 Como el Alba, serena,
 Luciente como el Sol.

Si el alma que presento
 A tu beldad, no esquivas;
 Morir donde tú vivas
 Te jura mi pasión;
 Y si este juramento
 Padece algun desmayo,
 De tu desprecio un rayo
 Me parta el corazón.

A IDALIA.

¿Ves, Idália, que el rubio
Renuevo de una palma
l'arece un asta de oro
Sobre las verdes ramas?

¿Ves al régio planeta,
Que al nacer la mañana,
En el Oriente limpio
Un falso Sol levanta?

¿Porqué infalibles crees
A esas lenguas malvadas,
Que arrebatarme quierern
Tu corazón, Idália?

¿Ves la brillante Luna,
Del mar entre las aguas,
Que en cada ola aparece
Su forma entera y clara?

Pues si Naturaleza
A cada paso engaña,
Y nuestros mismos ojos
Concurren á ayudarla;

LA DESPEDIDA.

CANCIÓN.

Voló ya la alegría
Que un tiempo fué mi gloria
Y una triste memoria
Me dejas ¡ay! amor.

No mas la prenda mía
Mi prometida esposa,
Me halagará amorosa
Calmando mi dolor.

Cual fresca rosa en Mayo
No bien brilla argentada
Cuando cae deshojada
Del bárbaro aquilón.

Así súbito rayo
De la Parca homicida
Cayó en su cara vida
Y abrió mi corazón.

Durante el claro día
¿Cuál serán mis pesares
En aquellos lugares
En que amarme juró!

¿Cuál será mi agonía
Y mi penar tirano
Al mirar cuán temprano
Mi esperanza murió!

Y cuando el negro manto
Tienda la noche oscura
¿Dónde hallaré ventura
Que temple mi aflicción?
¿Quién á mi amargo llanto
Querrá prestar consuelo?
Sol, tierra, mar y cielo,
Sentid mi confusión.

Fela, cuando la hora
Marque el tiempo ligero
En su reloj certero
De nuestra eterna unión,
A esta alma que te adora
Verás gozosa, ardiente,
Del Sér Omnipotente
Volar á la mansión.

Pero en tanto que llega
Momento tan dichoso
No puedo hallar reposo
Sin escuchar tu voz.

Mi amor en tanto riega
Tu ya cadáver frío....
Adiós, corazón mío,
Adiós por siempre.... adiós!

A LA JUSTICIA. (10)

AMOR PLATÓNICO.

En el alma, cual lucero
 Refulgente y peregrino,
 Tengo el retrato divino
 De la Deidad que venero:
 En vano encontrar espero

Esa belleza ideal,
 Y á la mansión celestial
 Ir á buscarla deseo
 Porque en la tierra no creo
 Que exista el original.

LA FLOR DE LA CERA.

Una mañana de Abril
 Antes que el alba serena
 Ornara el cielo de nácar,
 Y los pensiles de perlas,
 Paseaba yo divertido
 Del San Juan por la ribera
 En un jardin que á su orilla
 Preciosas plantas ostenta.
 Con un cestillo de mimbres
 Y unas tijerillas nuevas,
 Estaba una jóven linda
 Cortando «flores de cera.»
 Ocúltéme entre unas ramas
 De jazmin y madre-selva,
 Que abrazan á un rojo Adónis
 Formando bóveda espesa:
 Era su frente brillante
 Como del amor la estrella,
 Sus ojos, vivos y hermosos,
 Negras y largas sus trenzas:
 De marfil su dentadura,
 Su boca purpúrea y bella,
 Y su cútis fresco y blanco
 «Como la flor de la cera.»
 Llevaba una manta azul
 Bordada de blanca seda,
 Cadena y manillas de oro
 Y aretes de finas piedras.
 Hablando consigo misma,
 De que la oyesen, agena,

Tomando la más lozana,
 Dijo la simple doncella:—
 —Dice bien Delio, que eras
 De los jardines la reina.
 ¡Si yo fuese tan hermosa
 Como «la flor de la cera!»
 De su voz el eco suave
 Me hizo conocer á Lesbia,
 Con la cual bailé mil veces
 De Pueblo-Nuevo en las fiestas;
 Y de Delio bajo el nombre
 La hice amorosas protestas:
 ¡Con que aquí mi Lesbia mora
 Y de su Delio se acuerda!...
 ¿Podré dudar que me ama
 Esta inocente belleza,
 Tan alegre y tan sencilla
 Como «la flor de la cera?»
 Escogió despues algunas,
 Sentóse sobre la yerba,
 Formó una hermosa guirnalda
 Y se coronó con ella.
 Fué á orillas de un estanque
 De agua clara, limpia y tersa;
 Vióse el rostro en el cristal
 Y exclamó de gozo llena:
 —«Ya estará Delio en el puente.
 Y cuando pasar me vea
 Dirá que voy tan preciosa
 Como «la flor de la cera.»

LA AMBARINA.

En los días de S. M. la Reina Gobernadora.

Zéfiro blando que en la arboleda
Bullendo esparces fragante olor,
Cruza los mares y da á Cristina
Esta de Cuba célica flor.
Esta, que el campo de ámbares llena
Cuando amanece fúlgido el Sol,
Como ella vierte sus beneficios
Desde el excelso trono español.

Cual tigre hircana voraz destroza
Tiernas ovejas sin compasión;
Así sedienta de sangre humana
Reinó tres siglos la Inquisición.
El hombre ilustre tales escenas
Viera de ruinas y asolación,
Sin mas arbitrio que era aplaudirlas
O ser quemado por fracmasón.

Mas ¡oh ventura! Cristina llega
Velado el rostro de magestad,
Cual aparece radiante estrella
Tras noche horrenda de tempestad.
Cúbrese el campo de alegres flores
Al divo aspecto de su deidad,
Y desde Gades hasta Pirene
Resuena el grito de Libertad.

Traspasa el eco los anchos mares,
La regia Antilla le oye sonar,
Y le repiten alborozados
San Juan, y Güines, y el Almendar:
La Fama empuña su trompa de oro,
Y por los aires se vé volar,
Cual aura mansa que se desliza
Sobre las olas del hondo mar.

Quien lleva santos y esgrime espada
Acrecentando la rebelión,
Y cruel seduce los infelices
Bajo pretexto de religión;
Es una fiera voraz, inícuo,
Maligno miembro de la Nación,
Mónstruo execrable, que con mil vidas
No paga el colmo de su traición.

¡Sangre y venganza! ¡Sagre y venganza!
Se alzó gritando la usurpación,
Como el espectro que hablaba á Orestes
Sobre la tumba de Agamenón.

«¿No quereis sangre? pues... tomad sangre»

Dicen los héroes de la Nación,
Y huye aterrada cual torva sombra
Del negro Tártaro á la mansión.

Hijos de Cuba, cuando yo muera,
Con ambarinas me coronad:
Y si existiere la excelza reina
Hacedme el gusto de no llorar.
¡Viva la patria! ¡Viva el progreso!
Decid al punto de me enterrad,
Y yo os ofrezco de responderos
¡Vivan! y viva la Libertad.

LA VEGUERA INOCENTE.

Del alba á luz primera
Sale á discantar amores
La más hermosa vegera
Que el Sol mira y pisa flores
Del Táyaba en la ribera.

Negros, dormidos, brillantes,
Son sus ojos centellantes;
Su planta, leve y sutil,
Y sus ecos, extasiantes
Como mañana de Abril.

Si suelta la cabellera
Lleva del viento agitada,
Parece la Primavera
Que discurre en la pradera
De jazmines coronada.

Si adorna su frente hermosa
Con una *moya* canaria,
Semeja en su faz graciosa
Ignea estrella solitaria
Que sale á Oriente radiosa.

Las gotas que en la cascada
Saltan del sonante río
A su boca purpurada,
Brillan como albo rocío
Sobre la flor de granada.

Con un azul delantal
Ajusta su talle bello,
Ornan su rostro ideal
Sarcillos de oro, y el cuello
Rica sarta de coral.

Ya sus dos vivos luceros
Fija en leve caracol,
Y sinsontes y cabberos
La felicitan parleros
Teniéndola por el Sol.

O vé tranquila pasar
Entre oleadas infinitas,
Hojas y flores al par,
Que ya mústias y marchitas
Conduce el torrente al mar.

Sin reflexionar que un día
Irán su gracia y candor,
Como las flores que vía
Del tiempo desolador
En la corriente sombría.

De su tiple á las templadas
Cuerdas, entona distintas
Canciones enamoradas,
Puesta una moña de cintas
Blancas, verdes y rosadas.

Vase, al finar la canción
De sus cuerdas al compás;
Sin cuidar de un corazón
Que la ha visto una ocasión
Y no la olvida jamás.

¡Feliz tú, que sin temor
Vives, ángel del Señor;
Pues al alba te levantas,
Y amorosas trovas cantas
Sin saber lo que es amor...!

Y misero aqueí, que existe
No pudiendo hablar de amor
Sin que bulla en su interior
Un presentimiento triste,
O un recuerdo de dolor!

LA ROSA DE TRINIDAD.

Dedicada al S.^r José A. Hernandez.

I.

En la verde pradera
Que con sonante espuma
Riega el Táyaba undoso
Y flores mil dibujan,
Hay un rosal lozano,
Cuyo aliento perfuma
El aire fresco y suave
Que en torno de él circula.
Coronado de perlas
Le deja el alba pura,
Los céfiros le halagan,
La aurora le saluda,

Y las parleras aves
En su redor se agrupan
Cantándole abstraídas
Mil himnos de ventura.
Allí una madrugada
Al brillo de la luna
Cercado del solemne
Silencio de las tumbas,
Pulsando distraído
Su bella lira ebúrnea,
Así cantaba un bardo
De la risueña Cuba.

II.

«Flor preciada que el alba serena
Como estrella de paz y de amor
Grata mueves tu córola amena
Esparciendo suavísimo olor;
¡Cuánto es bello en tu cerco divino
Ver lucir el licor matinal,
Tu animado color purpurino
Y tu eterno verdor tropical!
Sola tú consoláras ¡oh Rosa!
Mi pesar y amargura cruel;
Bendiciones á tí, reina hermosa
Del florido y fecundo verjel.
Si en las ondas del Táyaba brilla
Tu beldad de una ninfa en su sien,
Del San Juan en la plácida orilla
Nacen rosas y ninfas tambien.
Nacen rosas y ninfas, no empero
Más hermosas que aquestas serán,
Yo á cantarlas me brindo sincero,
Si les place el cantor de San Juan.
«Triste el bardo, dirán las hermosas,
Sin ventura á estos campos llegó,
Y del Táyaba á ninfas y rosas,
Olvidando sus males cantó.»

III.

dóname ¡oh flor! si en tanto
 el suave Alisio te mece,
 entono un débil canto,
 el himno que merece
 inocente cáliz santo.
 Paso en mejores días
 tributaré loores;
 Las desgracias impías
 inspiran elegías,
 cánticos á las flores.
 Izás desde el Yumurí
 daré tu beldad,
 ré presente allí
 sus hojas de rubí
 rosa de Trinidad.
 ¡Dios, Rosa peregrina,
 de dicha y bendición,
 que te amague la ruina,

Ni el arrasante Aquilón
 Deshoje tu faz divina.
 A las castas hermosuras
 Que me representas hoy,
 Darás tus esencias puras;
 Mientras yo infelice voy
 A sentir mis desventuras.»

IV.

Dijo el bardo, y suspirando
 Marchóse por la espesura
 Que de San Ignacio el valle
 A la simple vista oculta;
 Bien como tórtola ausente
 De su amor tálamo y cuna.
 Que al discurrir por los campos
 Tristísimamente arulla.

Dijo el bardo, y suspirando
 Marchóse por la espesura
 Que de San Ignacio el valle
 A la simple vista oculta;
 Bien como tórtola ausente
 De su amor tálamo y cuna.
 Que al discurrir por los campos
 Tristísimamente arulla.

LA PARTIDA DEL PIRATA.

PRIMERA PARTE.

Un bergantín en la popa,
 uelto en su negra capa,
 ando tabaco puro
 una pipa de plata,
 te cien robustos hombres
 en él fijan sus miradas,
 oja el más bravo jefe
 han tenido los piratas.
 ore su purpúrea gorra
 orla de oro resalta,
 viva chispa de fuego
 e una flor de granada,

Su pálida frente anuncia,
 Y sus siniestras miradas,
 Que allá en su mente dispone
 Alguna horrible venganza.
 Luego como quien recuerda
 De sus desdichas la causa,
 El rostro baja, y por él
 Rueda una sonrisa amarga.
 Entónces la gente ordena,
 Su sonora voz levanta,
 Y la violenta partida
 De aquesta manera manda.

II.

—¡A la mar! ¡á la mar! compañeros,
 Que la tierra nos quiere tragar;
 No hay cuartel, preparad los aceros:
 Hierro y fuego. ¡A la mar!...! ¡á la mar!
 No más danzas; sangrientos horrores
 Do quier lleve el fulmíneo cañon,
 Tiemblen esos del mundo señores

Solo al ver mi fatal pabellon;
De perfidias é injustos rigores
Nuestra nave nos puede librar.

¡A la mar!....

Para estar en desgracia infinita,
Existir oprimido tal vez
Y morir en la tierra maldita,
Vale más ser el pasto de un pez.
¿Quién la vida en las ondas me quita
Sin la suya tambien arriesgar?

¡A la mar!....

Nuestra nave sus velas extienda
Aunque ruja el sonante Aquilón,
De las nubes el rayo descienda,
Suba el Pontó á la etérea región
Y nos lance con furia tremenda
Al abismo. Las anclas levar.

¡A la mar!....

III.

Dijo el pirata. Los demás callaron
Y ante su aspecto sosegado y grave
Los cables de las áncoras cortaron
Al son del pito: la graciosa nave
Sus blancas velas desdobló gallardas
Que al soplo de los céfiros se henchían,
Y confundióse entre las nubes pardas
Que el cóncavo horizonte oscurecían.

IV.

No ya el canto de aquellos marinos
Era dado en la tierra escuchar;
Pero el eco, en los montes vecinos
Aun sonaba ¡á la mar!.... ¡á la mar!

EL PIRATA EN LA MAR.

SEGUNDA PARTE.

L

Como por medio de pesadas nubes
Rápida cruza voladora garza
Rasgando el verdinegro manto aéreo
Al rebatir de sus brillantes alas;



Himnos le dan de victoria,
Y de aromas le perfuman
Guerreros que le rodean
Y el pueblo que le circunda.

Jicotencal.

Así rompiendo las cerúleas olas
 El lijero bajel sobre las gabias,
 Deslízase veloz, mostrando solo
 Entre el cielo y la mar sus velas blancas.
 «Hoy es mi cumpleaños, compañeros,
 Y viene á visitarnos la borrasca;
 Venga en buen hora á saludarnos, venga;
 Las copas preparad para la salva,
 Tiemble el cobarde, al escuchar su silbo,
 Que anhela afeminado en muelle calma
 La vida mujeril y voluptuosa
 Que en los palacios ignorados pasa.»

II.

Dijo el pirata, en tanto
 Que entusiasmada la marina gente
 Saluda á voces de su jefe el santo,
 Y mientras ráuda cual ligera pluma
 Surca la nave el piélagó rugiente,
 Nevados copos de salada espuma
 Saltan del Ponto á coronar su frente.

III.

En el lejano horizonte
 Airado el mar se levanta,
 Formando móviles grupos,
 Bien como noche nublada
 En que á intervalos asoma
 La Luna su frente clara,
 Y discurriendo las nubes
 Cuyas prestas sombras pasan
 Por los encumbrados montes
 Cual gigantescas fantasmas,
 Parece que el monte oscila
 Y se mueven las montañas.
 El ávido ojo del tope,
 Perspicaz como el del águila,
 Ha divisado un objeto;
 Obsérvale atento y clama:
 «¡Vela, á babor...!»—«¡Vela...! vela...
 (Grita también el pirata;)
 Compañeros, á virar;
 Hoy nada nos hace falta.
 Tenemos combate y vino,
 Prendas, sedas, oro y plata;
 Ya veis que os brinda mi día
 Sangre, festin y borrasca.»

EL VEGUERO.

A mis amigos de Villa-Clara.

EL ECO.

Caros amigos que un día
 Cuando Plácido vagaba
 Por las fértiles llanuras
 Que fecundan los dos Saguas,
 Vosotros los que me visteis
 En vuestra dulce compañía,
 Del *Cayo á Guaracabuya*,
 De las *Huertas á las Lajas*;
 Los que francos y sinceros
 Acallásteis mi desgracia,
 Recibid este presente
 Que mi amistad os consagra,
 Como hijo de un corazón
 Sin interés y sin manchas;
 Grande como las llanuras
 Do pacen vuestras manadas.

Y vosotras, bellas ninfas
 De fogosísimas almas,
 Las que de amárillas moyas
 Y aguinaldos coronadas,
 Del Bérico (11) á las orillas
 Más alegres que las Gracias
 Felicitaís á la Aurora
 Del Abril en las mañanas,
 Acojed este tributo
 Débil, que os brinda mi alma
 Porque sois merecedoras
 De más sublime alabanza.
 Más de un año há que no veo
 Por mi mal vuestras moradas,
 Y aún... suena en mi corazón
 El Eco de Villa-clara.

EL VEGUERO.

1.º

Oye mis cantos, esquiva
 Trigueña de Villa-Clara,
 La de la frente de oro,
 La de los lábios de grana.
 La del corazón de fuego,
 La de los dientes de nácar,
 La de los ojos de virgen
 La del aliento de ámbar.
 Tú eres fresca cual las flores,
 Esbelta como la palma,
 Cándida cual la paloma
 Y risueña como el Alba.
 Alegre como la Luna
 En serena madrugada,

Brillante como la Aurora
 Del Abril en las mañanas,
 Pura como los arroyos
 Que entran bullentes en Sagua,
 Bella como el colibrí,
 Ligera como la garza.
 Un solo defecto abrigas,
 Trigueña de Villa-Clara,
 Pór él te maldigo á veces
 Porque con ese me matas.
 Y á veces por él tambien
 Te entono mil alabanzas;
 Y es, el desden asesino
 Con que me partes el alma.

2.º

Deja ese desden, trigueña,
 Porque la experiencia enseña
 Que desdenar y querer
Es echar al fuego leña
Y sentarse á verlo arder

¿Porqué me vuelves la cara
 Cuando de hablarte concluyo,
 Si sabes por mágia rara
 Que mi corazón es tuyo,
 Trigueña de Villa-Clara?

No alcanzan mis proporciones
 darte ricos topacios,
 ni te ofreceré millones,
 ni magníficos palacios
 con dorados artesones;
 Pero si me quieres, yo
 te puedo un pecho brindar
 que jamás doblez usó,
 ni supo lo que era amar
 hasta que te conoció.

Si aceptas mi petición,
 plantaré cedros en Sagua,
 y haré para nuestra unión
 una más bella habitación
 que tenga Manicaragua.

Donde sus hojas despliega
 la planta, que hasta el confín
 del mundo preciosa llega:
 allí tengo yo una vega.

Entre la vega un jardín.

En él hay para tu sien
 jazmin, clavel, cambustela,
 y tiene calles también
 del malambo y la canela
 que nacen en Caibarien.

En dos arroyos que dan
 vueltas al monte sombrío,
 tus negros ojos verán
 las clavellinas del río
 y los lirios de San Juan.

Verás á la *vergonzosa*,
 que vibia por naturaleza,
 y la blanca extrana-rosa
 que no te excede en pureza.
 Ni se te iguala en lo hermoso.

Cuando te quieras bañar
 encontrarás una bella poza
 clara y limpia, donde al par
 sustenten su esencia la rosa
 el jazmin y el azahar.

Tengo en un lindo cantero
 que á tu nombre dediqué:
 Ruda, albahaca, romero,
 Varitas de San José
 Y espuelas de caballero.

Ambarinas hay nacientes,
 Amapolas ondeantes,
 Hay pensamientos rientes,
 Y hay azucenas brillantes
 Tan blancas como tus dientes.

Tú sola en Manicaragua
 Brillarás linda hechicera,
 Como del fecundo Sagua
 En la sonante ribera
 Brilla la flor de majagua.

No nací con heredad:
 Si admites esta pequeña
 Ofrenda de mi lealtad,
 Harás mi felicidad
 Y harás la tuya, trigueña.

Así *Mayo* repetía
 Sobre una peña en la altura
 De Cerro-Calvo, y gemía
 Mirando una fuente pura
 Que bajo sus piés corría.

En la verde orilla hojosa
 Advierte que alguien había,
 Pára su atención cuidosa,
 Y ve una jóven garbosa
 Que sus cantares oía.

Ya se esquivaba, ya presenta
 Sus formas de vez en cuando.
 Como el que ser visto intenta
 Y con cuidado aparenta
 No ver que lo están mirando.

El jóven amante, que
 Tan sólo en la que le inspira
 Piensa con ardiente fé,
 Y hasta en las flores que mira
 Le parece que la vé;

El *triple* deja en la peña,
 Baja con algun recelo,
 Escóndese en una breña
 Al márgen del arroyuelo,
 Y conoce á su trigueña.

Mas ella, que diligente
 A soslayo le observaba,
 Mostrábase indiferente,
 Fingiendo que se miraba
 En el cristal de la fuente.

Por gracia tan no esperada
 Gozoso al cielo bendice,
 Y acercándose á su amada,
 —«Salud, Celinda adorada,»
 Con dulce acento le dice.

«Deja, imán de mi pasión,
 Tu linda boca besar,
 Y te daré en galardón
 Ante Dios el corazón
 Y la mano en el altar.»—

Celinda, en quien parecía
 Ser el desden natural,
 Para ocultar su alegría
 Veló el rostro con el chal
 Y le dió lo que pedí a.

En sus brazos la estrechó
 Mayo, loco de contento;
 Ella también lo abrazó:
 Soltóse, y desapareció
 Más veloz que el pensamiento.

EGLOGA CUBANA.

PLACIDO—ELINO—POETA.

POETA.

Una noche de Abril, cuando la Luna
 Espléndida se alzaba en el oriente,
 Más clara y más hermosa que otra alguna,

Y las flores mecieran blandamente
 Sus pétalos de aromas perfumados,
 Y jugaban los cisnes en las fuentes;
 Dos vegueros de Cuba, enamorados,
 En prez cantaron de sus ninfas bellas
 Sobre la verde yerba recostados.

Al fluir de su númen las centellas,
 Que llegáran al cielo cristalino
 Y en su marcha pasaran las estrellas,
 Acordáronse Plácide y Elino,
 Y así, al aire lanzaron sus acentos,
 Acompañando el cántico divino
 Melodiosos y suaves instrumentos.

PLACIDO.

Los negros ojos de mi Fela linda
 Tal magia tienen si al mirar sourien,
 Que alma no habrá que en su furor no rinda
 Ni corazón glacial que no extravíen;
 Puros inciensos el amor les brinda
 Con tal que un rayo de su luz le envíen;
 Y les hacen las gracias régia salva
 Como las aves saludando al Alba.

ELINO.

La casta frente de mi amada Evena
 Es de jazmines cual naciente aurora
 Cuando en cuna de nacar y azucena
 La noche ahuyenta y el oriente dora:
 Su faz divina de inocencia llena
 La hace del mundo y de mi amor señora,
 Pudiendo dar con su color hermosa,
 Blancos al lirio, púrpura á la rosa.

PLACIDO.

Entre verdes naranjos, los *cabreros*
 Circuidos de blancos azahares,
 Trinaban dulces himnos hechiceros,
 Cuando Fela entonando sus cantares
 Hizo mover los altos cocoteros.
 Suspendió la corriente de Almendares,
 Y las aves dejaron las canciones
 Por tomar de su cántico lecciones.

ELINO.

Cuanta flor en boton el campo tiene
 Y áspera fruta verde y sin dulzura
 Y hoja seca en el árbol se sostiene,
 Se abre y revive y tórnase madura
 Si mi veguera con su tiple viene
 La voz alzando que le dió natura;
 La dulce voz, que dá con su armonía
 Alma á los prados y esplendor al día.

PLACIDO.

Quando Fela con ceño. mira airada
 Turbado bate el mar la arena muda,
 La pradera de flores salpicada
 El bravo cierzo con furor desnuda,
 Y el Sol tras nube densa y dilatada
 Su carro esconde y su camino duda;
 Pero si luego rie, en el momento
 Brilla el Sol, calma el mar, serena el viento.

ELINO.

¡Ves, Plácido, en mitad del arroyuelo
 La vespertina estrella retratada?
 En vano hallarla intentas en el cielo,
 Que aun no es su hora de salir llegada:
 Debes buscarla en el florido suelo,
 En mi adorada Evena, que sentada
 Está en las gramas de la opuesta orilla,
 Y entre las ondas como Vénus brilla.

PLACIDO.

¡Ves, Elino, la Luna cuán luciente
 Tras rojas nubes perfiladas de oro
 Llena de luz el aire transparente,
 Reina del cielo en estrellado coro?
 Topacio inmenso brilla en el oriente
 Regando al mundo fúlgido tesoro;
 Pues mústio y triste su esplendor quedara
 Al ver de Fela la divina cara.

ELINO.

Siendo cándida y fresca cual la rosa,
 Y suave y pura la pastora mía,
 Es lo menos que tiene, ser hermosa;
 La virtud santa sus acciones guía,
 Prenda tanto más alta y más preciosa
 Cuanto menos se encuentra en este día
 Natural en amor, franca en el trato;
 Adoro su candor y su recato.

PLACIDO.

Tanto me obliga tu amoroso acento
 Que segun vas, Elino, retratando
 A tu adorada, lloro de contento
 Y de Evena me voy enamorando.
 Al cielo mismo arrebatarme siento
 Y quisiera por ella estar cantando.
 Canta á mi Fela, si te place, ahora,
 Y déjame loar á tu pastora.

ELINO.

¿Yo cambiar á mi Evena? Ni por Diana.
 ¿Yo celebrar ni en chanza otra pastora?
 Plácido amigo, la propuesta es vana:
 Yo sé que Evena la verdad adora.
 No quieras dar lugar á que mañana
 Triste suspire la que nunca llora.
 ¡Plegue á Dios que jamás haya querella
 Entre tu amante y mi pastora bella!

PLACIDO.

Un abrazo, mi Elino, quiero darte
 En prueba de mi júbilo y terneza:
 De mañas me valí; perdona el arte:
 Quise ver lo que amabas tu belleza,
 Y en verdad, que esa ninfa en adorarte
 Solo cumple en pagar tanta fineza;
 Pues eres como yo tan fino amante,
 Y yo soy como tú tambien constante.

POETA.

Seguir quisieran su cantar festivo
 Al son del tiple acorde los pastores
 Hasta que el alba con destello vivo
 Perlas vertiera y despertara amores,
 Y al eco de sus voces melodiosas
 Contestáran arpados ruseñores;
 Mas de repente salen las hermosas
 Zagalas, que escuchaban escondidas,

Con sus guirnaldas de fragantes rosas
 Que el aire de la selva embalsamaron,
 Y de los dos amantes, candorosas,
 Las inspiradas frentes coronaron.

Vino despues el refulgente día,
 Y los pastores y sus ninfas bellas
 Nada dijeron que pasado había,
 Solos, de noche, amantes y cantores,
 Quien dijera verdad, si hablasen ellas,
 Fueran la Luna, el Alba, las estrellas,
 Y las aves, las plantas, y las flores.

A MI AMIGO J. DE LA C. C.

En la muerte de Fela.

Antes que el rojo Apolo
 En oriente sacuda
 Las hebras relucientes
 De su melena rubia;
 De mi adorada Fela
 Quiero sobre la tumba
 Plantar un árbol verde,
 Cuya sombra la cubra,
 No de los fuertes rayos
 Del Sol, ni de la pura
 Claridad que en la noche
 Dá la modesta Luna,
 Antes que del olvido
 La salve su verdura,
 Y no á la hoz del tiempo
 Debilmente sucumba.
 ¿Y cómo conseguirlo
 Pudiera en mi amargura
 Si tu númen esquiva
 La generosa ayuda?
 Ya Elino me ha ofrecido
 Con la fé que acostumbra
 De ciprés triste un ramo;
 Favio tambien sin duda
 Sentirá mis desgracias
 Como las propias suyas:
 Y tú, por la primera

Vez que mi voz te ocupa,
 ¡Querrás desentenderte
 De obligación tan justa?
 ¡Ay! Castro, no es mi llanto
 Fingido; la amargura
 Que siento acá en el alma
 No sin razón me turba.
 ¡Viste un naranjo bello
 Que de doradas frutas,
 Cargado está orgulloso
 Sobre la márgen turbia
 De un impetuoso río,
 Y tempestá iracunda
 Con horrisono estruendo
 De un golpe le desnuda,
 Llevando la corriente
 Lo que con pena suma
 Crió por tanto tiempo
 Sin que le quede alguna?
 Tal ha sido mi historia,
 Mira si es bien que sienta
 Mi suerte aciaga y cruda
 Hasta que el seco polvo
 Mi yerto cuerpo cubra,
 O tu amistad mitigue
 Mi llanto y mi amargura.

NOTAS DE LAS POESÍAS VARIAS

- (1) Publicamos con duda esta composición, que bajo el pseudónimo el *Jardí-nero*, encontramos en la *Aurora* de Matánzas, y se nos asegura que es de PLACIDO.
- (2) Hecha á petición de un amigo.
- (3) Esta composición aparece suscrita por *Un Trinitario* en un periódico de Trinidad, y se dice que la hizo PLACIDO á petición de un amigo.
- (4) Tragedia «Pelayo.»
- (5) Composición inédita dedicada al poeta cubano D. José María Heredia, con motivo de su llegada á esta ciudad de Matánzas. No aparecen más que estos fragmentos, que suponemos sea la introducción del canto.
- (6) Esta composición fué dedicada por el autor en nombre de Dorila de Almendar.
- (7) Monte enclavado al-O. de la bahía de Matánzas.
- (8) Heredia.
- (9) Damos paso á esta composición porque abunda en ideas avanzadas.
- (10) Escrita en la capilla la noche víspera de la ejecución.
- (11) «Bélico»—El arroyo que circunda esta villa que hoy puede llamarse almacén general del comercio terrestre; aún no tiene nombre, y me creo tan autorizado como otro cualquiera para darle éste, atendiendo á que su orilla es un mineral de imán, y en su márgen nacen laureles: símbolos, el primero de la guerra, y los segundos de la victoria.—Nota del autor.—

S. A. M.

QUINTA PARTE

FÁBULAS

EL PERRO.

Habiale dado á un perro
la manía extravagante
de probar que el ser valiente
lo heredaba por su sangre.

Cierta vez se hallaba en medio
de otros cachorros, muy grave,
relatando como suyas
lazañas que oyó á su padre.

—Yo no he menester carlanca,
Decía en tono arrogante)
para cuerpo á cuerpo, y solo,
rendir al lobo más grande.

Al jabalí que diviso
No haya miedo que se escape,

Y me holgara mucho el día
Que con un tigre me hallase.—

Un perro viejo que oculto
Escuchaba al zaragate,
Quiso con astuto ardid
Probar el valor del jaque:

Finjiendo un pánico miedo
Salió de los matorrales,

Y dijo:—«¡Un lobo me sigue!
¿No hay un jóven que me ampare...!»

—«¡Lobo...! (exclamó el valentón
A su abuela que lo aguarde.»—

Y desapareció más breve
Que el relámpago en el aire.

A cuántos he visto yo
De este perro semejantes,
Buenos y guapos, de boca,
De hechos, malos y cobardes.

LOS HOMBRES Y LAS AVES.

Huérfano desde el nido,
Sin plumas y en la infancia,
En pichoncillo tierno
Tristemente piaba.

Pajarracos distintos
Y animaluchos pasan,
Los unos por el tronco,
Los otros por las ramas.

Cada cual al oírle
Le insulta en su desgracia
Con aquel sobrenombre
Que á su entender degrada:

Mas cuando volar pudo,
Y vieron que era águila,
Entónces humillados
Todos le saludaban.

Las aves y los hombres
Tienen las propias mañas,
Desprecian á los débiles
Y á los fuertes halagan.

EL RUISEÑOR Y LA TÓRTOLA.

Sobre una palma florida,
Del Alba al primer fulgor,
Estos consejos de vida
Daba un dulce ruiseñor
A una tórtola afligida.

—«¿Dónde vas, inocente avecilla,
Lamentando tu amargo dolor?
Con arrullos presumes, sencilla,
Libertar de cadenas tu amor?

Torna, torna á la verde espesura,
Donde puedes sin miedo llorar,
Y abandona la alegre llanura
Do mil flores se ven descollar.

No te fies al ver quietud tanta;
Pues de oculto y sagáz cazador,
Una red te dará cada planta,

Y una bala quizá cada flor.»—

Dijo el ruiseñor, y apenas
La última nota cantó,
Cuando la escopeta suena,
Y tinto en sangre cayó
Agonizando en la arena:

Bien cual médico profundo,
Que de un dolor singular,
Se ve al sepulcro bajar
Primero que el moribundo
A quien presumió salvar.

O bien, semejante á aquel
Mortal, que con suaves modos
Dá con sus lábios de miel
Buenos consejos á todos
Sin saber tomarlos él.

LOS DOS GALLOS.

Brinca-cercas, un gallo valeroso
Vencedor de las riñas más tremendas,
Hallóse cierta vez con Trabucazo,
Que también *valenton* nombrado era.

A los primeros tiros cayó herido
Con una pata menos *Brinca-cercas*;
Mandólo el amo levantar al punto,
Y ganó Trabucazo la pelea.

Cantó con arrogancia, escarbó el suelo,
Haciendo del contrario larga befa.
Un mes tras otro fuéronse, hasta un año,
Volviéronse á encontrar por contingencia,

Y el primero le dijo—«Ola Trabuco,
Mira hoy donde guardas la cabeza,
Porque solo que tu amo te la quite,
La podrás libertar de mis espuelas.»—

—«Ménos palabras, contestó Trabuco,
Pues si vivo escapaste en la otra fiesta,
Como te pique firme por la barba,
No te daré lugar á brincar cercas.»—

Abozáronse al fin los dos contrarios,
Y Trabuco empezó con tal braveza,
Que ya contó cumplir con su palabra
Y dijo para sí, «la cosa es hecha.»

El bravo *Brinca-cercas* le seguía
Como el que está velando á quien lo vela,
Y cuando menos lo esperó Trabuco
Cayó de un tiro desnucado en tierra.

Entónces en silencio se quedaron
Los que aplaudieron su primer pelea,
Y los que le llamaron invencible,
Hoy con placer al vencedor celebran.

¡Así pasan las cosas de este mundo!
Pendientes todas de fortuna ciega,
Al que hoy es victorioso y aplaudido,
Si es vencido mañana, lo desprecian.

EL GALLO LETRADO.

Sentado á la sombra
De un copado ateje,
En suelo mullido
Por la grama verde,
Estaba á la Aurora
Cierto petimetre,
Que gozar gustaba
Las dichas campestres:

Ve que un gallo á un pollo
Soberbio arremete,
Y con sus batidas
Le causa la muerte.

—«¡Porqué, infame, dijo,
Si vergüenza tienes,
De sus pocos años
No te compadeces...?»

¡Y habrá moralistas
Osados, que nieguen
Que los animales
No saben las leyes?

¿Qué leyes te amparan
Para daño hacerle,
Y acabar su vida
Sin que él te ofendiese?»

—«Hombre, exclamó el gallo,
Escucha y detente.
La ley que me ampara
Para matar ese,

Es la que tu usas
Con los otros séres
Cuando se te antoja;
Es la del más fuerte.»—

—«¡Bravo! (gritó el hombre
Dándose en la frente)
Por lo sentencioso
La vida me debes.»—

QUID PRO QUO.

Juntáronse varias bestias
En sociedad (no es muy nuevo)
Entre una abrigada gruta
Para pasar el Invierno.

La zorra como ingeniosa,
Los resultados previendo
De la ociosidad, propuso
Distraerse con un juego:

Puso á cada cual un nombre
A su natural opuesto;
Así, que el leon reía
Llamando bravo al cordero;

Este también se burlaba,
Humano al tigre diciendo,
Y á su vez se daban zumbas,
Cambiados dictados viendo.

No es muy raro que los brutos
Desconozcan tales yerros,
Cuando los hombres que privan
De advertidos y discretos,

Se burlan si á otros encomian
De prendas que carecieron,
Y se envanecen, si alguno
Hace lo mismo que ellos.

No calculando que son
Falacias de palaciegos,
Que antes deshonran que ensalzar
Con su pestífero incienso;

O bien sarcasmos picantes
Conque los critica el genio,
Suponiéndoles por mofa
Virtudes que nunca hubieron.

EL RUISEÑOR Y EL CERDO.

Un ruin cerdo que yacía
En el chiquero encerrado,
Oyó al ruiseñor un día,
Y se imaginó dotado
De la misma melodía.

El arrastrado animal
Al escuchar los acentos
De aquel pico sin igual,
Le importuna por momentos
Con su música infernal.

Aunque aquel le hubiese oído,
Ser contra si no comprende,
Y trina alegre en su nido,
Porque quien á nadie ofende
No teme ser ofendido.

¡Oyes, dijo el colibri,
Cual gruñe esa bestia fea
No muy distante de aquí?
Pues tan solo es con la idea
De darte pesar á tí.»

—«¡Olá! exclama el ruiseñor,
¡Con que el inmundo cochino
Es mi oculto detractor
Porque no plugo al destino
Hacerle nacer cantor...?»

Pues para que su insolencia
Pague, cerrando el hocico,
Quiero en una competencia
Probarle la diferencia
Que hay de su trompa á mi pico.»

—«No, dijo el zunzun, reposa:
¡Cuando de dudas te saco
Por afeción amistosa,
Harás la bajeza odiosa
De alternar con un berraco?»

El Señor de los Señores
A él le crió para el cieno,
Y á tí para que las flores
Libes del pensil ameno,
Y discantes los amores.»

—«Dices bien, contestó fiel
El ruiseñor, pensé mal,
Desprecio su acción cruel;
Vaya y busque otro animal
Que pueda igualarse á él.—

Volando de flor en flor
Fuese el consejero cuerdo,
Tras él marchóse el cantor
Sin curarse más del cerdo.
—Hizo bien el ruiseñor.

EL LORO MAESTRO.

Desde su jaula de alambres
En que le tuviera el dueño,
Un práctico loro daba
Lecciones á otro pequeño.

Era gusto el escucharle
Burlando á los pasajeros,
Decir chistes, dar la pata
Y hacer varios embelecos.
Un curioso, cierto día
Despues de mirarle atento,
Y oirle cantar con gracia
La Salve y el Padre nuestro;

Le dijo:—«¿Dime, lorito,
Tienes tú conocimiento

De las cosas que relatas,
Y para enseñar te han puesto?»—

Como si Dios le inspirase
Respondió el loro muy serio:
—«Extraño que tal pregunta
A un pobre loro hayas hecho.

¿Con que eres hombre, y no sabes
Que infinidad de maestros
Quieren enseñar á otros
Lo que no comprenden ellos?»—

Convencido el preguntón
Siguió camino diciendo
—«¡Diantre, qué verdad tan cruda
Me ha dicho el animalejo!»

Cuántos sin razon loados |
Por su instrucción y talento,
Que enseñan lo que no saben,
Pueden aplicarse el cuento.

LA POMA-ROSA Y EL CANISTEL.

Un canistel que extendía
Sus ramas en la espesura
De una verde selva umbría;
Como Narciso, vivía
Prendado de su hermosura.

Una «poma-rosa,» al lado
Tranquila y en paz creciera,
Y el tonto que se creyera
De más belleza dotado,
Le hablaba de esta manera:

—«Quien te puso *poma-rosa*
Era mal conocedor,
Pues bautizó cualquier cosa
Con el nombre de la flor
Mas elegante y hermosa.

Y á mí, que soy del vergel
Dorada poma brillante,
Me destinó el hado cruel
El nombre insignificante
Y extraño de *canistel.*»

Mas todo aquel que pasea
El bosque, la vista ansioso
En los dos fija y emplea,
En mí por que soy hermoso.
Y en tí por informe y fea.»—

La *poma-rosa*, cansada
De escuchar al *canistel*,
Arremetió, en vez de espada,
Lengua en ristre, sobre él,
Como mujer agraviada.

—«Te expresas harto atrevido,
(Contestóle aquella al pronto,
Y aunque es axioma sabido
Que todo hablar es perdido
Para convencer á un tonto,

Sin embargo, en mi opinión
Tambien es cierta verdad,
Que el que tiene ilustración
Humilla su vanidad
Diciéndoles lo que son).

De cuanto te has alabado
No haces en nada patente
Que eres por útil buscado,
Lo que prueba solamente
Que sirves para mirado.

Quizá un poeta sería
El que admirador infieres,
Y en su mente revolvió,
Que por lo engañoso eres
Un símil de hipocresía.

Y aunque con injurias graves
Quieras causarme disgusto,
Sabrás, porque no te alabes,
Que yo tengo olor y gusto,
Y tú ni hueles ni sabes.

Propias de los hombres son
Tus voces; pues en la oscura
Noche de su presunción,
Ven del rostro la hermosura
Y no la del corazón.

La naranja es más buscada,
Más útil que tú, más crece,
Su corteza es más dorada,
Y no se alaba de nada
Ni de nada se envanece.

Quien por sí su elogio lleva,
Y á cada instante, importuno
Su mérito al cielo eleva,
Dá la más segura prueba
De que no tiene ninguno.

De agradar es infructuosa
Tu loca solicitud,
Si eres fruta fastidiosa
Como una mujer hermosa
Sin talento y sin virtud.

Eres sólo en realidad
Retrato de hombres sin cuento,
Que henchidos de vanidad
Brillan en la sociedad
Sin virtud y sin talento.»—

Calló el canistel: ¿qué había,
Sin razón, de responder?
Mas era tonto, y reía
Como algunos al leer
Esta fabulita mía.

LA FORTUNA DEL MALO ES ILUSORIA.

Es verdad tan palpable como triste
Que la ambición y el crimen se acoderan
Para gozarse ufanos en las ruinas
De la santa virtud y la inocencia.

Empero está probado, que no siempre
La vil perversidad triunfa en la tierra.
(En algun pronto y ejemplar castigo
Suele Dios revelar su omnipotencia.)

A un simple *aguacerito*, que habitaba
En el hueco podrido de una Seiba
Para salir á pasear de noche
Su fosfórica luz por la arboleda,

Atisbaba un largarto cuando el Alba
Rociaba el caliz de las flores bellas;
Encogido, las patas escondía
Bajo su verde piel con manchas negras.

Un pollo que le vido en tal postura,
Encubriendo sus plumas con las yerbas,
Vino en pos del lagarto paso á paso,
Diciendo para sí: «*No escapas de ésta.*»

No muy lejos de allí, desde una palma
Un voráz gavián al pollo acecha,

Esperando el instante favorable
Para alcanzar de un golpe doble presa.

Pero bien como juez que prevenido
De una conspiración el punto cerca
Do se suelen juntar los conjurados,
Y sagáz *infraganti* los apresa,

Tal escondido un cazador astuto
Entre bejucos de aguinaldo y yedra
Que descendiendo de florida *aroma*
Formaban verde bóveda risueña,

Terciado el cuerpo en cómoda postura,
É inclinado el cañon de la escopeta,
Con el perro á los piés, y el dedo *al gato*,
Serenó y firme la ocasion espera.

Al saltar el lagarto asióle el pollo,
Lanzóse el gavilán como centella
Sobre los dos al par: retumba un tiro,
Y su sangre los tres sin vida mezclan.

El diminuto insecto quedó ileso
Ignorando el peligro que corriera,
Como aquel que no teme ser dañado
Descansando tranquilo en su pobreza.

Hipócritas perversos, hombres viles
Que os levantais con la desdicha ajena,
Ya que vuestras conciencias no os acusan
Porque teneis el corazón de piedra,

Reflexionad al menos, que invisible
Hay una mano que castiga y premia,
Y que infinitas veces se ejecuta,
Primero que el delito, la sentencia.

EL LEON Y EL CORDERO.

Un corderillo engañado
Ansioso de hacer fortuna,
Para agradar al leon
Buscóse de mil astucias.

Como la ocasión es cosa
Que la encuentra quien la busca,
Consiguió caer en gracia
Al Señor de la espesura.

Miraba con menosprecio
A los de la estirpe suya,
Porque al lado del leon
Se contaba de otra alcurnia.

Llegaron á tal confianza,
Que con esperanzas mútuas
En la cueva y en el bosque
Se daban siempre de burlas.

Mil veces el leon había
En chanzas dichole injurias,
Hasta que el simple cordero
Se atrevió á decirle una.

Airado el rey de las fieras
La garra extiende con furia,
Y por el lomo enterróle
Hasta el costillar las uñas.

Volvióse herido y lloroso
De los corderos en busca,
Quienes, dolidos de él,
Le perdonan y le curan.

Esta advertencia conviene
A los fátuos sin ventura,
Que á sus iguales desprecian
Y con los grandes se juntan.

LA MALVA Y LA PALMA.

Una malva rastrera que medraba
 En la cumbre de un monte gigantesco,
 Despreciando á una palma que en el llano
 Leda ostentaba sus racimos bellos,
 De este modo decía—«¿Qué te sirve
 Ser gala de los campos y ornamento,
 Que sean tus ramos de esmeralda plumas
 Y arrebatarse con majestuoso aspecto?
 ¿Dónde que sirve que al verte retratada
 En el limpio cristal de un arroyuelo,
 Parezca que una estrella te decora
 Y que sacuda tu corona el viento,
 Cuando yo, de quien nadie mención hace,
 Bajo mis plantas tu cabeza tengo...?»—
 La palma entonces remeció sus hojas,
 Como aquel que contesta sonriendo,
 Y la dijo—«Que un rayo me aniquile
 Si no es ya que de tí lástima siento.
 ¿Te tienes por más grande, miserable,
 Sólo porque has nacido en alto puesto?
 El lugar donde te hallas colocada
 Es el grande, tú no; desde el soberbio
 Monte do estás, no midas hasta el soto,
 Mira lo que hay de tu cabeza al suelo:
 Aunque ese monte crezca hasta el Olimpo,
 Serás malva, y no más, con todo eso.
 Desengáñate, chica, no seas loca,
 Jamás es grande el que nació rastrero,
 Y el que alimenta un corazón mezquino,
 Es siempre bajo, aunque remonte el vuelo.»—
 A tan fuerte sermón la pobre malva
 Que no esperaba tal razonamiento,
 Calló corrida, entre bejucos varios
 Sus desmayadas hojas escondiendo.
 A la vez asomaba el Sol radiante,
 Decorando de grana el ancho cielo;
 Y el arroyo, las flores, y las aves,
 Cantaron de la palma el vencimiento.

EL JUEZ ADVERTIDO.

Yendo un alcalde á prender
 Cierta vez á un malhechor,
 Los varones más valientes
 Del pueblo solicitó:

Entre los varios electos
 Hallábase un valentón,
 Con más heridas, que dan
 Granos por medio de arroz.

Miró el Juez á su Bernardo
 Con minuciosa atención,
 Y oyóle contar la lid
 En que por muerto quedó.
 Despues aparte llamando
 Al que se presentó,
 —«Amigo, ese hombre es muy bravo»
 Le dijo en tono burlon;

Mas quiero que usted me haga
 En este instante un favor,
 Y es que se lleve á ese guapo
 Y me traiga al que le dió.» —
 No desfiendo si el alcalde
 Llevaba razón ó no;
 Mas cuanto á su parecer
 Soy de la misma opinión;

Porque para tales casos
 Es treinta veces mejor
 El que da y guarda el pellejo
 Que un sufrido valentón.

EL CONDE Y SU ARRIERO.

Tenía un Conde un ingenio,
 Y era de aquellos señores,
 Que, aunque por desgracia nuestra,
 Se hallan raras ocasiones;
 Cifraba su vanidad,
 No en los títulos y honores,
 Sino en no deber á nadie
 Y hacer limosna á los pobres.
 Que era su carácter dulce
 Y amable, ya se supone;
 Pues no puede la soberbia
 Unirse á tales acciones.
 Gustaba mucho de chanzas,
 Y cierta vez ofrecióse
 Que á dos leguas de la finca
 Dentro de un pantano enorme
 Quedó atascada en el cieno
 Una gran paila de bronce;
 Como de cruzar faltasen
 Otros pasos aun peores,
 Trata de buscar un medio
 Que las distancias acorte:
 A sus empleados llama,
 Y sobre ello consultóles.
 Despues que todos hablaron,
 Sin que hubiese dos conformes,
 Dijo el arriero—«Señor,
 Yo tengo un plan, de mil flores.»—
 —«Pues habla»—repuso el amo;
 Todo el congreso sentóse,
 Y él en mitad de la sala
 Parado dijo —«Señores,

Lo más acertado es
 Que un «lobo» grande se compre,
 Que lo «*rejinchén*» de «*gras*,»
 Le amarren la paila, y doce
 Negros, con sogas lo halen,
 Como empinar *papalote*:
 ¡He dicho bien?...— Y muy bien;
 Dijo el amo: ¡que me ahorquen!
 Si alcanza mi capital
 Para hacer lo que propones,
 ¡Qué buen consejero fueras
 Si hubieses nacido noble!—
 Rióse el Señor, y tal broma
 Armaron los consultores,
 Que cual perro con vejiga
 Me hicieron salir al pobre.
 Dirán varios: «Ya se vé,
 Nada es que tales razones
 Las vierta un rústico arriero,
 Que vive y muere en los montes.
 Alto ahí, señores míos,
 Yo he visto grandes cuestiones
 Para mejorar la suerte
 Adversa de las naciones,
 Celebradas por los pueblos,
 Y escritas por grandes hombres,
 Con mil históricas citas.
 Y muy limadas razones;
 Mas á pesar del prestigio,
 Fueron y son sus autores
 Tan necios para el efecto
 Como el arriero del Conde.—

LA MUJER Y LA MAR.

Sentada una dama hermosa
 En las orillas del mar
 Quedó como quien descubre
 Alguna triste verdad.
 Después que algunos momentos
 Hubo de reflexionar
 Exclamó—«No hay en el mundo
 Elemento más fatal:
 ¡Oh mar! y cuántos tesoros
 En tu seno inmenso están.
 No hay en el hombre poder
 Contra tu furia infernal:
 Siempre estás, mar, absorbiendo,
 Y siempre anhelando más.»—

Siete olas mansas entonces
 Sobre la arena á compás
 Dobló el mar, dando los tonos
 De la escala musical.
 Y en ellos sonando aquel
 Antiguo adagio vulgar
 Dió á la hermosa esta respuesta:
 ¡Es... en... vi... dia ó ca... ri... dad

—
 ¡A cuántos, que cargos hacen,
 Se les puede contestar
 La misma interrogación
 Que á la mujer hizo el mar!

EL PASTOR Y EL MICO.

Sentado sobre un árbol
 Estaba un pastorcillo,
 Mirando á un mico jóven
 Loar á un cocodrilo.
 Pasó luego un Leopardo;
 Le hizo el mono un cumplido,
 Al Elefante, al Tigre,
 Y al Jabalí lo mismo.

No contempló al jumentó
 De sus elogios digno,
 Y el zagal malicioso
 —«¡Olá mono!, le dijo.
 ¿Conque elogias los grandes
 Y olvidas á los chicos:
 A los que temes, solo
 Te humillas prostituido?»

—«Que yo haga tal te asombra;
 (Contestó el docto Mico)
 ¡Pues acaso los hombres
 No acostumbrais lo mismo?»

EL ZORRO ORADOR.

Siempre los zorros han sido
 Los doctores de las bestias,
 Aunque se ignora si tienen
 Universidades ellas.

Pues, Señor: un viejo zorro,
 Animal de alta influencia,
 Que entre los otros salvajes
 El más respetable era;

En las bodas del leon,
 Como hubiese reales fiestas,
 Para que hiciese un discurso
 Fué llamado por su alteza.

Entre otras cosas, bien dignas
 De citarse por lindezas,
 Dijo—«Aquí teneis un padre»—
 Volviéndose á las ovejas.

Miráronse unas á otras
 Las infelices, suspensas;
 Mas callaron (¿qué recurso?)
 Y bajaron las cabezas.

Al acabarse el festin,
 Libres ya, dijeron ellas:
 —«No es mal padre el que nos brin
 ¡Un leon! estamos frescas! [da

Tómelo el falso orador
 Por abuelo ó lo que quiera,
 Que nosotras ni por chanza
 Entramos más en la cueva. »—

¡Cuántos hay que el mundo aplau-
 Por su saber y elocuencia, [de
 Y dicen cada mentira
 Más grande que su cabeza!

LA ESTATUA DE PIEDRA.

En cierto pueblo había
 Una estatua perfecta
 Que semejaba á un hombre
 Con su espada en la diestra.

Túvola cierto tonto
 Por cosa verdadera,
 De los que por su alma
 Calculan las ajenas.

Con tres ó cuatro, el tonto
 Formó una gran reyerta,
 Seguro y confiado
 De hallar allí defensa.

Huyó, pues, perseguido,
 Y guarecióse en ella;
 Donde le hicieron trizas
 Sin que auxilio tuviera.

Este símil es propio
 Para algunos poetas
 Que protección confían
 Hallar en sus Mecenás;

Y despues que les cantan
 Les adoran é inciensan,
 Cuando en sus aflicciones
 Imploran su clemencia,

Ellos á sus demandas
 Y á su dolor se muestran
 Tan sordos é insensibles
 Cual la estatua ee piedra.

EL CORDERO DE FILIS.

Tenía un cordero Filis,
 Y se recreaba en él:
 Peinábalo cada día
 Por lo menos una vez.

Era el animal un dije
 De la cabeza á los piés;
 Siempre al cuello le colgaba
 Campanilla ó cascabel:

En fuente de porcelana
 Le daba el agua á beber,
 Y en cojines de damasco
 Panètelas á comer;

Mas aparecióse abril,
 Y á la mitad de este mes
 Cuando el cordero saltaba
 Complacido en el verjel,

Vió Filis que el santo era
 De su cara prima Inés,
 Degollólo, asólo al horno,
 Y mandóselo. ¡Muy bien!

¡Cuántos imitan á Filis
 En su injusto proceder,
 Que adulan, cuidan y halagan,
 Para asesinar despues!

EL CERNICALO Y LA ABEJA.

Persiguiendo á una simple mariposa
 Un cernicalo rápido volaba,
 Y aquella, temerosa
 De la enemiga suerte
 Que el rapante en sus garras la aprestaba,

Evitando su fin, hízose fuerte
 De una antigua colmena en el recinto:
 (Porque todo viviente, por instinto,
 Huye de la opresión y de la muerte.)
 Creyóse allí segura
 Del raptor inhumano.
 ¡Cándida mariposa sin ventura!
 ¿Qué lugar hay seguro de un tirano?)
 Allí entró su contrario,
 Y sin más miramientos ni atenciones
 Que usa el fuerte en aquellas ocasiones
 Que su aterrado y débil adversario
 De otros débiles míseros se ampara;
 Tal procedió el cernícalo en efecto,
 É hizo pasto sabroso del insecto.
 Tuvo la abeja la firmeza rara
 De reprender la falta cometida;
 Mas también quedó herida;
 Así, que su virtud le costó cara,
 (Porque siempre es costoso
 Echar su falta en cara á un poderoso.)
 Con razón enojada, al punto piensa
 Ante el Juez competente
 Pedir satisfacción de tanta ofensa.
 Como reinantes águilas no había
 Que en aquel bosque hicieran de monarca,
 Cualesquier gavilán que aparecía
 Érase un sem-dios de la comarca:
 Dirigióse al primero
 Que halló en las ramas de un *mamey* copado,
 Despues de haber robado
 Un grueso pollo del vecino estero:
 Contóle lo pasado,
 Y el Juez le preguntó:—¿Tienes testigos?—
 —Sí, Señor: un *lagarto* y una *rana*
 Y una *calmuda iguana*.
 —Pues yo reparto premios y castigos:
 Declaren esas gentes,
 Que si verdad me dices, yo te juro
 Poner al malhechor en trance duro;
 Mas ¡ay de tí! si mientes.—
 Fuese á buscar la abeja á los nombrados,
 Y despues de dejarlos acordados
 Fuesen puntuales al siguiente día
 Donde el hambriento gavilán vivía;
 Volvióse al colmenar con gozo intenso;
 Pero ellos que á su vez reflexionaron,
 Para entre sí dijeron—«¡Ni por pienso!
 ¡Ir donde el gavilán por la mañana?
 Infelice de mí! clamó la *rana*:

El lagarto gritó ¡pobre lagarto!
 Y lo mismo, tal vez diría la iguana.
 Vamos al caso, que pasó la hora
 Y nadie pareció. Fueron citadas
 Aún, por otro cernícalo, los dichos.
 (Para inferir los fines esto basta,
 Por ser claro que esbirros y perversos
 Son oriundos de una propia casta.)
 El lagarto entre espinas escondido,
 En el cieno la rana agazapada,
 Y la iguana en lo hondo de su nido,
 Todos decían—«Yo no he visto nada!»—
 Por impostora allí quedó la abeja:
 Y comprender se deja
 Que al pago de las costas sentenciada
 Duró el pleito seis meses. Cuando el vuelo
 Alzó para volver de pesar llena
 A su albergue querido,
 Solo halló sombra de lo que había sido:
 Los panales regados por el suelo,
 La miel seca en la arena
 Y plagada de avispas su colmena.
 Corriendo el tiempo, el *gavilan* acaso
 Del *cernícalo* anduvo en compañía.
 Como ya no tenía,
 Contó en confianza la verdad del paso,
 Y de la abeja, vió por consecuencia
 La verdad, la justicia y la inocencia.
 ¿Y porqué fué la abeja desgraciada?
 Porque era ante los otros un pigmeo,
 Y por que el Juez y el reo
 Eran lobos, en fin, de una camada.

Si ves que á un pobre come tú maltrata,
 Aunque sin razón, el rico; deja,
 Deja que lo maltrate, calla el pico;
 Y si piensas librarlo contra el rico,
 Aplícate el ejemplo de la abeja.

EL INTERÉS, LA VERDAD Y LA JUSTICIA.

La Justicia, la Verdad
 Y el Interés, según cuentan,
 Una vez salieron juntos
 A viajar, no es rara idea;
 Puesto que, aunque inseparables
 Son siempre las dos primeras,
 El tercero es una sombra
 Que las sigue donde quiera.

Cada cual iba marcando
 Los que hallaba de su secta:
 La Verdad no vió una boca
 Que suya llamase entera.
 Notó también la Justicia
 Poquísimas almas rectas;
 Aunque todos á una voz
 Blasonaban de tenerlas.

El Interés encontraba
Millares de su ralea;
Pero con distintos nombres
Y bajo formas diversas.

Uos llamábanle amor;
Otros lealtad, obediencia,
Patriotismo, devoción,
Y amistad por excelencia.

Como las dos reformar
Ciertos usos consiguieran,
Y el Interés conoció
Que iba perdiendo influencia,

Dijo—«Mala va la danza»—
Aguardó que se durmieran,
Lanzó la Verdad á un pozo
Que después cegó con tierra:

Mas el Interés con oro
Le ha tapado las orejas;
Llama gente, paga plata
Y á la Verdad le echan tierra.

La Justicia busca en vano
Su espada, cuando despierta;
Pues, con ella misma armado,
La deja el maldito, ciega.

Por eso aunque el *fiel* requiere
Cuando las razones pesa,
Del lado de la impostura
El vil interés se cuelga.

Y como siente y no vé,
Dá la palma al que más pesa,
Consiguiendo así la infamia
Atropellar la inocencia.

Tal vez la Verdad, del pozo
Suele sacar la cabeza,
Y dice á su amiga—«Advierte
Que te engañan, compañera.»

EL LOCO ENFERMO.

Cierta vez enfermó un loco,
Y un matasanos de aquellos
Que han jurado convertir
El mundo en un cementerio,
Llegó armado de cuchillas,
De brebajes y de unguentos,
Y llamó al flebotomiano
Antes de ver al enfermo.

La primer salutación
Fué, decirle en tono recio:
—«Póngale usted al paciente
Dos ventosas al cerebro:

En el bajo vientre, cuatro,
Un vejigatorio al pecho,
Sanguijuelas á las sienes,
Y baños de piés, hirviendo.»

El loco, que oculto estaba
El plan de batalla oyendo,
Adoptó también su plan
De defensa, y dijo:—«Quieto:

El primer bribon que ponga
Un pié de la parte adentro,
Juro á Dios que de un trancazo
Le echaré fuera los sesos.»

—«Déjese usted curar, hombre.»
Exclamó el anti-galeno.

—«No señor»—repuso el loco.

—«Y por qué?»—«Porque no quiero»

Porque si escapo del mal
Vendré á morir del remedio.»
¡Cuánto es verdad que los locos
Tienen sentencias de cuerdos!

EL GATO BRAVO.

De broma estoy, muchachos,
Oídme un cuentecillo:
El que habla paga prenda,
¡hi vá, silencio, chicos.

Érase un gr ato bravo
De tamaños colmillos,
Con las uñas más largas
Que orejas de borrico.

Este tal, en el barrio
 egó á hacerse temido,
 que érase de aquellos
 : «hágase, yo lo digo.»
 Hasta los más valientes,
 espues que los hocicos
 caron arañados,
 hicieron sus amigos.
 Por tejados y patios
 adaban en corrillos
 untando las proezas
 e su nuevo caudillo.
 Dedicáronle odas
 amándole divino
 aunque por él veían
 morir de hambre á sus hijos),

Y si mirais el mundo
 Con ojos reflexivos,
 Vereis que hombres y gatos
 Vienen á ser lo mismo.

Dábanle serenatas
 Por verle complacido,
 Y en fin, lo que era odio
 Mostraban ser cariño.
 De suerte, que á creerlos
 Por su exterior festivo,
 Aquel gato era el héroe
 Más grande que ha nacido.
 Pero allá, bajo... bajo...
 Se hablaban escondidos,
 Y murmuraban, todos
 Sus fieros latrocinios...
 ¿Cuándo os reis, muchachos?
 ¿No os gusta el cuentecillo?
 Pues bien, cuando seais hombres
 No me echeis en olvido:

EL AGUILA Y LOS PALOMOS.

Dos palomos cuyos nidos
 estaban bien poco trecho,
 rabaron grande disputa
 consecuencia de celos.
 Como todas las mañanas
 volasen á un prado ameno
 comer ciertas semillas
 al vigiladas del dueño,
 Un día le dijo el uno
 al otro—«Ya te lo advierto;
 Cuidado con molestarme,
 pobre miserable, hambriento:
 Tú eres de un triste criado,
 Y yo soy de un caballero.»—
 Y aleteando furioso,
 Picábale al decir esto.
 Un Aguila, que posada
 Entre las ramas de un cedro
 Estábalos observando,
 Dijo lanzándose en medio:
 —«¿Taimado, por qué razón
 Alas y pico teniendo
 Sufres que así te maltraten
 Sin defenderte á su tiempo?»

—«Reina excelsa de las aves
 (Contestó el pobre gimien lo)
 Ya le hiciera yo pagar
 Su insolente atrevimiento;
 Mas como él es de un Señor,
 Y yo de un mísero siervo,
 Sé que me aguarda la olla
 Si á lastimarle me atrevo.»

Mirando el Aguila al otro
 —«¡Ola! dijo, ¿es justo eso?
 ¿En la impunidad descansas
 Para maltratar sin riesgo?»

Pues atended lo que os digo:
 Vais á lidiar cuerpo á cuerpo.
 A tí, palomo del grande,
 Antes de todo te ofrezco,

Que si al amo te quejares
 Por lo que te haga el del siervo
 Tengo un esbirro milano
 Nacido para su empleo,

Voráz cual jugador pobre,
 Que á tí, á tu amada é hijuelos,
 Sabrá arrebatár del nido
 Con sus garras de usurero.

A ese mandaré te traiga
A mi presencia con ellos,
Si á éste maltratan por tí,
Para devoraros luego.

Conque á lidiar, y no hay más
Prestigio aquí que el denuedo;
Haga cada cual por sí,
Y el que salga mal, silencio.»

No bien la reina acabó
Su justo razonamiento,
Cuando el humilde injuriado
Embistió al otro, diciendo:

Si un grande está contra tí
Tu adversario sosteniendo,
Opónle otro grande á él,
Y está el partido parejo.

—«Aquí me pagarás todas
Las injurias que me has hecho.»

Tanto, que el Aguila tuvo,
Por caridad del soberbio,

Que separar el combate
Colocando un ala en medio,
Y así el vano pudo apenas
Escapar con el pellejo.

Los que al infeliz ultrajan,
De su influjo satisfechos,
Tomen lección infalible
En semejantes ejemplos.

EL MONO, EL ZORRO Y EL TIGRE.

Cierta ocasión un tigre
Quiso prender á un mono,
Y no siéndole dado
Alcanzarlo á trepar, hablóle á un zorro.

Este una red inventa,
Dispuesta de tal modo,
Que el que en ella tocase
Quedara atado y firme como un tronco.

Llegando cerca y quedo,
Examinóla el joco
Y vió que era posible
Con una estratajema hacerlo todo.

Buscó un leon y un galgo,
Y con lenguaje docto
Contóles lo pasado,
Y quedaron de acuerdo en el negocio.

Al convenido tiempo
Cayó en la red el mono,
Y el buen zorro y el tigre
Aparecieron llenos de alborozo.

Ya á devorar corrían
La víctima á su antojo,
Cuando cual rayo y flecha
Fuese al tigre el leon, y el galgo al zorro

Defenderse quisieron;
Pero sirvióles poco,
Porque se hallaba en manos
Cada cual de un rival más poderoso.

Fueron al fin vencidos,
 Y al espirar rabiosos,
 Con irónico acento
 Y falsa risa les gritaba el mono:
 —«Ven á cebarte, tigre:
 Inventa trampas, bobo
 Zorrito, que te tienes
 Por sabio solo, á los demás por tontos.»

¡Cuántos medran lo mismo,
 Y al proclamar gozosos
 Seguro el triunfo, caen
 En las redes que tienden para otros!

LA HOJA DEL "PURIO" Y LA VERDOLAGA.

La más luciente hoja
 Que lozana y festiva
 De un elevado purio
 Brillaba en la alta cima,
 Dijo á una Verdolaga
 Que rastrera crecía:
 —«¿Qué te sirven tus flores
 Con su color pajizo,
 Si eres mísera sierva,
 Que para alfombra mía
 La gran Naturalaleza
 Al nacer te destina?»

El Aquilón entonces
 Sopló con furia impía,
 Y arrebatóla ráudo
 De su eminencia altiva.
 Cayó por su desgracia
 Bajo las hojas mismas
 De la inocente yerba
 Que despreciado había.
 La Verdolaga leda
 La dijo—«¿Ves, amiga,
 Como tarde ó temprano
 Cada qual se desquita?»

Ese sencillo ejemplo,
 Al poderoso sirva
 Para que desde el trono
 No insulte á la desdicha.

LOS DOS ZAPATOS.

Ciertos zapatos que usaba
 Un gran Señor, cuando nuevos...
 (No presumais que aquí hablo
 De los de baqueta ó cuero,
 Ni de los de pacotilla
 Que usa la gente del pueblo
 Eran de aquellos que valen
 Cuatro durísimos pesos;
 Cuyas hebillas de oro
 Con diamantes sobrepuestos,
 Quitaban la vista en plazas,

Bailes, tertulias y templos).
 Pues señor: tales zapatos
 (Tornando á seguir el cuento)
 Hallábanse en un rincón
 Entre cáscaras y estiércol,
 Echábanles la basura
 Y el agua inmunda, los siervos;
 Les hollaban los borricos,
 Les roían los insectos.
 Una ocasion, el más roto
 Le dijo á su compañero:

—«¡Ay, amigo, qué desgracia;
 Quién nos lo dijera un tiempo,
 Cuando los labios de algunos
 Que hoy nos miran con desprecio.
 Gozábanse en elogiarnos
 Ponderándonos de bellos...!
 —«Calla, simple, (dijo el otro)
 Todo acaba, no hay remedio:

¡Extrañas tú que los hombres
 Boten los zapatos viejos,
 Cuando ellos unos con otros
 Practican los mismos hechos?
 Mientras uno sirve de algo,
 Lo muelen á cumplimientos;
 Mas cuando pierde el prestigio,
Requiescat in pace: es muerto.»

Los tuestos de una alcarraza
 Le hicieron guardar silencio:
 Y á fé que el mismo Solón
 No hubiera hablado más cuerdo

EL DIABLITO.

Érase una claraboya
 Donde estaban embutidos
 Con primoroso cuidado
 Varios transparentes vidrios,
 Simétricamente puestos,
 Y de colores distintos:
 Verdes, rojos, negros, blancos,
 Cenicientos y amarillos.

Desde allí varios curiosos,
 Cada cual por su cuadrillo,
 Miraba los transeuntes
 Que asomaban al camino;

Pero como cada uno
 Tuviese los ojos fijos,
 Y por prismas diferentes
 Eran los objetos vistos;

Ninguno, por todos era
 Mirado en igual sentido,
 Y así, la desigualdad
 Era el verdadero tipo.

Burlábanse á la vez todos
 Del caminante sencillo;
 (Porque entre muchos es fácil
 Burlar á un solo individuo),
 Mas como hay en todas cosas
 Accidentes imprevistos,
 Sucedió ser aquel día
El seis de Enero, (está dicho).

Y un inesperado objeto,
 A ponerles la ley vino:
 Era un *diablito* bailando
 Al frente de su cabildo.

Como á la vez cien colores
 Brillaban en su vestido,
 Mirado en todos los cuadros
 Era el personaje mismo.

Uno de los observantes
 Más que todos reflexivo:
 —«¡Ved ahí lo que es el mundo!..
 (A sus compañeros dijo).

Siempre es el mismo sujeto
 El que hace á todos partidos;
 Él baila todos los años
 Y es siempre el mismo *diablito*.

NUEVA GENERACION.

Hizo testamento un rico,
 Mandólo al punto cerrar;
 Abriéronlo al fenecer,
 Y poco ménos ó más

Decía: « Mis bienes dejo,
 Por mi última voluntad,
 Con tal que á ninguno pagu
 A Don Fulano de Tal.»

El heredero al oírlo
 ró el mandato guardar,
 no saldará una cuenta
 aquí, ni en la eternidad.

Ciertamente el testador,
 Cuando no fuese el Adán,
 Era al menos el Noé
 De esta venturosa edad;

Pues que los hijos de Eva
 Están de tal temple ya,
 Que han jurado por sus vidas
 Antes morir que pagar.

LA ESCUELA DEL DIABLO.

Desde que prendió en el mundo
 malhadado deseo
 parecer todos sabios
 dar dictámenes nuevos;
 Vió el Diablo que ya los hombres
 usurpaban sus derechos,
 convocó de un ahullido
 todos sus subalternos.
 Dejó al bravo Radamanto
 cargado del infierno,
 examinando la tierra
 anduvo, por largo tiempo.

Pensando de qué diablura
 Pondría cátedra ó colegio,
 Ocurrióle una, que le hizo
 Dar un brinco de contento.

Puso una escuela primaria,
 É hicieron tales progresos
 Los niños, que fué tenido
 Por el rey de los maestros.

Fingió morir, lo enterraron,
 Y sus discípulos, luego
 ¿Presumireis que en las artes
 U oficios sobresalieron?

¿Creereis que se consagraran
 A escritores ó guerreros?
 No señor, se dedicaron
 A esbirros y picapleitos.

EL CÁNTARO DE JUANA.

Tantas veces le prestó
 Juana el cántaro á Vicente,
 él tantas veces sacó
 agua con él de la fuente,
 hasta que se lo quebró.

Non pudiendo otro traer,
 quedó Vicente confuso,
 Juana, astuta mujer,
 hizo cola y lo compuso
 como Dios le dió á entender:

Luego prestóselo á Huberto,
 El cual se lo trajo roto
 (Por donde ya estaba abierto)
 Y Juana armó un alboroto
 Como si la hubiesen muerto.

El simple Huberto creyo
 Ser suya á fé la avería;
 Por lo que palabra dió
 De abonarlo al otro día,
 Y exactamente cumplió.

En cántaros y en amores
 No se gana para sustos,
 Pues como dicen autores:
 «Acontece que los justos
 Pagan por los pecadores.»

LOS BOBOS.

Tenía un sitiero un perro
A quien el *Bobo* llamaba,
Sin embargo que era vivo
Y de una famosa casta.

Los otros del propio dueño
Parecían unas arpas,
Y él estaba siempre gordo,
Y alegre como unas páscuas,
A pesar que de comida
Igual ración les llevaban,
De suerte que era un prodigio
Sin poder saber la causa.

Cierta ocasión, un curioso
Fué de visita á la casa,
Y como hasta las calderas,
(Segun dice Esopo) hablan,

Díjole:—«Dime tú, Bobo,
¿Porqué tan grueso te hallas,
Y los demás en los huesos,
Si el mismo alimento os mandan?»

Alzó la cabeza el *Bobo*,
Y le dijo:—«Mira, anda
Y pregúntale á los hombres
Que iguales salarios ganan:

A uno ni para el sosten
De su vida les alcanza,
Y otros visten, enamoran,
Comen y juegan y bailan:
Y cuando sepas cuál es
De estos extremos la causa,
Verás que como yo son
Un sin fin que *Bobos* llaman.»

—«Verdad es, (dijo el curioso,
Volviendo al perro la espalda)
Que hay muchos cual tú en el mundo,
Bobos por antonomasia.»

CADA UNO ARRIMA LA BRASA....

«¿A que no me aciertas, chica,
(Dijo Belisa á Carlota)
Porqué de las maravillas
Que raras cuenta la historia,

Fué la primera en caer
El gran Coloso de Rodas?»
—«Porque estaba sobre el mar»
Contestó presto la otra.

—«La erraste, añadió Belisa,
Porque ningun hombre, tonta,
Puede ser firme, aunque tenga
Fijos los piés en dos rocas.»

Inarco las escuchaba,
Y exclamó—«Callad, cotorras,
Antes cayó destruída
La torre de Babilonia,

Y aquella mujer salada
Que volvió el rostro á Sodoma.»
*Cada cual la brasa arrima
Para su sardina, y sopla.*

CONTRA TRISTEZA ABUNDANCIA.

Llegóse á un médico un hombre
Diciendo:—«Señor ¿qué haría
Para que de la tristeza
Sacase cierta familia

Que vive junto á mi casa,
Y siempre se ve afligida,
Sin más variedad en ella
Que reñir tal ó cual día?

—«Amigo, contestó aquel,
 ré con usted, y vista,
 Tal vez le dé la receta
 Con que sanarla podría.»
 Fuéronse juntos; y habiendo
 Examinado sus cuitas
 Y conociendo el Doctor
 El mal de que adolecían;
 Pidió por favor le hiciesen
 Una regular comida;

Mandó buscar buenos vinos
 Y mil frutas exquisitas;
 Convidólos á la mesa,
 Lo que hicieron con gran prisa,
 Y segun iban tragando
 Se holgaban y se reían.
 En fin, los negros pesares
 Disipó grata alegría;
 Como la niebla, del Sol
 A los rayos se disipa.

La causa de muchos males
 Es la pobreza maldita;
 Dadle tajadas y tragos
 Y vereis cómo se quitan.

EL CHIVO HÉROE.

Cansado de andar vagando
 Un chivo (ustedes perdonen)
 Y sufrir á campo abierto
 Las más crudas estaciones;
 Ocurriósele la idea
 De fabricar en el bosque:
 Escogió cómodo sitio,
 Escarbó un hoyo, y marchóse.
 Volviendo al siguiente día
 Para ir abriendo en su órden
 Los tres más que le restaban
 Donde poner cuatro horcones,
 Halló segundo hoyo hecho;
 Quedó al contemplarlo, inmoble;
 Pero decidido al fin,
 Hizo el tercero, y marchóse.
 Al tornar, vió el cuarto listo,
 Trajo su horcon y plantóle.
 Por último, sin saber
 Quien le ayudaba, ó por donde,
 Siguió la casa (sin verse
 Nunca los fabricantes)
 Haciéndose á toda prisa.
 Recapacitando en sí,
 Dijo varias ocasiones
 El Chivo:—«¿Será un cordero
 Mi cólega...? Estoy conforme.»
 Un día de tempestad,
 Descendió el Chivo del monte,
 Y, no sin algun recelo,
 En la habitación entróse.

Pasó la tarde esperando
 Su misterioso consorte,
 Hasta que al fin pareció
 Y allí fueron los dolores.
 Por la brecha que hacia puerta
 Metió su cabeza enorme
 Un fiero leon, diciendo:
 —«Compañero, buenas noches.»
 Quisiera no haber nacido
 El menguado Chivo entonces,
 Y le temblaban los miembros
 Como si fuese de azogue.
 —«Téngalas usted felices.»
 Contestó en débiles voces,
 Y el bravo rey de las fieras
 Que percibió sus temblores,
 Prosiguió:—«Somos amigos,
 No tema usted y repose.
 De mañana en adelante
 Cada vez que el Cielo dore
 El Sol, saldrá cada uno
 Cuando su turno le toque,
 A buscar para los dos
 Las precisas provisiones.»
 —«Así será» dijo el Chivo,
 Y allá para su capote
 Añadía:—«Sí, en saliendo
 Ya veremos quien me coje.»
 Amaneció, y el leon dijo:
 —«A buscar víveres vóime.»
 Ya estaba pronto el cabrón

Para emprender largo trote,
 Cuando cata que aquel vuelve
 Trayendo un chivo: soltóle
 Y le dijo:—«Buen amigo,
 No hay caso, ó mueres ó comes.»
 El trance era duro; pero
 A tan atentas razones
 ¿Qué recurso le quedaba
 Sino comer chivo al pobre?
 Tocóle al siguiente día,
 Tomó tempranito el tole
 Diciendo:—«Ni én sombra vuelvo
 Por estos alrededores.»
 A poco de haber corrido
 Oyó tiros en el monte,
 Y á más andar, vió un leoncejo
 Muerto por los cazadores.
 Aquí tuvo el Chivo una
 De aquellas inspiraciones,
 Que ensalzan por atrevidos
 Al que en práctica los pone.
 Metió en la herida los tarros,
 Y arrastrándole llevóle

A la casa donde estaba
 Tranquilo el animal noble.
 —«Compañero Leon, (gritó
 Alzando la frente entonces
 Y apuntándole los cuernos)
 No hay caso, ó mueres ó comes.
 Sobrecojida la fiera
 Acató la dura órden.
 Comió, pues, á su pesar;
 Y cuando pudo escapóse
 Diciendo:—«No quede duda;
 La protección de los dioses
 Debe por fuerza gozar
 Este barbón de los bosques.»
 Ninguna fiera después
 Pisaba los alrededores
 De la casa, respetando
 Chivo que mata leones.

¡Oh! ¡cuántos en casos tales
 Que le vendrán muy de molde
 Como al Chivo, hay en el mundo
 Tenidos por grandes hombres!

EL LEON PROFETA.

Voy á contar un suceso
 Que fué en los tiempos de antaño
 Cuando el idioma las bestias
 Hablaban de los humanos.

Pues señor: érase un rey
 De aquellos monarcas raros,
 Que quieren sus puebls ver
 Justamente gobernados.

Viajaba incógnito el mundo
 Y cierta vez en un campo
 Hallóse con un leon,
 De aquesta manera hablando.

—«¿Porqué (el príncipe le dijo)
 De las fieras soberano,
 Permites que sean crueles
 Algunos de tus vasallos?

El lobo, el tigre y el oso,
 Y otros fuertes brutos varios,
 En vez de sus grandes fuerzas
 Así su valor probando,

Solo devoran á aquellos
 Débiles y sin amparo:

Corderos, liebres, ovejas,
 Son sus víctimas y past.

Por tanto, noble leon,
 Tú, como rey justo y sabio,
 Debes cortar los abusos,
 Pues hacerlo está en tu mano.»

Alzó la diestra el leon,
 Y sobre sus hombros dando
 Dos ó tres suaves palmadas,
 Contestó:—«Bravo!... Muy bravo

Si tú fueses un rey justo,
 Y viajases disfrazado
 Sin darte á reconocer,
 Siquiera dos ó tres años,

Cuando por aquí volviesses,
 Me contestáras, hermano,
 De buena fé, si me has hecho
 Con razón aquestos cargos.»

Siguió su camino el rey;
 Vióse sir causa ultrajado
 Por magnates que la fama
 Ensalzaba hasta los astros.

Al fin, tornóse á su córte,
El corazón traspasado
De ver que el mundo no era
Como suena en los palacios.

Y deshaciendo el camino
Del leon por los estados;
Dióle esta triste contesta:
—«*Tuviste razón, hermano.*»

EL PENSAMIENTO DE INÉS.

Inés dos veces ó tres,
Ha fijado mi atención,
Porque maliciosa es,
De fina penetración,
Como lo sabrás despues.

Casó Inés con un doctor
Vano, tonto, presumido,
Y sempiterno hablador,
Más bien por tener marido,
Que porque le hubiese amor.

Fuese el esposo á viajar,
Segun se dice, á la *Meca*,
Y la mujer singular
Quiso hacerle retratar
En su misma biblioteca.

El pintor fué tan cumplido
En cuanto á su facultad,
Que ella al verle concluido,
Le dió doble cantidad
De la que le había ofrecido.

¡Cuántas que casadas ven
Con sabiazos engreidos,
Antes de pasar un mes
Pensarán de sus maridos
Del propio modo que Inés!

EL EGOISTA.

Contemplando un poderoso
Las fosas de un cementerio,
Vió una moneda mohosa
Y levantóla del suelo.

—«Ven á mi bolsillo, dijo.
Dichosa mitad de medio,
Que con cadena y corona
Serás hija de mi nieto.»

—«Señor, no pises ahí
(Exclamó el sepulturero)
Mira que abajo reposan
Las cenizas de tu abuelo.»

Un borrico entre enramadas
Con las orejas paradas
Era el cuadro, y su aderezo
Dos grandes borlas doradas
Pendientes de su pescuezo.

Por no dar yerro casual,
Puso: «Di cuando me vieres.
¡Dios te guarde, doctor tal!»
Con góticos caracteres
Debajo del animal.

—«¿De dónde sacaste y cuándo
Este pensamiento?» Luisa
Estaba á Inés preguntando,
Y entonces ella mirando
Con maliciosa sonrisa,

Dijo:—«Me ocurrió esta i...
Para que mi esposo vea
Lo que fué desde el nacer,
Y lo que tiene de ser
Por más autores que lea.

Mas él sin cuidar de nada,
Prosiguió sobre el terreno
Por ver si hallaba cuartillas
Para adornar á sus nietos.

Nada hay para el egoista
Sagrado en el universo;
En los templos donde á Dios
Quema el sacerdote incienso,

En los lugares que inspiran
Un santo recojimiento,
Cuando la peste y el hambre
Diezman y aterran al pueblo,

Él imita exteriormente
Los religiosos acentos,
Finje un alma compasiva,
A los dolores ajenos.

Y en su cerebro insensato
Solo cabe un pensamiento:
Tal pensamiento es su Dios,
Y su Dios es el *dinero*.

Hipócrita miserable,
Vive en un continuo asedio:
Ayuna, vigila y guarda
Para que gocen sus deudos;

EL AMOR CARNERO.

El rapaz aventurero,
(No sé en qué tiempo y lugar)
Apareció caballero,
Gritando:—«¡Novios, mirar!»
Sobre un rollizo carnero.

Era el animal vellososo
De sí mismo tan pagado,
Que de aquel tiempo dichoso.
A todo tonto orgulloso
Se le dice «encarnerado.»

El pobre embestir quería
Cuando solteros hallaba;
Pero Amor lo contenía;
Y así mientras batallaba,
Ni cejaba ni embestía.

Que suele uno, al presentir
Lo que no puede aclarar,
A tal estado venir,
Que no le es dado cejar
Ni le es posible embestir.

Viólo de paso un casado,
Y dijo—«¡Hay locura tal?
Niño, ¿estás arrebatado?
¿No encontraste otro animal,
Amor, donde haber montado?»

Esto escuchaba un soltero,
Y exclamó:—«Me has libertado,
Amor, y jurarte quiero
Que seré tu apasionado;
Pero jamás tu carnero.»

—«Lo hiciera en tí camarada,
(Dijo Amor) que á pelo vienes,
Y eres de aquesta manada;
Pero duro el lomo tienes
Y el asta más revirada.

A éste, yo, porque no huya,
Sujeto como á los potros
Hasta que alguno concluya
De hacer con la mitad suya
Lo que él hizo á las de otros.

Si quisiste ser marido
Mira tu figura clara,
Por ser adagio sabido,
*Que cada cual con la vara
Que mide, será medido.*

Maridos, dejad querellas,
Y si sabeis lo que valgo,
En vano lanzais centellas;
Pues yo en vosotros cabalgo,
Mientras otros son con ellas.

Y es bien que sufra estas pen
En premio á su necedad,
Y lleve astas y melenas
Quien deja la libertad
Por vivir entre cadenas.»

EL BURRO MUSICO.

En las bodas de un Señor
Juntáronse amigos varios,
Y lleváronle una orquesta
De artistas acreditados,

Estáticos de contento
Los concurrentes quedaron,
Y los bravos, y los vivos,
Atronaban el palacio.

Un orgulloso pollino
 Que oyera desde el establo,
 Dijo:—«¿Porqué los violines
 Estarán tan destemplados...?
 ¿Pues no son mucho mejores
 Trompas, clarines y bajos...?
 ¿Dónde fueron á buscar
 Esos músicos tan malos?»
 —«Oiga usted, señor borrico,
 Contestó un noble caballo,
 Reserve su parecer
 Para la maloja y grano;
 Y ya que le suenan mal
 Esos tonos soberanos,

En prueba de lo que entiende,
 ¿Pudiera cantarnos algo...?»
 Como es propio de los tontos
 Echarla siempre de sabios,
 Dió á rebuznar el borrico,
 Y armó un estruendo del diablo.
 Ya esperaba él á su vez
 Los víctores, y los bravos,
 Cuando el caballero
 Provisto de un grueso palo
 Le saludó las costillas
 Con tan fuertes garrotazos,
 Que el crítico filarmónico
 Hubo de quedar callado.

No esperen salir mejor
 Los míseros criticastros,
 Que, sin estudiar, censuran
 Escritos contemporáneos.

EL ÚLTIMO MONO SIEMPRE SE AHOGA.

Sin duda la más cercana
 Especie al hombre es la Mona,
 De quien cuentan los viajeros
 Mil anécdotas curiosas.
 Entre ellas he visto una
 Que por venir bien ahora,
 No está demás referirla
 Segun la dice la historia.
 El caso es que el «hombre mono»
 No es de raza nadadora
 Y para pasar un río
 Se asen todos por las colas:
 Los dos que á las puntas quedan,
 Con su lijereza propia

Sube cada cual á un árbol
 De los que la orilla adornan.
 A manera de una hamaca,
 Los otros del centro forman,
 Y colúmpianse hasta tanto
 Que súbito impulso cobran.
 Entónces sueltan del medio
 Y la opuesta orilla toman;
 Pero el último que queda
 De cada banda, se ahoga.
 Se entiende que las resultas
 Los jubilados no ignoran,
 Y siempre los más menguados
 Son las víctimas que inmolan.

Pobres, dejad á los ricos
 En sus litis y sus bromas,
 No tomeis parte en sus riñas
 Ni sostengais sus maromas.
 Mirad que la más cercana
 Especie al hombre es la Mona,
 Y el mono más infeliz
 Es el que siempre se ahoga.

LA COTORRA Y EL BUEY.

Estaba una cotorra
En su jaula de alambre
Diciendo á un Buey:—«Amigo,
Es preciso que tú ares;

Porque de lo contrario
Despues que te maltraten
Irás al matadero
Y *requiescat in pace*.

Compadezco á fé mía
Tu suerte miserable,
Y envidia acaso tienes
De mi dicha constante.

Al ver que la mi dueña
Me brinda á cada instante,
Y aun me dá de su boca
Los más gratos manjares.

Si Dios te hubiera dado
Mis dotes envidiables,
Como yo te instruyeran;
Pero eres un salvaje.»

—«Quien se alaba á sí mismo,
(Contestó el Buey muy grave)
Dá indicios infalibles
De ser un ignorante.

Por muy docta te tienes,
¡Y cómo es que no sabes
Quebrantar esos hierros
Dó aprisionada yaces?

En el mundo no vive
Mejor el que bien hace,
Sino al que más adula
Le dan honras más grandes.»

Mirad que sentencilla
Dió el Buey, tan aplicable
A ociosos criticones,
A necios charlatanes.

LAS HORMIGAS NOMBRANDO REY.

Despues que valerosas las hormigas
A las moscas en cruda lid vencieron,
Cada cual sus proezas alegando,
(Porque el Rey falleció sin herederos)
Intentaba ceñirse la corona.

Partidos levantáronse sangrientos:
Segun las apariencias, pronto iba
La infanda guerra á comenzar de nuevo.
Un hormigón á quien amaban todos,
Porque en las lides ostentó desnudo,
Y en la paz era docto, (con la gracia,
Que jamás quiso distinción ni empleo),
Dióse tal arte, que logró en un campo
Todos los bandos reunir opuestos.

Subióse en una piedra, y así dijo
Despues que afable les pidió silencio:
—«¿Porqué vais á sumir vuestras familias
En nuevas cuitas y en horrores nuevos...?
Si os matais la mitad, al que nombráreis
Esos vasallos hallará de menos.

Ellos son los que el título ambicionan;
 Pues dadles armas, y que lidien ellos.
 El que los venza á todos, ó el que viva,
 Quédese con el mundo, santo y bueno;
 Pero matarse porque medren otros,
 No haré yo tal, por vida de mi abuelo.
 Si agora os degollais padres é hijos,
 Cuando torne la patria á verse en riesgo
 ¿Quién la libertará de extraño yugo?
 Las mujeres, los niños y los viejos
 No la habrán de salvar. ¿Será preciso
 Sacar á combatir los esqueletos...?
 Que cada pretendiente elija un arma,
 Y si quieren, batallen cuerpo á cuerpo.»
 Como hay pocos valientes ambiciosos,
 La mayor parte abandonó el proyecto,
 Y los pocos restantes eran tigres
 Que al punto sin piedad se destruyeron.
 El último quedó tan mal traído
 Que su triunfo gozó pocos momentos.
 Nueve veces después gritó un heraldo,
 —«¿Quién quiere gobernar...? y ni un acento
 Dijo «yo» en la asamblea... Ya lo había
 Acertado el astuto consejero.
 Al fin todos en paz, ya era preciso
 Rogar á alguno que quisiera serlo:
 Fué nombrado el que menos lo anhelaba,
 Y al sapiente orador mil gracias dieron.

Luego dirán los hombres, que no saben
 De política un punto los insectos;
 Pues á fé, que bien pueden las hormigas
 Dar prácticas lecciones á los pueblos.

EL REGALO DE UN CELOSO.

Dejanira, si creemos
 En la griega historia antigua,
 Fué con vehemencia adorada
 Del vencedor de la Hidra.

Este semi-dios ó héroe,
 Segun la Mitología,
 Era un compendio glorioso
 De aventuras inauditas.

Como celosa estuviere,
 Cosa en quien ama precisa,
 Buscóse un remedio, (entónces,
 Que hoy llamamos *brujería*).

Para que Hércules su esposo
 Tornase á su compañía,
 Y olvidase los amores
 De aquella rival temida.

Tanto batalló, que á costa
 De súplicas y fatigas
 Hubo de cierto centauro
 Una túnica ó camisa;

Con la cual, segun él dijo,
 Su otro amor olvidaría.
 (Que empíricos hubo entonces
 Lo mismo que en nuestros días).

Vamos que tomó el remedio
Tan de veras la tal ninfa,
Que no bien llegó su amado
Cuando ¡zas! se la encapilla.

Pero estaba envenenada
Con depravada malicia;
Así, que perdió su amor
Quitando al héroe la vida.

Líbrenos Dios de regalos
De una mujer ofendida,
Si producen el efecto
Que tuvo el de Dejanira.

LOS DOS PERROS.

Un perrillo criado en la abundancia
Harto mimado de un benigno dueño,
Amistad estrechísima contrajo
Con otro vagabundo pordiosero.

Este probó, (segun comun estilo)
Ser pariente inmediato del gozquesno
(¡Del que tiene que dar, por fuerza, todos
Parientes quieren ser; hasta los perros...!

El incauto, á su cólega guardaba
Del pollo y pavo los jugosos huesos,
Y apartaba tambien con gusto sumo
La mejor rebanada de carnero;

Mas como en esta vida todo acaba,
(Menos los males, porque son eternos)
Murió el único amo del perrillo,
Y allí empezó de padecer el tiempo.

El desdichado andaba día y noche
Por conseguir el mísero alimento:
Buscaba su pariente ¡Dios lo libre!
¿Quién tiene con los pobres parentesco?

Una noche encontrólo por acaso,
¡Y en qué buena ocasión! salía el podenco
De un rastro, sustentando en el hocico
Media cabeza de un rollizo cerdo.

—«¡Caro amigo... pariente... Dios te guardel!»
Dijo de gozo inexplicable lleno;
Y engrifándose aquel contesta:—«Aparta,
Si alguna vez te he visto, no me acuerdo:

No te conozco, yo no tengo amigos,
Ni parientes tampoco de tu pelo;
Toda mi parentela es de alta alcunia
(Porque hay tambien aristocracia en ellos.)

Conque, pasa adelante y no me enfades.»
Dijo, y su marcha continuó gruñendo.
El otro que oyó tal, quedó pasmado,
Sin poder contestar, de sentimiento.

Si los perros aprenden de los hombres
Y en pérfido egoismo son expertos
No pasando de simples aprendices:
¡Qué se debe esperar de sus maestros?

MORALIDAD.

Dice Ariaza, que de Apeles
Un zapato censuró.
Cierta cosedor de pieles,
Y el artista lo enmendó
Con sus divinos pinceles.

Mas que luego el menteca to
Quiso escarnecer prolijo
Lo más bello del retrato,
Y aquel con desdén le dijo:
—«*Zapatero á tu zapato.*»

Los que sin conocimiento,
Ansiando que los alaben
Por hombres de entendimiento,
Critican lo que no saben;
Pueden aplicarse el cuento.

SIEMPRE HAY ALGO QUE APRENDER.

Tan expuesto en ciertos tiempos
El ser consejero es,
Que hasta del mar en el fondo
Chascos suelen suceder.

Y si incrédulos algunos
Dudan de mi buena fé,
Como escuchen con paciencia,
Les tengo un cuento de hacer.

«Pues, señores; un pez viejo
Que nietos tuviera cien,
Consejos les daba á todos
De una verde roca al pié.

Cuando viéreis, les decía,
En la punta de un cordel
Puesto exquisito bocado,
No lo llegéis á comer.

Dadle con la cola antes,
Y si lo zafais, despues
Que lo separeis gran trecho,
Podeis embestir con él.

Cuando viéreis muchas manos
Una gran manta tender,
Meteos en vuestras cuevas
Porque aquello es una red.

Si veis de juncos formado
Una especie de tonel,
No entreis, porque es una nasa
Donde vais á perecer.»

Absortos estaban todos
Oyendo con ciega fé,
Cuando ¡zas...! cae una fisga
Y me ensarta al viejo pez.

Mientras el mísero en vano
Se quiso en salvo poner,
Asustados los chiquillos
Escaparon en tropel.

Y alcazando sus guaridas
Como Dios les dió á entender,
Le gritaban:—«Abuelito,
Eso lo ignoraba usted.»

Piensan algunos, que todo
Se sabe por la vejez,
Sin advertir que en la vida
Siempre hay algo que aprender.

UN SÍMIL.

Sobre la verde yerba
De una feráz campiña,
Sentado estaba un jóven
A tiempo que en ocaso el Sol se hundía.

Cerca de él un anciano
De frente noble, altiva,
Con dulce voz le daba
De sublime moral lecciones divas.

No de los dos muy lejos,
Un mortal se divisa,
Tomando gruesos riscos
Que en un ancho costal introducía.

Siempre que el peso enorme
Levantar imagina,
Sus fuerzas le abandonan,
Y en vano brega, pugna y se fatiga.

Cada vez que de núevo
A suspenderlo aspira,
En vez de aligerarlo
Otro peñasco en el costal ponía.

—«¡Temerario imprudente!

(Al verlo el jóven grita)
¡No ves que de ese modo
Cada vez más el logro imposibilitas?»

—«Calla, dijo el anciano,
¡Que es demencia imaginas,
Una añeja costumbre
Que en el mundo se ve todos los días?

El hombre que el sendero
De la maldad camina,
Con el primer delito
Apenas puede, tiembla y se intimida.

Para acallar las voces
De su conciencia esquiva,
Muy propio le parece
Echarse á cuestras otra acción impía.

Así va recargando
De crímenes su vida,
Y arrastra una existencia
De paz y gloria y de virtud extinta.

Hasta que llega el colmo,
Y la Eterna Justicia,
Le hace caer rendido
Al peso atroz de sus maldades mismas.»

Besó el jóven la mano
De su mentor benigno,
Y á la tierra, humilde
Baja pensando la modesta vista.

¡Oprimid la inocencia,
Almas bajas é inícuas,
Llenad vuestros costales,
Hartaos de estragos, fariseos y escribas!
Que el día irremisible
De la eternal justicia
Vendrá, y ¡ay de vosotros!
Cuando amanezca aquel tremendo día!

LA JUSTICIA.

Entre un bosque impenetrable
Cuyas hojas son espinas,
Hay un espacio pequeño
De figura semicircular.

Varias fantásticas sombras
En torno de un genio giran,
Son la maldad, la impostura,
El engaño, la mentira,

Y toda la turba horrible
De aquellas razas malditas,
Que ocupan en el Averno
Las más altas gerarquías.

Tiene una espada en su diestra
La que está en el centro fija,
De plomo sus plantas son,
Y una balanza torcida.

No lejos de allí, llorosa
Se queja una tierna niña;
Vuelve la deidad el rostro,
Le tiende su mano amiga;

Pero entónces el concurso
Canta, y cúbrele la vista
Las nieblas de la calumnia
Y el velo de la malicia.

Confúndense los lamentos
En la horrenda algarabía,
Y siempre que á clamar torna.
Repiten la escena misma.

Es la niña la Inocencia,
Y en tanto que el mundo exist.
Estará con las maldades
En esta lucha continua.

Ahora direis:—«Esa diosa
Que está en el centro tranquila,
Sorda á los agudos ayes
De la inocencia oprimida;

Es sin duda la indolencia,
La crueldad, ó la avaricia
Que es la mayor de las furias.»
—No señor, es la *Justicia*.

EL GALLO SABIO.

A un famoso gallo viejo
Preguntaba un pollo jóven,
Cómo había conseguido
Salir vivo en tantos choques.
El viejo, que era un marrajo
Con más trastienda que acciones,
Contestó:—«Si de invencible
Quieres alcanzar renombre,

Ten presente las astucias
De que me he valido. Oye:
Cual suele decirse, á mano
Un caballero crióme;
Siempre hablaba de florete,
Espada, tajos, mandobles;
Pero jamás hubo riña
A no ser con acreedores,

Y eso tampoco de armas
Sino de malas razones.
Con todo, como era nieto
De marqueses y de condes,
Tenía una ejecutoria
Tamaña, llena de honores.
Yo que tales cosas ví,
Dije para mi capote:
«¡A tantas estamos...? ¡bravo!
Sírrame aquesto de norte.»
Probé que mi padre era
El gallo pinto más noble
Que han visto salir del huevo
Las carboneras de Lóndres.
Echaba á mi dueño el ala
Haciendo mil contorsiones,
Cantaba como un clarín,
Y era invencible en los topes.
La única vez que lidié
Fingí de tijera un golpe:
Como andaba por el suelo
Mi contrario, descuidóse
Donde menos lo esperaba,
Piquélo por el cogote,
Y le introduje en el buche
Sin piedad los espolones.
¡Dios eterno...! Qué algazara
Armaron los jugadores...
«¡Ese es bueno, ese merece

Jugarse con mil doblones...!»
«¡Este ha nacido en mi casa!»
Exclamaba el amo á voces,
Como si la cuna diera
Grandeza á los corazones.
Cubierto con su pañuelo
Torné á mi casilla, en donde
Me dieron yemas cocidas
En comederos de aloé.
Despues siempre estuve malo
Cuando de reñir tratóse,
Como un Sultán. Desde entonces
Si he de dar crédito al amo,
He menester más de doce,
Y estoy cierto que al morir
Me hará una efigie de bronce.
Todos me llaman el gallo
Más bravo que se conoce,
Y me atribuyen hazañas,
Que asustan al que las oye;
Mientras otros de mi tiempo
Que en la lid fueron leones
Se han puesto viejos peleando
Y han muerto de luchadores.
Busca el modo de caer
En gracia de tus señores;
Adquiere fama y descansa,
Que lo mismo son los hombres.»

A NADIE LE FALTA DIOS.

La lámpara y la redoma
Formaron cruda cuestión
Por averiguar cuál era
La más útil de las dos.

—«Sin mí, la primera dijo,
Yacieras en un rincón,
Porque ¿de qué diablos sirves
No estando en tu centro yo?»

—«Nada fueras tú sin mí,
(La segunda contestó)

Pues cualquier sople ligero
Apagara tu fulgor.»

En fin, se dijeron tanto,
Que la cosa terminó
Por separar compañía
Y andar del berrro á la flor.

La lámpara á poco tiempo
Otra redoma encontró,
Y la redoma otra luz
Que le pareció mejor.

Quando dos se han menester,
El separarse es error;
Y más error, pensar uno
Que el otro sin él murió.

Es preciso dar lo menos
Por gozar el bien mayor,
Y además; estar seguro
Que á nadie le falta Dios.

EL PERRO DE AMARILIS.

La encantadora Amarilis
Tiene un perrillo faldero,
Que segun cuenta ella misma
Le regaló un palaciego.

Y á fé que no era preciso
Para confirmar el hecho.
Al notar sus propiedades,
La anticipación del cuento.

Si llega á la puerta un pobre,
Se lanza sobre él soberbio,
Le acomete, ladra, y gruñe
Hasta que abandone el puesto;

Mas cuando se acerca alguno
De ricas galas cubierto,
Le hace fiestas, le acaricia
Y enloquece de contento.

Si advierte que sus bolsillos
Están de monedas llenos,
Le acompaña hasta su casa,
Y no torna en mucho tiempo.

Amarilis rie mucho,
Y suele exclamar riendo:
—«¡Se conoce que entre hombres
Está educado mi perro!»

LA VERDAD.

En una casa arruinada
Guarecióse un gato hambriento:
(Habría allí madriguera
De ratones, por supuesto).

Hizo tal carnicería
De aquellos más inespertos,
Que no hubo quien asomara
La cabeza al poco tiempo.

La hambre carece de ley;
Este es sólido argumento,
Y antes que morir así
Hubo ratonil consejo.

Nombraron á un jóven vivo
Para buscar bastimentos,
(Y en verdad que esta ocasión
No anduvo errado el congreso).

Mil expediciones hizo
Todas con feliz efecto,
Hasta que en una encontró
Con su antagonista fiero.

Allí fueron los recursos,
Allí los ardidés fueron,
Porque si era fuerte el gato
Era el raton sabio y diestro.

Despues de mil falsos brincos
Y mil ficticios rodeos,
En el corral inmediato
Oyó que ladraba un perr
La cerca rápido gana
Por un invisible hueco,
Sin reflexion, por encima
Salta ráudo el gato hambriento.

Entre las piernas del can
Desparece el ratonzuelo:
Su contrario le persigue;
Mas le apresá el can, y... es muerto.

Vuelve á su cueva el raton
Por ignorados senderos,
Cuenta su triunfo, y absorto
Le aplaude el ratonil pueblo.

No hay caso, si un poderoso
Me ataca contra derecho,
Me amparó de su enemigo
Más potente, y gano el pleito.

LA PROTECCIÓN.

Érase un hombre tranquilo
De estos locos encubiertos
Que con todo el mundo tratan
Y parece que están cuerdos.
Habíala tomado el tal
Por ser humano en extremo,
Hasta el punto, que encontrando
Un alacrán en su lecho
Atóle del rabo un hilo,
Domesticarlo creyendo,
Y por no verle morir
Andaba á caza de insectos.
Una oruga, que según
Sus razones vereis luego,
Parece que era doctora
Entre los animalejos,

Le dijo:—«¿Con que á nosotros
Que ningun daño te hacemos,
Nos matas por conservar
La existencia de un perverso?
Si te inspira compasión
Ese mónstruo informe y feo,
¿Porqué nuestra triste vida
No te causa el mismo efecto?»
Bien pudiera haber cedido
A tan sencillo argumento;
Mas tomado el hombre había
Por su protegido, empeño.
Murió la mísera oruga,
Y otros mil bichos murieron;
Por más que hicieron algunos
Para convencerle, esfuerzos.

Así son las protecciones
De los grandes; no hay remedio,
Viva á gusto el favorito
Y perezca el universo.

MI NO SÉ QUÉ HA RICHÓ.

En la bulliciosa
Tarde de un domingo,
Cuando los etiopes
Con flautas y pitos,
Y atambores bailan
Y cantan reunidos:

Un capataz viejo,
Por sabio tenido,
(Siguiendo la moda
Que tanto ha cundido
De fingirse doctos
Hasta los borricos),

—«¡Chilencho, parente!»
En alta voz dijo.
Calláronse todos
Con ánsias de oirlo,
Y él, desde una mesa
Su discurso hizo.

Mujió como toro,
Silbó como grillo,
Cantó como gallo,
Brincó como chivo

Concluyó á la hora,
Y en todo el cabildo
Sonaron aplausos,
¡Eso era prodigio!

Mas como no fuese
De nadie entendido,
Al salir, hablando

Con él sus amigos,
Pregúntanle todos:

—«¡Capatá, qué rijo?»
Y él les contestaba:

—«Mi no sé qué ha richo.»

¡Cuántos escritores
De soberbia henchidos,
Publican discursos,
Al mar parecidos
En que no conocen
Ni fin ni principio!

Y si les preguntan
Su fiel contenido,
Dirán como el negro:
—«Yo no sé qué he dicho»

LA FORTUNA.

Discurriendo afanoso
Por las cortantes peñas
De una marina playa,
Un hombre se desvela.

A lo lejos, sentado
Sobre menuda arena,
Otro mortal, tranquilo
La inmensidad contempla.

El primero es un lobo,
Un tigre, una pantera;
En fin un egoísta,
El otro es un poeta.

Aquél busca un tesoro,
Éste ambiciona ideas
Para llenar su mente
De inspiraciones nuevas.

Dos veces por su lado
Pasar la ve y desprecia;
Pero cuando á su espalda
Toca la vez tercera,

Ve que una mansa ola,
Sobre la blanca arena
Junto á sus piés arroja
La más hermosa perla.

El egoísta entonces
Golpeándose en la tierra,
Profano al cielo insulta
Por su desdicha fiera;

Mas la fortuna en tanto
Apareció risueña,
Y deteniendo al punto
El giro de su rueda,

Le dijo:—«Miserable,
En vano trás mí vuelas;
No soy de quién me busca
Sino de quien me encuentra.»

LA COTORRA SABIA.

Al pié de una verde seiba,
Donde su nido plantó
Una paloma inocente
En compañía de su amor;

Armado de su escopeta
Llegar á un montero vió,
Y alzando asustada el vuelo
Fuese á posar á un *piñón*.

De allí con tristes arrullos,
Llena de pena y candor,
Por ver si le enternecía,
De aqueste modo le habló:

—«Déjame volver al nido,
No me mates, cazador,
Mira que en él se me quedan
Dos prendas del corazón.

Cuando los haya criado
Y puedan volar los dos,
Aunque la muerte me dés,
Será menos mi dolor.

Si tienes hijos y esposa
Imagina mi aflicción:
Por todos ellos te ruego,
Me concedas el perdón.»

Una cotorra que acaso
Tomaba en un pino el Sol,
Le dijo:—«Aléjate, incáuta,
Perdidos tus ruegos son:

Con que ellos que hablan lo mismo
Y adoran un mismo Dios,
En vez de prestarse amparo,
Se devoran con furor.

¡Y tú, que ignoran tu idioma,
Quieres que entiendan tu voz?
¡Ay de tí, si hallar pretendes
En los hombres compasión!»

Halló prudente el consejo
La tórtola; lo tomó,
Y alejóse hasta dar treguas
Que se fuese el cazador.

Esta cotorra, parece
Que entre los hombres vivió;
Y en verdad, que un sabio de ellos
No hubiera hablado mejor.

LA CAPA Y LAS BOTAS.

Tiene Fileno una capa
Del mejor paño de Europa;
Pero tan descolorida
La ha puesto el tiempo, y tan rota,
Que no le es posible usarla,
Porque si llueve, se moja
El que la lleve; y si hay frío,
Por donde quiera entra el Bóreas.
Unas botas tambien tiene
De la edad misma y vitela,
Así están siempre colgadas
En la pared ambas cosas.

Do quier que charlar se ofrezca
Atento á calzado y ropa,
Que tiene botas y capa
Dice Fileno en voz pópula.
El que sin verlas, lo oyere,
Las tendrá por prendas propias
Para servirse de ellas;
Mas el que las viere y oiga,
Dirá cual yo: que en el mundo
Hay aplaudidas personas
Que sirven para colgadas
Como la capa y las botas.

LA CORONA DE INÉS.

De azucenas coronada
Iba del Sol al nacer,
Por la ribera del Cauto
La linda veguera Inés.
Amorosos versos canta,
Hiriendo el tiple á la vez,
Y satisfecha se entona
En saber que lo hace bien.
Al pasar junto á la orilla,
En la rama de un laurel
Enredóse la corona,
Y á dar en las ondas fué.

Tiróse un caiman á ella
Apenas la vió caer,
Y parecieron las flores
Llenas de cieno despues.
Así como la corona
Que puesta llevara Inés
Son las glorias de la vida
Si con reflexión se ven.
Un impensado accidente
Puede hacerlas descender
Desde una vírgen á un monstruo
Del Sol, á la lobreguez.

Hombres, no os envanezcáis,
Pues de estos ejemplos cien
Presenciais á cada instante,
Y se os olvidan despues.

EL FALSO PINTOR.

Cada hombre tiene su flaco,
Y algunos con tanto extremo,
Que bien pueden titularse
De tísicos intelectos.
De estos tales hubo uno,
Que, habiendo heredado medios,
Le dió por ser gran pintor
A costa de sus talegos;
Así que se le encargaba
Un cuadro, por cualquier precio

Lo tomaba de un artista,
Dándolo por suyo luego.
Mas como todo es instable,
Y más que todo el dinero,
Se concluyó el capital,
Y el sandio fué descubierto
Un poeta que escuchaba
La historia del pintor necio
Dijo:—«Vaya, ese pintaba
Como algunos hacen versos.

EL GUAPO.

Andrés era un valentón
 tan respetado en Jerez,
 que del Cid no se contaban
 más hazañas que de él.
 Revuelto en su parda capa,
 que era cotidiano arnés,
 con su habano siempre ardiendo
 su estache calañéz,
 De juego en juego vagaba
 de burdel en burdel,
 llá cobrando el barato
 para *echar la otra* despues.
 Nunca se vió que á ninguno
 hiciera ni mal ni bien;
 sí que su fama era
 lo más que entre dos ó tres.
 Cierta noche que se hallaba
 refiriendo, que una vez

Cuatro muertes había hecho;
 Pillólo infragante un juez
 Y le dijo:—«Señor guapo,
 Acompañenos usted;
 Pues voy de un valiente en busca,
 Que me precisa prender.»
 Quedóse nuestro Bernardo
 Como quien visiones ve,
 Y confesó, que era bueno
 Cuando más para correr.
 —«¿Pues no dice usted que hizo,
 Cuatro muertes una vez?»
 —«Sí, señor, pero las hice
 Pintadas en la pared.»
 —«Anda á trabajar, tunante.
 (Dijo empujándole aquel)
 Que has sabido con tu charla
 Pasar por guapo en Jerez.»

En todas las profesiones
 Hay hombres de este jaez,
 Que hacen obras en pintura
 Como las muertes de Andrés.

EL GATO PEDANTE.

Cierto señor rico tonto,
 con humos de literato,
 que diez mil libros tenía
 de los autores más sabios;
 Sin que hubiese abierto uno
 siquiera para mirarlo,
 tenía una quinta hermosa
 en la biblioteca un gato.
 Al animalito un día
 entóle sin duda el diablo,
 saltó las tapias lijero
 fuese á correr al campo.
 Sobre un álamo entonaba
 a alondra su dulce canto,
 mil melodiosas aves
 a tributaban aplausos.
 Llegóse el gato; observólas,
 con desdén afectado

En imperativo tono
 Les dijo:—«Sois unos sandios;
 Yo sé todos los autores
 Que de música han tratado,
 Y esa no da ni un acento
 Que sirva para escucharlo.»
 Un perro que al gato oía,
 De la misma casa y amo,
 Contestó:—«Calla mostrenco,
 ¿Qué estás de autores hablando?
 Tú repetirás sus nombres
 Porque has oído mentarlos,
 Pero de lo que han escrito
 No has visto nunca un vocablo.»
 El pedante que se vió
 Tan en lo vivo atacado,
 Fuese escurriendo pianito
 Hasta que se puso en salvo.

Cuántos críticos tenemos
 Grandes autores citando,
 Que han visto las tales obras
 Por el forro, como el gato.

EL MONO ESCARMENTADO.

Hiciéronse amigos,
(Segun cuenta Esopo)
Un manso cordero
Y un burlesco mono.

El primero estuvo
Por tiempo muy corto,
De visita en casa
Del lijero joco;

Esté, por pagarle,
Pasó al bosque umbroso
Do aquel poseía
De pasto un tesoro.

Cuando más tranquilos
Se hallaban. un lobo

Pescó al visitante,
Descuidado y solo.

Escapó ligero,
Pero no tan pronto
Que salvar pudiera
Sin lesión el lomo.

Volvióse á sus lares,
Y el cordero, ansioso,
Para que volviese
Le instaba sin dolo;

Mas él respondía
—«¡Pasear entre lobos!
Eso no es conmigo;
Que vayan los tontos.»

De aquí en adelante

Cuando cariñoso
Me convide alguno
Para estos negocios;

Diré en mis adentros
Finjiéndome sordo:
«Eso no es conmigo,»
Como dijo el mono.

EL SOMBRERO Y LA MEDIA.

Una media que yacía
Quieta en una claraboya,
Vió cerca de sí, colgado,
Un gran sombrero de moda.
—«¡Qué hermoso estás, buen amigo?»
Le dijo; pero en mal hora,
Porque éste, doblando el ala,
Y estremeciendo la copa,
A guisa de hombre engreído
Que pone la vista hosca
Cuando escucha de algun pobre
Expresiones que le chocan,
Le contestó:—«Mira, *tusa*,
A ver si callas la boca.
¿De cuándo acá, yo tu amigo?
Aparte la muy churrosa;
Hay notable diferencia
Entre los dos, habladora:
Tú siempre cerca del suelo

Anduviste hasta estar rota,
Y yo de mi dueño soy
Limpia y brillante corona.
¿No me ves engalanado
De hebilla, cintas y borlas?
Con el más suave cepillo
Mi fino pelo se frota,
Y en mi interior siempre bulle
Mil esencias olorosas.
¿Qué hay de comun entre nos?
¿Sus... noramala, churrosa!
Quedóse la pobre media
Más corrida que una mona.
Al cabo de algunos meses
Mudó el señor de corona:
De borla, cintas y hebilla
A mi sombrero despojan.
Heredáronle los siervos,
Quienes á vuelta de pocas

Semanas hicieron de él,
 Jabuco de extraña forma.
 Para algodón del tintero
 El amo la media toma,
 Y á su escritorio la lleva
 En áurea vasija hermosa.
 Cierta día que un criado
 Al despuntar de la Aurora
 Entró á barrer, prevenido
 De agua, jabuco y escoba:
 Sacó la media una punta,
 Y con retintin y sorna,
 Como muger desairada
 Que tarde ó nunca perdona
 Dijo—«¡Bravo caballero!

¡Señor don finchado, ola!
 ¡Qué planeta del vacío
 A eclipsar vino su gloria?!
 ¡Qué linda estampa ha tomado!
 ¡El diablo que le conozca!
 ¡Ya lleva borde por alas,
 Y en vez de cinta una soga!
 ¡Dónde fueron las esencias
 De azahar, jazmin y rosa?
 ¡Dónde la luciente hebilla,
 Y las cacareadas borlas?»—
 En esto sacó el criado
 A don Jabuco ex-corona
 Y arrojóle á un lupanar
 Lleno de polvo y escoria.

El que desprecia al caído
 Tenga por segura norma;
 Que nada en la vida es cierto,
 Y donde las dan las toman.

EL REMEDIO DE LA JABA.

Un guajiro concienzudo
 Que pobre vida pasaba,
 Siempre anduvo, flaco y triste
 De ver su fortuna escasa.
 Llegó un médico á su pueblo
 Que todos males sanaba
 Segun puso en el aviso:
 Antigua moda esculapia)
 En verdad, el tal señor
 No debió ser ningun rana;
 Pues no habiendo allí botica
 Qué gloria! se dió sus mañas:
 Díjole nuestro buen hombre,
 El mal que le atormentaba;
 Por cierto era pesadumbre
 Y vergüenza—«Eso es nada,
 Contestó el facultativo)
 Tómese, amigo, una jaba,
 Llénela de tantas piedras
 Segun aprietos le asaltan:
 Llévela á orillas del río
 Los viénes por la mañana,
 Rece una salve y un credo
 Y dé con todo en el agua.
 No se le dé dos cominos

De murmuraciones vanas,
 Que en perdonándole Dios
 Lo demás es patarata.»—
 Hízolo tal el montero
 Y adelantó tierra tanta
 Que ya jugaba y debía;
 Pero pagar ni por chanza.
 En yendo á orillas del río
 Los viénes por la mañana
 Rezando su salve y credo
 Y echando su jaba al agua,
 Ya con todo el mundo en paz
 Para su entender estaba:
 Y aun hubo vez que pasó
 Su mes y más sin echarla.
 Vióle cierto amigo un día,
 Y preguntó porqué causa
 Sin sacar la lotería,
 Ni saber que trabajara,
 Se veía gordo, bien puesto,
 Manejando mucha plata,
 Montando hermosos caballos
 Y alegre como unas páscuas.
 Le contó lo sucedido;
 Y el otro que atento estaba,

No hacía más que decir
cada razón—«¡Caramba!
‘Meneando la tontuma,

Desde entónces, cuando veo,
Algún zángano de marca,
Que juega, pasea, viste,
Come y bebe y no trabaja,
Meneo también la cabeza
Y digo entre mí—«¡Caramba!
Este en vez de Le-Roy, toma
El remedio de la jaba.»

Y tirándose las barbas)
Si eso no es ser sin vergüenza,
Que me escupan á la cara.»—

NO HAY PEOR CUÑA.

Picó una pulga á un hombre
Y éste lleno de furia
La dijo al oprimirla
Entre sus largas uñas
—«Porque con sangre humana
Otra vez no te nutras,
Es razón que la muerte
En este instante sufras.»—
—«La fuerza está en tu mano,
Castígame si gustas;

Pero que es injusticia
Te probaré, si escuchas.
¡Por una leve gota
De tu sangre, me acusas
Con pena de la vida?
¡Y tú desde la cuna
No estás sangre bebiendo!
Y de tu misma alcornia,
¡Cuántos pidiendo sangre
Descienden á la tumba!

Bien, hombres, vuestro adagio
Dice que: *No hay peor cuña...!*
No acabó de hablar, pero
Tuvo razón la pulga.

LA FIGURA DE UN ALMA.

Gran confusión se notaba
En los siervos de una finca,
Y ninguno de su choza
Solo, en la noche salía.

Súpolo el dueño, juntólos,
Y preguntó, qué tenían.
Ellos dijeron que un bulto
En la oscuridad se vía,

Que era como un tigre grande.
El amo dijo—«Magnífica
Anima mea!.. ¡la cruz!..»—
Mas una negra ladina

Contestó:—«Señor, no es eso,
Ese tigre es sin mentira
El alma del mayoral
Que se murió el otro día.»—

EL GRUMETE RETÓRICO.

Preguntándole á un grumete
Por qué razón había dicho
Que él era como Noé,
Del Sumo Dios protegido:
Contestó bamboleando,
—«Dije tal, señores míos,

Porque más de treinta veces
Bien apurado me he visto.
En botes, en bergantines,
En fragatas y navíos,
Naufragué, mas por milagro
Escapé de los peligros;



El ávido ojo del tope,
Perspicaz como el del águila
Ha divisado un objeto;
Obsérvale atento y clama:
« ¡ Vela, á babor . . . ! »

El Pirata en la mar.



Y aunque al revés de Noé
Fuese el milagro conmigo,
Porque aquella iba á caer,
Y esta agua ya ha caído:

Sin embargo, el caso es
Que el resultado fué el mismo,
Esto es, salvarme del agua,
Para que muera en el vino.»—

EL HOMBRE Y EL CANARIO.

Quando por dó quier se oía
Hablar los irracionales
Y el hombre los entendía;
No es raro; pues en el día
(un hablan los animales)
Llegóse un hombre curioso
A contemplar un jaulón
Y sin duda estaba ocioso;
Pues entró en conversación
Con un canario gracioso;
—«Animada miniatura,
Porqué con tu suavidad
Lo entonas, y con dulzura,
Los trinos de libertad
Que aprendiste en la espesura?

«Cuanto quieren enseñarte,
¿Cumilde lo aprendes todo,
Y puedes tanto olvidarte
De tí que no buscas modo
Ninguno de libertarte?»—

—«No trino como entre flores,
El canario contestó)
Porque me causan dolores
Tristes recuerdos; y no
Me agrada á mis opresores.

«Lo que se me enseña canto,
Porque con mis trinos bellos,
Aunque vierta oculto llanto,
Digo lo que mandan ellos
Para no padecer tanto.

«Sé que no puedo quebrar
Estas varillas de alambre;
Me dan vida por cantar,
Y si persisto en callar
Me harán perecer de hambre.

Si fuera libre, ¿no sientes
Que imitara sin congojas,
De los rios las corrientes,
La caída de las hojas
Y el murmullo de las fuentes?
Que le adulo en la apariencia,
Piensa mi dueño, y se hechiza;
Mas, mirándolo en conciencia,
Yo engaño al que me esclaviza.
Por conservar mi existencia.

Morir por preocupación
Y sin defensa, es locura,
Suicidarse sin razón:
Vivir y hallar la ocasión
De libertarse, es cordura.

«Cuanto á ser esclavo... espera...
Te comprendo, y no te asombre,
Yo disculparme pudiera,
Y al mismo tiempo le hiciera
La misma pregunta, hombre.

Haz cuenta que yo caí
En tus redes, y ánsias vivas
No me salvaron de allí,
Porque tú que me cautivas
Eres superior á mí.

«Mas tú, que solo acatar
Debes al Sumo Hacedor,
Y de un hombre, á tu pesar,
Que no es á tí superior,
Te dejas esclavizar...!

«¿Cuál es disculpa bastante
A tu loco devaneo!
¿Cómo quieres, ignorante,
Encontrar en un pigmeo
Más fuerzas que en un gigante?»—

Marchóse el hombre al momento,
Y yo segun lo medito,
Digo que ni sabios ciento
Rebatan el argumento
Del esclavo pajarito.

LA ROSA INGLESA.

Hay una especie de rosa,
Que acá llamamos inglesa,
Tan fértil, que todo el año
Está de verdor cubierta.

Infinidad de botones
En cada renuevo echa;
Pero no llegan á flores,
Porque en botones se quedan.

Cierto señor que tenía
Una, mirándose en ella,
Estaba descon-olado
Por no ver ninguna abierta.

Personas hay en el mundo
Que solo á palos son buenas
Como el rosal ante-dicho;
Pero, Dios nos libre de ellas.

Contaba á sus conocidos
Este caso con tristeza:

Oyóle un guajiro un día
Y díjole:—«Qué simpleza,

Tómese un cuero, y con él
Déle una pasada buena,
Hasta quitarle las hojas,
Y verá flores abiertas.»

Hízolo el dueño, y de entonces
Aparece tan risueña,
Que no hay en todo el contorno
Quien tenga rosas más bellas.

EL CIECO AGUDO.

Ya el héroe corzo yac a
Del mar Atlántico en medio,
Y el solio hispano ocupaba
El augusto prisionero:

Cuando por calles y plazas
De Madrid y de otros pueblos,
Vagaban ciertos mendigos,
Cantando los altos hechos

De los bravos españoles,
Que con indecible esfuerzo,
Supieron librar la patria
De odioso yugo extranjero.

Despues que por medio real
Hubo cantado uno de ellos
Los triunfos que coronaran
Las armas de los iberos:

Díjole un tuno—«Si quieres
Otros diez cuartos y medio,
Cuenta ahora las hazañas,
Que los franceses hicieron.»

Al cual volviendo la espalda,
Contestó el agudo ciego:
—«Las de España son las mías,
Que canten las suyas ellos.»

A algunos cisnes cubanos
Les viene de molde el cuento,
Que teniendo asuntos propios,
Cantan prodigios ajenos.

LO MISMO SON.

Tienen raros antojos,
A la verdad, los niños,
Cuáles son inclinados
A jugar escondidos;
Otros á trompos, mates,
Gallos, ò soldaditos;
Y cuál ó papalotes,
Símil de tabardillos.
A éste reprendemos,
Del otro nos reimos,
Y aquellos nos sofocan
Con sus agudos gritos.
—« Es lástima que el tiempo
Pasen así, decimos,
Cuando si se aplicasen
A un útil ejercicio,
Mañana se alegraran
De haberlo hecho, infinito;
Y no que el tiempo pierden
En puéviles caprichos. »
Convengo en que mal hacen
Los hombres cuando niños;
¿Pero cuando son *hombres*
Tambien no hacen lo mismo?

SEXTA PARTE

LETRILLAS

A MIRTA.

No sé, Mirta bella,
Si piensas en mí,
Solo sé que vivo
Muriendo por tí.
No sé si te amo
Desde que te ví,
O si antes de verte
Ya tu amante fuí.
Sé que entre las ninfas
Que en cristal feliz
Retrata el sereno
Precoz Yumurí,
Eres la más dulce
Gallarda y gentil,
Y que estoy de amores
Muriendo por tí.
Cuando tú paseas
Risueña el jardín,
La luna de Enero
Es tu frente, sí,
Y ornan tus cabellos
Para más lucir,
El lirio de Marzo
La rosa de Abril,
El clavel de Mayo
De Julio el jazmin,

Que huelgan de verme
Muriendo por tí.
Si danzas ¡qué hermosa!
¡Ay! triste de mí,
Pareces un ángel,
Un genio, una hurí;
Vuela el chal flotante
Blanco y carmesi;
La planta pequeña
Veloz y sutil;
Ni el suelo que huella
La llega á sentir;
Pero yo lo siento
Que muero por tí.
Si te balanceas
Das placeres mil,
Cual Cintia en las ondas
Del Camajuaní.
¡Ay! Mirta preciosa,
Ten piedad de mí
¡Quiéres ser mi amada.
Respóndeme: «Sí,»
Verasme dichoso
De gozo reir,
Morir para todos,
Vivir para tí.

LA FLOR DE LA CAÑA.

Yo ví una veguera
Trigueña fostada,
Que el sol envidioso
De sus lindas gracias,

O quizá bajando
De su esfera sacra,
Preñado de ella
Le quemó la cara.

Y es tierna y sencilla
 Como cuando saca
 Los primeros tilos
 «La flor de la caña.»

La ocasión primera
 Que la vide, estaba
 De blanco vestida,
 Con cintas rosadas;
 Llevaba una gorra
 De brillante paja,
 Que tejió ella misma
 Con sus manos castas,
 Y una hermosa pluma
 Tendida, canaria,
 Que el viento mecía
 Como «flor de caña.»

Su acento es divino,
 Sus labios, de grana,
 Su cuerpo, gracioso,
 Lijera su planta:
 Y las rubias hebras
 Que á la merced vagan
 Del zéfiro, lucen
 De perlas ornada,
 Como con las gotas
 Que destila el Alba,
 Candorosa brilla
 «La flor de la caña.»

El domingo ántes
 De Semana-Santa,
 Al salir de misa
 La entregué una carta,
 Y en ella unos versos,
 Donde la juraba
 Mientras existiera
 Sin doblez amarla.
 Temblando tomóla,
 De pudor velada
 Como con la niebla
 «La flor de la caña.»

Halléla en el baile
 La noche de Páscoa,
 Púsose encendida,
 Descojió su manta,
 Y sacó del seno
 Confusa y turbada
 Una petaquilla
 De colores varias.
 Díómela al descuido,
 Y á examinarla

He visto que es hecha
 «Con flores de caña.»

En ella hay un rizo,
 Que no lo trocara
 Por todos los tronos
 Que en el mundo haya;
 Un tabaco puro
 De Manicaragua,
 Con un bello anillo
 Que ajusta la *capa*,
 Y en lugar de *tripa*
 Le encontré una carta
 Para mí más bella
 Que la flor de caña.»

No hay ficción en ella.
 Sino estas palabras:
 «Yo te quiero tanto,
 Como tú me amas.»
 En una reliquia
 De rasete blanco,
 Al cuello conmigo
 La traigo colgada;
 Y su tacto quema,
 Como el Sol que abraza
 En Julio y Agosto
 «La flor de la caña.»

Ya no me es posible
 Dormir sin besarla,
 Y mientras que viva
 No pienso dejalla.
 Veguera preciosa
 De la tez tostada,
 Ten piedad del triste
 Que tanto te ama;
 Mira que no puedo
 Vivir de esperanzas
 Sufriendo vaivenes
 «Cual la flor de caña.»

Juro, que por siempre
 Con toda constancia
 Guardaré el secreto
 De nuestras dos almas;
 No diré á ninguno
 Que es tu nombre Idalia,
 Y si me preguntan
 Los que saber ansian
 Quién es mi veguera,
 Diré que te llamas
 Por honesta y dulce:
 «La flor de la caña.»

LA ESTRELLA DEL PAN.

Mi guajira hermosa
 Por las tardes va
 Con otras doncellas
 De su misma edad
 A pasear la márgen
 Del claro San-Juan;
 Y sus ojos brillan
 Con luz celestial,
 Como la de Vénus
 Estrella sin par
 Que al ponerse adorna
La cumbre del Pan.

A veces al cuello
 Revuélvese el chal
 Y busca en la arena
 Conchitas del Mar;
 Mas si llego á ella
 Dos ó tres me dá,
 Y sale corriendo
 Por el arenal,
 Y á oscuras me deja,
 Como al declinar
 Se oculta entre nubes
La estrella del Pan.

Cuando sé el domingo
 Que en el baile está,
 Aunque lluevan piedras
 No puedo faltar.
 Llevo mi machete,
 Mi potro alazan,
 Mi mejor camisa
 De tela real;
 Y por darla gusto
 Quisiera brillar
 Como en medio el cielo
La estrella del Pan.

Cuando le pregunto,
 —«¿Te quíeres casar?
 Ella me contesta,
 —«Usted lo sabrá.»
 Le digo mil cosas
 Que quitan pesar,
 Y décimas bravas
 Le canto en verdad;
 En un renglón todas
 Van á rematar.
 Diciéndole: «Eres
La estrella del Pan.»

Cuando el baile acaba
 Marcho en mi alazán,
 Triste por lo poco
 Que la pude hablar.
 Como los pañuelos
 Cambiamos allá,
 Desvelado el suyo
 Me pongo á besar;
 Pero si me duermo,
 Delirio me dá
 Y sueño que miro
La estrella del Pan.

Ya no tengo gusto
 Para trabajar,
 Ni los gallos corro,
 Ni los cuido ya:
 Todo me fastidia,
 Me hace incomodar,
 Ya ni mis amigos
 Contento me dan,
 Y algunos me dicen
 Que tendré este mal
 Mientras no sea mía
La estrella del Pan.

A NADIE LE FALTA SU QUI.... QUIRIQUÍ.

Macario y Lisandro
 Murmuran de mí,
 Y de cuantos tratan
 Dicen cosas mil.
 Yo les aconsejo
 No ofendan así.

Que la ley nos manda
 Callar, ver y oír,
 Y que si me apuran,
 Les puedo decir.....
 Que ellos tambien tienen
 u Qui... quiriquí.

D. Lucio á Fileno
 Quiere perseguir
 Para que le pague
 Jurando no oír
 Empeño ninguno
 Que lleve tal fin.
 Desairó unos veinte;
 Mas llega Don Luis
 Y Don Lucio deja
 Las cosas así....
 ¡Mira cómo tuvo
Su Qui... quiriquí!

Hombres y mujeres
 De profesión vil,
 Los unos de otros
 Murmuran sin fin;
 Mas cuando se trata
 De aclarar, allí
 Ninguno sostiene
 Lo que habló por sí,
 Y luego entre todos
 Hacen un festin;
 Porque todos tienen
Su Qui... quiriquí.

La niña Rosaura
 Se llama infeliz,
 Solo á una visita
 Le complace ir;
 En casa de Ismenia
 La del Yumurí:
 Allí ríe y canta,
 ¡Qué alegre está allí...!
 Parece que es otra,
 ¡Ya se vé! si allí...
 Allí tiene ella
Su Qui... quiriquí.

No heredó Lucrecio
 Ni un maravedí,
 No trabajó nunca,
 ¡De qué ha de vivir?
 Siempre va decente
 ¡Bravo figurin!
 De piés á cabeza
 Todo es un rubí,
 ¡Qué misterio en esto
 Podeis traslucir?
 Que el tiene... pues, vaya,
Su Qui... quiriquí.

¡Porqué son amigos
 Lesbio y Valentin?
 A que no lo aciertas,
 Manuel,— Hombre, sí.
 —«Pues bien, si lo sabes
 Las razones dí.»
 —«La razón es fácil,
 Lesbio es malandrín,
 Valentin es rico,
 Y aquel infeliz
 Le lleva y le trae
Su Qui... quiriquí.»

Las jóvenes dicen
 Que no sé sentir,
 Que el fuego amoroso
 Jamás conocí,
 Porque ser no quiero
 Un *hazme* reir,
 Diciendo tontadas
 Do puédanme oír;
 Mas me burlo de ellas,
 Como ellas de mí,
 Porque también tengo
Mi Qui... quiriquí

EL CONSEJERO MENTIDO.

Junto á la fuente
 Sobre una piedra
 Bajo la yedra
 De un cenador,
 Sentado estaba
 Don Peregrino
 Tomando vino
 Que era un primor!

Doña Paquilla
 Pinta la uva,
 Que es otra cuba
 Tal como él;
 Cada ojo tiene
 Como una estrella,
 Su boca es bella
 Como un clavel.

Llegó á su lado,
Sentóse junto,
Trabando al punto
Conversación:
Y departían
Ambos contentos,
Dando sus tientos
Al garrafón.

Pareció en esto
Don Agapito
Y dando un grito
Clamó—«¡Mujer!...
¡Qué diablos haces!»
Ellos le oyeron,
Y respondieron
—«Nada, beber»
—«¡Y porqué bebes?
¡No vés, menguada,
Que te degrada
Vicio tan vil?
Así marchitas
Con fieros daños
De esos tus años
El verde Abril.»

—«Porque me curo
Con dos azumbres
Las pesadumbres
Del corazón,
Y si no es cuerda
De vuestra arte,
Id á otra parte
Con el sermón.»

El moralista
Dejó el misterio
Y exclamó serio:
—«Pues que me den»
Tomó su vaso,
Llegó á sentarse,
Y hasta acabarse
Bebió también.
Algun sugeto
De estas manías
En nuestros días
Conozco yo;
Que tipo siendo
De pedantismo
Hizo lo mismo
Que criticó.

CON SU PAN SE LO COMA.

Amarilis la bella,
Dice, que Amira es loca,
Que no tiene atractivo,
Ni gracia, ni es hermosa.

Mas yo siempre le respondo
—«Amira, no seas boba;
Si ella dice que es linda,
Atractiva y graciosa,

Eso tan solamente
Podrá probar que es tonta:
El mal es para ella,
Con su pan se lo coma.

D. Hermeguncio el sabio,
Critica cuantas obras
A luz pública salen,
Porque son defectuosas:

Dice que ni Vallejo
Ha dado golpe en bola;
Él no más es buen taco,
Porque estudió en Angola.

Donde rector le hicieron
Sin título ni toga:
¡Vaya un talento frito!
Con su pan se lo coma.

No hay mortal que tenga
Alcurnia tan gloriosa
Como Don Liberato,
El de las cejas hoscas:

Por dó quiera que cruza
Le aplauden las hermosas,
Parias rinden los cisnes
A sus divinas odas.

Vásele derramando
La nobleza, la honra,
El saber y la gracia:
Con su pan se lo coma.

Cobrando agenas deudas
Anda el hermano Doria,
Porque segun él dice,
Tiene influencia longa:

Sin ver que en ello ofende
A los jueces que toma
En su maldita lengua;
Pero ya que él provoca

De aquellos la venganza,
A mi nada me importa
Su influencia soñada:
Con su pan se lo coma.

¡DIGO...!

Es Libia de planta breve,
 una noble, rica, hermosa;
 tendrá una prenda preciosa
 que por mujer la lleve;
 lo con la falta leve,
 me á la edad de diez y siete
 bló con cierto cadete
 liendo por un postigo.

¡Digo...!

Lúcas con lo que ha estudiado,
 el largo viaje que dió,
 nuestras playas tornó
 ógrafo consumado.
 gun él nos ha contado,
 a no podemos dudar
 ae á orillas del «rojo mar»
 encuentra el puerto de Vigo.

¡Digo...!

Quéjase Don Agapito
 endo á su niño Simon
 i una oscura prisión
 n haber hecho delito;
 lo porque el angelito
 un anciano que robó,
 e un navajazo rajó
 desde el pescuezo al ombligo.

¡Digo...!

Con mil lógicos rodeos
 Tiene Don Julio el placer
 De inculcar á mi mujer
 Que ande en bailes, en bureos,
 En convites, en paseos;
 Y despues de tal favor,
 Me asegura por su honor
 Que es mi verdadero amigo

¡Digo...!

Emblema de cristiandad
 Es Don Juan, hasta de prisa
 Será capaz de ir á misa.
 Por ganar la eternidad:
 Y es tanta su caridad,
 Que en sonándole metales
 Se planta en los tribunales
 A hacer de falso testigo

¡Digo...!

Exclama el doctor Pascual,
 Que no es muy prudente, quien
 Escoje para sí el bien,
 Y dá á los otros el mal.
 Y de esta sana moral
 Ejemplos dá sin rebaja,
 Pues á todos brinda paja
 Mientras él se engulle el trigo.

¡Digo...!

QUIEN HACE UN CESTO HACE CIENTO SI LE DAN MIMBRES Y TIEMPO.

Si la que adoras empañá
 e su honor el brillo terso,
 falaces seducciones
 i virtud prostituyendo:
 rdónala, mas sepulta
 a nombre en olvido eterno,
 antes que volver á amarla,
 reflexionar debes cuerdo,
 e segun dice el adagio:
Quien hace un cesto hace ciento.

Si un hombre á quien dispensaras
 Tu amistad y fino aprecio,
 Llega una vez á engañarte
 Tratando de asuntos sérios;
 No le ultrajes, porque nada
 Adelantarás con eso;
 Pero nunca dél te fies,
 Antes guárdate, advirtiéndolo,
 Que en amistad y en amor,
Quien hace un cesto hace ciento.

Si sabes que algun jurista
Entregó, razón teniendo,
Sobornado del contrario,
De su defendido el pleito,
No le encargues de los tuyos,
(Aunque es mejor no tenerlos)
Mira que no se corrije
«El perro que come huevo,»
Y que en esto, como en todo,
Quien hace un cesto hace ciento.

Si un curador de menores
Los vé perecer, y fiero
Para no soltar se vale
De silojismos aéreos;
Al espirar, no le nombres
Por tál de tus herederos;
Pues ese ya está probado
Que es amigo de lo ageno,
Y si una vez fué ladrón,
Quien hace un cesto hace ciento.

Si tienes íntimo trato
Con un magnate de aquellos
Que en insultar la desgracia
Cifran el ser caballeros,
Y ves que al débil injuria,
Trata de sacarle el cuerpo.
Aunque él diga, que tal hizo
Por un acaloramiento:
Es facil que á tí mañana...
Quien hace un cesto hace ciento.

Si llega á solicitarte
Algun corredor de enredos,
De esos públicos amigos,
Y enemigos encubiertos;
Por contarte agenas vidas;
Ten cuidado que en volviendo
La espalda de tí murmure
Otro tanto; por ser cierto
Que si mal de uno te dijo,
Quien hace un cesto hace ciento.

NO HAY POR DONDE PASAR.

Quando disputa Rolando,
Y lleva ganado el punto,
Es de finura trasunto
En tono medido hablando;
Pero si le van ganando,
Echa á reñir y á gritar,
Y no hay por donde pasar.

Amarilis la mimada,
Es, sin que haya discusión,
Modelo de perfección
En tanto que está sentada;
Mas si se pára, es jibada,
Si anda, empieza á cojear,
Y no hay por donde pasar.

Moderado es Don Pimienta,
Y en sus acciones señor;
Pero si algun acreedor
Le viene á traer la cuenta,
Ruje como una tormenta
Que agita el revuelto mar,
Y no hay por donde pasar.

A la doncella más fiel,
Como tenga un padre bruto
Y encuentre un amante astuto
Que lleve labios de miel,
Ella se lo lleva á él
Si él no la quiere robar.
Y no hay por donde pasar.

Los críticos botarates,
De sapientes presumidos,
Quando se ven convencidos
De sus torpes disparates,
Echan á escribir dislates,
Ya que no pueden ganar,
Y no hay por donde pasar.

Erisena me arrebatada,
Tiene unos ojos divinos,
Unos modales muy finos
Y unos labios de escarlata;
Mas luego asoma una pata
De dimensión singular,
Y no hay por donde pasar.

ASÍ VA EL MUNDO, TIA PEPA.

Si hoy estás para locuras,
Vamos, musa, á murmurar;
Porque aquí te han de pagar
«Las verdes y las maduras:»
Y verás cien mil criaturas
Que ajenas faltas recitan
En público y solicitan
Que nadie las suyas sepa.

Así va el mundo, tia Pepa!

Lisio por diversión grata,
Ve que la esposa de Juan,
Por hablar con Don Fabian
Se trepa sobre una mata:
Esto en la calle relata
Ostentando gran saber
Sin mirar que su mujer
Hasta en sus hombros se trepa

Así va el mundo, tia Pepa!

Láura dice que Florinda
Parece una jicotea,
Como si ser otra fea,
Probara que ella es más linda:
Si vé la cara á Lucinda,

Diz que no hay quien la comonga,
Y la suya es cuadrilonga
Como tártara de arepa.

¡Así va el mundo, tia Pepa!

Don Criticastro Elegías,
Desde que la dió de vate,
Dice cada disparate
Más grande que siete días.
Nadie de sus ex-poesías
Quiere que tilde ni un cero,
Y él critica al mismo Homero
Si en una coma discrepa,

¡Así va el mundo, tia Pepa!

Ludovico Cornicopias,
Que de Dios vive á las buenas
Cobra las deudas ajenas
Sin pagar la suyas propias.
Con sus melenas Etiópicas,
Censura á Isac por perdido,
Y él con ser tan comedido
No hay paraje donde quepa

¡Así va el mundo, tia Pepa!

LOS OJOS DE MI MORENA. ✓

La luz del Alba,
cuyos brillos
Loan trinando
Los pajarulos;
No es tan hermosa
Ni tan serena
*Como los ojos
De mi morena.*

La aurora pura
Que en el oriente
Flores y perlas
Muestra en su frente,
Esparce rosas;
Mas no enajena
*Como los ojos
De mi morena.*

No luce Apolo
En su brillante
Fúlgido carro
De oro y diamante;
Ni con sus rayos
El mundo llena
*Como los ojos
De mi morena.*

A ella no igualan
Alba ni aurora,
Ni Apolo mira
Cuanto atesora:
Y no hay quien vierta
Luz tan amena,
*Como los ojos
De mi morena.*

ES PEDIR MUELAS AL GALLO.

Querer que Don Chilindron
A grandes cosas se eleve
Cuando á los garitos debe
Su fama y educaci3n,
Y que brille en reuni3n
Cual de la azucena el tallo
Es pedir muelas al gallo.

Esperar que Doña Galga,
Orgullosa por su cuna,
Encuentre persona alguna
Que tanto como ella valga
Y al mejor tiempo no salga
Con partidas de caballo,
Es pedir muelas al gallo.

Creer que est1 en D. Lutero,
Comerciante universal,
Seguro vuestro caudal
Solo porque es caballero,
Y que os devuelva el dinero
Sin primero cercenallo,
Es pedir muelas al gallo.

Exijir que en mis jocosas
Coplas, de defectos llenas,
Os cuente ocultas escenas
Inhumanas y horrorosas,
Y que os diga otras mil cosas
Que contra mi gusto callo
Es pedir muelas al gallo.

EL AÑO NUEVO.

Ansioso estaba
Juan, esperando
El primer d1a
Del nuevo a1o:
La noche antes
No durmi3 el sandio,
Y as1 dec1a,
Consigo hablando,
—«Ser3 dichoso,
No hay que dudarle,
Este me encuentra
Con medios varios
Con dos sombreros
¡Jesús! me hallo,
Uno de felpa
Y otro de guano;
Y aunque son viejos,
Son dos ¡qu3 diablos!
Dos corbatines,
Camisas cuatro,
Tres pantalones
Y tres zapatos.»
Esto en su cama
Dec1a; entre tanto
Recio el Sereno
Grita «Las cuatro»

S1lese al punto,
Marcha al mercado,
Y all1 un pocillo
De caf3 amargo
Toma, que le abraza
Su lengua y labios.
Lavarse el rostro
Se hab1a olvidado
Con agua fr1a
(Como usan varios:)
No reflexiona
Los resultados:
Toma de ella
Bien lleno un vaso,
L1vase, y luego
Muri3 de pasmo,
Y por la tarde
Ya era enterrado.
¡Cu1ntos placeres
Como este ansiados
Hay en el mundo
Que deseamos,
Y suelen sernos
Tan mal logrados
Que m1s valiera
No disfrutarlos!

LA LUNA DE ENERO.

Resuene el pandero,
Al monte, á la loma,
Vegueros, que asoma

La luna de Enero.

No la esteis buscando
Sobre el firmamento,
Que viene cual viento
Las flores hollando.
¡Si al ver el salero
De mi guajirilla,
Parece que brilla

La luna de Enero.

Abrense las flores
Aromas vertiendo
¡Qué hermosa es riendo!
Miradla, cantores;
Y los ruiseñores
Con trino parlero
La cercan volando,

Como saludando
La luna de Enero.

¡La veis entre galas
Como aves sencillas
Sobre sus rodillas
Sacuden las alas?
Cantando el jilguero
Junto á su hermosura
Dice el lisonjero:
No luce tan pura
La luna de Enero.

El céfiro blando
Y amorcitos bellos,
Rizan sus cabellos
Las hebras soltando;
Y con grato esmero
Salpican su sayo,
Porque es mi lucero
La rosa de Mayo,
La luna de Enero.

LA CALENTURA NO ESTÁ EN LA ROPA. ✓

Lola, me dicen,
Volvióse zorra,
Porque su amante
Se fué con otra.
Digo que es falso,
Que la tal Lola
No había nacido
Para otra cosa,
Estaba en su alma
Ser voladora.

La calentura, etc.

Pretesta Nise
Que era una rosa;
Mas las viruelas
Y algunas otras
Enfermedades
La han vuelto mona.
Mentira, Nise
Nunca fué otra,

Ni quince tuvo,
Ni ha sido hermosa.

La calentura, etc.

Dice Pedancio
Que en su edad corta
Hacer sabía
Muy buenas odas
Lindos sonetos
Y amantes trovas;
Mas que los años
Todo lo roban:
Vaya á otra parte
Con esa bola.

La calentura, etc.

A nadie paga
Doña Liboria,
Porque no abunda
La plata ahora.
¡Y aquestas trampas

De edad remota
Que son del tiempo
Que estuvo en boga,
Porqué las tiene?
Clara es la cosa.

La calentura, etc.

No hay comerciante
Como Don Opas,
En cuanto emprende
Sale en pelota;
L. suerte, dice,
Que le vá en contra,
¡Qué contra suerte
Ni qué camorra;
Si á usted, amigo,
Le falta cholla.

La calentura, etc.

Se han separado
Juan y su esposa,
Algunos hallan

La causa toda
En que muy joven
Era la novia
Cuando se hicieron
Las tales bodas;
De allí á mil años
Sería la propia:

La calentura, etc.

Muda de casas
Madama Antonia
Porque son ellas
De mala sombra.
Sino trabaja,
¡Por Dios, Señora!
¡Busca usted una
Dó llueven onzas?
Hágalo, y buenas
Le serán todas.

La calentura

No está en la ropa.

LA LAGARTIJA.

El que á mentir, á negar,
O á conceder se dirija
Cuanto fuere irregular,
Aunque lo quiera evitar
Se traga la lagartija.

No conoce Don Vicente
La maruga que es su hija;
Ella le es muy reverente,
Y él, llamándola inocente
Se traga la lagartija.

Dice Juan, que capital
Tiene, que su renta fija
Es un crecido caudal;
Y el que le preste un real,
Se traga la lagartija.

La que indiferente fuere
En amores, no se aflija,
Por que á esa nada le hiere;
Mas la que de veras quiere,
Se traga la lagartija.

Bien es que Luis con bondad
A sus deudores exija;
Mas si es mayor cantidad
Y hay escritos, no hay piedad,
Se traga la lagartija.

Por último, todo aquel
Que engañar á otro colija,
Con apariencia de fiel,
Si el otro lo engaña á él,
Se traga la lagartija.

“¡QUÉJANSE QUE NO HAY CACAO PERO CHOROTE SE BEBE!”

Desde que empezó la moda
De aparentar escaseces,
No hay quien miseria no llore
Ni quien historias no invente;

En tanto siguen los bailes
De etiqueta, el lujo crece,
Se toma cerveza á jarros
Y se compra por toneles..

Luego, clamar es preciso,
Al ver como vá el julepe:
*¡Quéjansen que no hay cacao,
Pero chorote (1) se bebe!*

Personas hay que ni comen
Si sus palabras se creen,
Porque según ellas juran
Ni un ochavo al año tienen;
Mas en los públicos actos
Miradlas como aparecen
Con los mismos atavíos
Que los más ricos marqueses
Que tomen al fiado ó nó
Ellos allá se la entiendan
*¡Quéjansen que no hay cacao,
Pero chorote se bebe!*

No vereis de Libia en casa
Ni un mediano taburete,
Una sábana es su ajuar
De dormir, que al catre tiende.
Un cordel en un rincón
Es su baul, sin más muebles;
Y así, con unos zapatos
No sale jamás dos veces,
Y despues que en lujo botan
El poco metal que tienen

*¡Quéjansen que no hay cacao,
Pero chorote se bebe!*

Las familias del gran tono
Tambien lloran como nénes,
Y cuando toman el libro
De sotas, ases y reyes,
Se dejan llantos aparte,
Vénse los rostros alegres,
Y cien onzas á un albur
O se ganan ó se pierden;
Luego, concursos y juicios,
Y mientras otros perecen
*¡Quéjansen que no hay cacao,
Pero chorote se bebe!*

Pobres hay que no heredaron,
Ni en trabajar se entretienen,
Hechos unos Jeremías
Vivir sobre el pueblo quieren:
Ellos andan bien vestidos,
Dos ó tres casas mantienen,
Y comen lo más costoso:
No hay billar que no frecuenten,
Regalan joyas, y andan
En quitrín de alquiler siempre,
*¡Quéjansen que no hay cacao,
Pero chorote se bebe!*

¡¡DIOS NOS ASISTA!!

Si dice el teniente estrella
Que amores le detenían
Mientras otros perecían
En la toma de Morella,
Esa es confesion muy bella;
Mas sí nos viene á contar.
Que estuvo sin pelear
De aquel punto en la conquista,
¡Dios nos asista...!

Que se halle Lesbia en un caso
Donde que sentir la den,
Y que yo la saque bien
Aunque perezca en el paso,
¡Jaya; más que como el Tasso,
Porque me ofenda una bella,
Me vuelva loco por ella
Y morir quiera á su vista,
¡Dios nos asista...!

Pero nada he conseguido,
Porque despues he sabido

Que á nadie dice que nó:
Y eso que des que nació,
Dice su hermano Pancracio,
Que camina muy despacio:
¡Con que si anduviese lista!
¡Dios nos asista...!

Ha tenido Juan razones
Con cierto caballero,
Presentó solo un escrito;
Y hay de costas cien doblones;
Conque en las *declaraciones*
Vistas, autos, concurrencias,
Nuevos fiscales, sentencias,
Apelación y revista;
¡Dios nos asista...!

Lisio está privilegiado,
Porque se sabe humillar,
Para á todos demandar
Y no ser él demandado;
En seis listas apuntado

Lo he visto ya de deudores;
 Con que si los acreedores;
 Le tienen todos en lista;
 ¡Dios nos asista...!

Cursio piensa que es poeta,
 Dice que el Pindo le inspira,

Llama á su *bandurria*, lira,
 Trompa de oro á su *trompeta*;
 No hace una cosa completa,
 Versa cuando está beodo,
 Y todos le aplauden todo
 Nombrándole gran artista:
 ¡Dios nos asista...!

¡Z A F A!

Quiérote, Lisia, evitar
 Amistades peligrosas,
 Y te advertiré las cosas
 De que te debes zafar:
 De la que gusta engañar
 A sus pretendientes, dando
 Esperanzas, y anhelando
 Está por ver al que agafa:
 ¡Zafa!

Si ves á Don Can Cervero
 Falto de oficio y pitanza,
 Que es un pobre arrastra-panza
 Con humos de caballero;
 Que al honrado jornalero
 Escarnece con perfidia,
 Cuando él se muere de envidia
 Y vive de lo que estafa:
 ¡Zafa!

¡Piedad, hermano Vistrubio!
 ¡Porqué no cierras los lábios,
 Cuando tienes más resabios
 Que chispas lanza el Vesubio?
 Tú secáras el Danubio

Si te lo diesen de rom,
 ¡Y murmuras de Simon
 Porque apura una garrafa?
 ¡Zafa!

Cierta dama larga vió
 A un andaluz marinero,
 Sintióle sonar dinero,
 Y eterno amor le juró;
 Pero el curro que entendió
 El achaque á punto fijo,
 Se terció su gorra y dijo
 —Mira... pichón de jirafa
 ¡Zafa!

Concede, Lisia, favores
 Al que con ingenuidad
 Diga siempre la verdad
 Y te evite sinsabores;
 Mas si se trata de amores
 Don Hipócrita cangrejo
 Que parece moro viejo
 Envuelto en una almalafa
 ¡Zafa!

Á N I S E.

Nise preciosa,
 Doncella amada,
 Prenda adorada
 Del corazón,
 Oye amorosa
 Mi blando ruego,
 O apaga el fuego
 De mi pasión.
 Yo te ví, bella
 Rosa temprana,
 Una mañana

Del dulce Abril,
 Como la estrella
 De los amores
 Entre las flores
 Que dá el pensil.
 Alzó la brisa
 Tu sutil manto,
 Y el pudor santo
 Cubrió tu faz:
 Tu alma sonrisa
 Miré suprema

Como un emblema
De dicha y paz.

«La jovencilla
De típreciada,
Por mí halagada
(Contestó así:)
Vive en la orilla
Que baña undoso
El resbaloso
Camajuaní.»

Los días santos
Cada semana
Voy de mañana
Por verte, amor.
Oigo los cantos
Del simple arriero,
Del carpintero
Y el ruiseñor.

Y tú suspiras,
Mi dueño amado,
Cuando á mi lado

Sueles pasar;]
Mas no me miras
Cuando te hablo
¡Llévese el diablo
Tanto penar!

¿Será posible
Nise preciosa,
Que desdeñosa
Pagues mi amor?
Si eres sensible
Calma mi llanto,
Duélete un tanto
De mi dolor.

Duélate, hermosa,
Mi ardiente lloro,
Que yo te adoro
Des que te ví.
Tú eres mi diosa,
Nise querida,
Y yo la vida
Diera por tí.

EL AVARO.

Que se hundan los templos,
Se incendien palacios,
Que el mar se alborote,
Que lluevan peñascos,
Se agoten los ríos,
Se yermen los campos,
Me importa bien poco
Ningun caso hago,
Con tal que seguros
Estén mis ducados.

Que al verme en las calles
Con rotos zapatos,
Crecido el cabello,
La barba de un palmo,
Y, en vez de alba ropa
Cubierto de harapos,
Me griten los chicos:
«Es loco, amarradlo.»

Y los hombres justos
Mi traje mirando
Me digan «maldito
Miserable avaro».
Tampoco me altero
Ni les hago caso.
Porque ellos no tienen

El oro guardado,
Que yo entre mis arcas
Admiro extasiado.

Que á pedirme vengan
Limosnas, llorando,
La rodilla en tierra,
Las viudas y ancianos;
Y que de hambre luego
Los mire espirando;
Eso no es motivo
Para que mi mano
Prodigue los pesos
Que con afán tanto
En mis férreas arcas
Tengo yo guardados.

Quando entre mi albergue
Me encuentro encerrado,
Mi lámpara enciendo,
Los baules abro,
Y paso las noches,
Que otros en descanso,
A un lado y á otro
Moviendo mis sacos.

Si en medio del sueño
Siento algunos pasos

Con gritos terribles
«¡Ladrones...!» exclamo.
A veces enfermo
No tomo ni aun caldo,
Por no ver mis pesos
En ajenas manos:
Ellos son mis hijos

Y los quiero tanto,
Que primero gusto
Morir que soltarlos.
¡Morir qué me importa?
Si es un hecho claro
Que no hay mejor tumba
Que cien mil ducados.

LO MÁS CUERDO.

Una de dos, ó el mundo
Es un mimado niño,
Voluntarioso y tonto,
Que sigue su capricho;
O es un viejo caduco
Sin sensación ni tino,
Sistemático, y sordo
A las voces del juicio.
Querer en primer caso
Meterle en buen camino
De repente, si es jóven,
Después de tantos siglos,
Es pensar que barbado
Nacer puede un chiquillo,

En todas ciencias docto.
¡Extraño desatino!
Si es lo segundo, en vano
Son ya los específicos;
Arbol falto de sávia
Se acerca á su exterminio:
Y el que á la edad madura
No ha dejado sus vicios,
Moro viejo... ¿entendeis?
Dice el refran antiguo.
De todos modos, Fábio,
Lo más cuerdo y sencillo.
Es dejarle que corra
Y quitarse de ruidos.

QUE BUSQUE QUIEN SE LO CREA.

Si nos dice Rosalía
Que el mirarse sin cesar
En el espejo, es por dar
Gusto á su monomanía,
Puede en ello no mentir;
Mas si nos viene á decir
Que á casadas y doncellas
Las tiene todas por bellas
Y ella se tiene por fea,
Que busque quien se lo crea.

Si don Tello se desvive
Por demostrarnos, que en suma
Jamás que toma la pluma
Sabe cierto lo que escribe,
Puede no mentir en ello;
Pero si afirma don Tello
Que ha publicado en el *Times*
Poesías más sublimes
Que la *Iliada* y *Odisea*;
Que busque quien se lo crea.

Si nos dice un usurero,
Que esclavo del interés
Duerme sobre pagarés
Y sueña con el dinero,
Puede no errar, á fé mía;
Mas si con hipocresía
Vela su pálida frente
Y jura que solamente
El público bien desea:
Que busque quien se lo crea.

Si nos dice don Clemente
Que habla en voces retumbantes
Para que los ignorantes
Lo tengan por un sapiente,
Eso puede ser verdad;
Pero si con vanidad
Dice que ha escrito primores
Eclipsando á los autores
Del *Quijote* y la *Mosquea*,
Que busque quien se lo crea.

A UN PAJARILLO.

Músico parlero,
Que gratas canciones
Al aire regalas
Volando en el bosque,
No vagues, cuitado,
Murmurando amores
Por las verdes ramas
Del cerrado monte.

Mira que se ocultan
En él cazadores,
Que contra tu vida
Sus redes disponen.
Vuélvete á la jaula
Que tiene mi Clone
Revestida siempre
De cintas y flores;
Ella te celebra
Siempre que te oye,
Y en sus mismos labios
De comer te pone.
Te ofrezco una hembra
Con tal que retornes,
Y una hermosa jaula
Que en su centro forme

Una fuentecilla,
Sembrados los bordes
De tomillos verdes
Y madamas dobles.
De andar entre riesgos
Te libras entónces;
No pasarás hambres,
Ni los aguilonos
Tumbarán tu nido,
Ni te harán que llores
De día, gavilanes,
Lechuzas, de noche.
Vuelve, pajarillo,
Donde está mi Clone,
Vé allí á trinarla
Tus dulces canciones.
Oye mis consejos,
No imites al hombre,
Que de la prudencia
Desprecia las voces,
Y con larga série
De ingratas acciones,
Es como acostumbra
Pagar los favores.

¡CUANTA ILUSTRACIÓN...!

«¡Con que ya tenemos
Nuestro Salomon?

¡Caramba, qué sabio...!

¡Cuánta ilustración...!»

LIÑCE. (2)

Amigos, silencio,
Pasito, chitón....
Vamos á la escuela
Del nuevo Platon,
Del Diógenes nuevo,
Del nuevo Solon.
Digo, y que de valde,
Con santa intención,
En públicos diarios
Nos dá la lección,
Con más elocuencia
Que el gran Cicerón.

¡Caramba, qué sabio!

¡Cuánta ilustración!

—
Antes que él ninguno,
Despues...? qué sé yo...
Él mismo nos dice
Que es hombre de pró:
El informe basta,
Primo Melitón.
Si estamos nosotros
En el p—o—r—por,
Y necesitamos
Un hábil mentor,
Que al romanticismo
Mire con horror...!
¡Caramba, qué sabio!
¡Cuánta ilustración!

No es nada las gangas
 Que nos manda Dios
 Para darnos pruebas
 Que todo crió.
 Él dice que allende
 Ha sido escritor.
 ¡Será Fray Gerundio,
 Quintana, Breton,
 Gallego, Espronceda,
 O Hartzenbusch?—Ah no....
 Aquellos son nenes
 Para este doctor.
¡Caramba, qué sabio!
¡Cuánta ilustración!

La prosa no hay duda
 La escribe á primor:
 ¡Y es sentenciosillo,
 Por vida de Dios!
 —Y hace tambien versos:
 —Los hace?— Pues nó?
 —Como que él es zurdo:
 Pero, ¿tienen son
 Musical los metros
 Del tal trovador...?—
 —No, pero los mide
 Con un cartabón.—
¡Caramba, qué sabio!
¡Cuánta ilustración!

Dará gusto verle,
 Si empuña el bastón,

Presidiendo juntas...
 ¡Pobre educación...!
 ¡Qué es el Lugareño...?
 ¡Saco, y Luz, qué son
 Ante ese gigante
 De la reacción...?
 ¡Es incomprendible
 Su alta inspiración!
 Varela es estrella
 Donde él es un Sol.
¡Caramba, qué sabio!
¡Cuánta ilustración!

En punto de istoria
 Es un picarón,
 Es todo un estuche:
 ¡Cáspita, Señor...!
 Diógenes, segun
 Dice él, criticó
 Y enmendó las faltas
 Del... ¡Pobre Platón...!
 ¡En qué plumas andas
 Y en qué bocas! ¡oh...!
 ¡Si resucitases...!
 —Compadézcaos Dios
 Y no os tome en cuenta
 Vuestra presunción.
¡Caramba, qué sabio!
¡Cuánta ilustración!

EL CONSUELO.

«Eres rosa
 Que riendo
 Y entreabriendo
 Su boton,
 Aromosa
 El pecho inflama
 Y embalsama
 El corazón.
 Azucena
 Que electrizas
 Y amenizas
 El vergel;
 Más serena
 Que el Sol, brilla
 Tu mejilla

Dè clavel.
 Perfumada
 Tu sonrisa
 Cual la brisa
 Tropical:
 Tu mirada
 Refulgente,
 Y tu frente
 Celestial.
 Es tu acento,
 Como el canto,
 Del más santo
 Querubín,
 Y tu aliento
 Inspira amores

A las flores
 Del jardín.
 Deja enojos,
 Dueño amado,
 Que me has dado
 Penas mil;
 Vea tus ojos
 Yo, lucientes,
 Y tus dientes
 De marfil.»
 Así Elino,
 Que lloraba,
 Lamentaba

Su dolor,
 Cuando vino
 La trigueña
 Que era dueña
 De su amor.
 Se abrazarán
 Y partieron;
 No volvieron
 A reñir;
 Se casaron.
 Ya es felice,
 Y bendice
 Su existir.

ESA NO LA TRAGO YO.

Que desde Marzo á Febrero
 Guarde don Juan su dinero,
 Y diga en voz indiscreta
 Que no dará una peseta
 Al padre que lo engendró;
 ¿Quién le argumenta que nó?
 Mas que al reposo entregado
 No se levante asustado
 De sus ensueños, creyendo
 Que están las arcas abriendo
 Donde la plata guardó;
Esa no la trago yo.

Si nos dice doña Eufemia
 Que en diez años de academia
 Aunque se vido elogiar
 Por leer, escribir, bordar,
 Solo á bailar aprendió;
 ¿Quién le argumenta que nó?
 Mas que nos haga creer
 Que fué cumplida mujer
 Con su caduco consorte,
 Y que viviendo en la corte
 Ni en ofenderle pensó;
Esa no la trago yo.

Si cuenta llano Don Bruno,
 Que sin mérito ninguno
 Pretendió un alto destino
 Apoyado en buen padrino,
 Y que por él lo alcanzó;
 ¿Quién le argumenta que nó?
 Mas que en competencia fiel
 Don Bruno con Don Miguel,
 En su puesto no le deja
 Porque herido en Cauta-Vieja
 Cuatro banderas ganó;
Esa no la trago yo.

Si me dice Don Sangrado,
 Doctor solo en el dictado,
 Que este es el siglo de oro
 Porque mujer y tesoro
 En su matrimonio halló;
 ¿Quién le argumenta que nó?
 Mas si en lenguaje rotundo
 Me cuenta, que ya en el mundo
 No progresa la malicia,
 Porque la recta justicia
 De raiz la exterminó;
Esa no la trago yo.

A QUE NO.

Que tenga mi camarada
 Dinero para su amada,
 Y habiéndole yo servido
 Cuando le he visto afligido,
 Sepa esconderlo de mí;

A que sí.

Mas que llegue un valentón
 Exigiéndole un doblón,
 Y sin esperar que ruegue,
 Mi camarada le niegue
 Lo que á mi darme debió;

A que nó.

Que derroche Don Lidoro
Sus cuatro ó seis onzas de oro
Por andar en travesuras
Con las tiernas hermosuras
Del San Juan ó el Yumuri;

A que sí.

Mas que Don Lidoro, justo;
Antes de darse este gusto
Mande el dinero contado
A los que le han trabajado
El vestido que llevó;

A que nó.

Que Laura, consorte infiel,
Cuando vá con D. Manuel
A cierto punto escondido
Finja celar al marido
Si acaso le encuentra allí;

A que sí.

Mas que cuando á casa vuelva,
A confesar se resuelva
Sus cautelosas falsías
Y las dulces alegrías
Que con Don Manuel pasó;

A que nó.

Que amistad me brinde Hurtado
Y queriendo ser privado
De un poderoso sujeto,
Por oda, octava ó soneto
Ande siempre en pós de mí;

A que sí.

Mas que si agrada al Señor,
Como todo adulador,
Y lo que anhelaba alcanza,
Se acuerde que tal privanza
Por mis versos consiguió;

A que nó.

EL MUNDO ABANICO.

La jóven que yendo á pié
Lleva el zapato tan chico,
Que apenas andar la deja,
Ni lucir su cuerpo lindo:
Si en ella la atención pára
Algun galan barbi-limpio,
Porque cojear no la vea,
Y que vá haciendo pininos;
Se pára, compone el chal,
Y dá un tiento al abanico.

La casada que en un baile
Encuentra un mozo pulidó,
Anticiuacho coetáneo
Que fué su amor cuando niño:
Luego que el marido asoma,
Porque en su rostro encendido
No advierta la novedad
(Sé entiende, si es advertido.)
Agita el aire, cubriendo
La faz con el abanico.

La vieja verde que quiere
Dar á su hermosura brillo,
A los donceles deseos,
Y á un par de lustros olvido:
Cuando el sudor que la danza

Ocasiona, muestra al vivo
La arrugada tez que en vano
Los afeites han bruñido,
Le ofende la luz, y hace
Sombrilla del abanico.

La niña que ve á su novio
En pláticas distraido
Con otra que antes le tiene
El corazón intranquilo:
Como llamarle no puede,
Falta de placer y juicio,
Para desfogar su rabia
Le contempla de hito en hito,
Ansia morderlo, no puede,
Y *¿quién paga...? el abanico.*

Hombres hay insustanciales.
Nulos hasta lo infinito;
Pero de gran importancia
Por su apariencia tenidos:
En todas partes se encuentran
No porque ellos toquen pito,
Sino porque otros con ellos
Hacen los propios oficios
Que las lindas hijas de Eva
Tienen con el abanico.

LA FLOR DE LA PIÑA.

La fruta más bella
 Que nace en las Indias,
 La más estimada
 De cuantos la miran,
 Es la piña dulce
 Que el néctar nos brinda,
 Más grato y sabroso
 Que aquel que en la antigua
 Edad saborearon
 Deidades olímpias;
 Pero es más preciosa
La flor de la piña.

Cuando sobre el tallo
 Preséntase erguida,
 De verde corona
 La testa ceñida,
 Proclámala reina
 La feraz campiña;
 Salúdala el Alba
 De perlas con risa,
 Favonio la besa,
 Y el astro del día
 Contempla extasiado
La flor de la piña.

Como si tejiéseis
 Una canastilla
 De juncos, al sesgo
 Formando una pira;
 Y en cada distancia
 Que aljófara simula,
 Un rubí pusiérais,
 Finjiendo conchitas
 De aquellas preciosas
 Que el mar dá á su orilla;
 Así se presenta
Con flores la piña.

Ella es un emblema
 De la infancia viva,
 Fecunda en su tallo
 Feraz en sus guías;
 Y como le suelen
 Nacer á las niñas
 Amantes deseos
 Mas bien por la vista,
 Así porque quede
 La imágen cumplida,
 Brota por los ojos
La flor de la piña.

LA FLOR DEL CAFÉ.

Prendado estoy de una hermosa
 Por quien la vida daré
 Si me acoje cariñosa,
 Porque es cándida y preciosa
Como la flor del café.

Son sus ojos refulgentes,
 Grana en sus labios se vé,
 Y son sus menudos dientes,
 Blancos, parejos, lucientes,
Como la flor del café.

Una sola vez la hablé
 Y la dije:—¡Me amas, Flora?
 Y más cantares te haré,
 Que perlas llueve la Aurora,
Sobre la flor del café.

Ser fino y constante juro,
 De cumplirlo estoy seguro,
 Hasta morir te amaré;
 Porque mi pecho es tan puro,
Como la flor del café.

Ella contestó al momento:
 —«De un poeta el juramento
 En mi vida creeré,
 Porque se vá con el viento
Como la flor del café.

«Cuando sus almas fogosas
 Ofrecen eterna fé,
 Nos llaman ninfas y diosas,
 Más fragantes que las rosas
Y las flores del café.

«Mas despues que han conseguido
 Ver su amor correspondido
 Y va á ellos nuestra fé
 Como el céfiro dormido
Sobre la flor del café.

Entónces, abandonada
 En soledad desgraciada
 Dejan la que amante fué;
 Como en el polvo agostada
Yace la flor del café.

Yo repuse:—Tanta queja
Suspende, Flora, por que
Tambien la mujer se deja
Picar de cualquier abeja,
Como la flor del café.

Quiéreme, trigueña mía,
Y hasta el postrimero día
No dudes que fiel seré:
Tú serás mi poesía,
Y yo, tu flor del café.

A tu lado cantaré
De amor al lánguido rayo
Radiante de gloria y fé
Como en mañana de Mayo
Brilla la flor del café.

Suspiró con emoción.
Miróme, calló y se fué;
Y desde tal ocasión,
Siempre sobre el corazón
Traigo la flor del café.

EL QUE NO TIENE HARINA, NO CAMINA.

Lisia por bailar se muere,
Siempre de esto hablando está;
Pero dice que no vá
Porque su madre no quiere
Verla entre plebe mezquina:
Y es porque no tiene harina.

Pantufias gasta Don Tal
Pretextando que el becerro
Parece cuero de perro
Que le hace á los callos mal,
Cuando con ellos camina:
Y es porque no tiene harina.

En las visitas, Filena
Aves devora sin tasa,
Mas no las guisa en su casa
Porque le causa gran pena
Darle muerte á una gallina:
Y es porque no tiene harina.

Nació noble Don Simón;
Mas él con finjido agrado
Dice que es despreocupado,
Por cuya simple razón
No anda en coche ni en berlina;
Y es porque no tiene harina.

No gusta Juan de querellas,
Jura que la paz adora,
Razón porque no enamora,
Sin embargo de ser bellas,
A Julia ni á Celestina:
Y es porque no tiene harina.

A mí tampoco me gustan
Las alegres diversiones,
Huyo de asados lechones
Y los festines me asustan;
A nada mi alma se inclina:
Y es porque no tengo harina.

QUE SE LO CUENTE A SU ABUELA.

Si me dice D. Sarmiento
Que escribe lo que copió,
Eso se lo creo yo
Sin que me haga juramento;
Mas si afirma que es portento
De estudio y erudición,
Y que de su ilustración
La fama en Europa vuela,
Que se lo cuente á su abuela.

Don Felidonso de Páres
No se cansa en repetir,
Que no hay quien sepa escribir
En San Juan ni en Almendares:
Él solo con sus cantares

Y fantástica cartilla,
Honrar puede nuestra Antilla
Con una normal escuela:
Que se lo cuente á su abuela.

Dice Lisida que hermosa
Era en sus primeros años;
Mas que unos males extraños
La han puesto en breve horrosos:
Y aunque en los sesenta' posa,
En repetir se complace
—«Diez ó doce meses hace
Que mudé la última muela.»
Que se lo cuente á su abuela.

Siempre exclama Don Longino
—«Soy de sangre noble y pura,»
Con una pasión más dura
Que cáscara de tocino,
Y con su rostro cetrino

Que africana estirpe indica,
Alucinado publica
Ser de excelsa parentela!
Que se lo cuente á su abuela.

¡NO JUEGUE, QUE ME MOJA!

*Al que mentiras arroja
Como agua por azotea,
Le diré cuando lo vea:
«¡Oh...! no juegue, que me moja.»*

Atención: salgo de casa
Con Juan, hallo á Don Marcelo,
Hombre tan largo de pelo
Que hasta el bigote le pasa.
—¿Porqué se unta tanta grasa?
—Para que no se le encoja.
¡Oh...! no juegue, que me moja.

El ex-comisario Harpías
Llora del hado el vaiven.
Dice que fué hombre de bien,
Y en catorce ó quince días
Hizo más piraterías
Que en el Ponto Barba-roja!
¡Oh...! no juegue, que me moja.
—¿Qué tiene Doña Esperanza?
¡Dice, que grande el zapato
Y se sienta á cada rato
Y lleva el cuerpo en la danza

Cual volatin sin balanza,
Que baila en la cuerda floja?
¡Oh...! no juegue, que me moja.
Aquel vate ó vateón
Llama lira á su trompeta
¿Quiere echarla de poeta
Siendo un solemne ladrón
De Quintana, de Bretón,
De Garcilaso y de Rioja?
¡Oh...! no juegue, que me moja
¿Qué feliz es Don Pascual!
Tiene una letra divina,
Entiende la medicina
Y la historia natural.
¿Tanto sabe, y es formal
Y no halla quien lo recoja?
¡Oh...! no juegue, que me moja
¿Qué! ¿quiere Don Zacarías
Matarme de hambre y de penas,
Pidiéndome por docenas
Sonetos para dar días,
Como si hacer poesías
Fuera despachar maloja?
¡Oh...! no juegue, que me moja

¡QUÉ TORO TAN BRAVO!

Un cabo en España había,
Y cuando hallaba el tal cabo
Cosa que á mal le sabía,
Se persignaba y decía:
¡Jesús!... qué toro tan bravo!
Yo, que ni soldado soy,
Cuando malas cosas veo,
O finjo lo que no creo,
En la propia maña estoy.
A un mal médico ayer vi
Tan hinchado como un pavo,
Y dije dentro de mí:
¡Jesús!... qué toro tan bravo!

No hay duda que es bella Juana,
Si de roja muselina

Lleva el traje á la Cipriana
Y mangas á la italiana
Con cuatro ó cinco sayuelas,
Apuesto que te da un clavo;
Pero, si la desmantelas
¡Jesús!... qué toro tan bravo
Aquel sayón de la leva
Color de inmortalidad,
Sin corte, talle ni edad,
Que en tiempo de Adán fué nueva
A figurin se metió,
Y sin tener un ochavo
Con dama hermosa casó.
¡Jesús!... qué toro tan bravo!
Don Lisandro es hombre recto.

Habla siempre en tono enfático,
 Porque es químico, gramático,
 Botánico y arquitecto.
 Es generoso sin par,
 Noble más que Alfonso Octavo;
 Pero, en yéndole á cobrar
¡Jesús!... qué toro tan bravo!

Livio es jóven apreciable
 Por su genio, en grado tanto,
 Que le tendrá por un santo
 Quien solo una vez le hable:
 Es sufrido y consecuente
 Mucho más que yo le alabo;
 Mas en tomando agua (ardiente)
¡Jesús!... qué toro tan bravo!

Al teatro vá Don Abel
 Con sus espejuelos bellos,
 Mas porque le vean con ellos,
 Que por ver con ellos él.

¡Qué lindo Adonis! ¡qué flor!
 Cuánto apuestan que le gravo
 En el fondo de un va...por
¡Jesús!... qué toro tan bravo!

Dice el doctor Sepultura
 Que mis versos no son buenos,
 Porque están de gala ajenos
 Y faltos de limadura.
 Su lima blanda es mejor,
 Que es fría; mas, dá en el clavo.
 ¡Valiente limon doctor!
¡Jesús!... qué toro tan bravo!

Cuando llevo á Don Severo
 Coplas para su Raquel,
 Es más dulce que la miel,
 Y manso cómo un cordero;
 Mas si un billete el poeta
 Le remite con su esclavo
 Pidiéndole una peseta,
¡Jesús!... qué toro tan bravo!

NOTAS DE LAS LETRILLAS

(1) Bebida alimenticia que se hace con la flor del cacao.

(2) Esta letrilla es de circunstancias y la hizo PLACIDO con motivo de una polémica que le suscitó un pseudo-crítico. Insertámosla atendiendo al motivo que le dió vida, y porque en ella se distingue aquel donaire sarcástico que también manejaba el poeta cuando moraba el ridículo.

S. A. M.

SÉPTIMA PARTE

EPIGRAMAS

Viendo Zelima al Amor
Que iba encorvado y desnudo,
Lanzó al viento un ¡ay! agudo
De compasivo dolor.

Viólo su hermana Leonor,
Y dijo:—«Cara Zelima,
No así el corazón te oprima
Ese Amor, pues va encorvado
Porque se *casó pelado*
Y le cayó el mundo encima.»

Por un melón al mercado
Fué Pedro; á casa llegó
Y una calabaza halló,
(Que era lo que le habian dado).

Despues de haberla calado
No hubo de volverla traza.
Si de amor voy á la plaza,
De todo á voluntad mía
Compraré, menos sandía
Por no llevar calabaza.

Persigue el gato al ratón
No por servir á su dueño,
Mas por natural empeño
De maligna oposición.

Cuántos hay que tales son
Viéndose en alta privanza;
Pues con rastrera acechanza
Y depravada malicia
Finjen amar la justicia
Por ejercer la venganza.

Quiere cierto caballero
Ver lozano su jardin
Sin dar jamás un florin,
Ni pagar al jardinero.
¿Se dirá que engañar quiero
Con ejemplos mal urdidos?
Pues yo conozco maridos
Como el dueño de estas flores,
De la honra celadores,
Del gasto desentendidos.

Paseando, Rosalía
Con su esposo, le dijera,
—«Ojalá que ver pudiera
El mundo al revés un día.»

Un toro en esto venía
Sin astas, y algo despues
Pasó una vaca con tres;
Dijo el marido:—«¿Estás viendo?»
Y ella contestó:—«Sí, entiendo,
Ese es el mundo al revés.»

Un doctor no pudo hacer
Sanar la cojera á Juana,
Y ella, de misa al volver,
Halló un toro, echó á correr,
Y subióse á una ventana.
Bajó pasado el terror,
Libre del físico mal
Y del insano dolor;
De suerte, que el animal
Fué más hábil que el doctor.

Con semblante placentero
Llegóse Tomasa á Rosa
Diciendo—«China, yo quiero
Que me prestes una cosa
Que sirva para yesquero.»
—«En vano el tiempo has perdido,
(Contestó Rosa á Tomasa)
Cuando lo que me has pedido
De sobra lo hay en tu casa.»
—«¿Quién lo tiene?—«Tu marido.»

El ciudadano Faustino
Al Juez del barrio se queja,
Porque dormir no lo deja
El burro de su vecino.

Llegó el Juez, y le previno
De su falta, con bondad;
Pero el de la vecindad
Alega, (no sin razón)
Que tambien los burros son
Cargas de la sociedad.

Don Poca no tiene nada,
Porque su alma inconsecuente,
Baja, perversa y menguada,
Tiene una invisible espada
Para herir impunemente:
En todas las famas toca
Haciendo estrago terrible.
—Puesto que siempre Don Poca
Lleva esa espada invisible
¿Dónde la oculta?—En la boca.

De día, de noche, siempre
Va Don Hermeguncio armado;
Mas no para defenderse
Si le atacan con un palo.
—Pues entónces ¿con qué objeto
Anda tambien preparado?
—Para que nadie, si huye,
Le salga á estorbar el paso.
—¿Cobarde es Don Hemeguncio!
Peró al fin, cobarde sabio.

Viendo de hierro una cara
En cierto taller un día,
De cuya boca salía
Una vibora de á vara,

Movióme su facción rara,
Y llegándome al instante,
Preguntéle al fabricante
Si estaba un demonio haciendo;
Y él contestó sonriendo:
—«No señor, un denunciante.»

A Silvia Fabio encontró,
Y con fingida alegría
—«¿Dónde vives?»—preguntó,
Y ella las señas le dió
De la casa en que vivía:
Yo le dije—¿Fabio amado,
Vas á ver á Silvia bella?
Y él contestó:—«Ni pensado.
—¿Pues por qué le has preguntado.
—«Para no pasar por ella.»

Ya mi tierra está muy rica,
Dijo Belen á su hermana,
Pues no se anda una manzana
Sin ver una gran botica.

Aproximóse la chica,
Y añadió llena de espanto:
—«No te huelgues de ello tanto:
Pues has de advertir, Belen,
Que por eso han hecho bien
De agrandar el campo-santo.»

Muestra Don Numa alegría
De cuanto escucha el menguado,
Se sabe que fué educado
En una tortillería.

—Pero con esa manía
¿Será Don Numa sincero?
—Si se educó tortillero,
Por hábito amasará.
—¿Y al fin, en qué parará?
—Cuando más en pastelero.

Se estrenó Juan un sombrero,
Al dueño en la calle halló,
Y le dijo:—«Caballero,
Este se lo quito yo
Hasta que lleve el dinero.»
¿Cuántos por la calle van
Con casaca y pantalón
De rico paño sedan,

Cuyas propiedades son
Como el sombrero de Juan!

Muchacho, aquel caballero
Que va siempre de casaca,
Cadena y relój de oro,
¿Sabes tu dónde es su casa?
—«No vive en parte ninguna,
De billar en billar anda,
Suele dormir en la fonda
Cuando no está de parranda.»
—¿Qué, será capitalista?
—«No señor, vive de *guagua*.»

Con mis consejos de amor,
Dijo Lisio, voy sacando
A Filena de su error,
Porque se va ya enmendando
De su conducta anterior.
Silvio dijo,—«Es cosa cierta
Que mucho puede sacarse;
Mas es verdad descubierta
Que acabará de enmendarse
Tres días despues de muerta.»

Viendo Fabio que ya es Don
Quien ayer vistió librea,
Que en bello quitrin pasea
Tirado por un frisón,
Que habla grave, usa bastón
Y en alto puesto figura;
Entre risas y amargura
Dijole grave Jovino:
—«En tiempo de remolino
Así sube la basura.»

Yendo Pedro á misa un día
Con Juan que le acompañaba,
Tal aquel le preguntaba,
Y éste así le respondía:
—«¿Es aquel Don Alma-fría,
Que aprendió como es constante
En un colegio brillante,
Y se recibió despues
De Bachiller, y ahora es...?»
—«Sí señor. ¡Mula bastante!»

¿No ves aquel que desdenea
Virtudes que no posée,
Que habla, escribe, canta y lee,
Tan diestro como una peña?

¿Ves como á todos enseña,
Que es su necio barbarismo
Emblema del egoismo,
Torpe y perverso avechucho?
Pues su padre... estudió mucho
Y murió siendo lo mismo.

Moya, (1) los hados fatales
Por una incidencia rara,
Me hacen ser en Villa Clara
Enfermero de animales;

Pero ya que tu te vales
De sátiras contra mí,
Manda animales, que aquí
Los curaré sin demora,
Hasta que llegue la hora
De hacerte un *remedio á tí*.

Un verso á los ojos tiernos
Andrés le pidió á Simón,
Y él gritó con precisión:
—«Tu mujer reparte cuernos.»
—«En verdad no es verso, Andrés;
Dijo:—y él repuso—«Ya,
Ello... verso... no será;
Pero verdad sí que es.»

Conque te vas á casar...
Juan del diablo, en este Enero,
Sin crédito, sin dinero,
Y sin saber trabajar.
—«Calla, Pedro, no te espantes;
Pues ya convenido habemos,
Que en casándonos busquemos,
Yo, trabajo, ella marchantes.

¿De dónde Anton sacará
Para el gasto que publica?
¿Tendrá alguna vieja rica,
O le lloverá el maná?
—Eres, Pedro, muy curioso;
Anton no tiene otra cosa,
Que una mujer hacendosa
Y un amigo generoso.

En el feliz siglo de oro,
 Júpiter, para poder
 Conquistar á una mujer,
 Tuvo que volverse toro.
 Cambiádose han las estrellas;
 Porque entonces los que amaban
 Por sus ninfas se encornaban;
 Y ahora los encuernan ellas.

Sin duda tenido había
 Alguna chanza pesada
 Con Livia la recatada
 Fabio, y tal le dijo un día,
 —«¿Ves aquella verde moya...?
 ¿No te acuerdas cuando allí...?»
 Y ella le contestó:—«Sí...
 Ya... me acuerdo... allí fué Troya.»

El presumido Tristán
 Preguntó á Merced hermosa,
 —«¿Señorita, habrá una cosa
 Más grande que su fustan?»
 —«Hay cuatro, dijo Merced
 Con pensamiento profundo;
 Que son Dios, el cielo, el mundo.
 Y su necesidad de usted.»

Queriendo Juana pescado,
 Su esposo por él salió,
 Y á las dos horas volvió
 Sin dinero y estropeado:
 —«Marido de los infiernos,
 (Díjole Juana al entrar)
 ¿Conque te has dejado dar...?
 ¿De qué te sirven los cuernos...?»

Una carta escribió Antonio,
 Diciéndole á Juan su amigo:
 «El portador es testigo
 Que me ha llevado el demonio»,
 —«¿Anda en pleito, ó es soldado?»
 (Dijo Juan al portador):
 Y él contestó—«No señor,
 Vuestro amigo se ha casado.»

Lucina toma licor;
 Mas nadie se escandalice,
 Porque segun ella dice,

Es por curarse un dolor.
 —¿Y porqué bebe Lucina
 Despues del dolor calmado...?
 ¿Será que le habrá tomado
 Cariño á la medicina?

Don Simplicio, dijo Bruna,
 Cierta espada nos presenta,
 Que cien mil reyertas cuenta
 Y no ha vencido ninguna.
 Al oirla mi adorada
 Contestó con gracia suma:
 —«Chica, yo he visto una pluma
 Que es parienta de esa espada.»

Tiene Guillen comenzadas
 Más obras que Montalbán;
 Pero por desgracia están
 Truncas ó mal acabadas.
 —«¿Y cuándo aquello que empiez
 En prosa ó verso, Guillen
 Logrará concluir bien?»
 —«Cuando compre la cabeza.»

¿Tú vés aquel figurón
 Hecho de cristal de roca
 Con una sierpe en la boca
 Y un fuelle en el corazón?
 —«No comprendo la invención.»
 —«¿Cómo! ¿no la has comprendido.
 ¡Mírala bien...!»—«Ya he caído,
 Es la efigie de un soplón.»

Casóse Lesbia, y ganó
 Con solo haberse casado.
 —«¿Tú presumes que ha ganado?
 Pues al contrario, perdió.»
 —«¿Cómo dices que ha perdido
 En sentencia terminante?»
 —«Porque se acaba el amante
 En donde empieza el marido.»

Padece melancolía
 Melchor; la causa no acierto.
 —«Porque sin haberse muerto
 Ha visto del *juicio el día.*»
 —«¿Cómo, sin haber finado

Ha visto el *juicio* Melchor?
—«Sí. ¿No ves que es acreedor
De un comerciante *quebrado*?

—
¡En qué demonios se emplea
El novio de Rosalía,
Que almuerza, come, pasea,
Y duerme hasta el medio día?
—«Es hombre trabajador,
No lo acrimines, Fabricio.»
—«¡Trabaja...! ¡y cuál es su oficio?»
—«Cerero... y aplanador.»

—
Cuenta el poetastro Doria
Prodigios de su poema,
Que tiene por nombre y tema
Maravillas de la gloria.
Que ha brillado en el Liceo
De Madrid—«Dificultad
No encuentro en que sea verdad;
Pero yo no se lo creo.»

—
Si á todos, Arcino, dices,
Que son de baja ralea,
Cuando tienes á Guinea
En el pelo y las narices:
Debes confesar, Arcino,
Que es desatino probado
Siendo de vidrio el tejado
Fírar piedras al vecino.

—
Reza Luz cuatro rosarios,
Va á misa todos los días,
De todas las cofradías
Tiene los escapularios;
Mas es hipócrita Luz
Y peca á la *agachapanda.*
—«Bien dicen, que siempre anda
El diablo tras de la cruz.»

—
Queriendo Lisio elogiar
La perfección de su hermosa
Dijo:—«Mi Libia preciosa
Hasta el pié tiene sin par.»
El cirujano Don Bruno
Al oírlo exclamó:—«¡Quién...!
¡Libia...? dice usted muy bien;
Porque yo le corté uno.»

A Ligerea con grave
Acento Inarco juró,
Que siempre fiel la adoró,
Y ella contestó:—«¡Quién sabe!»
Pero cuando Ligerea
Jura haberle sido casta,
Le dice Inarco:—«No basta,
Falta que yo te lo crea.»

—
Dice Tomás con candor:
—«Compraré un sombrero rico
Cuando Juan me pague *el pico*
Que dí por él al doctor.»
—«Pues si el infeliz Tomás
Espera á comprar sombrero
Cuando Juan le dé el dinero,
No se lo pondrá jamás.»

—
Rosalía se casó
Con Narciso, y es alhaja,
Porque en su vida trabaja,
¡Ya se vé, nada aprendió...!
Mas Narciso tambien es
Del juego de Rosalía,
De suerte que *Dios los cria*
Y ellos se juntan despues.

—
Está Pascual en *pelota*,
No tiene un medio de plata
Ahora de casarse trata,
Y al pueblo su elección nota,
Porque Marica la rota
Es la novia de Pascual.
—«Bien dicen; tal para cuál...!»

—
Envidia tengo, y no poca,
Al corsé que lleva Andrea,
No por lo que la hermosea
Sino por lo que la toca.

—
Aquel caduco usurero
Solo piensa noche y día
En atesorar dinero.
—«Así estará su heredero
Reventando de alegría.»

—
Si ni con pluma ni acero
Licio á la patria sirvió

Y en cuna humilde nació,
 ¡Cómo es Licio caballero?
 —«Porque le costó el dinero.»

—
 Aquel necio que vá allí,
 Habla más que un condenado
 Y se llama Juan Callado
 —«¡Cuántos conozco yo así!»

—
 ¡Porqué dará Don Manuel
 De patadas á su potro?

—«Para convencer al otro
 Que es menos bestia que él.»

—
 Miente Andrés tan sin guarismo
 Que no hallando quien lo crea
 Se conforma con la idea
 De darse crédito él mismo.

—
 Compró un billete Matías,
 El cual premiado salió,
 Y en aquellos mismos días
 La mujer se le murió.
 —«Esas son dos loterías.»

NOTA DE LOS EPIGRAMAS.

(1) Esta composición la dedicó PLACIDO á un amigo que le remitió un gallo para que lo curase.

OCTAVA PARTE

ANACREÓNTICAS

EL AMOR PESCANDO.

Del blondo y florido Mayo
Una mañana serena,
Estaba tranquilo el mar
Y Amor á pescar se apresta.
Y aunque no es la única vez
Que le plugo andar de pesca,
Digno es de contar el caso,
Porque lo hizo á la moderna.
Viendo que sobre las olas
Mil veces las redes echa
Y ni una triste sardina
A gran distancia se acerca,
Dejando en el mar las redes
Baró el cayuco en la arena,
Y dijo:—«Marina, adiós
Que voy á pescar á tierra.»

Hay cerca del Yumurí
Un jardín encantador,
Donde nace el alelí,
La rosa, el clavel; y Amor
Dirigió su vuelo allí.

Tejió una pita de flores,
Púsole dorado anzuelo,
Y gritó á los trovadores:
—«Mirad bardos de este suelo
Como se pescan amores.»

Una bella joven vió
Al márgen del Yumurí:
La guirnalda le tendió
Diciendo para entre sí,
—«Esta doncella cayó.»

Con el placer sobrehumano
No reparó que tenía
El anzuelo entre su mano,
Y en tanto que ella comía
Amor esperaba ufano.

Inocente la belleza
La banda de flores vió,
Tomó el cabo con presteza
Y fuertemente lo ató
Por corona á la cabeza.

Creyóla el rapaz segura,
Así que de ella tiraba;
¡Pero cuál fué su amargura
Al ver que su mano estaba
Destilando sangre pura!

Viéronle los trovadores
Y exclamaron acordados:
—«Este es de los desgraciados
Que andan á pesca de amores
Y paran por ser pescados.»

A UNOS OJOS.

De su agraciada Laura
 La célica sonrisa
 Cantó el Petrarca tierno
 Con inspirada lira;
 Pero yo con estilo
 Más humilde este día,
 Sólo canto las gracias
 Que en esos ojos brillan;
 Las gracias hechiceras
 Que han hecho más conquistas

Que Apolo esparce rayos,
 Que flores Abril cría.
 Canto el fuego divino
 Que tus ojos anima,
 Donde Cupido forja
 Sus penetrantes viras:
 Canto, en fin, extasiado,
 Tu belleza divina,
 Emulación de Psíquis
 Y de Vénus Ciprina.

EL DESDEN.

Ven, mitad de mi alma;
 Ven, mi dulce morena,
 Y orna mi frente y tirso
 De pámpanos y yedra.
 ¡Ay! no en sanos desdenes
 Las gratas horas pierdas:
 Quizá no están muy lejos
 Las desdichas acerbas.
 Con que al mortal sañuda
 La parca dura acecha.
 Ven, morena, á mis brazos,
 Y disfrutar me deja
 Los deleitosos días
 Que de vivir nos restan.
 Deja besar tus ojos
 Y tu boca hechicera,
 Y tu bella garganta,
 Y tus... sí, llega, llega.
 Pero ántes echa vino
 En esa copa; echa
 Hasta que se rebose....
 Basta ya: prueba, prueba.

¡Qué dulce! qué sabroso!
 ¡No es verdad? dime, Fela,
 ¡No sientes inflamarse
 Tu pecho en llama nueva?
 ¡No te embelesa el gusto?
 ¡Oh, cómo centellean
 Tus ojos! Si parece
 Tu cuerpo de candela!
 ¡Qué! ¡la apuraste toda?
 Pues bien, dame otra llena.
 ¡Ah, qué sabroso y suave!
 Mas... suelta la botella,
 Que ya de amor discurre
 Fuego activo en mis venas.
 Abrázame, alma mía,
 Estrecha más... estrecha...
 Más que el dulce son dulces
 Tus labios, mi morena,
 Y tu cuerpo, y tus brazos
 Y toda tú, mi Fela.
 Abrázame, ¡ay! abrázame
 Y deja que me muera.

A MI BARQUILLA.

¡Barquilla mía,
 Qué mal has hecho
 En alejarte
 Tanto del puerto...!
 Del puerto amigo,

Donde los tiempos
 Siempre eran unos,
 Malos y buenos.
 Allí amarrada,
 Libre de riesgos,

Bajo la sombra
 De sus mangleros;
 No te azotaban
 Súbitos vientos;
 Ni crespas olas
 Te daban miedo.
 Días y noches,
 Claros, serenos,
 Salias sola
 Con giro presto.
 Tal vez cubrían
 Tu leve centro,
 Flores y ramas
 De cocoteros.
 Y hermosas ninfas
 De rostro bello,
 Que eran tu carga
 De mayor precio,
 Por gallardetes
 Sus chales puestos,
 Te empabezaban
 Con sus pañuelos
 Que al suave sopro
 De alisio fresco
 Con mil colores
 Ondear se vieron.
 Y ora ¡infelice!
 Del mar soberbio
 Arrebatada,
 Sin rumbo cierto
 Vas solitaria;
 Mas ¡qué remedio?
 ¡De qué te sirven
 La vela y remos
 Contra el impulso
 De aquilón fiero?
 ¡Vuela! ¡adelante...!
 No tengas miedo;
 Lo que está escrito
 Por el Eterno
 En el gran libro

De sus misterios,
 Forzosamente
 Tiene su efecto;
 No hay esperanza,
 Su fallo es cierto.
 Por fin á un punto
 Llegar debemos:
 Despues ó antes,
 ¡Qué importa eso?
 Si de las tumbas
 Vamos al puerto,
 Allí tranquilos
 Descansaremos.
 Son los sepulcros
 El mejor pueblo,
 Sus habitantes
 Siempre están quietos.
 No hay allí envidia,
 Ni oro, ni celos,
 Ni hay ambiciosos
 ¡Felices ellos!
 ¡Vuela! ¡adelante!
 No tengas miedo,
 Y si te salvas
 Por raro evento,
 Esta borrasca
 Te dará ejemplo,
 Para más nunca
 Salir del puerto.
 «Del puerto amigo,
 Donde los tiempos
 Siempre eran unos,
 Malos y buenos.»
 Barquilla mía,
 Si cambia el viento,
 Y al San Juan claro
 Llegar podemos,
 Ni con la muerte
 Dejar, juremos,
 La amiga sombra
 De sus mangleros.

A AMIRA.

¿Porqué ya no me es dado
 Amar como solía
 En los primeros tiempos
 De mi agitada vida?

¿Será que ya en mi alma
 No hay delicadas fibras
 Que sientan los afectos
 De una pasión divina?

¿Será que ya en mis venas
 La sangre corre fría,
 Y del sagrado fuego
 La llama esté extinguida?
 No ¡vive Dios! mi alma
 Como un volcán se agita;
 Mi sangre es un torrente
 De lavas encendidas.
 Cuando contemplo el rostro
 De una gallarda ninfa,
 Mi eternidad es ella,
 Y el mundo se me olvida.
 Entónces, como un ángel
 De la region empírea,

Preséntamela siempre
 Mi ardiente fantasía;
 Mas si tocar consigo
 La realidad divina,
 Un sér humano encuentro
 Que la ilusión me quita.
 Tras este desengaño
 Su nombre me fastidia,
 Y mi ficción detesto:
 Hé aquí la causa, Amira,
 Porque ya no me es dado
 Amar como solía
 En los primeros tiempos
 De mi agitada vida.

EL AMOR Y LA ABEJA.

Son Amor y la abeja
 Juzgados por sus hechos,
 Al parecer iguales,
 Y en realidad opuestos.
 La abeja cuando hiere,
 Sin matar al sujeto
 Queda en sí castigada
 De su crimen muriendo,
 Y Amor dobla, matando,
 Su existir y su imperio.
 Ella de amargas yerbas
 Saca néctar hibleo,
 Y él las fragantes flores
 Torna en letal veneno:
 La abeja es laboriosa,

Su rey tiene, y su pueblo,
 Son sus obras hermosas
 Aunque no lo es su cuerpo,
 Y es afanosa y útil
 Por natural afecto.
 Amor es inconstante,
 Insocial, sin respeto;
 Es holgazán chiquillo
 Y alado bandolero,
 Que solo causa daños
 En los sensibles pechos.
 Mirad, pues, si son ambos
 Juzgados con acierto
 Al parecer iguales,
 Y en realidad opuestos.

LOS AMORES MOSQUITOS.

Bajo unos verdes mirtos,
 En el jardín de Idalia
 Con la divina Psíquis
 Amor dormido estaba
 Entre cantores cisnes,
 Y tortolillas blancas.
 Siente el Dios que le hieren,
 Airado se levanta,
 Empuña el arco, toma
 Dos dardos de su aljaba,
 Y colérico, dice

Rebatiendo sus alas:
 —«Miseró del que fuere
 Turbador de la calma
 Do el númen del Olimpo
 Por sus caprichos manda.»
 A todas partes mira,
 Sus ojos nada hallan,
 Y antójasele burla
 De su Psíquis cara.
 Un beso darla intenta;
 Mas ¡ay! en su rosada

Boca advierte el insecto
 Que púrpura le hurtaba:
 Con ambas manos, duro
 Golpe sobre él descarga,
 Y vuela y torna á herirle,
 Y burlándose canta;
 Ella despierta y huye.
 —«¡Pérfido ingrato! exclama,
 Así mi amante fuego
 Con barbarismo pagas?»
 Voló el pequeño bruto,
 Amor tras él se lanza;
 Pero el insecto burla
 Su ligereza rara.
 Desesperado y ciego
 Paphos llega, y habla
 De este modo á Citéres
 Pleno de enojo y rabia:
 —«Madre mía, un insecto
 Quien mosquito llaman,
 Me ha turbado mis dichas

Hiriéndome en la cara;
 Dadle, pues, el castigo
 Debido á tal infamia.»—
 Sonrióse entónces Vénus
 Y dijo:—«Niño, callà,
 Tambien tú eres insecto
 Como el hijo del agua,
 Y ambos á dos sedientos
 Vivís de sangre humana:
 De hoy más sereis amores,
 Aunque de forma extraña,
 Puesto que entre vosotros
 Hay tanta semejanza.»—
 Obedece Cupido
 Lo que su madre manda,
 Y desde aquel entónces
 Por nuestra cruel desgracia
 Hay tanto amor mosquito
 Que susurrante vaga
 Para turbar los gozos
 Del que de veras ama.

A LESBIA EN SU DÍA.

Rebatiendo sus alas
 Entre las flores bellas
 En grupo de amorcitos
 Jugaba en la pradera.
 El más alegre y vivo
 Levaba una diadema
 Tejida de jazmines
 Y de rosas y azucenas.
 Con discreción los otros
 Portando van diversas,
 Este un nardo, otro un lirio,
 Y tal una adormidera:

Pero no bien á oriente
 El fúlgido planeta
 Se alzó de luz poblando
 La zafirina esfera;
 Cuando volaron todos
 Como enjambre de abejas,
 Clamando: «Vamos, vamos,
 Al que primero llega
 Le toca dar los días
 Y ceñir la diadema
 En la serena frente
 De la divina Lesbia.»

LA NAVE DEL AMOR.

CORO.

Evoé, Saboé.

Amor, Amor, Amor.

Cuba, querida pátria,
 A que tu ardiente sol
 Irrama en mí sus fúlgidos
 Rayos de inspiración

Y que el destino pérfido
 La gloria me negó
 De nombrarme tu Eurípides,
 Tu Homero ó tu Anfión,
 Tampoco aspiro al lauro
 De ser tu Anacreón:
 Canto el bajel aéreo
 Prestad, pues, atención.

CORO.

Evoé, Evoé.
Amor, Amor, Amor.

Aquella nao que el éter
 Cruzando va veloz,
 Por velas lleva himnos,
 Los palos dardos són,
 Las jarcias son floríferas
 De ciprico esplendor,
 Y un fúlgido arco místico,
 Es el sutil timón;
 Mas no le asustan ráfagas
 Del austro mujidor,
 Porque es amor el cómitre...
 ¡Ah de la embarcación!...

CORO.

Evoé, Saboé.
Amor, Amor, Amor.

Ya las velas amaina
 Bella tripulación,
 Baco el hijo Semele,
 Bebe, y en derredor
 Danza un grupo de vírgenes
 Tan puras como el Sol:
 Sus cañones son búcaros
 Cargados de licor:
 Y en gloria del gran héroe

Que la viña plantó,
 Hacen descarga rápida
 Al par de esta canción:

CORO.

Evoé, Saboé.
Amor, Amor, Amor.

Ya ha descendido el áncora,
 Escuchad al patrón:
 —¿Quién se embarca?—Yo, PLACIDO
 —¿Quién es PLACIDO?—Yo:
 —¿Tienes caudal...?—Sí, métrico.
 —¿Y plata tienes?—No.—
 —Pues el que sin metálico
 Vá á la navegación,
 La plaza capricórnica
 Lleva: ¿la quieres?—¡Dios!
 Si es plaza de amor, dámela
 Aunque sea de mascarón.

CORO.

Evoé, Saboé.
Amor, Amor, Amor.

—Embarca, embarca y suelta:
 —Amigos, pues, adiós,
 Que se os ausenta PLACIDO
 Con Baco y con Amor

Evoé, Saboé:
Amor, Amor, Amor.

NOVENA PARTE

EPÍSTOLAS

A LINCE⁽¹⁾ DESDE LA PRISIÓN.

Desde el antiguo pueblo donde un día
Partió Cortés con su pequeña armada
A pesar de Velazquez, y atrevido
Dió *un nuevo imperio* á la gloriosa España,
Te saluda un amigo; y no te angustie
El corazón, saber en la morada
Donde conforme está, más bien debida
A un efecto casual que á la desgracia.
Yo me figuro verte taciturno
Del Yumuri por la ribera grata
Pensando en mí clamar:—Mísero amigo,
Cuál será tu dolor en esa infáusta
Prisión, donde te encuentras sumergido,
Sin una mano amiga, hospitalaria,
Que socorra bondosa tu indigencia;
Sin un mortal que abogue por tu causa.
Allí mezclado entre el inmundo grupo
De criminal y pérfida canalla,
Habrás más de cien veces maldecido
Hasta la hora lúgubre y aciaga
En que dejar pensaste el feliz suelo
Que el sereno San Juan fecundo baña.
Allí en la noche asaltarán tu mente
Los alegres festines de Matanzas,
La fina estimación de sus señores,
El dulce halago de una esposa cara,
El coro de sus ninfas, que te dice,
—*Cisne del Yumuri*, Plácido, canta...
Y agobiado de imágenes tan tristes,
Se anudará la voz en tu garganta,

Parecerá tu pecho una tormenta,
 Y un prolongado ¡ay! tal vez se escapa
 De tus lívidos labios, y el insomnio,
 No te abandona hasta el lucir del alba.
 ¡Desgraciado cantor! «¿qué mano oculta
 Tan sin piedad y sin razón te agravia?»
 Si tal piensas, amigo, te equivocas;
 Eso es soñar con duendes y fantasmas.
 Quien como tú no ha visto las prisiones
 Es como aquel que de la dulce pátria
 Jamás pasó el lindero y se figura,
 Que parece si parte á tierra extraña.
 El que viaja cual yo, sin otras miras
 Que ver de cerca las costumbres varias
 En que unos pueblos de otros se distinguen,
 Debe entrar por las cárceles. ¿Te asombras...?
 Pues atento me escucha, y luego dime
 Si mi aserción en la verdad descansa.
 Entre los que hay en una cárcel, Lince,
 La torre de Babel está cifrada.
 Busca algun pueblo que no tenga historia,
 Hazte preso poner (2) y un mes te basta
 Para saber por tradiciones vivas,
 Moderna, antigua, pública y privada.
 No son por cierto delincuentes todos
 Los que aherrojados en su seno se hallan,
 Y alguno aplaude lo que el otro injuria:
 Lo malo y bueno, todo sale á plaza,
 Y aquel que oye, reflexiona y mide:
 En cada preso encuéntrase una página.
 Por lo que toca al desamparo, nunca
 Está de más probar á cuánto alcanza
 El sufrimiento; pues por él conoce
 Quien piensa bien, el temple de su alma.
 ¿Presumes que mi estado me intimida?
 Pues como hay Dios, amigo, que te engañas.
 ¿Quieres creerlo, Lince: un hombre justo,
 Una excepción de la engañosa raza,
 Que vino á conocerme en este sitio,
 A quien jamás serví de obra ó palabra,
 Que lleva el nombre de mi amor primero,
 (¡Nombre felice que doquier me halla,
 Para tornar mis penas en placeres!)
 Libre de ostentación ficticia y vana,
 Me ha tendido su diestra generosa;
 Y, á no ser libertad nada me falta.
 Si alguna vez en algo me he tenido,
 Es desde el punto en que maligna saña
 Empezó á perseguirme; por ser cierto
 Que temor tiene el que á traición ataca:

A aquel que se le teme, es porque impone,
 Y algo vale el que impone, es cosa clara.
 Además, Lince, esta lección me sirve
 Para no descansar en la confianza
 Conque siempre viví bajo el seguro
Que á nadie teme, quien á nadie daña.
 Yo nunca temeré; pero á lo menos
 Me armaré contra inícuas acechanzas;
 Sabré que los que piden al poeta
 Versos, brindando protección y gracias,
 Son como los judíos del desierto
 Que amar y obedecer á Dios juraran
 En su aflicción, y libres del peligro,
 De su Dios y sus votos se olvidaban.
 Sabré que perseguido vive y muere
 El que á los hombres las verdades habla;
 Y que si el Sér Omnipotente mismo
 Con su acento divino un ángel manda
 A componer el Mundo, hacerlo nuevo
 Méns que componerlo le costara.
 No temas que me aflija la desdicha,
 Fué mi amiga en la cuña y en la infancia.
 ¿Qué mal me harán los hombres, que mi mente
 No haya previsto ya? Todo se acaba:
 Cuando no en esta vida, hay una puerta
 Que jamás para nadie está cerrada...
 Tú me comprendes bien, todos tenemos
 Llave maestra y cerradura franca,
 Y por ella se pasa á dó no sirven
 Ni el oro vil, ni las intrigas bajas.
 La flor más bella que en la verde orilla
 Del manso Yumurí su cáliz abra,
 Del Conde Alarcos al cantor sublime (3)
 Presentarás por mí, y en su fragancia
 Dirasle que recoja este recuerdo
 Del corazón, que PLACIDO le manda.
 Y tú, los votos de amistad recibe
 Y el puro afecto que á tu fé consagra
 Quien á las leyes su defensa fía;
 Y antes piensa estrechar tu mano cara,
 Que á espigar vuelvan sus floridas plumas
 Del Pan altivo las sonantes cañas.

A LISIO.

Por la primera vez que me has tratado
 Bríndasme, Lisio, tu amistad. La acepto,
 Aunque sé que esta voz usan los hombres
 Cual fórmula de mero cumplimiento;

Además, contra un vicio que te asedia
 Demandas de mi númen un consejo.
 ¿Y cuál pasión es esa tan terrible
 Que no puede vencer un hombre cuerdo?
 Si es el amor, perdona; estoy seguro
 Que no es un vicio mientras es sincero;
 Si deja de ser tal, amigo, entónces,
 Lejos de amor, es criminal deseo,
 Y dar mi parecer en ambos casos
 Es molestarnos y perder el tiempo.
 —«No es el amor»—¿No es el amor? Pues dilo.
 ¿Temes el contestar? ¿Guardas silencio?
 ¿Conoces el exceso de tu falta?
 Ya me parece, Lisio, que comprendo
 Cual es esa pasión que te domina.
 ¡Dímelo francamente! ¿No es el juego?
 —Él es... él es...! —¡Mortal desventurado!
 ¿Y si conoces su fatal efecto,
 Qué más has menester para enmendarte?
 Lleva á cabo tus propios sentimientos,
 Que el hombre pensador no necesita
 Para enmendar sus faltas, de mis versos.
 Mas á pesar de todo ¡desgraciado!
 Tú sin saber si tal asunto entiendo,
 Has puesto en mis lecciones tu confianza,
 Y te voy á probar que la merezco.
 ¡Ojalá que á mis versos inacordes
 Quiera prestar benigno el Sér Eterno.
 El don de conmover las duras rocas,
 Y suspender las aguas como Orfeo;
 Pues no menos virtud será preciso
 Que tenga el vate, cuyo dulce plectro
 Conquista un corazón que se ha extraviado,
 Y haga que un jugador deje de serlo.
 No presumas que te habla de ese vicio,
Ad vivitum, un jóven inesperto;
 Yo sin haber jugado un solo día
 Tambien he sido víctima del juego.
 Oye la historia, pues, de mi indignancia,
 Y la vista me falte si te miento:
 «En la edad infantil, cuando á mis ojos
 Era este mundo un paraíso inmenso,
 Por ignorar sus faltas rebozadas
 Bajo mentido y deslumbrante velo;
 Era mi casa, no de las más ricas,
 Porque la rectitud de mis abuelos
 Esquivando la pompa, procurara
 Un modesto pasar para sus nietos.
 No allí con orientales colgaduras
 Brillaba entalamado el nupcial lecho,

Ni ardía incienso en pebeteros de oro,
 Ni otomana alcatifa ornaba el suelo.
 Empero mi familia era dichosa
 ¡Ay...! demasiado con dolor me acuerdo...
 Mas el tiempo que todo lo destruye,
 Y hasta el mármol y el bronce vé deshecho,
 A los terribles y continuos golpes
 De su hoz potente, y de su planta al peso,
 Arrebató la calma de mis lares,
 Y en la desgracia nos lanzó sin duelo.
 Uno de la familia (á quien me obligan
 Dios y la tierra conservar respeto)
 El que debiera más que otro ninguno
 De una sana moral darnos ejemplo,
 De ese vicio fatal se vió vencido,

Y
 . . . Basta, Lisio, proseguir no puedo;
 Júzgalo por tí mismo que has pasado
 Parte de aquesos males siempre anexos
 A esta horrible carrera, y mira y llora
 El triste porvenir que te presento.
 Figúrate perdida tu fortuna,
 Y agotando despues todos los medios
 Perder tambien la honra, don más caro
 Que cuántos puede darte el Universo.
 Pobre, desesperado, y sin recursos,
 Vendrán de tu fortuna los recuerdos
 A colmarto de horror, y ya tu alma,
 Negada á todo humano sentimiento,
 No hallará diques que su marcha estorben,
 Y entrará de los crímenes al templo.
 Tu dulce madre... ¡Ay! que tantas ánsias
 Le costaste al nacer, tantos desvelos
 Para criarte y dirigirte; triste,
 Bañada en llanto, levantando al cielo
 Sus manos y su voz acongojada,
 Tu muerte pedirá con debil eco
 Al mismo Dios de paz y de justicia
 A quien pidió tu vida en otro tiempo;
 Y Dios la escuchará, porque no es sordo
 De una madre afligida á los lamentos,
 Y te hará perecer de muerte horrible,
 Y ella sucumbirá de sentimiento.
 ¿Y no es, Lisio, mejor, que tu cordura
 Evitara ese trágico suceso?
 ¿De qué te sirve haber nacido rico?
 ¿Ser educado con sagáz esmero,
 Tener un corazón dulce, elevado,
 Y haber viajado por mil cultos pueblos?
 Unico tú serás, el que viajando

No ha conseguido en su moral progresos.
 Desengáñate, Lisio, deja, deja
 Ese camino de infernal agüero.
 Eres jóven aún, tienes fortuna,
 Tu vicio hasta el presente es solo un yerro
 Que se puede borrar. ¡Ay de tí, Lisio,
 Si el crimen toca...! Entónces no hay remedio.
 ¿Quieres felicidad? ¿Te falta asunto
 En que pasar entretenido el tiempo?
 ¿No tienes una esposa idolatrada
 Que es de virtud y de candor modelo,
 Y á quien juraste amor incorruptible
 Ante las aras del Autor Supremo?
 ¿No te lastima presentir el llanto
 Que brotar deberán sus ojos bellos,
 Y el pesar de su alma acojojada
 Cuando contemple tu destino adverso?
 Pues en tu mano esta librarla, Lisio,
 De lamentar un lance tan funesto.
 Procura amigos pródigos y honrados,
 Estudia libros, de impudicia ajenos,
 Hasta que hayas logrado convertirte,
 Y agradecido entónces al Eterno
 Déś gracias por el mal de que te libra,
 Y á mí, por la virtud dé mis consejos.

A MI AMIGO ANTONIO ABAD RAMOS.

(En la muerte de Fela).

Desde los bordes del sepulcro helado
 Donde descansa el dulce dueño mío,
 Cubierta el alma de pesar y luto
 Y en mil vagas ideas sumergido,
 Salud, Antonio Abad, por luengos años
 Con amistoso corazón te envío,
 Rogando al cielo que jamás la pena
 De tí se acuerde en su fugaz camino.
 Salud, para que calmes los pesares
 Que me agobian y asaltan de contínuo.
 Querrasme preguntar: «con qué derecho
 Impetro, Abad, de tu amistad auxilio.»
 ¿No eres tú de mi pátria? ¿No eres vate
 A quien alienta de Latona el hijo?
 Pues bástame saberlo, eres mi hermano,
 Y téngome no menos por tu amigo.
 Mi historia escucha, y plácido responde
 Si soy de compasión y amistad digno.
 Yo quise á Lesbia en mis primeros tiempos,

Pagó con esquivaces mi cariño,
 Hasta que al fin, de su desden cansado
 (Pues no sufre desprecios amor fino)
 Dejéla intacta en el honor y fama,
 Y abandoné sus gracias al desvío.

Luego quise á Filena, y confiado
 En la constancia que me había ofrecido,
 Partí lloroso á la serena orilla
 Del claro Yumuri: no quedó risco,
 Ni verde palma, ni menuda arena
 En las riberas del fecundo río,
 Que no me oyeran pronunciar su nombre
 Mil veces por el eco repetido.

Torné por suerte de contento lleno
 Con ansias de abrazarla ¡qué delirio!
 Ya era tarde: la ingrata... era perjura,
 Y otro era dueño ya de su albedrío.
 Lloré, me entristecí, y arrebatado
 Atentar contra mí quise yo mismo.
 (Tanto puede una aleve, que al más cuerdo
 Hará que pierda la virtud y el juicio.)

Aplacáronse al fin mis pesadumbres
 Habiendo el rostro de las gracias visto:
 Era el de Fela, la más dulce y pura
 Jóven que vieron de Colon los hijos.
 La virtud, la modestia y la constancia
 Eran sus más preciados atractivos.
 (Prendas bien raras en la edad presente,
 Merecedoras de mejor destino.)

Todo su afecto encantador gozaba,
 Cuando el azote asolador impio
 Del Cólera horroroso, envuelto en muerte
 Cruzando el mar á desolarnos vino:
 Aun me atreví á esperar que el cielo santo
 En mí mostrara su bondad benigno;
 Pero he nacido, Abad, muy desgraciado;
 Perder mi único bien era preciso.
 Fela no existe, amigo. ¡Ay...! cuánto tiempo
 Tardo en ir á buscarla al Campo Eliseo.
 ¡No viste nunca, sobre el verde prado
 Abrir sus flores rozagantes lirios
 Rivalizando en pompa y en fragancia
 Con el rosal risueño purpurino,
 Atraer con su ambar los amores
 Que el néctar liban de su cáliz limpio,
 Y que tronando un rayo desatado
 De las cóncavas nubes despedido,
 Terrible quema con sulfúreo fuego
 Las blancas flores que animó el rocío...?
 Tal es el duro y miserable estado

En que deja la muerte mis sentidos,
 Llevándose violenta y despiadada
 La flor brillante cuyo tallo ne sido.
 Y espero, Abad, que tu laúd sonoro
 Entone, orlado de ciprés sombrío,
 Fúnebres cantos, que inmortales hagan
 Los llantos, los lamentos y suspiros,
 Que exalaré constante hasta la muerte
 Sobre la tumba de mi bien perdido.
 Así el Eterno de salud te colme,
 Y el tierno alado y amoroso niño
 Orne tus sienes y dorado plectro
 De olimpias rosas y aromosos mirtos.

AL S.^R FRANCISCO CHACON.

Por la protección que dispensó á un amigo durante su

Salve tres veces, noble americano,
 Por sangre y por acciones caballero,
 Y oye ledo y benigno el debil canto
 Que entona en tu loor mi humilde plectro.
 Mil veces sin razón canté á los grandes
 Llevado más por juvenil deseo
 De lucir en el coro de los cisnes
 Que inspirado de un justo sentimiento:
 Mas hoy que el númen de amistad me inspira
 Hoy que á Felino libre por tí veo,
 Tomo extasiado la sonante lira,
 Alzo á las nubes atrevido el vuelo,
 Y encumbrando tu gloria hasta el Olimpo
 Bajo recinto me parece el cielo.
 No es grande el hombre que á los grandes sirve,
 (Por la cuenta y razón que le va en ello)
 Y sí, quien como tú vuelve la vista
 Al infelice de miseria lleno.
 Fué mi amigo infeliz, y halló tu amparo,
 De estrecha cárcel entre duros hierros
 Le fuiste á visitar: sus enemigos
 Seguro el triunfo ¡pérfidos! creyeron;
 Pero un ángel velaba por su causa
 Para mengua y baldón de los perversos.
 Un ángel, sí, que el Dios de la justicia
 Hizo bajar desde su trono excelso
 En figura de hombre, revestido
 Con alma noble de celeste genio.
 Y ese Genio eras tú. Si Aquiles pudo
 Por los sagrados cánticos de Homero,

Ser conocido de futuros siglos
 Y á las injurias resistir del tiempo;
 Yo aunque tan léjos de su són heróico
 Como el Artico mar del polo opuesto,
 Y tan mínimo al lado de aquel vate,
 Como el grano de arena más pequeño
 Que guarda el Oceano, comparado
 A los que ostenta Libia en los desiertos,
 Con grata voz del corazón nacida
 Salvaste osado del olvido espeso.

Aquiles incendiaba: tú conservas,
 Tú salvas hombres: él deshizo pueblos.
 Cuanto á él le faltó para igualarte,
 Cubrir logró de su cantor el estro
 Mas aquí suple tu virtud sublime
 Lo que á PLACIDO falta para Homero.
 Yo de la Grecia pisaré las playas,
 Veré sus campos, oraré en sus templos,
 Y en todas partes mentaré tu nombre
 Entre signos de amor y de respeto.

Tú morirás (porque mortal naciste)
 Y yo, y Fileno; y morirán mis ecos;
 Pero antes de espirar, diré á mis hijos,
 Y haré que ellos lo manden á sus nietos,
 Grabar tu nombre en las erguidas palmas
 O de las seibas en los troncos nuevos,
 Para que así merezcan tus acciones
 Bendición y alabanza de los buenos;
 Sobre sus ramas trinarán las aves,
 Dormirán á su sombra los monteros,
 Conocerán al hombre generoso
 Las colinas, los montes y los pueblos:
 Ya habrán pasado mil generaciones,
 Y «Francisco Chacon» aun no habrá muerto.

AL MARQUES DE CASA-CALVO.

En el restablecimiento de su salud.

Salud, y paz, y próspera fortuna
 Os dé, Señor, el cielo sacro-santo;
 Mientras mi corazón de gozo lleno
 Os felicita con acento grato.
 No la humillante adulación me inspira
 Ni el sórdido interés; jamás mi canto
 Se postró del poder ante las aras,
 Ni su voz imperiosa oyó temblando.
 Mi alma sensible solamente aprecia
 Los hechos generosos y bizarros.

¡Y pudiera mirar con menosprecio
 Vuestro aliento vital amenazado?
 Sobre marmórea piedra, confundido
 En mis pasadas dichas meditando
 Estaba, yo, sin que las bellas flores
 Que Abril fecunda en los risueños campos,
 Bastantes fuesen á calmar las penas
 Del corazón adolorido; cuando

La noticia fatal de vuestros males
 Sonó en mi oído, y me cubrió de pasmo;
 —«Esto faltaba á mi desgracia»—dije,
 Y á vuestro albergue presuroso parto.

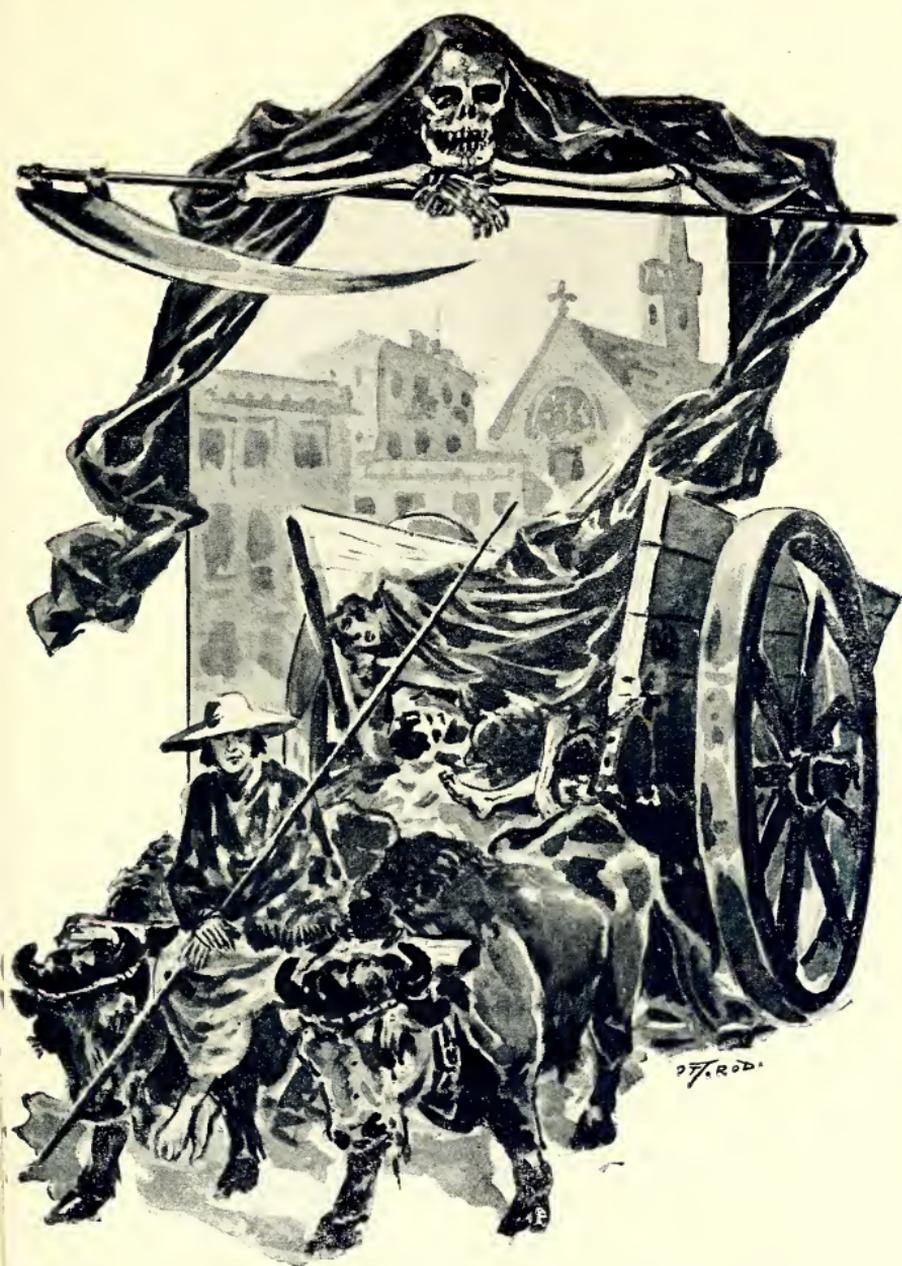
Era la tarde, y el planeta regio
 Su faz velaba en purpurino manto.
 Yo, semejante á los antiguos persas,
 Tan bella perspectiva contemplando,
 Vuestro destino adivinar pretendo
 Por lo fúlgido ó turbio de sus rayos.
 ¡Hundióse tan brillante en occidente...!
 Que lleno de placer y de entusiasmo
 Exclamé al punto:—Casa-Calvo vive;—
 Y un genio contestó:—«por luengos años»—
 Entónces vuelo en pos de vuestro asilo
 Con más ardor y prontitud que el rayo:
 Allí os encuentro de la muerte libre,
 Y dejándoos de amigos rodeado,
 Contento y listo á mi morada torno
 Vuestra felice reacción cantando.

Creedme, Señor, tres veces en mi vida
 Colmarme he visto de placeres caros.
 Una vez el beso que la vez primera
 De Fela recibí, y está grabado
 Aquí en mi corazón, para memoria
 De aquellos tiempos por mi mal pasados.
 Fué la segunda, cuando generoso
 Por siempre me ofrecísteis ser mi amparo,
 Y aquesta es la postrera, en que os saludo
 Al veros ya de vuestro mal salvado,
 Contándome dichoso, mientras viva
 El ilustre «Marqués de Casa-Calvo.»

A MI AMIGO DORIS.

(Desde mi prisión).

No viertas, Doris, por mi pena llanto,
 Ni tristes ecos con doliente lira,
 Que el fuerte corazón no siente espanto
 Aun cuando el ceño de la Parca mira.
 Vuelve de nuevo á tu festivo canto



Y oigo el adusto conductor que canta,
Por ver, buscando calma á su tormento
Si de valor con el fingido acento
El torvo ceño de la muerte espanta.

El cólera en la Habana.



Y suaves metros que el placer inspira,
Y ciñe, al dar canciones sonoras,
Tu cítara feliz de alegres rosas.

No es bien que el vate que las aguas bebe
De Castalia, Hipocrene y Helicon,
Y al alto Pindo remontar se atreve,
De quien la fama glorias mil pregona,
Tan crecido dolor á mal tan breve
Muestre en los cantos que su voz entona;
Que no del Sol, cuando en verano brilla,
Cubre la faz ligera nubecilla.

No siempre despejado el horizonte
Está, ni el mar del céfiro mecido:
No siempre trina plácido el sinsonte
Ni canta el ruiseñor, ni está vestido
De flor el prado, y de verdura el monte.
Suelen del Noto ó Bóreas al silbido,
Callar las aves, deslucirse el suelo,
Bramar el mar y encapotarse el cielo.

Suele tambien tras la borrasca fiera
Mostrar su ceño la tormenta cruda,
Mas su furia es veloz y pasajera,
Y aunque en desiertos los poblados muda,
Vuelve á vestir la grata Primavera
Cuanto su rabia con furor desnuda;
Alzan canción las aves, más sonora,
Brilla más bella la rosada Aurora.

Así la Eterna voluntad cumplida
Muéstrase, amigo, en todo lo creado,
De bienes y de males compartida
Es la existencia que nos ha prestado:
Quien los gustos y penas de la vida
Lleva, ni envanecido, ni turbado,
Y con firme igualdad todo recibe,
A aquel le es dado asegurar que vive.

Verás mi pena como no es tan recia
Cual tú presumes, pues estoy tan pronto
En Roma, en Asia, en Flandes ó Venecia,
Como escuchando resonar el Ponto;
O admirando á Cenobia y á Lucrecia;
O en las planas riberas del Oronto
Viendo á Volney de egipcio disfrazado
Contemplar lo presente y lo pasado.

Ahora puedes decir si extensión tanta
Es un estrecho y lóbrego recinto,
Si á quien el pensamiento así levanta
Le abate al verse en este laberinto.
Canta, Doris; por mí no llores, canta
Al són sereno que mis penas pinto,
Y antes libre estaré, que el Sol luciente
Ilumine tres veces el Oriente.

AL S.^R FERNANDO DE ROJAS.

(Residente en la villa de San Juan de los Remedios).

Brillante Sol de mi fecunda pátria,
 Presta á mi sien tus fúlgidos ardores,
 Para cumplir con el deber divino
 Que la sagrada gratitud me impone.
 Un amigo feliz de bondad lleno,
 Modesto admirador de la Natura
 Que cante me suplica las bellezas
 De un pueblo magno con humildes voces.
 Pero ¿qué he de cantar? ¿cuáles acentos
 Serán bastantes á explicar los dones
 Conque colmó Naturaleza á Cuba,
 Que es un breve compendio de primores?
 En vano pulso el inspirado plectro
 Que extasiara las almas con sus sonos
 En otros tiempos, cuando el alma mía
 Empapada en placer manaba amores.
 En vano templo sus doradas cuerdas;
 Solo puedo sacar tonos discordes:
 Há mucho que en el polvo sumergida
 No se ciñe de mirtos con festones:
 Y si en las sombras de la noche oscura
 La he tomado tal vez, tristes clamores,
 Dolientes ayes solamente han sido
 De su dueño infelice las canciones.
 ¿Y será que la plácida alegría
 Disipe de repente mis dolores,
 Lleno mi corazón de gozo puro,
 Y el fuego santo á mis acentos torne,
 Como el iris que calma la tormenta
 Y orna el cielo de vivos tornasoles?
 ¡Oh! sí será: por fuego ardiente henchido
 El pecho siento, y al excelso nombre
 De la santa amistad, el plectro pulso
 Cercado el corazón de inspiraciones.
 Figuraos, Señor, un querub bello
 Que levanta su faz del mar salobre,
 Sustentando un escudo rodeado
 De alegres playas y soberbios montes;
 El cual es construido á semejanza
 De los héroes de Milton y de Pope:
 Tiene en su centro, plazas, puentes, ríos
 Coronados de palmas y de flores,
 Templos, teatros, hospitales, quintas.

Ricas moradas y elevadas torres.
 Vense tambien algunos animales,
 Cosa que nunca falta entre los hombres;
 Pero lo más hermoso, lo más grato,
 Lo más digno de aplauso y atenciones,
 Es una red de cintas y diamantes
 Extendida del centro hasta sus bordes,
 En que sin remisión quedan cautivos
 Los más fríos y duros corazones.
 Bajo esta red, por cualesquier ventana
 Que una beldad su casto rostro asome,
 Donde muestre una ninfa matancera
 Su esbelto talle, su presencia noble,
 Sus cabellos de seda y su cintura
 Breve, ceñida de plateados broches,
 No hay alma que resista á sus encantos,
 No hay humana potencia que no robe.
 Si en quitrines flamantes, como estatuas
 De ambos ríos acércanse á los bordes,
 Iguálanse á la Diosa de Citéres
 Cuando en concha de nácar levántose
 Sobre la mar azul lloviendo perlas
 Cercada de neréidas y tritones;
 Y si adornadas las mecientes plumas
 Mueven la frente celestial, entónces
 Los cielos, las estrellas y las plantas,
 Todos á darlas holocáustos corren,
 Y vuelan al sarao donde gustan,
 Más galas ostentar y más primores.
 Allí, al compás de música extasiante,
 Cuál hace presta la cadena doble,
 Más sutil que Favonio cuando vuela
 Jugando con las palmas de los bosques:
 Cuál sostiénese firme en el balance
 Remarcando sus pasos vencedores,
 Como su copa al aire enseñoorea
 Con verde magestad gigante roble:
 Cuál *bulliciosa* ríe en la *alameda*
 Revolviendo sus ojos brilladores,
 Como las olas de arroyuelo claro
 Cuando heridas del Sol fugan veloces:
 Y cuál...; pero ya baste de pintura.
 El querub á los cielos escapóse
 Y lo más importante del escudo
 Han cubierto las sombras de la noche...
 Voy, Señor, á gozar un sueño dulce
 Cabe un lecho mullido de ilusiones:
 Sueño sin corazón, ya lo he perdido;
 Está preso en la red de los amores,
 Y bendigo á la hermosa robadora

Porque es digna de eternas bendiciones;
 Mas os juro, Señor, por lo que os quiero,
 Que siendo dados á mi númen pobre
 El cincel inmortal y eterna pluma
 De Fidias el divino, y Genofonte,
 Yo á Matanzas, y á vos, y á la que adoro
 Os esculpiera en mármoles y bronces.

A MI AMIGO CASTRO.

Que pide consejos para ganar la voluntad de una dama

¿Qué quieres, Castro, recibir consejos
 De quien carece del maduro juicio,
 Y está del trato mundanal tan lejos,
 Que jamás el desden ni el artificio
 Le hirieron con maléficó reflejos?
 Mas para darte de mi afecto indicio
 Lo haré gustoso; pues la fé me ordena
 Sentir el mal de quien lloró mi pena.

Si á Lola bella, desdeñosa miras
 Burlarse ingrata de tu amor sincero,
 Gasta en pensar, el tiempo que suspiras,
 El modo de lograr tu fin certero:
 El solo puede adormecer sus iras
 Y darte el verde mirto placentero,
 Por ser claro que engendran las ternezas
 Tiempo, dinero, astucias y finezas.

No es la constancia cuando se halla sola
 Quien vence á fuerza; necesita liga;
 Entonces sí, su pabellón tremola,
 Por ser su aliada la que más obliga.
 Registra, Castro, de la hermosa Lola
 Su más cercana y predilecta amiga;
 Indícala tu amor, regala, adula,
 Oye, calla, inspecciona y disimula.

Hay en amor, guerrillas descubiertas,
 Largos rastrillos, fuertes estocadas,
 Soberbios muros, misteriosas puertas,
 Sordos obuses, grandes emboscadas,
 Campos volantes, órdenes inciertas,
 Asaltos, marchas, falsas retiradas,
 Bravos infantes, diestros artilleros,
 Eméritos, cañones y morteros.

Adopta, Castro, el arte de guerrilla,
 Por ser contra desdenes más seguro;
 Qué es el desden fingida trincherilla
 Con forma y pinta de elevado muro.

Una que otra amante palabrilla,
 Una flor, un regalo; un *yo te juro*:
 Valen más con el tiempo estas acciones,
 Que cien cartas y mil declaraciones.

Si Lola tiene el humillarte á gala,
 Humíllate á la vez que amor la pides,
 Que entre las damas de la Reina Onfala
 A hilar se puso el semi-dios Alcides.
 Así su gusto por tu bien regala,
 Que así se vencen amorosas lides,
 Y te dará risueña la victoria
 En su seno los mirtos y la gloria.

Ya vés, amigo, con qué llano estilo
 Te dá consejos quien los tuyos toma,
 Y sin perder de la cuestión el hilo
 Recursos varios á tu pena asoma;
 Más no puedo decirte, aunque cavilo;
 Mi pobre musa el desaliento doma,
 Y quiera el cielo que un dichoso día,
 Quien tu mal llora, á tu contento ría.

NOTAS DE LAS EPÍSTOLAS

1) Seudónimo que usaba yo en mis escritos cuando era redactor de la *Crónica de Matánzas*.

2) Mi amigo tenía algo de profeta. El destino me condujo despues (por la causa) á ver de cerca algunas escenas de las que aquí pinta. Esta bella composición la escribió en la cárcel de Trinidad donde se hallaba preso y acusado del delito de infidencia, dos meses antes de su trera prisión en Matánzas.

3) José Jacinto Milanés.

S. A. M.

DÉCIMA PARTE

ELEGÍAS

EL CÓLERA EN LA HABANA.

Silba la tempestad, reina la noche;
Las sombras vacilantes
Mueven las ruedas del nocturno coche,
Y los hórridos rayos resonantes,
Sucedidos del trueno estrepitoso
Al fulgor de relámpagos brillantes,
Rasgan el ancho mantó nebuloso.
Los impacientes súbditos de Eolo
Rugen volando en torno al horizonte,
Y el seco Bóreas desde el frío polo
Cae furioso sobre el verde monte
A la playa vecina,
Levantando las olas encrespadas
Que súbitas corriendo
A chocar con las peñas erizadas,
Disuélvense, cubriendo
De blanca espuma el pié de la montaña,
Que el mar del Norte con sus hondas baña.
En este campo tétrico y sombrío
Donde el susto redobla á cada hora
Del monótono buho el ágrío canto,
Y el mar airado con la tierra embiste,
Templaré del dolor la ronca y triste
Lira que ven mis ojos con espanto. (1)
Conticinius de muerte, albas de llanto,
Y auroras de dolor; aún me parece
Veros lucir ¡oh tiempo de las flores!
Si han de seguirte siempre, cuando mece
La brisa tropical tu verde manto,
Penas, lutos y horrores,
Queda de Assan en las incultas selvas,
Y nunca tus aromas derramando
A las campiñas de mi pátria vuélvase.

¡Cuántos vieron el Sol del medio día
 Libres de mal con saludable frente,
 Y antes que se ocultara en occidente
 Ya eran despojos de la tumba fría!
 No se diga que el rayo de la guerra
 Es más voraz que el abrasante azote
 Del Cólera feroz. Cuando se cierra
 El paso á una batallón por muchos miles
 Fuertes guerreros del opuesto bando,
 Dádoles es para salvar las vidas
 Rendir sus armas ó morir matando:
 Mas con este cometa que se lanza
 De la infernal región, envuelto en muerte,
 Morir y ver morir ¡oh cruda suerte!
 Es la única y bárbara esperanza.

Aún están en mi oído resonando
 De los fúnebres carros
 Las terríficas ruedas,
 Que conducen por plazas y alamedas
 Los recientes cadáveres del Cólera,
 Y oigo el adusto conductor que canta,
 Por ver, buscando calma á su tormento,
 Si de valor con el fingido acento
 El torvo ceño de la muerte espanta.

¡Oh sagrado Pastor! ¡divino Espada!
 ¡Porqué la Parca nos robó primero
 Tu vida santa, pura, inmaculada?
 ¡Porqué volaste al cielo, alma sensible,
 Antes que el númen fiero
 Blandiese su cuchilla destructora
 Con furia irresistible,
 Por Cuba hermosa que tu ocaso llora,
 Y á tí, despues de Dios, primero adora?
 ¡Porqué tu faz de estrella luminosa
 Doblar quisiste en funerario velo?
 ¡Cuánto afligido padre hubiera hallado
 En tu dulce virtud santo consuelo!
 ¡Y cuánto desdichado,
 A quien más que la peste, la miseria
 Hizo morir, hubiérase salvado!

Célica sombra angelical, recibe
 Esta lágrima tierna, consagrada
 Por mi fiel corazón á tu memoria,
 Y si tu pura candidez te agrada,
 Desde el trono de Dios, una mirada
 Clava en mi frente, y cúbreme de gloria.

El cano padre, el hijo, el tierno amante,
 Y la jóven lozana,
 Y el amigo constante,
 Al despedirse con tristeza insana,

Sólo un adiós se daban vacilante:
 Nadie osaba decir «*hasta mañana*»
 Y si lo dijo alguno,
 Entre breves instantes fué llorado
 Por aquel mismo que dejó angustiado,
 O fueron ámbos á cumplir los ciertos
 Votos de la partida,
 Al nivel de la honda fosa suspendida
 Con polvo humano de apiñados muertos.
 De la noche en mitad, entónces medra
 El azote cruel, doquier que giro
 Oigo sonar el tétrico suspiro
 Capaz de herir á un corazón de piedra.
 De Hipócrates los hijos, ¿dónde fueron?
 Unos yacen del “*morbo*” acometidos
 En lecho de dolor; otros murieron,
 Y los que fuertes quedan, aun no bastan
 Para atender sus déudos más queridos.

Ved á Narciso que á Rosáura adora
 Correr las calles en la noche oscura,
 Y á las estrellas se lamenta y llora
 Y las demanda de su bien la cura.
 ¡Infeliz! ¡ay! no implores las estrellas!
 ¿Sienten los males de los hombre; ellas?
 De Esculapio un apóstol generoso
 Préstale á su querer; guíale lleno
 De confianza y pesar. ¡Ay! ya en su seno,
 Comunicado el miasma contagioso,
 Se albergaba el mortífero veneno.
 Llega ¡fiero dolor...! Rosaura es yerta:
 Helado, absorto el infeliz la mira,
 Abrazándola exclama: «Ya... está muerta...»
 Un ¡ay! exhala, y de repente espira.

¿Quereis ver conjurados
 De natura los crudos elementos
 Contra la humanidad? ¡Ah! no engañados
 Penseis tal vez que mi dolor os pinta
 Fantástica ilusión. Volved los ojos
 Al anclado bajel que en la marina
 Sufre tambien la desolante ruina.
 El viento calma; la infección se aumenta;
 Devorante calor y extraño frío
 Al hombre mata, que de sed rabioso,
 Como Tántalo muere, gueloso;
 Y mientras el hondo mar mueve el navío,
 Llévanele á sepultar sus compañeros
 En la cercana tierra;
 Que allí le ofrece su postrer morada
 Léjos del cielo de la pátria amada.

Mirad, mirad en el excelso templo
 El doliente rumor que en torno zumba;
 Más por pánico miedo de la tumba
 Que por honra de Dios; ¡ciegos mortales!
 ¡Pensais que á Dios como al mortal se engaña?
 Ved meretrices y usureros viles
 Clamando al cielo con doliente susto
 Allá del templo en el recinto augusto.
 Por la salud ¡Hipócritas malditos!
 Raza vil de protervos y precitos!
 Si el Eterno Hacedor no despreciara
 Vuestra vil insolencia,
 Y airada su clemencia
 Los justos de los males apartara,
 Y tremendo y colérico lanzara
 Sus rayos vengativos,
 ¡Cuán pocos de su templo sacro-sante
 Por justos; ¡ay...! Os escapárais vivos!

¡Porqué el *Te Deum* con festivos ecos
 Insensatos cantais? ¡Ya el mal es ido!
 Aun los sepulcros os esperan huecos:
 Y revuelve el azote enfurecido
 Tal vez sobre vosotros, cual pantera
 Que ahita ya de devorar, no emprende
 Nuevo asalto al redil; mas siempre fiera
 Complácese de sangre y de matanza,
 Y la asolante garra al paso tiende
 Si algun cordero descuidado alcanza.

¡Y en quién ¡Eterno Dios! al despedirse
 Descarga el mónstruo su segur tirana?
 ¡En el caudillo fuerte
Gloria y honor de la marina hispana!
 Sentid, buenos, llorad, llorad su muerte.
 Y tú, genio del mal, tú que aún exhalas
 El ábito de muerte repentina,
 Venme á cubrir con tus funéreas alas:
 Yo no temo tu encono, llega, arruina
 Esta existencia amarga.
 ¡Porqué te he de temer? Ya tú me has muerto.
 ¡No acabaste mi amor con fiera herida,
 Dejándome, al llevar su cara vida,
 De luto y llanto el corazón cubierto?
 ¡Oh! ¡cuán gozoso y sin pesar muriera
 El que infelice tus horrores canta,
 Con tal de ser tu víctima postrera!
 Hiero, Génio infernal, ceba tu furia;
 Yo seré memorable; tú temido
 Por el género humano;
 Pero temido así como un tirano,
 Que á la par es odioso y maldecido.

A LA BENDICIÓN

del nuevo Cementerio de « San Carlos » de Matanzas

(Al D.^r Manuel Francisco García.)

¡Salve! tierra sagrada
 Única puerta al eternal camino
 Muestra tremenda del poder divino,
 Y de los hombres postrimer morada.
 ¡Oh tú! que pruebas con acento mudo
 Lo que fué, lo que es, y será un día
 El mísero mortal, estancia umbría,
 Campo de bendición, yo te saludo.
 El que no te respeta, lugar santo,
 Quien en vez de acatarte arroja insultos
 A los restos que cubres con tu manto,
 No merece al morir fúnebre canto,
 Ni es digno de vivir entre los cultos.
 Los Babilonios, Tirios y Sidones,
 Fuertes conquistadores, é ilustrados,
 Tributábanté inciensos y oraciones.
 Los bravos hijos de la hermosa Grecia
 Madre de los poetas y oradores,
 Vertiendo en los sepulcros leche pura
 Blanquísimos corderos inmolaban.
 Y los Indios, del Sol adoradores,
 Saludaban las tumbas cada día,
 Y cada luna nueva los veía
 Quemando aromas y esparciendo flores
 Las tribus Canadenses, lamentando
 Con tristísimos lloros
 Su desgracia funesta, inconsolables
 Marchaban olvidando sus tesoros;
 Pero sobre los hombros, más discretos
 Que otros pueblos, por sábios celebrados,
 De sus padres amados
 Llevaban los blanqueados esqueletos.
 La cuna de las ciencias, el Egipto,
 Só las riberas del fecundo Nilo,
 ¡A quién debe el recuerdo levantado
 En mitad de los áridos desiertos,
 Si no es al respeto sublimado
 Que tuvieron los hombres del asilo
 Do reposaban sus monarcas muertos?
 ¿Qué son, pues, las Pirámides soberbias?
 ¡Tres tumbas son...! ¡tres puntos suspensivos (2)
 En tosca plana de movible arena!

Hé aquí lo que el inmenso espacio llena
En la brillante y misteriosa historia
De una nación potente, grande, antigua,
Unico monumento que atestigua
El esplendor de su pasada gloria.
En vano, en vano del sepulcro inerte
Apartamos los ojos; siempre dista
Igual medida si en verdad se advierte.
¿Dónde fija el filósofo la vista
Que no encuentre reliquias de la muerte?
Al fiero soplo de aquilón sonante
Desciende á tierra el pino destrozado,
Y el polvo de las tumbas arrancado
Vuela á las plantas del pensil distante.
Calma la tempestad; casta doncella
Elige en el jardin purpúrea rosa
Para adornar su cabellera hermosa;
Los donceles codician la flor bella,
Sacrificanse todos por lograrla,
Y ni siquiera piensan al mirarla
Que el polvo de las tumbas está en ella:
Tantas generaciones como han sido
Desde la creación. ¿daráse un paso,
Habrá dos palmos de terreno acaso
Donde no haya un viviente fenecido?
Todo el mundo es sepulcro. ¿Por ventura
Tornais la vista al piélago espumoso?
Vereis que es insóndable sepultura
De meciente cristal el Mar undoso.
Cuántas veces se ha visto á un poderoso
Carros entalamar, ricas libreas
Repartir á sus siervos afanoso
Para libar el néctar amoroso
Al húbrico fulgor de cípreas teas,
Preparar sus vestidos, anhelante
De volar al festin; mas al instante
Llegar la Parca, herirle de repente,
Y descender á la mansión sombría
Ceñida de ciprés la helada frente
Con el traje de gala refulgente
Que pensaba lucir en una orgía.
¡Y se abroga el mortal la preminencia
Sobre toda existencia conocida!
Oprimir á los otros en la vida
Es su solo poder, su única ciencia
Cuando exclama engreido:—«Lo soy todo:
Mi ligero bajel sus velas tiende
En el Ponto irritado;
Por mi arte el fuego súbito se enciende,
Límpio de gas el aire condensado,

Todo lo puedo yo: sé los secretos
Que el fértil suelo en su interior esconde.»
Oír presume entónces, que la tierra
Al que en sus mismos pensamientos yerra
De su orgullo burlándose, responde
En voz baja y pausada:
—«Calla, loco mortal, tú no eres nada.
Si á enterraros llegasen cualquier día
¡Pensais que yo por eso crecería
Con todo vuestro polvo, una pulgada?»
Y así es la verdad: triste el que ría
Al mirar una horrible calavera
Entre los restos de la tumba fría,
Por que hoy contempla su salud lozana.
¡Infelice de aquel! quizá mañana
Cadáver le hallará la luz del día;
Y al recibirle el génio de las tumbas
Dirá con voz fatídica, insonora:
—«Ayer entraste aquí: mofando hollabas
Libre de mí, la tierra que pisabas:
Ya estás en mi poder, búrlate ahora.»
Mas no será vuestro cantor humilde
El libertino ¡oh tumbas venerables!
Que en vez de daros respetuosa ofrenda,
Sacriligo ós ofenda
Semejante á esos entes miserables
Que en burlar se complacén
Los inviolables huesos
Donde sus padres sepultados yacen.
Que los bardos cristianos
No acostumbran violar santos asilos,
Hórrido alarde haciendo de profanos,
Ni con odiosos bárbaros estilos
Visitan el lugar en que tranquilos
Duermen el sueño eterno sus hermanos.
¡Campiña funeral, bendita seas!
Respete el seco Agosto tus verdores;
Y si este canto lúgubre deseas
Recompensar con póstumos honores,
Cubre mi cuerpo de aromosas flores
Cuando en tu seno reposar me veas.

A MI AMIGO R. H....

en la muerte de su deudo el S.^r Francisco Rosello.

¡Felices los que duermen en las tumbas!

YOUNG.

Caro deudo del sér infortunado
 Cuya inocente grey cubrió de luto,
 Cuando de ignoto impulso arrebatado
 Pagó á la tierra el general tributo:
 Calma sensible el dolorido llanto
 De su infeliz familia, y el tormento
 De tu fiel corazón minora, en tanto
 Que mi amistoso acento
 Alza á su tumba funerario canto.
 Goza paz eternal, ceniza inerte,
 Yerto polvo del hombre virtuoso,
 Sin que turbe el profano tu reposo
 En los oscuros antros de la muerte.
 ¡Quién sabe si tu alma arrebatada
 De augurio misterioso sobre-umano
 Quiso volar á la inmortal morada,
 Huyendo pura, la mansión odiada,
De un mundo débil, corrompido y vano. (3)
 De un mundo engañador, mentido infierno,
 Foco inmenso de negras imposturas,
 Que en el vario girar de sus figuras
 Es un baile de máscaras eterno;
 Cuyo falso oropel es semejante
 A un regio panteon, donde brillante
 Oro y mármol se muestran á la lumbre
 De las pomposas lámparas; mas cuando
 Se van las ricas urnas destapando,
 Es todo corrupción y podredumbre!

Duerme tranquilo, y no temas
 Vayan tu sueño á turbar
 Los imbéciles que creen
 Hinchidos de vanidad
 Resolver por lo pasado
 Cuanto por venir está,
 Y los arcanos que encierra
 La insondable eternidad.
 Dichoso tú que pasaste
 De la vida el temporal,
 Y del sepulcro en el puerto
 Echaste el áncora en paz.

Bien cual viajero, que estando
 De un pantano en la mitad,
 Salva de un salto atrevido
 Cuanto le resta que andar.
Nada, es lo peor que se puede
 En la sepultura hallar,
 ¡Y en la vida qué! ¡maldades!
 La *nada* es mejor que el *mal*.
 Si de Dios sin el permiso
 No es dado al hombre pensar,
 Ni mueve el viento una hoja,
 Ni oscila el agua del mar:
 Cuando tú morir pudiste,
 Es innegable verdad
Que Dios lo quiso, y cumpliste:
 Los ángeles no hacen más.
 «*Feliz quien duerme en la tumba*»
 Sin su virtud mancillar,
 Y huyendo del orbe impuro
 Se lanza en la eternidad.

Y desgraciado aquel que el hado impío
 Condena injusto á desear la suerte
 Pudiendo solo en su dolor sombrío
 Dar envidiando tan felice muerte
 Un ¡ay! de fuego á su sepulcro frío.

A LA MUERTE DE LA JOVEN

S.^{RTA} JUANA RUIZ DE LA PLAZA.

Pasó por el triste mundo
 Esa vírgen celestial
 Como un pensamiento bello
 En un alma criminal.
 Todos como tú, doncella,
 Salieran del mundo impío
 Sin dejar al mármol frío
 De la losa funeral
 Un epitafio mentido
 Que cuando el pueblo lo lea
 Recuerde la negra idea
 Del que bajo de él está!
 Sin dejar, para sarcasmo
 Del mundo, en tu mausoleo
 El enlutado trofeo
 De maldecido opresor!
 Sin dejar sobre la tumba,
 Como terrible anatema,

El cetro y la áurea diadema
 Del sér que al hombre oprimió!
 Tú al morir lanzaste el alma,
 Encantadora doncella,
 Tan inocente y tan bella,
 Como el Señor te la dió,
 Y pasaste por el mundo
 Como por la azul esfera
 La reluciente lumbrera
 Que no vela el nubarrón.
 Dulce es la muerte que viene
 Antes que el crimen infando;
 Es dulce espirar pensando
 En las glorias del Señor,
 Y dormir en pobre tumba
 Sin sufrir el peso enorme
 De un catafalco, que informe
 Al mundo de quién murió.

Dulce es morir tan temprano
 Sin conocer la agonía,
 Sin saber qué es pena impía,
 Sin saber lo que es llorar!
 Y es dulce volver al polvo
 Ceñida en torno la frente
 La aureola bella-inocente
 De azucena virginal!
 Tú eras pura y candorosa
 Y el Señor hubo piedad,

Y te sacó de este mundo
 De lágrimas y maldad.
 Duerme hasta que llegue el día.
 El tremendo día final
 En que salgas de esa tumba
 Para la gloria eternal.
 Duerme, marchito alelí,
 Duerme tu sueño profundo
 Sin acordarte de aquí,
 Sin acordarte del mundo. (4)

A LA MEMORIA

DE LA S.^{RA} JUANA DE RUIZ DE LA PLAZA.

(Aniversario de su muerte).

¡Cuál es tu poder! ¡cuál es!
 Tu imperio, virtud sagrada:
 Ni aun el sepulcro consume
 Tus verdes gloriosas palmas!
 Hace un año, dulce amiga,
 Que te arrebató la Parca
 Y que tus mortales restos
 Bajo la tierra descansan.
 Ha vuelto la Primavera
 De flores mil coronada,
 El sol de invierno amarillo
 Rebozando en nubes pardas
 Que alumbró tu ocaso triste,
 Como antorcha funeraria
 Ha vuelto á lucir: los campos
 De aguinaldos se engalanan;
 Todo ha fugado y ha vuelto;
 Tú sola, inerte y callada
 Reposas muda y tranquila
 En el seno de tu nada.
 ¡Ay! que la tumba no escucha
 Ni siente ni vé desgracias,
 Ni la enternecen gemidos,
 Ni la mueven las plegarias.
 La tierra es como los hombres
 Y por eso se los traga:
 Para d. orar mantienen,
 Para destruir halagan.
 Díganlo sino esos grandes
 Que ocultos ya en sus entrañas
 Sus herederos se gozan
 Con el oro de sus arcas.

Y engañando al necio vulgo
 Con inscripciones doradas
 Las cubren con duro mármol
 Temiendo quizá que salgan.
 ¡Salud, campo de los muertos!
 Sepulturas venerandas!
 Aquí triunfan las virtudes
 Sin fausto y sin pompa vana!
 Aquí el perverso no llega,
 Y si llega tiembla y marcha;
 Porque aquí no encuentra empleos
 Diamantes, oro, ni plata.
 Sólo puede hallar memorias
 De sus crímenes é infamias,
 Y si algunas huesas mira
 Y se atreve á contemplarlas,
 Parece ver en ellas
 Una sangrienta fantasma
 Que le grita:—«Huye maldito,
 No profanes con tu planta
 Esta tierra donde tienes
 Mil víctimas sepultadas:
 Huye, maldito de Dios,
 Que ya el infierno te aguarda.»
 Entónces despavorido,
 Cual plomo que el bronce lanza
 Huye el condenado, y nunca
 Torna á tí, mansión sagrada:
 Empero el amigo fiel
 En cuyo pecho no hay mancha,
 El filósofo y el vate,
 El que las virtudes ama,

Todos sin temor te huellan
 En la noche solitaria;
 Se sientan sobre las tumbas,
 Meditan, lloran y cantan.
 Por eso yo, dulce amiga,
 Vengo á llorar tu desgracia
 Y no temo que las sombras
 A escuchar mis ecos salgan.

No pienses, cuando la aurora
 Tiña el cielo de escarlata,
 Que aquestas perlas vertidas
 Las ha derramado el alba.
 Acoje mi llanto, amiga,
 Y adiós... hasta que la parca
 Nos reuna para siempre
 De la gloria en el alcázar.

EN LA MUERTE DEL JOVEN NÉSTOR TRELLES.

Eterno llanto y momentánea risa
 Semblante alegre y corazón de luto;
 Hé aquí el legado conque el hombre pisa
 La tierra, al parecer mansión de dicha,
 ¡Hé aquí! ¡oh dolor! de su afanar el fruto.
 Mísero humano el que llorar no sabe,
 Y mísero también aquel que llora;
 Pero no sin ventura,
 Cuando el amor ó la amistad deplora,
 Porque halla su alma candorosa y pura,
 Un secreto placer en la amargura:
 Un secreto placer indefinible,
 Dón á un tiempo feliz y desgraciado,
 Cuyo goce divino, sólo es dado
 A un tierno pecho, á un corazón sensible.
 No siente el que no llora, ¿Y quien no siente
 Puede acaso gozar? Yo te bendigo,
 Omnipotente Dios del orbe, cuando
 Pródiga siendo tu bondad conmigo,
 Poder me diste de llorar cantando
 Sobre la yerta losa de un amigo.
 Poco ¡oh Nestor! ¡al mundo le importara
 La amistad de algun mísero poeta?
 Porque es su inspiración cual fuente rara,
 Que todos gustan de su linfa clara;
 Pero nadie la cuida ni respeta;
 Mas la existencia de un mortal bondoso
 Que sublimes virtudes prometía
 En su florida edad; caudal copioso
 De talento fecundo,
 Esta, merece que su losa fría
 Lágrimas bañan de dolor profundo:
 Si el canto triste que mi plectro envía
 Es meritorio á Dios, importa al mundo.
 Tu padres afligidos
 Lloran sobre tu inerte sepultura,
 Como aves que volando en la espesura

Desiertos hallan sus amados nidos.
 Tu inconsolable hermana,
 Mal su dolor y su pesar modera,
 Desde el instante que la parca fiera
 Hundió en tu pecho su segur tirana.
 De tus déudos y amigos,
 ¿Cómo pintar el triste desconsuelo?
 Ellos de tu virtud fueron testigos;
 Calma tú sus angustias desde el cielo.
 Tambien mi lira con fatal quebranto
 Lloro tu infáusta y prematura muerte;
 Pero feliz contéplate mi canto.
 ¿A qué vivir? ¿á escarnio de la suerte?
 Mejor estás en el Empíreo Santo.
 ¡Feliz aquel que abandonó la tierra
 Pasando con morir á mejor vida!
 Sólo el sepulcro firme paz encierra,
 Porque sobre la tierra envilecida,
 Viven los justos en sangrienta guerra.

A LA MEMORIA DE UN HERMANO.

«Yo lloraré; pero amaré mi llanto
 «y amaré mi dolor.»

QUINTANA.

Ven á mis manos, ven ¡oh lira mía!
 No ya en el tono erótico templada,
 Ni de fragante rosa y mirto ornada,
Como en un tiempo cuando Dios quería.
 Ven á explicar mi insólita agonía,
 Mi horrible pena, y mi dolor insano.
 De blanca adelfa y de ciprés te viste,
 Y acompaÑe tu són mi canto triste.
 Sobre la tumba yerta de un hermano,
 Sí, de un hermano, gala y ornamento
 De sus deudos y pátria peregrina;
 A quien privó de su vital aliento
 La muerte, númen de terror y ruina,
 Como seiba que nace en la colina,
 Y quema el rayo, ó arrebata el viento.
 ¡Recuerdo de dolor! un tiempo era
 Que yo ceÑir solía
 La cítara hechicera,
 Con cuantas flores dá la primavera
 Para cantar tu venturoso día.
 ¡Ay!... aquel día de placer y gloria
 Que me contaba transportado al cielo,
 Hoy rebozado en funerario velo

Aparece terrible en mi memoria.
Entónces de contento poseida
Tu grey, en terno tuyo se agrupaba
Y en sagrado entusiasmo embebecida,
Del corazón con vivas te auguraba
Años sin cuento de salud cumplida.

Mas ¡ay! que rara vez goza

Larga edad el mortal justo.

Los hombres son como flores,

El clavel no vive mucho,

La rosa presto perece.

Mientras los cardos incultos

Con sus manojos de espinas

Se ven morir de caducos;

Por eso los malos medran

Presentando siempre al mundo

Sus corazones de mármol

Y sus semblantes adustos,

Parece que ni la muerte

Se atreve á turbar sus gustos.

Y, cuando á fuerza de años,

Ceden marchitos y mústios

A la ley universal;

Entónces llenosé de lujo,

De inscripciones y alabanzas,

Bajan yertos al sepulcro;

Pero en cambio el negro olvido

Se sienta sobre su túmulo,

Y nadie sabe si ayer

Existió; que en torno suyo

Escuchará, en vez de llanto,

El agrio canto del buho.

Los que heredaron sus arcas

Vestirán solemne luto;

Mas mirarán su cadáver

Como á los restos de un bruto;

Vivo insultó á la desgracia,

Muerto es bien que sufra insultos.

No cubrirán su ceniza

Con florecientes arbustos,

Ni del santo de su nombre

Querrá acordarse ninguno,

No un amigo ni un hermano,

De su amistad en tributo

Sobre su huesa, una gota

Verterán de llanto puro.

Pero en la tuya llorarán los buenos,
Tristes, á par que tu honradéz alaben,
De hipocresía y finjimiento agenos;
Porque los buenos saben

Que en tí perdió la sociedad un justo.
 Jamás la fatal discordia,
 Turbó de tu familia la concordia
 Siguiendo el rumbo que marcó tu idea,
 Sin vanidad, humano y compasivo,
 Firme de corazón, franco, festivo,
 Y alumno recto de la sacra Astrea.
 Enemigo mortal de la malicia,
 Dotado de virtud, de honor ansioso,
 Siempre que hollaste el templo de Justicia,
 Ciñó á tu frente el lauro victorioso.
 Hijo sin mancha, inmaculado esposo,
 Justo hermano, buen padre, fiel amigo...
 —Acoge mi pesar, sepulcro santo,
 Tú me causas dolor, me inspiras llanto,
 Y yo mi llanto y mi dolor bendigo
 Y habré de bendecirlos, mientras llega
 La hora inevitable, postrimera,
 De por siempre morar la tumba inerte;
 Donde Dios, y no más, podrá apartarnos,
 Porque no tiene autoridad la muerte
 Para despues de muertos separarnos. (5)

LA LUNA DE OCTUBRE.

(En el cumpleaños de Fela).

¡Manes de bendición, manes sagrados
 De la mujer que amé! los azulados
 Alcázares dejad, do los querubés
 Himnos cantan al Sér Omnipotente;
 Bajad en forma de ligeras nubes,
 Mi espíritu inflamad, templad las cuerdas
 De mi lira doliente,
 Y revolad en torno de mi frente.
 Luna de Octubre, cándida y serena,
 Nocturna reina que el celeste coro
 Tu faz luciente de fulgores llena,
 No más adornes con tu disco de oro
 El turbante imperial de los sultanes,
 Del sangriento profeta las mezquitas,
 Ni el pendon de sus fieros musulmanes.
 Antes bien, ilumina
 Con tu argentada lumbre celestina
 La fúnebre morada
 Do yace la beldad que el alma adora;
 La que nació cual matutina estrella
 Clara, deslumbradora,
 Que entre celajes rutilante brilla,

Y acabó como tierna maravilla
Que msútia muere al despertar la aurora.

Luna de Octubre serena,
Que en tu reluciente carro
Cercada de estrellas, mides
Con lento giro el espacio;
Cuando en el zenit suspensa
Alumbres el lugar santo,
Do reposan las cenizas
De un bien que me fué tan caro,
Por entre las suaves flores
Y los verdes pinos altos
Que con su sombra cobijan
Aquellos restos sagrados,
Introduce misteriosa
El más puro de tus rayos,
Miéntras las ramas tendidas
Agita el céfiro blando,
Una guirnalda preciosa
De las que ostentan tus campos,
Manda en él, y una avecilla
Que entone fúnebres cantos,
Que la cuente, como tengo
En el alma su retrato,
Y que ni la cruda muerte
Ha podido separarlo:
Que ni la eternal ausencia
Ni el tiempo, me han estorbado
Felicitar su memoria
En la aurora de su santo.
¡Santo que con ella un día
Me fuera tan dulce y grato...!
Y desde que ella no existe
Es sólo un recuerdo amargo.

Verás entónces de la huesa fría,
Circuida del célico fulgor
La sombra alzarse de la prenda mía
Para escuchar los versos de su amor.
Y al terminar el ave peregrina,
Mis trovas en sus labios sonarán,
Como en Selma los ecos de Malvina
Recitando los cánticos de Osian.
Y admirarásla, de virtud portento
Descollar en el fúnebre jardin,
Bella como la flor del pensamiento,
Suave como el aroma del jazmin.
Fué su existir cual tierna tortolilla
Que en el nido se mira perecer;
Rápida exhalación que prende, brilla,
Y vuela, y muere al punto de nacer.

Salpica con mis lágrimas su manto,
Y en perlas convertidas las verás:
Yo no tengo que darla sino llanto,
Ni ella en la tumba necesita más.
Cuéntala ¡oh Luna...! mi dolor profundo,
Y al bien dirás que mísero perdí,
Que desde que ella desertó del mundo,
El mundo es un fantasma para mí.
Dila que aun muerta, cumplo sin engaños
La pasión inmortal que la juré,
Y que si por mi mal vivo mil años,
Mil años su memoria guardaré.
Así, Luna de Octubre, las regiones
Recorras con peremne magestad,
Oigas léjos rugir los aquilones,
Y tronar á tus piés la tempestad.

Y así, cuando el reloj suene
Que el postrer suspiro anuncia;
Cuando la insensible tierra
Mi exánime cuerpo cubra,
Alegres nuestras dos almas,
Como visiones nocturnas,
Danzaremos con las hadas
En el festin de las tumbas.
De sahuocos amarillos,
Adelfas, y verdes tuyas,
Te brindaremos coronas,
Reina de la noche augusta.
Tú eres antorcha del cielo,
Faro inmenso de luz pura,
Lámpara aérea, que Dios
Colgó en la suprema altura.
Melancólica deidad,
Que acompaña la tristura
De los finados, y afable
Su tétrica estancia alumbras;
Ya que solo á tu presencia
Los muertos andar no escusan,
Por que sus hechos no cuentas,
Ni sus escursiones turbas,
Dá mis recuerdos á Fela;
Duélete de mis angústias
Y yo cantaré tu gloria
En blanda cítara ebúrnea;
Pero con tan dulces metros,
Que te adoren, sacra Luna,
La generación presente,
Y las edades futuras. (6)

LA MALVA AZUL.

En la sentida muerte del poeta cubano José María Heredia.

¡Ay! dejad que la humilde musa mía
Dê mirtos á su cítara hechicera
Y tierno llanto á su ceniza fría.

J. N. GALLEG

Hijos... adiós. Cara esposa,
¡Adiós...! Adorada Cuba,
Adiós por siempre, que guardas...
¡Es ella...! ven sombra pura
De mi idolatrada madre,
Ven... dame tu mano augusta:
¡Ay...! abrázame... y desciendo
Tranquilo á la sepultura.
Y tú, mi querida pátria,
Antilla hermosa y fecunda,
Oye los votos postreros
De tu bardo el sin ventura.
Verme otra vez en el mar
No quiso la suerte injusta,
Para espirar *en tus campos*
Edén de eterna verdura.
Y al dormir el postrer sueño
Oír en la noche oscura
Al príncipe de tus vates (7)
Cantar del Cuzco la Luna.
Mas ya, pátria, que en tu ausencia
Por siempre el Sol se me nubla,
Oye los votos postreros
De tu bardo el sin ventura.
Sagrado Pan, que en las nubes
La soberbia frente ocultas,

Ultima tierra que ví,
Del Mar sobre la llanura,
Dame una lágrima sola,
Que yo por tí regué muchas
Cuando te perdí de vista
Entre las blancas espumas.
Délío y Desval, (8) claros cisnes
Cuyas lirás de oro ilustran
Vuestros nombres colocados
En el templo de las musas,
Llorad, que al morir Fileno
Para abrazaros os busca,
Y no os encuentra, y espira.
Pidiéndoos llanto en su angustia
¿Seréis sordos á mi ruego?
¿Cuando la tierra me cubra,
Vuestra amistad y mi gloria
Morirán conmigo juntas?
¿Y qué, no dará otro cisne
De tantos que el plectro pulsar
Ni un verso para mi muerte,
Ni una flor para mi tumba?
Sí... cantarán... yá los himnos
Estática el alma escucha...
Oís...! oís...! Madre...! amigos...
Délío...! Desval...! adiós... Cuba

Dijo Fileno, y espiró... Sonaron
Sus postreros acentos en mi oído...
«¡Del Niágara el cantor ha perecido.»
Mil tristísimos ecos exclamaron,
Y viendo que los cisnes no cantaron,
Voló un genio fatal de gozo henchido;
Pero un bello querub el cielo envía
Que al genio ciñe entre celages rojos
Y detiene su vuelo, en cuyos ojos
De gloria el fuego sacro-santo ardía.
Del cabello aferrado
Con la fuerte siniestra
—«¡Tente mónstruo! gritó, ¡suelta, malvado!»
Extendiendo la diestra,

Y su nombre querido
Arrancó de las garras del olvido.
Volvióse á los cubanos trovadores
Y prosiguió con celestial acento:
—«Salud y bendición á los cantores
Que á este nombre con plácido contento
Dén suspiros y lágrimas y flores;
Y á maldición eterna de hoy condeno
A todo el que no miro
Colocar en la tumba de Fileno
Una flor, una lágrima, un suspiro.»
Fuése, desapareció. Yo le escuchara;
No empero mi alma menester había
Para llorar sobre su losa fría
Que un anatema el ángel pronunciara;
Pues de Fileno amante
Por sublime y oculta simpatía,
Antes que el himno funeral levante
A la mansión suprema,
Ansío tambien que caiga el anatema
De eterna maldición al que no cante.
Dadme una flor, ¡oh vírgenes de Cuba!
Que no ostente lascivia en su belleza,
Ni su aroma al dosel de la grandeza
El aire en torno perfumando suba.
No alegre rosa que despida olores
Me deis, vestales, porque Cuba hermosa
Ya más no escuchará la sonora
Lira que un tiempo suspiraba amores. (9)
Quiérola pura, cándida y sencilla,
Que un verso de Fileno me recuerde,
Nunca envidiosa, ni envidiada, y verde
Como los montes de la bella Antilla.
Quiero la malva-azul, porque le place
Ocultando sus gracias peregrinas,
Habitar en las tumbas y en las ruinas.
La que silvestre en los sepulcros nace,
La que para gozar dichas secretas
Desdeñando el jardín con juicio raro,
De los muertos lamenta el desamparo,
Y acompaña el laud de los poetas.
Ven, flor preciada, y á mi lira triste
Acompaña en su cántico de duelo,
Hasta el fin de los siglos; ya que el cielo
Con su color de eternidad se viste.

¡Ay! que tú eres de Fileno
Fiel trasunto, imagen viva,
Porque en apariencia mueres;
Mas tu simiente esparcida
Reproduciéndote, en breve

Naces de tu virtud misma,
 Sin más cultivo que el Sol
 Y el alba que te rocía.
 Así el cantor de «las sombras»
 Y de la «Melancolía»
 Torna en sus obras cual Fénix
 A nacer de sus cenizas.
 Si al morir demandó flores,
 Lauro y flores merecía.
 Ven, acércate, flor bella,
 A mi pecho y á mi lira,
 Y deja que con mi llanto
 Estas endechas inscriba:
 Llanto que nunca perece
 Y es de esencia tan divina,
 Que cuando le mata el mundo
 En el cielo resucita.
 ¡Salve! cenizas yertas
 Del poeta que mora
 Las estrelladas bóvedas desiertas
 Do sólo el alba llora,
 Donde es eterna la rosada Aurora.
 ¡Salve! sepulcro frío,
 Mil veces venerando,
 Del vate que nació con astro impío
 Dulces versos cantando,
 Del infelice que vivió llorando.
 ¡Salve! asilo profundo,
 Del que sensible, humano,
 Corrió engañado por el Nuevo Mundo,
 El mar, la selva, el llano,
 Tras de felicidad, fantasma vano.
 No más su pátria hermosa
 Oirá la melodía
 Del que triste, con cítara armoniosa
 Cantó *Melancolía*
 En dulce trova, cuando Dios quería.
 Ni extasiando las almas,
 Escucharán su lloro
La voz de sus arroyos y sus palmas (10)
 Ni en lamentar sonoro,
 Los tonos blandos de su lira de oro.
 Ni el eco en la espesura
 Doblará sus gemidos;
 Ni aquella languidez modesta y pura
 Con que en metros pulidos
 Hablaba al corazón, no á los oídos.
 ¡Murió Fileno! cuando
 Tornaba al pátrio puerto,
 Cual ruiseñor que al nido regresando
 Baja del aire, muerto,

Y le cubre la arena del desierto.
 Mas ¡ay! que solamente
 Brindar puedo á su historia
 Una flor melancólica, inocente,
 Versos á su memoria,
 Llanto á su muerte, y á sus cantos gloria.

A LA MEMORIA DEL S.^R TOMAS GENER.

Dedicado á su Hijo Don Benigno.

Venerando lugar dó inertes yacen
 Las cenizas preciosas
 De un ilustre varón, yo te bendigo
 En trovas lastimosas,
 Y mil veces feliz, si ornar consigo
 Su helada huesa de fragantes rosas.
 ¡Mísero aquel que espira y ha pasado
 Por el breve transcurso de la vida,
 Del mundo y de los hombres ignorado,
 Cual sierpe que arrastrándose escondida,
 Vive y perece, de su cuna al lado!
 ¡Ay del mortal que ufano en su opulencia
 Se adormece en la inercia despreciable,
 Y esquivá las virtudes y la ciencia,
 Sin practicar jamás acción loable
 Que recuerde á los hombres su existencia!
 Ellos tendrán, viviendo, aduladores,
 Y al morir, herederos; mas aquellos
 No alcanzarán que corazones bellos
 Viertan en su sepulcro llanto y flores,
 Y aunque allí fijen su marmóreo busto,
 No á bendecirle llegarás el justo
 Ni le irán á cantar los trovadores.

Pero á tí, que del saber
 Prudencia y honor dechado
 Brillaste, siendo en la vida,
 Como en el jardín el nardo;

En tu funeral mansión
 Verterán los buenos llanto,
 Los pueblos cándidas flores,
 Suaves aromas los campos.

El alba regará perlas
 Tu pureza recordando,
 Y cantarán en tu losa
 Tristes endechas los bardos.

No soberbios mausoleos
 Con blasones relievados
 Te alzarán, propios emblemas

De sátrapas inhumanos;

Porque en cada corazón
Tu nombre estará grabado
Con caracteres de fuego
Mejor que en bronce y en mármol.

Unas tras otras irán
Generaciones pasando;
Mudaránse las costumbres,
Volarán los siglos ráudos;

Mas es del genio atributo
Sobrevivir á los astros,
Y la virtud no perece,
Aunque torne el mundo al caos.

Si un tiempo tus descendientes
Llenos de noble entusiasmo,
Formar de su alcornia quieren
El genealógico árbol;

Pintarán en campo azul
Un verde laurel lozano,
De cuyo fecundo tronco
Partan diez pomposos ramos,

Que un medio círculo formen
Con sus extremos gallardos,
Y una letra en cada punta,
Que lanze de luz un rayo.

«Tomás Gener» dirá el lema,
Y será timbre más alto,
Que lises, llaves, castillos,
Bandas y moros, pintados.

Feliz quien como tú, cuando sucumba
No ha menester fastuoso simulacro,
Per ser su nombre el obelisco sacro
Que se levanta al Sol desde la tumba.
Bendiciones sin fin, mortal egregio,
Que impertérrito, ardiente, defendiste
La Santa ley, y luego feneciste
Tras tí dejando, como el astro régio
Al hundirse en los mares de occidente,
Ancho rastro de luz resplandeciente.

¡Ay! ¿porqué te negó la suerte impía
Que en la hora triste de partir, postrera,
Aliviase Varela tu agonía,

Y los adioses últimos te diera
Tu compañero en la degradacia un día?

En tu sentir, los pueblos y los hombres
Eran como ante Dios, todos iguales.
Títulos, oropeles y renombres,
Fueron vanas é inútiles señales.
Solo supiste ajeno de ilusiones
La grandeza medir por las acciones.

Salve, y en paz quedad, reliquias yertas,
 Ni el olvido fantástico os asombre,
 Su alma mora el Empíreo, y yá su nombre
 De la inmortalidad cruzó las puertas.
 No podrán la calumnia y la impostura
 Empañar de su gloria el alto precio,
 Y si un lábio pretende torpe y necio
 Mancillar su opinión sincera y pura,
 Le acusará de falso el Universo,
 Llamarále impostor la edad futura.

A LA MEMORIA DEL VALIENTE CAPITAN

DON FRANCISCO DE JUSTIZ.

Pálido y yerto, como el mármol frío
 Que cubrirá su cuerpo en breves horas,
 Descansa helado en túmulo sombrío
 El que en medio de balas silbadoras,
 Como flor salpicada del rocío,
 Del Mayo saludando las auroras,
 Se vió en la lid, de muertes rodeado,
 Y salió de laureles coronado.

Yace en eterno sueño descansando,
 El que en mitad del belicoso estruendo,
 Viera á su hermano perecer lidiando,
 Y su memoria eternizó venciendo.
 Absorta le miró la muerte, cuando
 Sobre él su manto funeral tendiendo,
 Al guerrero finó que sin mancilla
 Sustentó los pendones de Castilla.

Y Cuba le contempla desolada
 Bajar inerte á la profunda fosa;
 Cual suele al silvo de tormenta airada
 Caer marchita la fragante rosa,
 O del súbito rayo arrebatada
 Pierde la palma su corona hojosa;
 Dejando al campo sin su flor divina,
 Y sin su reina al prado y la colina.

Su alma voló cual ráudo meteoro
 A la mansión del Sér Omnipotente;
 Mas nó de sus acciones el tesoro
 La oscura tumba guardará inclemente,
 Su nombre grabará con signos de oro
 Veráz la historia, y el laurel luciente
 Que á sus sienes ciñera la victoria
 Jamás saldrá del templo de la gloria. (11)

UNA LÁGRIMA.

En la tumba del S.^r Francisco Jimenez.

Lugar tétrico y sagrado,
Fin de las humanas dichas,
Que á contemplar viene el bueno,
Y dó el criminal se humilla,
¡Oh campo! yo te saludo
Con aquella voz sumisa
Y el santo recogimiento
Que tu soledad me inspira.
Y tú, mortal venturoso,
Que en el alto Empireo habitas,
Deja que viertan mis ojos
Tierno llanto en tus cenizas.

No vengo á insultar tus manes
Ni á echarte mármol encima,
Que al que fué justo viviendo,
Le sobra su virtud misma.
¡Cuántos que vivieron mónstruos,
Efigies dejaron ricas...!

Los imbéciles presumen
Que el mármol inmortaliza...
¡Oh furor de los perversos...!
Aun despues de muertos lidian
Por oprimir á la tierra
Con su maldad inaudita;
Mas cuando la final trompa
Del mundo sobre las ruinas
Hiriendo el aire, tres veces
«¡Muertos, á juicio...!» repita;
Ante el Juez Supremo entónces
No valdrán soberbias piras
Para encubrir el horror
De sus bárbaras perfidias.
¡Con pomposas inscripciones
En oro y bronce esculpidas,

Que sólo poder arguyen,
Retorna el hombre á la vida...?
¡Dó están los héroes que al mármol
Trasladó el cincel de Fidias?
¡Dónde los dioses de Grecia,
Ménfis, Cartago y Palmira?
Todo pereció! mas vive
Aún el eco de las liras
Conque Virgilio y Homero
Cantaron glorias divinas.
Las canciones de un poeta
Conserva el tiempo y admira;
Mientras mármol bronce y oro
Con sus plantas pulveriza;
Y las lágrimas del vate
Cabe la losa vertidas,
Como del alba las perlas
Renuévanse á cada día.
Recibe pues, muda losa,
Aquestas lágrimas mias,
Que mi hondo pesar recuerden
En tanto que el orbe exista.
El honor era tu astro,
La virtud fué tu divisa,
Tu estandarte la razón,
Y tu deidad la justicia.
¡Salve! tumba venerada,
¡Salud! inertes cenizas,
¡Adiós! y acoged el llanto
Del vate que nos visita:
Así jamás os remuevan
Manos profanas é impías,
Ni más que vosotras duren
Las pirámides egipcias.

EL LLANTO DE DESPEDIDA.

24 de Octubre.

Adiós por siempre, dulce Fela mía,
Mi bien, mi corazón, mi amor, mi cielo:
Fué un tiempo en que solía
Decírtelo con harto desconsuelo
Para tornar á verte al otro día.
Mas ahora ¡dura estrella!

Ni apriétasme la mano al despedirme,
 Ni de tu boca bella
 Recibo el beso amante,
 Ni tu amoroso pecho palpitante.
 Estrechar puedo con afables brazos,
 Ni tus gracias divinas
 Consuelan mi pesar y mi amargura;
 ¡Ay cómo vuela el tiempo de ventura!

Voló ya la alegría
 Que un tiempo fué mi gloria,
 Y una triste memoria
 Me dejas ¡ay! amor.
 No más la prenda mía,
 Mi prometida esposa,
 Me halagará amorosa
 Calmando mi dolor.

La peste destructora
 En los antros del Tártaro abortada
 Por furias infernales
 Con saña asoladora
 Para asombro y dolor de los mortales;
 Esa cruel, homicida,
 Bárbara, injusta, inexorable y fiera
 Con ímpetu tenaz cortó la vida
 De mi cándida y linda compañera.

Ya para mí no hay gloria,
 Todo mi bien llevóselo la muerte;
 Triste recuerdo la fatal memoria
 Píntame sólo de mi adversa suerte;
 Pues la pasada historia
 Paréceme ilusión corrida en sueño,
 Y despertando del letal beleño
 Al golpe de la Parca furibundo,
 Atónito y lloroso considero,
 Que cual brilla el relámpago lijero
 «Así pasan las glorias de este mundo.»

Cual fresca rosa en Mayo,
 No bien brilla argentada,
 Cuando cae deshojada
 Del bárbaro Aquilón;
 Así súbito rayo
 De la Parca homicida,
 Cayó en su cara vida
 Y abrió mi corazón.

¡Quién podrá consolar mi aguda pena
 Cada vez que á mi vista dolorida
 Parezca objeto alguno que recuerde
 La ante-gloriosa vida
 Que al dulce acento de mi prenda amada
 Gocé...? mas ¡qué gocé? no gocé nada:

Esperanzas no más, nunca contentos,
 Y si algunos instantes de alegría
 Hurtarle pude á los sañudos hados,
 ¡Pueden con el dolor ser comparados
 Que siente en este trance el alma mía?
 Nada respeta la segur airada
 De la muerte cruel: ni la hermosura,
 Ni la virtud preciada;
 Todo lo hunde en la tiniebla oscura
 Eterna é insondable,
 Que sólo al tiempo descubrir es dable
 Por más que el hombre escudriñar procura
 ¡Veinte y cuatro de Octubre! nunca, nunca
 Pasarás sin que llore el alma mía
 Con tanta exaltación cual otro tiempo...
 «¡Tiempo dichoso cuando Dios quería!»
 Me llenabas de júbilo y de gozo
 Y de tierno placer y de alborozo,
 Por ser de Fela el venturoso día.
 • Ya más no podré verte tan hermosa,
 Cual la aurora risueña,
 Y con faz halagüeña
 Danzar al són del arpa sonora;
 Ni brindar expresiva
 Por la salud de tu adorado amante,
 Y en tono alegre, con gentil semblante
 Repetir inocente: ¡Viva! ¡Viva!
 Empero, ¡día precioso!
 Un velo tengo como el alma hermoso
 De nevado color ¡Ay...! este velo...!
 Era muy estimado de mi amada;
 Él adornó la frente de su cielo,
 Que serena cual luna en madrugada
 Llenaba de luz pura
 Prados y valles en la noche oscura;
 Y una simple sortija
 Sin otro adorno raro
 Que un corazón dó la verdad se fija.
 ¡Recuerdo harto precioso!
 Y una y mil veces para mí más caro
 Que el gran diamante del Brasil famoso.
 Estas dos prendas guardaré amoroso,
 Y cuando en medio del otoño vuelvas,
 Melancólico, tardo y perezoso,
 De Cuba fértil por las anchas selvas,
 Tomárelas llorando,
 Y pasaré cercado de dolores
 Al sepulcro de aquella
 Que aun muerta vivo amando,
 Y regaré con lágrimas y flores
 La tumba dó reposa mis amores.

Luego que torne á mi morada triste,
 Cabe la mesa, purpurina rosa
 Pondré, y el mirto verde
 Como corona con que amor se viste,
 Porque su vista hermosa
 La imágen adorada me recuerde.
 A la derecha añadiré un cubierto,
 Y una silla de adelfas adornada:
 Ella estará sin duda allí sentada,
 Y la diré que para mí no ha muerto.

Y cuando el negro manto
 Tienda la noche oscura,
 ¿Dónde hallaré ventura
 Que temple mi aflicción?
 ¿Quién á mi amargo llanto
 Querrá prestar consuelo?
 Sol, tierra, mar y cielo,
 Sentid mi confusión.

No ha muerto, y es verdad: miéntas yo viva
 Existe intacto mi querer constante.
 El cuerpo es sólo inútil perspectiva
 Para el ávido amante;
 Las almas generosas
 Amanse solamente por amarse,
 Y aun después de la vida son dichosas.
 ¿Pues qué? dos invariables pensamientos,
 Que en secreto su afecto adivinaron,
 Y un eterno querer se consagraron
 Aun ántes de decirse sus intentos,
 Dos almas que formó naturaleza
 Iguales, aunque en sexo diferentes,
 Dotadas de simpática terneza
 Y con extremo ardientes,
 Que á pesar del disfraz que las cubriera
 De la figura humana,
 Siempre se hablaron la verdad sincera.
 Libres ya de esta forma engañadora
 En la region donde el Eterno mora,
 ¿Podrán dejar de verse?
 Y si hay resurrección, cual asegura
 Del Evangelio Santo la Escritura,
 ¿Podrán ¡oh Dios! dejar de conocerse?

Nó, no es posible que la cruda muerte
 Desfigure de Dios la semejanza:
 Cristiano soy, y vivo en la confianza
 De morir, y tornar por siempre á verte.

Pero en tanto que llega
 Momento tan dichoso,
 No puedo hallar reposo
 Sin escuchar tu voz:

Mi amor, en llanto riega
 Tu ya cadáver frío,
 Adiós, corazón mío,
 Adiós por siempre... Adiós.

A P. G.

En la muerte de Fela.

Bajo esta seiba sombría,
 Sobre la mullida grama
 En que otro tiempo solía
 Brillar mi amorosa llama
 Pura cuando Dios quería;

Aquí, donde pasé ufano
 Muchas mañanas de estío,
 Siestas de invierno tirano,
 Las tardes de otoño umbrío,
 Y las noches de verano:

Aquí, estimado Pilar,
 Como amigo verdadero,
 En lúgubre lamentar,
 Que me acompañes, espero,
 Mis desdichas á llorar.

Yá murió! yá murió, sí,
La-fé que el mundo envidió,
 La estrella con que nació,
 ¡Ay! yo la ví que espiró...
 Yá murió... ¡triste de mí!

Ya los pájaros cantores
 No darán músicas bellas,
 Ni danzarán los pastores,
 Ni el cielo vestirá estrellas,
 Ni la Primavera flores.

Ni los simples tomeguines
 Vendrán por vella en la fuente;
 Ni ella al verme en los jardines
 Orlará grata mi frente
 De claveles y jazmines.

Aquella púrpura fuerte
 De sus labios; la belleza
 De sus ojos que por suerte
 Encendió naturaleza,
 ¡Ya es despojo de la muerte!

Aquella frente agraciada,
 En cuya forma hechicera
 Tuvo el placer su morada,
 Tornó á lo mismo que era
 Antes de ser engendrada.

Pero la pasión crecida
 Que Fela me profesó,

Esa sí que la atrevida
 Muerte no la arrebató,
 Pues que me dejó con vida.

Aunque no con vida entera
 Faltando el bien de mi gloria;
 Mas con tu amistad sincera
 Aguardo que su memoria
 No tan facilmente muera.

Yo sé, Pilar, cuanto hacías
 En obsequio de mi amada,
 Y que amistad le tenías,
 Y algo más; pero así en nada
 Mi honor ni el tuyo ofendías.

Por ser cosa natural,
 Que unánimes dos estén,
 Y no porque en caso tal
 Quisieras tú á Fela bien,
 Debo yo quererte mal.

Antes al contrario, opino
 Que por la amistad llevado
 Y el amor á tal destino,
 De dos causas impulsado
 Será tu llanto más fino.

Nuestra situación retrata
 Dos cazadores, que en vano
 Corren para ver quien mata
 La paloma, y un milano
 A sus ojos la arrebató.

Solo una pluma dejó;
 Córtala y mójala en hiel,
 Y acuérdame que murió,
 Porque el milano cruel
 De la parca, la robó.

Y llórame, que llorando
 Quedó al pié del grueso tronco,
 Y á lo lejos resonando
 Está el mar con ruido ronco,
 Y los truenos estallando.

Y en la inclemencia del cielo,
 Cercado le oscuridad,
 Tornada la sangre en yelo,
 Solo podrá tu amistad
Aliviar mi desconsuelo.

LA ESTRELLA DEL SEPULCRO.

En la muerte del S.^r Juan Ignacio Rendon.

Hombre justo, juez recto, padre honrado
 Desde el empíreo sacro-santo asiento
 Acoje grato el lastimero acento
 Que con plectro de adelfas coronado
 Alza mi musa á la región del viento.
 Otros, más poderosos,
 Inscibirán en tu marmórea tumba
 Tus hechos generosos,
 Y esparciendo podrán fragantes flores
 Mostrar en luto al mundo su quebranto,
 Y dar también á tu saber loores,
 Y doloroso llanto;
 Pero inmortalidad, sólo mi canto.

La plateada Luna
 Hija de las regiones del Oriente
 Que el ocaso del Sol tiene por cuna,
 Se ocultaba en las nubes del poniente;
 Cuando yo de tristeza poseído
 Dando pasos inciertos
 Vagaba solo, errante y sin sentido,
 Por la mansión callada de los muertos.

No bien había al Dios Omnipotente
 Hecho mi sacrificio,
 Y dirigido mi oración ferviente,
 Cuando una *estrella* pura y refulgente
 Sobre el sepulcro apareció de *Ignacio*.
 Luego á mi vista describióse el velo
 Que el misterioso arcano me encubría,
 Midió veloz el dilatado espacio
 Sutil paloma, blanca cual la nieve,
 Hasta tocar un globo de topacio
 Que divinos fulgores esparcía
 En su rápido vuelo,
 Y la noche tornaba en claro día:
 Era su alma que volaba al cielo.

Deudos que lamentais al justo *Agnicio*,
 Caros amigos que llorais su suerte,
 De la virtud el astro le es propicio;
 Templad un tanto vuestra amarga pena,
 Él vive en Dios, y para Dios no hay muerte.
 Y tú, su *casta esposa*, y *compañera*
 De su envidiable y fortunada vida,
 Si á mi débil acento dado fuera

El cáliz endulzar de tu amargura;
 Dijérate, que ha sido su carrera
 Como la linfa de una fuente pura
 Que nace en lecho de purpúreas rosas,
 Y en tumba de clavel á morir viene
 Sin que el viento la turbe ó desordene,
 Ni la infesten serpientes venenosas.

Calma el pesar, conserva su memoria,
 El por mi voz te incita.
 ¿Y tu dolor no cesa al ver que habita
 El alcázar celeste de la gloria?
 Depon contra el destino la querella,
 Que el que viviendo fuera tu alegría,
 Desde los bordes de la tumba fría
 La luz de su virtud será tu estrella.

EL LLANTO DE LA AMISTAD.

En la tumba del S.^r José María Otero.

Deten, deten la inexorable mano,
 Ni así descargues tu segur impía,
 Parca alevosa, en este buen cubano
 Gala y ornato de la patria mía,
 Y si sediento tu furor insano
 De víctimas está, si es que una vida
 Basta á satisfacer tu horrible saña,
 Ven y ceba en mi cuello tu guadaña.

Tal en las horas de la noche umbría
 En que á mi amigo arrebató la muerte,
 Acusando al destino

Yo con doliente acento
 Agudos ayes entregaba al viento.
 Cuando en fúlgida nube
 De ciprés y jazmines coronada
 La frente celestial, bello querube
 Ráudo bajando desde el alto cielo
 A mi vista parece magestuoso.

—«Yo soy, dice, la muerte de los buenos
 ¡Mi tranquila presencia no te alegra?
 ¡Ay! serena tu ardiente fantasía,
 La muerte de los justos no es sombría.
 Píntese así la del feroz tirano,
 La del horrendo y bárbaro asesino
 Que cercados de vil remordimiento
 Rabiosos lanzan el postrer aliento;
 Mas el hora postrera de tu amigo,
 Hora que le trasmite á la memoria,

Desenlace brillante de su historia,
 De su honor perenal conservadora,
 ¡Porqué tan grande hora
 Cubrir de méngua y de baldón se quiere?
 ¡Harto sabeis que cuanto nace muere!
 La patria de los justos, es la gloria;
 ¡Y cuando llega el término divino
 Que de mundanos vicios la recata,
 La Omnipotencia acusaréis de ingrata
 Que le lleva tan puro como vino?
 Ojalá que como él finasen todos,
 No hubiera tantos séres desgraciados,
 Ni tantos miserables oprimidos!
 Si todos sois para morir creados
 Y es un incierto préstamo la vida;
 ¡Cuándo pagais la deuda contraida,
Por eso habeis de importunar los hados? (12)

Justo será que su ceniza fría
 Reguéis con gotas de amistoso llanto,
 Y cantadle si sois hijos del canto;
 Mas no es razón que me acuséis de impía.
 Si quereis presentarle digna ofrenda,
 Imitad su virtud, seguid su ejemplo,
 Por todo el orbe su candor se extienda,
 Y este será de su memoria el templo.»
 Dijo así el querubin, miróme atento
 Y voló más veloz que el ráudo viento
 De sagrado fervor sobrecojido
 Yo contemplaba tu cadáver yerto,
 Y al mirarte caer al fondo abierto
 De la tierra postrera del cívico
 ¡Adiós, adiós...! y para siempre, amigo;
 Adiós te queda en el sepulcro triste,
 Que ya de luto el corazón se viste
 El mismo que testigo
 Fuera de tus virtudes venturosas,
 Y en horas deliciosas
 La copa del placer gustó contigo.

Feliz quien vivo á la virtud adore
 Con tal que nunca á la maldad sucumba,
 Y más feliz, si en su modesta tumba,
 Halla un amigo que le cante y lllore.
 ¡Ay! perdona si turbo tu reposo,
 Elísea sombra de mi amigo amado,
 Padre perfecto, inimitable esposo,
 Y aunque doy llanto á tu sepulcro helado,
 Más te quiero en la tumba virtuoso,
 Que mísero en la tumba y desgraciado.

EL LIRIO.

A la memoria del S.^r Angel Laborde.

Sombra querida del caudillo ilustre,
 Gloria y honor de la Marina hispana,
 En cuyo ocaso vierte entristecida
 Copioso llanto la inocente Habana;
 Recibe ahora en tu postrer morada
 Esta flor que en tu fúnebre corona
 Coloca un hijo de la ardiente zona
 Como prenda de amor immaculada.
 No la ofrezco á tus triunfos militares,
 Que mi plácido acento,
 Perfumado de rosas y azahares
 Que son de Cuba eterno monumento,
 Y nacido entre piñas y palmares
 Con que Almendar sus ninfas enagena,
Nunca entre horror y mortandad resuena. (13)
 Brindola solamente á las virtudes
 Con que le plugo al cielo coronarte,
 Muy mas gratos al siglo diez y nueve
 Que las hazañas del sangriento Marte.
 La Parca, inseparable compañera
 Del tiempo asolador por él traída,
 El aliento vital, con mano fiera
 Cortó cruel de tan gloriosa vida;
 Mas tu nombre la historia ya esculpiera
 Con áurea pluma á tu bondad debida,
 Que quien tan altos beneficios vierte,
 Baja á la tumba y triunfa de la muerte.
 ¡Cuál mísero indigente,
 Qué artesano industrioso,
 Qué padre de familia,
 O qué proscrito de su pátria ausente
 A tí llegó solícito y quejoso,
 Que no le remediases generoso?
 Cuando sus negras alas pavorosas
 El mortífero Cólera tendiendô,
 Las campiñas frondosas
 De luto, estrago y de dolor cubriendo
 Las villas y ciudades asolaba,
 A no ser por tu impávido desvelo
 Y tu noble franqueza, ¡cuántos tristes
 Hubieran muerto sin hallar consuelo...!
 Laborde generoso, de alma pia,
 Jamás te olvidará la pátria mía:

El verde campo y la marmórea losa
 Con puro llanto de dolor inunda,
 Y oye una voz que baja misteriosa,
 Del alto cielo por el aire vano.
 —«Adiós, amigo del solaz cubano»
 Yo triste, en tanto que mi pátria llora,
 Tu sacro nombre eternizar espero,
 Brindando grato á tu alma bienhechora
 El blanquísimo *Lirio San Juanero*.
 Su albo cáliz retrata tu pureza,
 Su delicado ámbar, su dulzura,
 Y del fecundo tallo, en la verdura,
 Tu virtud, tu talento y grandeza.
 Su aroma al cielo en tu demanda suba,
 Y al doliente sonar del pecho mío
 Respíralo feliz, y acoge pío
 El puro llanto de la noble Cuba.

EL CIPRÉS.

Duelo de la amistad, en la muerte del S.^r G. O

¡Imponente silencio de las tumbas!
 Tu tétrica expresión presta á mi lira.
 Calme tu aspecto mi pesar vehemente.
 Y el viudo sauce que el dolor inspira
 Ciña tu impulso mi afligida frente.
 Que no sin causa el corazón suspira
 Al ronco son de cítara doliente,
 Cuando el hado enemigo,
 Acompañado de la horrible Parca,
 Con nuevos golpes mis desdichas marca
 En la existencia del mejor amigo.
 Aun no he pasado de mi edad florida,
 Y ya mis años cuento por mis penas:
 ¿Qué pues me queda para amar la vida!
 Lúgubres horas de tormento llenas.
 Pasó ya el tiempo juvenil dichoso
 En que entregado á los pueriles juegos
 Nunca llorara de pesar quejoso:
 Si algun deudo espiraba,
 Sin pensar más en él me consolaba;
 Pero ¡ay de mí! que entónces no sabía
 Sentir el bien que por mi mal perdía.
 Cual suele de los Alpes desprendida
 Porción sutil de transparente yelo
 Ensanchar su tamaño en la caída,
 Y en forma colosal bajar al suelo;
 Tal, el gérmen del mal es en la vida

Del hombre desgraciado,
 Prosíguele el pesar desde la cuna;
 Crece su cuerpo, crece su cuidado
 Donde por suerte algun alivio alcanza,
 Se disuelven sus planes infelices
 Perece el talisman de su esperanza,
 Y aun aquellos que más le favorecen
 Por colmo de su mal tambien perecen.

Mas no perece la virtud divina,
 Sublime y santa emanación del cielo,
 Luz que al mortal impávido encamina,
 Y hace que suba con serena frente,
 Y llegue en ráudo vuelo
 Hasta el trono del Dios Omnipotente.
 Así ¡oh Gabriel! tu alma
 Volando á la mansión del Sér Eterno
 Goza en el cielo la divina palma
 Negada á los perversos,
 Que el almo Dios con gusto,
 Solamente concede al que fué justo.

Fué tu muerte y tu vida
 En quietud y reposo parecida,
 Viviste como el Sol, luciente y puro,
 De tu bondad y tu virtud seguro,
 Y tornaste á la nada felizmente
 Cual despues de su curso el régio astro
 Se sepulta en los mares de Occidente
 Tras sí dejando esplendoroso rastro.

De fúnebres adelfas coronada
 Cabe tu losa fría,
 Con mudo acento llora destemplada
 La lira de oro que pulsaste un día.
 Cercados de suspiros y dolores
 Llegan á tu sepulcro tus amigos
 Y en él derraman amorosas flores.
 Yo, sólo un ramio de ciprés sombrío
 Puedo sembrar en tanto,
 Y regar con las gotas de mi llanto
 Su rudo tronco y tu cadáver frío.

Queda, verde ciprés, queda plantado
 Sobre la fosa de Gabriel querido,
 Y este epitafio dejaré grabado
 Para memoria de mi bien perdido.

—«Aquí yace un mortal que fué estimado
 «Por piadoso do quiera que ha existido:
 «Ya la tierra sus restos ha cubierto,
 «Mas su honradéz y su virtud no han muerto.»

EN LA MUERTE DE G. DE C.

Genio de la amistad pura
 Que en el alto Empíreo estás,
 Cuyo sacro fuego, más
 Que el oro y la vida dura;
 La copa de la amargura
 Con tu protección y abrigo
 Veré si apurar consigo,
 Para verter con ardor
 Llanto de pena y dolor
 En la tumba de un amigo.

¡Oh si fuera tal mi suerte
 Que con lúgubres gemidos
 Ablandara los oídos
 De la inexorable muerte!
 Pero en vano el polvo inerte
 Quiere el llanto resarcir,
 No retornará á vivir;
 Pues sé con harto pesar,
 Que no vuelve á respirar
 Lo que deja de existir.

Ví un niño, por diversión
 Formar un globillo astuto,
 Introduciendo un canuto
 En misto de agua y jabon;
 Del Iris la variación
 En sus colores denota,
 Y cuando de su derrota
 Tocaba al mayor aumento,
 Sutil ráfaga de viento
 Lo convirtió en leve gota.

Este globillo lucido,
 Tan bello cual desgraciado,
 Como fué de agua formado
 Quedó en ella convertido;
 Así el hombre divertido
 Sigue la siembra dorada
 De bien ó de mal sembrada
 Que le prepara la suerte,
 Y en nada al fin se convierte,
 Porque nació de la nada.

¡Veis cuando la Primavera
 Engalanando el Abril,
 De ámbares y flores mil
 Enriquece la pradera,
 Y horrible borrasca fiera

Viene de opuestos confines
 Destrozando los jazmines
 Y rosas, que en horizontes
 Fueron pompa de los montes.
 Y adornos de los jardines?

Así su frente amistosa
 Mostró Gerino cabal,
 Integro, franco y social,
 Cual la Primavera hermosa;
 Cuando la Parca alevosa
 Como horrenda tempestad,
 Sepultó en la eternidad
 Al que fué por su virtud
 Jazmin de la juventud,
 Y rosa de la amistad.

No yá las ninfas decoran
 Sus rostros con azucenas,
 Porque sumidas en penas
 Tu ocaso infelice lloran:
 De pesares se devoran,
 Quéjense á la adversa suerte,
 Y la tristeza más fuerte
 Las tiene en fiera agonía
 Desde aquel tremendo día
 Que te arrebató la muerte.

Ni yá las flores porfían
 Vertiendo ámbares suaves,
 Ni al alba cantan las aves
 Parleras, como solían.
 Los cielos que ántes reían
 Esparciendo perlas bellas,
 Vierten nubladas querellas
 Con que al claro Sol engañan,
 Y densas nubes empañan
 El brillo de las estrellas.

Los arroyuelos y fuentes,
 Como sintiendo mis males
 Llevan mudos los raudales
 De sus límpidas corrientes;
 Y por cáuces diferentes
 De los antiguos, girando,
 Van corriendo y murmurando,
 Porque en amargos despojos,
 Vén como ríos mis ojos
 Eternamente llorando,

¡Y porqué el hombre se afana!
Solo contemplando estoy.
¿Sabe él cuando duerme hoy
Si despertará mañana?
Fantasma engañosa y vana,
Rayo veloz, pasajero,
Meteoro de luz ligero,
Informe copo de espuma,
Y polvo y nada, es en suma
Lo que encierra el mundo entero.
Sólo la pura amistad,
Elevando sus acentos,
Hace llegar sus lamentos
Hasta la posteridad:
Ella, de inmortalidad

Es acreedora en la historia,
Por lo que con fé notoria
Yo tu nombre á inscribir llevo,
Con caracteres de fuego
En el templo de memoria.
Quizá de mi muerte el día
H abrá una alma generosa
Que riegue llanto en mi losa
Como yo en tu tumba fría:
En tanto que el alma mía
Con toda sinceridad,
A impulsos de la amistad
Que nos uniera á los dos,
Te envía el postrer adiós
Por toda la eternidad.

A UNA VIRGEN MUERTA.

(5 de Enero de 1839).

¿Es el mundo un jardin de alegres flores
En que vuelan los justos como amores
Para sus bellos cálices libar?
¿Será nuestro existir dulce beleño?
¿De fantasmas y sombras será sueño?
¿Será tal vez de lágrimas un mar
En que surca la nave de la vida,
Teniendo, por borrascas combatida,
Al puerto de las tumbas que arribar?
La tumba es el puerto, la nave es la vida
Que al templo nos lleva de la eternidad.
¡Ay de la que llega con presta corrida
Cual ésta, infelice...! Mortales, mirad
En fúnebre lecho de llanto y tristura,
Como en seco polvo marchito alelí,
Mirad sin aliento la vírgen más pura
De cuantas ha visto brillar Yumuri.
Al verla se desconsuelan
Los que adoran su virtud,
Aún sus gracias se revelan,
Y castos amores vuelan
En torno de su ataud.
Llora el bardo, y tristemente
Su canto de muerte entona:
Cándida palma fulgente
Orna su mano, y su frente
Ciñe divinal corona.

Duerme en la tumba,
Duerme feliz,
Virgen sagrada
Del Yumurí.

Desde la gloria
Que habitas, sí,
Baja tu frente
De albo jazmin,
Y tu mirada
De serafín,
Más que el Sol clara
Sobre el zenit,
Fíjala, bella,
Fíjala en mí:
En este amigo,
Triste, infeliz,

Que fiel derrama
Lágrimas mil,
Y sin consuelo
Llora por tí.

Cual puro lirio
Nacer te ví,
Y cual temprana
Rosa, morir.
¡Ay! para siempre
Yá te perdí;
Mas no te inquietes
Por mi sentir.
Duerme en la tumba,
Duerme feliz,
Virgen sagrada
Del Yumurí.

Y en tanto que cubre la fúnebre losa
Tan tierna belleza, tan rara virtud,
Escucha, doncella, mi voz querelosa,
Y el eco que vierte mi triste laud.

Y sonrie á la voz de un amigo,
Que quisierate al mundo tornar,
O bajar al sepulcro contigo,
O contigo en la gloria morar.

LAS FLORES DEL SEPULCRO.

En la prematura muerte de mi más cara amiga

Maria de las Mercedes Socarras.

(Agosto 10 de 1838).

... Encuentra uno el amigo con quien quisiera pasar su vida, y al momento la suerte los aleja. Descubre uno el corazón, que buscaba, la vispera del día en que dejará de latir.

CHATEAUBRIAND.

Ven, clavel amarillo de los muertos,
Ven á ceñir mi funeral laud,
Para cantar á los despojos yertos,
De amistad, de inocencia y de virtud.

No ya mis ecos plácidos ¡oh brisa!
Del San Juan por las ondas regarás:
Puede tal vez bañar fugaz sonrisa
Mi rostro, sí; mi corazón, jamás.

¡Jamás! ¡Para qué buscar

Distracción en el placer?

¡Para nuevamente amar?

¡Para tornar á perder?

¡Para volver á llorar?

Será mi festin mayor

Un campo de soledad,

Un recuerdo de dolor,

Un suspiro de amistad,

Y una lágrima de amor.

Si hay un divino placer
Que del penar nos escuda
Con infalible poder
Sobre la tierra es sin duda
La amistad de una muger.

Este afecto puro y fiel
Coloca el cielo entre dos,
Y hay con exacto nivel
Tanto espacio de él á Dios
Como desde el hombre á él.

Cuál me burlaste ¡oh amistad querida?
Pues logro apenas tu candor gustar,
Vaste á la Gloria, y déjame en la vida
La triste herencia del cruel llorar.

¡Llorar...! ¡siempre llorar! ¡qué, á eterno llanto
Habré nacido condenado yo?

¿Cual humo, el tiempo del gozoso encanto
Ya para mi voló?

¿Será mi pecho de-insensible risco?

¿Nunca espirar de pena lograré?

¿Tengo yo corazón de basilisco,

Que mata cuanto vé?

Probé un amor, del alma por fortuna;
Partió presta á los campos del Edén:
Brindo amistad de corazón á una
Y en la flor muere de su edad tambien.

Ya ¿qué es el mundo para mí? un vacío
Sin terso azul, sin astro brillador;
Páramo yermo en lá mitad de Estío
Sin verde planta ni aromosa flor.

Perdí mi amor, y en la amistad consuelo
Sólo hallar pudo tan fatal dolor;
Pierdo amistad, ¿y en este triste suelo,
Qué es un mortal sin amistad ni amor?

De dos vivientes que el Eterno inspira
A volar juntos de la dicha en pos,
El que primero por su bien espira
Es el más venturoso de los dos.

Aquél, en cambio de su estrella dura
Mirando muere lo que siempre amó,
Aquél tendrá quien en la noche oscura
Llore en su losa; pero el otro, nó.

Ya para siempre, al cielo en ráudo giro
Voló la amiga que aprecié mejor.

¿Quién á mi muerte exhalará un suspiro?

¿Nadie en mi tumba dejará una flor?

Tengo presente, amiga encantadora,
La vez postrera que el adiós te dí,
Grabado en mi alma cual si fuese ahora...
¡Qué adiós! Jamás se apartará de mí.

Era noche: tu albergue esclarecía
Débil fulgor de lumbré artificial;
Cual suele iluminar gruta sombría
Pálida luz de antorcha funeral.

Gruesa lluvia la atmósfera lanzaba,

Sentíase el viento con furor mugir,
Y aún tu tétrica vista me anunciaba,
Siniestro augurio al tiempo de partir.

— Adiós... » « Adiós... » Dijimos, y corriendo
En alas de la horrenda tempestad,
Cruzó el eco los aires, repitiendo
¡Adiós...! ¡Adiós...! hasta la eternidad!

Trance es amargo, cuando á mundo ignoto
Aquel que amamos para siempre vá;
Quédanos un consuelo harto remoto,
Y es:—¡La esperanza de encontrarlo allá!

¡Allá...! Por fuerza, inspiración divina
Con eco mudo el corazón me advierte,
Que mi alma es como Dios, eterna y fuerte,
Que á su morada celestial camina:
Y que mi cuerpo es sólo peregrina
Arca de barro que se dá á la muerte,
Tributo de esta vida transitoria
Con que abriéndonos paso por la tumba
Volamos á la senda de la Gloria.

¡Ay de vosotros, míseros impíos,
Si de vuestros placeres la esperanza
Es tan pobre y mezquina, que no alcanza
Nada á través de los sepulcros fríos!

¡Religión de mis padres, sacrosanta!
Yo te bendigo cada vez que á oriente
El luminar inmenso se levanta;
Y siempre que se oculta en occidente,
Mi humilde voz tu omnipotencia canta.
¿Y cómo no cantar? por tí en el cielo,
Por tí confío, Religión sagrada,
Verla bajar en grupo de querubes
De cándidos jazmines coronada,
Alzarme leda entre brillantes nubes
Del alto Empíreo á la eternal morada,
Ráuda salvar las diamantinas puertas
De par en par á la virtud abiertas,
Y postrada ante el sol de la justicia,
Cuya bondad propicia
Nunca el oído al inocente cierra,
Grata exclamar uniéndose conmigo:
—«Hé aquí, Rey de Israel, mi único amigo,
El solo sér que me lloró en la tierra,
El que me idolatró, sin el quebranto
De profanos amores,
El que á mi ocaso alzó fúnebre canto,
¡Mi oscura tumba eternizó con llanto,
Y mi sepulcro embelleció con flores.
Dignaos, Señor, por vuestro trono inmenso
Concedernos el don que os demandamos,

Que os alabemos juntos, y ofrezcamos
 A vuestra Augusta Magestad incienso.»
 Tal parécame oírla. El infinito,
 Grato concede á sus plegarias puras,
 Ella, lanzando penetrante grito,
 Dice por celebrar nuestras venturas:
 —«¡Gloria al Rey de Israel en las alturas!»
 Y contestan los ángeles:—«¡Victoria;
 «Vuestra suma bondad males destierra,
 «Por eso están los cielos y la tierra
 «Rebosando, Señor, en vuestra gloria!»

Pero en tanto que ese día
 Se acerca de mi ventura,
 Que duerma en la huesa fría
 Amaneciendo á su pura
 Lumbre de paz y alegría;
 Deja que en flores ¡oh amiga!
 Tu triste tumba decore,
 Porque quien verla consiga,
 Tu temprana muerte llore
 Y mi inspiración bendiga.
 No temas que al fin estén
 En ningún tiempo marchitas:
 Prodújolas el Edén,
 Y si tú en el cielo habitas,
 De allá son ellas también.

Del jardín divino son,
 Sitio encantador y ameno,
 Donde no hay murmuración,
 Ni vén ojos de veneno,
 Ni hablan lenguas de escorpión
 Entre cielo y tierra, un día
 Jehová un angel colocó:
 De allí jamás se desvía,
 Nunca el tiempo le tocó:
 Llámase «la Poesía.»

De un vate á los cantos bellos
 Los siglos no le hacen mal.
 Por que son de Dios destellos,
 Y el tiempo cruza por ellos
 Como el Sol por un cristal.

Padrones gloriosos de eternas verdades,
 De Hermon ¡oh colina! puertas de Salen,
 Del Líbano bosques, cipreses de *Cades*,
 Pozo del desierto, gruta de Belen;
 Haced que con flores de grata verdura,
 La *estrecha morada* cubrir pueda yo,
 Dó yace marchita la rosa más pura,
 De cuantas ha visto nacer Jericó.

Muertos, si en la noche sentís un poeta
 Que vaga en las tumbas, atentos oid;
 Oiréisle los salmos cantar del Profeta,
 Y el arpa sus manos pulsar de David;

Su frente las palmas ceñir de Idumea,
 Girar en su torno Saul y Abrahan,
 Laureles en Cuba plantar de Judea,
 Y el agua en sus ojos correr del Jordan.

Veneranda tierra, sepultura santa,
 Que estáis á la diestra del limpio San Juan (14)
 Por cuyo poniente su testa levanta
 De cañas vestida la cumbre del Pan;

No altere tu calma mi triste querella,
 Mis ayes no agiten tu eterna quietud,
 Tus sacras reliquias no oprima mi huella,
 Ni sonos profanos te dé mi laud.

No quiero, sepulcro, que estés solitario,
Deja que en tí plante mi fiel corazón
Los nardos y lirios del Santo Calvario,
La oliva sagrada del Monte Sion.

Este árbol frondoso, precoz y sombrío,
Por mí te defienda del aire boreal,
Y su almo ramaje te pare en Estío
Los rayos ardientes del sol tropical.

Cubiertas las formas de místico velo,
Con voces más dulces que un bardo de Erin,
En urna de nacar me trajo del cielo,
Divinas simientes veloz querubin.

—«Si quieres al mundo legar mi memoria,
«Con estéril llanto no me cubras, no;
«Adorna mi tumba con flores de gloria.»
Dijo, y al Empireo volando tornó.

Y es ella ¡oh sepulcro! sus voces sencillas
Me ordenan hacerte funéreo jardín.
Iréte sembrando celestes semillas:
De aquí, de mi pecho, saldrá la del fin.

Aquestas primeras que vierto preciosas
Son tristes jacintos de negro color,
Albas siempre-vivas, y nitidas rosas,
Emblemas de luto firmeza y candor.

Nevados jazmines del Santo Carmelo,
Imágenes puras del bien que perdí,
Cubridla; ¡quién sabe si este mismo suelo
Será en breve, lecho mortal para mí!

¡Quién sabe si antes que venga la aurora
A lloveros perlas, frescor y salud,
Darán las campanas mi póstuma hora,
Y ni habrá quien cargue mi pobre ataud.

Pero vosotras ¡oh flores!
Cuando me veáis llegar
Revuelto en sábana inmundada
Como muerto de hospital,
Perfumaréis el cadáver
De éste que os supo sembrar,
De éste que os ha dado vida
Donde murió su amistad;
Y con el fresco rocío
Que el alba serena os dá
Al sacudiros la brisa,
añareis leda mi faz;
No permitais que en mi tumba
legue un profano á pisar,

Porque de este corazón
Un árbol veréis brotar
Con tronco celeste y hojas
De color de verde mar;
Seis flores dará por año
Moradas, y en cada cual
De los siguientes, un verso
Con letras de oro, dirá:
«Aquí, vecino á su amiga,
«Descansa PLACIDO en paz:
«Tres cosas (después de Dios)
«Mentó al punto de espirar:
«La memoria de su Fela,
«Merced y la Eternidad.»

AL S.^R BUENAVENTURA ROMERO

en la muerte de su Hijo.

<... ¿Ves? tu desgracia
Ha vuelto a abrir mi dolorosa herida.>
MARTINEZ DE LA ROSA.

Vástago tierno de mi caro amigo,
De su madura edad dulce esperanza,
Goza en el cielo buenaventuranza
Y la paz del sepulcro sea contigo.
¡Dichoso aquel que súbita dolencia
Arrebata en la cuna,
Y sin escarnio ser de la fortuna,
Cediendo de la parca á la violencia,
Vuela su alma á la eternal morada,
Torna su cuerpo al centro de la nada,
Y se lleva á la tumba su inocencia!
¿Qué es la inocencia? Un ángel que se mece
Cabe un ramo pendiente al precipicio,
Y cuando airado el Noto se enfurece,
Rueda á los antros hórridos del vicio,
O volando á la gloria desaparece.
¿Y no más vale, padre cariñoso,
Ver al fruto feliz de tus entrañas,
Antes muerto mil veces que vicioso?
Dirásme que sin duda virtuoso
Iba á ser con tu ejemplo; ¡cuál te engañas...
Te ciega la pasión. Hermosa fruta
Suele al centro esconder de su semilla
Venenosa cicuta;
Y en una vírgen que hoy modesta brilla,
Se vé mañana que su honor mancilla,
Meretriz degradada y disoluta.
¿Sabes tú si ese hijo que adorado
Viste finar, ansioso de tu herencia
Andando el tiempo hubiera deseado
El término abreviar de tu existencia,
O con mano sacrílega é impía,
Sangriento acero hubiera levantado
Contra la vida de su padre un día?
¡Cuadro horrible en verdad!; mas por desgracia.
Verosímil tambien: ya lo hémos visto
Con asombro profundo
Más de una vez representado al mundo.
¿Legar virtud presumes á tus hijos?
El oro les darás, si la fortuna
Traértela gusta en su voluble rueda;

Y no torna por él: mas hombre, advierte,
Que á los tétricos campos de la muerte,
Ni el oro vá, ni la virtud se hereda.

Esto no es indicarte que no llores
Un bien perdido que estimaste tanto:
Fuera obligarte entónces á insensible,
Y serlo yo á la vez. Hasta las flores
Cuando mustias las miro, en su quebranto
El corazón me oprimen; pero es justo,
Que si pára en sus términos el gusto,
Luego tenga sus límites el llanto.

Yo he perdido tambien: tambien mi alma
Sintió clavarse con furor horrendo
La espaba del dolor. Yo ví muriendo
A mi adoptiva madre, el mismo día
En que la tumba de una prenda amada
Con llanto y flores de regar volvía.
Y ella espiró cuando mi pecho ardiente
Ornaba con fantástico deseo
El tálamo nupcial. ¡Ay, que ilusoria
Mi ventura y la antorchá de himeneo
Fué blandon funeral...!

¡Triste memoria,
Ten compasión de mí, no con tiranas,
Sombras pasadas mi aficción aumentel
Seis breves lustros ¡penas inhumanas!
Aún no cuento de edad, y ya mi frente
Habeis cubierto de amargura y canas.
¡Lo véis? amigo, tu dolor extremo
Ha vuelto á ensangrentar la cruda herida (15)
De mi ulcerado corazón; empero,
¡Amas á Dios y su poder adoras?
¡Conoces su bondad? ¡temes su ira,
Y no moderas tu pesar? Pues mira
Que su inefable Magestad desdoras
Con tu sentir cruento,
Y eres rebelde á Él, si el cumplimiento
De sus decretos inmutables lloras.

Déjale reposar en paz, cantando
A los piés del Eterno
El himno de victoria
Que hace temblar las furias del Infierno
Desde el excelso trono de la Gloria.

EN LA MUERTE DE LA S.^{RA} AGUSTINA GOMAR.

«¡Imponente silencio de las tumbas!
 Tu tétrica expresión presta á mi lira,
 Calme tu aspecto mi pesar vehemente,
 Y el viudo sauce que el dolor inspira
 Ciña á tu impulso mi afigida frente.

Que no sin cáusa el corazón suspira
 Al ronco son de cítara doliente
 Cuando la suerte adversa y enemiga,
 Acompañada de la horrible parca,
 Con nuevo golpe mis desdichas marca (16)
 En el ocaso de Vestalia bella,
 De su madre consuelo y esperanza,
 Sol de virtud, de mi cariño estrella.

De torvas nubes en revuelto manto
 Alzó el genio del mal su frente impía,
 Amenazando hundir en luto y llanto
 Cuanto su horrenda vista descubría.

Bramó el mar irritado,
 Tronó su acento fuerte,
 Nublóse de repente el claro cielo,
 Tembló la tierra, y pareció la Muerte.
 —«¿Veis aquella del orbe hermosa parte
 En cuya verde pompa
 Jamás logrará el sanguinario Marte
 Hacer sonar la belicosa trompa,
 Ni arbolar su mortífero estandarte?
 Allí respira el ángel más humano
 Que la virtud corona,
 Y vivifica el astro soberano
 Cuando al nacer en la abrasada zona.
 Tiende su luz al Golfo mejicano:
 Llega, hiérela y caiga, yo lo quiero;
 Pierda así de existir toda esperanza
 Vestalia hermosa que de amor lucero
 Tanta victoria contra nos alcanza.»
 Dijo, y tornando á los oscuros antros
 Donde el Eterno le fijó el destino,
 Precipitóse con fragor, sembrando
 De aterradoras llamas el camino.
 El ministro implacable parte luego
 Donde su voz le ordena;
 La amarillenta faz, los ígneos ojos
 Muestra orgulloso respirando enojos:
 Presto renueve la funérea planta;
 Siguen espectros mil á furia tanta,



Ven, clavel amarillo de los muertos,
Ven á ceñir mi funeral laud,
Para cantar á los despojos yertos
De amistad, de inocencia y de virtud.

Las flores del sepulcro.



Y de negro cendal el cuerpo viste,
Como entre fátuos se levanta
Pálida sombra de la tumba triste.
Su diestra empuña el hierro furibundo
De corva hechura y punta penetrante,
Maligno gérmen destructor del Mundo.
¡Ayl que tanta virtud, tanta hermosura,
De sus deudos y amigos, la amargura
De su afligida madre,
No embotan, Muerte, tu guadaña dura.
—«Para mí no hay más voz que sepultura.»
Dice, la hiere, y al momento espira
El más cabal modelo
De belleza y pudor que el hombre admira.
Y ufana, parte, de su inicuo triunfo
Soberbia y engreida,
Dejando á su familia desolada
Y en luto y llanto para siempre hundida.
—«Deten, muerte feroz, deten el paso:
Si algun tirano ó pérfido asesino
Privado hubieses del vital aliento,
Merecieras el lauro peregrino
En recompensa de tan noble intento;
Mas en la ofensa que á Vestalia has hecho,
Tuyo es el crimen, suya la victoria;
Pues le abre el paso del sepulcro estrecho
Ancho camino al templo de la gloria.»
Así diciendo la virtud sagrada
Que siempre de Vestalia á par vivía,
De blancas azucenas coronada,
Tan bella y pura como nace el día:
Tomó su alma en su inocente seno,
Urna divina del mortal bondoso,
De mancha libre y de fragancia lleno
Con ademán sencillo y majestuoso
Descogió leda las empíreas galas,
Miróme atenta, y dándome consuelo
Batió risueña sus doradas alas
Y la condujo á la región del ciel

NOTAS DE LAS ELEGÍAS

(1) Gallego.

(2) El autor ha supuesto que las Pirámides de Egipto son tres, y nosotros no hemos corregido este error temerosos de desfigurar la belleza del pesimismo que encierra el verso; pero advertimos que pasa de cuarenta número de pirámides que hemos visto en el desierto, á poca distancia de la antigua Memphis, y entre las cuales son más notables por su magnitud y magnificencia las tres siguientes: Chéops: que mide 233 metros de base por 150 de alto, y es la mayor. Chephrem: 215 de base por 133 de alto y Mycerinus 107 de base por 54 de alto.

(3) Heredia.

(4) Hecho á petición de un amigo.

(5) Esta composición fué hecha por PLACIDO, á petición del Sr. D. S. P. y la insertamos aquí porque tiene algunos bellos rasgos propios de la pluma del autor cuando inspirado cantaba á los muertos y á los justos.

(6) Esta elegía, modelo de sentimiento y de melancólica ternura; es una de las que más fama han dado á PLACIDO como poeta de verdadera inspiración. Es indudable que el amor de una mujer, hondo y legítimo, que apodera del corazón y del cerebro, decide casi siempre de todo el porvenir de un hombre. Ese amor purísimo hizo más sentimental á Petrarca, más lírico al Tasso, y más dulce y sublime al tierno Garcilaso. Siempre es el amor ó la amistad de una mujer quien inspira al poeta sus más bellos cantos, y al guerrero sus más atrevidas empresas: las piadosas lágrimas de Mme. de Maintenon inspiraron al gran Racine sus dos mejores tragedias (Esther y Athalia), así como la amistad de Merced Socarrás hizo crear á PLACIDO uno de sus cantos más sublimes; y el amor de Fela le inspiró «Luna de Octubre.»

(7) Así llamaba Heredia á Delio, cantor de la «Luna del Cuzco.»

(8) Iturrondo, y Valdés.

(9) I. N. Gallego.—10 de Julio de 1839.

(10) Heredia.

(11) Esta composición fué hecha delante del cadáver.

(12) Quintana.

(13) Ventura de la Vega.

(14) Alude al lugar donde estuvo antiguamente situado el cementerio de Matanzas al S. O. sobre la izquierda del río San Juan, considerada su corriente.

(15) Martínez de la Rosa.

(16) Repite aquí el poeta la entrada de la composición titulada «El pres.» en la muerte de Don G. O.

S. A. M.

UNDÉCIMA PARTE

POESÍAS SAGRADAS

A LA RESURRECCIÓN DE JESÚS.

Alzado el Sol en el oriente miro
Tan claro y magestuoso, que parece
Cuando en las ondas líquidas se mece
Con esplendente giro,
Rojo granate en campo de zafiro.
Murmura manso el cristalino río,
Viste el cielo del iris los colores,
El campo ostenta en su menudas gramas
Las relucientes perlas del rocío;
Trinan los ruiseñores,
Brilla el oro del pez en las escamas,
Rie la esfera, danzan los pastores,
Y el árbol viste sus frondosas rama
De bellos frutos y fragantes flores.

Las empíreas y sacras gerarquías
Que ledas cruzan la region del viento,
Van recitando en divinal acento
Los cánticos gloriosos de Isaías,
Y mueven con el sopro de su aliento
Las aguas del Jordan ante-gloriosas:
De color de la aurora el aire tiñen;
Ambares brotan, y sus sienes ciñen
De Jericó las palmas y las rosas.

Muy más alegres que al nacer del día
El rostro dejan ver vírgenes puras,
Y hombres, plantás y brutos, á porfía
Exclaman con celeste melodía
Admirando tan plácidas venturas,
«¡Gloria al Dios de Israel en las alturas!»

Tal á la tercer alba
 Que presagiaba el astro rubicundo,
 Con gozo universal y regia salvã,
 Del sepulcro profundo
 En almo coro de ángeles brillante,
 De la impostura y la maldad triunfante
 Subió á la Gloria el Redentor del mundo.

MUERTE DEL REDENTOR.

Dedicado al S.^r Cura Párroco de Matanzas

D.^r D. Manuel Francisco García.

Bajo las frondosas ramas
 De florecientes olivas,
 Oraba el hijo de Dios
 Con su santa comitiva.
 ¡Oh maldad! un iniciado
 En sus sagradas doctrinas,
 Júdas, al que más amaba
 Discípulo, le vendía.
 ¡Señor de inmensa bondad!
 ¡Cómo con él no te irritas,

Y al perverso no confundes
 Con un rayo de tu ira?
 Como Dios, libre te hallabas
 De traiciones y perfidias;
 Pero como hombre, nadie,
 Nadie de un traidor se libra.
 La luna ocultó su frente,
 Las estrellas no lucían,
 Cuando en le *Huerto* prendieron
 Al Hijo Dios de María.

De picas y de espadas prevenidos,
 Donde oraba el divino Redentor
 Entraron los judáicos, revestidos
 De purpúreo color.

Formaban un estruendo pavoroso,
 Como las ondas del revuelto mar
 Cuando azotadas de Aquilón furioso,
 Se sienten resonar.

Airado Pedro, suspendiendo el brazo
 A un judío malvado se lanzó,
 Y la oreja siniestra, de un sablazo
 Al suelo derribó.

«¡Ay de vosotros, fariseos y escribas,
 Fuerte á las armas vuestros libros dan,
 Y en el fuego (clamaban las olivas)
 Ellos al fin caerán!»

De heridas lleno, el rostro ensangretado,
 El pueblo hasta Pilatos le llevó,
 Y éste después de haberle sentenciado,
 Las manos se lavó.

Dios acató de muerte la sentencia,
 Comió el madero que debía cargar,
 Y cubierto de sangre y de paciencia,
 Aprestóse á marchar.

Sácale de allí rápido
 La homicida turba atroz,
 Y á la palmada súbita
 De un pérfido sayon,
 Desciende á tierra el único
Hijo en carne de Dios,
 Corrió la sangre célica
 Y de coral manchó
 La esplendorosa túnica
 De nítido algodón.
 Y aquella jente indómita
 Aún fuera más feroz.
 Si temor no impusierale
 Cornelio el Centurión.
 Y ofanse estos fúnebres
 Cánticos de dolor,
 Que entonaban las vírgenes
 Del Carmelo y de Sion.
 «Adiós, Hijo de Dios Padre,

De los hombres Redentor,
 Miranos desde la gloria;
 Adiós, Nazareno, adiós.
 Adios, Salvador del mund
 Que vas á vida mejor;
 Adiós, Pastor de Belen;
 Adiós, Nazareno, adiós:
 Adiós, Hijo de María,
 Astro más claro que el Sol;
 Espéranos en el cielo:
 Adiós, Nazareno, adiós.
 Adiós, voz de Sinaí,
 Adiós, luz de Sabahot,
 Consuélanos en tu muerte:
 Adiós, Nazareno, adiós.
 En tu sagrado sepulcro
 Harémos siempre oración:
 Adiós, Santo de los Santos,
 Adiós, Nazareno, adiós.»

Siguiendo la calle fatal de Amargura,
 Con cinco caidas al Mundo salvó;
 Y todos mofaban su atroz desventura,
 Y nadie por Cristo á piedad se movió.

A breve distancia, llorosa, María
 Observa sus pasos seguida de Juan,
 Y en soledad fiera la triste veía,
 Que palos, pedradas, y azotes le dan.

Mil ricos judíos holgaban mirarle,
 (Los ricos no hubieron jamás compasión)
 Un pobre tan solo prestóse á ayudarle,
 Nacido en Sirene, llamado «Simón.»

Tal hombre fué honra del pueblo judeo;
 Y en tanto que el cielo negaba su luz,
 Cargó largo espacio, dolido del reo,
 Y al Santo Calvario llegó con la Cruz.

¡Gran Dios! los hombres en ruinas
 Yá sus venturas tornaban,
 Tú librarlos dedeterminas,
 Y ellos en la Cruz te clavan
 Y te coronan de espinas.

Hiere tu santo costado
 Un descomunal judío,
 Y con tu sangre ha lavado
 Esa vil mancha del pecado
 En ese del cielo río.

Piadosa Samaritana
 Fallas que de tí se duela,
 Y aquella muger cristana
 Tres veces en blanca tela
 Lavó tu rostro de grana.

Entre horribles aficciones
 Morir cordero debías,
 Y *cumplir las predicciones*
 Lleno de injurias impías
 En medio de dos *ladrones*.

Sed tuviste, y por tu mal
 Llegó el verdugo cruel,
 Y con sonrisa infernal
 En vez de agua celestial
 Te brindó copa de *hiel*.

No fué tu enojo profundo,
 Ni te vengaste de él
 Con un rayo furibundo;
 Pues que medran en el mundo
 Los descendientes de aquél.

Sordo mugido resonar se siente,
 Como en el medio de la noche oscura
 Las verdi-negras nubes del poniente
 Hacen sonar el viento en la espesura:
 Ni una estrella se vé resplandeciente,
 Ni una flor aparece en la llanura;
 Ya sólo el buho por el éter gira,
 Cuando del mundo el Salvador espira.

Pastores de Belen, vírgenes bellas
 Del Carmelo y Sion, id al desierto
 Y allí lanzad tristísimas querellas:
 Llorad, llorad, que vuestro Dios ha muerto
 Ya más no tornareis con palmas bellas
 A salir gratos en feliz concierto,
 Y á coronar su frente centelleante,
 Cuando á Jerusalem vuelva triunfante.

Tú, que fuiste del cielo prez y gloria,
 ¡Oh tribu de Judá! tribu malvada,
 Ya será para siempre tu memoria
 A los hombres odiosa y degradada.

Ya de aquel *Justo* que ensalzó tu historia
 Cubre la losa del *sepulcro* helada
 El cuerpo santo, inanimado y frío.
 ¡Maldición sobre tí, pueblo judío...!

A LA COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA en la nave de lá iglesia parroquial de Matanzas.

(Al D.^r D. Manuel Francisco García).

Salve, pastor benéfico y humano,
 Que ensanchas el redil dó las ovejas
 Con rostro humilde y corazón cristiano,
 Himnos entonan llenos de alegría
 Al rey de reyes que el Empíreo mora,
 Al que la corte celestial adora,
 Al Dios, hijo del hombre y de María.
 Salve, justo pastor, que desdeñando
 Esa pompa fantástica, ilusoria,
 Que fascina á los míseros mortales,
 Entretejes las flores divinales
 Que han de ceñir tus sienes en la gloria.
 Bendito una y mil veces aquel día
 Que la Aurora vertió su luz primera
 Sobre la cuna que nacer te viera,
 Que el Sol doraba y la virtud mecía.
 Benditos fueron tus primeros años
 Porque la senda del Señor seguiste,

Y de los hombres conocer supiste
 El fingido oropel, y los engaños.
 Y bendición al númen inspirado
 Que en cántico sagrado
 Tu ardiente celo religioso alabe;
 Que bien es digno de sublime canto
 Quien da más expansión al templo santo
 Con el aumento de una santa nave.

Nave cuya construcción
 Te inspirara la virtud,
 Y corre sin detención
 Por un golfo de salud
 Al puerto de salvación.
 Nave en cuyo centro suenan
 De Sinaí los clarines
 Que las borrascas serenan.
 Sus brisas son serafines
 Que de luz el aire llenan.
 Cedros del Libano son
 Sus palos dó al viento vuela
 Cruz roja en blanco pendon,

Y es su más preciada vela
 El manto de Salomón.
 Unidas de cien en cien
 Las rosas de Jericó,
 En sus grímpolas se ven.
 Jehová su tope adornó
 Con la estrella de Belen.
 Cuando en la navegación
 Se vé el faro de los cielos,
 Con divina inspiración,
 Agitan sus albos velos
 Las vírgenes de Sion.

¡Y los grandes del mundo, que ansiosos
 Siempre corren de dichas en pos,
 En orgías se gastan pomposos
 Y desprecian la nave de Dios!
 ¿Y qué mucho? Si el pérfido, al justo,
 Sordo al eco del vil interés,
 Hoy le brinda la copa del gusto
 Para darle veneno despues!

A LA BENDICIÓN DE LA NUEVA NAVE

construida en la iglesia parroquial de Mátanzas.

Sagrada vírgen, de los cielos Reina,
 Más pródiga á los míseros mortales
 Que oro en los Andes peina
 El claro Sol, que el mar guarda corales,
 Y en su círculo arenas,
 Y blancas azucenas,
 Y rosas vierte al despertar, la Aurora:
 Oye mi voto cándido y ferviente;
 Para ensalzar del Sér Omnipotente
 El lugar sacro donde el Hijo mora:
 Un rayo de tu luz brille en mi frente,
 Templa mi lira, divinal Señora.

Dios de Israel que apartaste
 Las olas del mar airadas
 Del Jordan á tu vista
 Retrocedieron las aguas:

Señor de Jerusalem,
 A cuya triunfal entrada,
 Ajitando los olivos
 Y sacudiendo las palmas:

Hombres, vírgenes é infantes
¡Hosanna!... ¡Hosanna!... cantaban
En la tierra y en el cielo
Las angélicas escuadras:

Tú, que en carro refulgente
Recorres la extensión vasta
Del espacio, y véas los mundos
Que giran bajo tus plantas.

Tiende tu vista benigno
Desde la excelsa morada,
Hoy que un nuevo Aaron humilde
Bautiza tu santa casa.

Depon el rayo tremendo
Y la fulminante espada,
Haz que resuenen en ella
Tus gloriosas alabanzas.

Haz que desciendan del cielo
Tus bendiciones sagradas,

Sobre el pueblo que te adora,
Y tu Omnipotencia canta.

Escucha, Señor, los himnos
De aquesta tribu cristiana,
Que no te será algun día
Cual la de Efraim, ingrata.

Hoy, Señor, tu *Casta Esposa*
En el tálamo te aguarda,
Velada en mística nube
De aloe, de mirra y ámbar,

Y al verte llegar, risueña
Ante sus hijas se alza,
Refulgente con tu gloria
Y gozosa con tus gracias;

Y como el Líbano fertil,
Émula de Sión casta,
De verdes cedros ceñida
La augusta frente levanta.

Mas los hombres ¿qué harán sino mal?
¿No mataron su mismo Señor?
¿Puede ser á su hermano leal,
El que fué con su padre traidor?

Mas ese sumo Dios que el orbe mira,
Nos dió desde su trono celestial
A tí, un alma feliz, y á mí una lira,
Para hacerme yo eterno, á tí inmortal.

.....

Con piedras, sí, que los cantos,
Siempre que por Dios se pongan,
Cual los de Homero y Osian,
Se vuelven himnos de gloria.
Himnos que ensalzan al hombre
Justo, en cuya prez se entonan,
Y hasta los ángeles mismos
En repetirlo se honran.
Himnos que Dios grabar manda,
No de Paros en las losas,
Sino en la historia del cielo
Que es la verdadera istoria.

Yá, Señor, á tu alcázar se aproxima
Todo el redil cristiano,
Para alabar al solo Soberano
De cuanto el Sol anima,
Y el aire guarda en espacioso arcano.

Venid y deponed, grandes del mundo,
La vana pompa que en vosotros brilla,
Y con respeto insólito y profundo.

Doblad ante el Eterno la rodilla.
 Doblada, sí, y acompañad al coro
 Que entona al Dios de Isaac, empíreo canto,
 Y ángeles mil en aclamar sonoro,
Salve, repiten con sus arpas de oro
 Al Milagroso, al Justo, al Fuerte, al Santo,
 Al Señor de Abraham, al Rey de Reyes,
 Ante cuya increada Omnipotencia
 Son humo y polvo las mundanas leyes,
 Réptiles las terrenas potestades;
 Y á cuya faz divina y refulgente,
 Pára el rayo en su curso, y de repente
 Refrenan su furor las tempestades.

Cantad, hombres, al Hijo de María,
 Océano insondable de virtudes,
 Como la tribu de Israel un día,
 Con címbalos, y sistros, y laudes,
 Su grandeza y sus glorias aplaudía.

Mas si armados de hipócrita malicia
 Venís, ¡temblad, temblad de su justicia!
 Dejad el templo, pérfidos profanos,
 Huid de la estancia del Señor del cielo,
 No huellen vuestros piés su santo suelo,
 Ni toquen sus columnas vuestras manos.
 Alejaos, blasfemos, pues sí acaso
 Presumís poseer sublime ciencia
 Cuando al hombre burláis, no es excelencia
 Porque él mismo se engaña á cada paso.
 Pero al que mira el más ignoto insecto
 Que los montes ocultan en sus breñas,
 Quien os sabe el más mínimo proyecto,
 Y conoce las ovas más pequeñas
 Que ocultan entre sí los mares fríos;
 A ese, no le fascinan los impíos.

Apartaos, malvados, que aunque excede
 A su terrible ira
 Su infinita bondad, y su clemencia,
 No hay del Supremo Sér á la presencia
 Crímen que impune y sin castigo quede.
 ¡Miseros los que la cólera incitaron
 Del que sobre vosotros mandar puede
 Las plagas que al Egipto desolaron!
 Y bienaventurados los nacidos,
 Que de celeste fuego poseidos,
 Adoran al *Señor de las alturas*
De Salomón y de David á ejemplo;
 Y descansando en sus conciencias puras
 Le entonan alabanzas en su templo.

DUODÉCIMA PARTE

ODAS

LA INSPIRACIÓN.

Al pié del trono Empíreo
Del Hacedor Supremo,
Hay una llama pura
Más brillante que el Sol; de sacro fuego
De ella toma una parte
El increado Eterno,
Y á la cuna le envía
Del que nació para llamarse genio.
A ella deben sus Apeles
Y Timantes los griégos,
Sus Fídias y Leónidas,
Su Pausanias, Temístocles y Homeros.
Los Normandos su Milton,
Su Pope Ossian y Nelson:
Los italos su Dante;
Y Roma sus Virgilio y Lucrecios. (1)
A ella los lusitanos
Su Camoens debieron:
Los hispanos su Ercilla,
Sus Vivares, Pelayos y Gallegos.
Cuando pasan los siglos
Con presuroso vuelo
Sus cenizas y obras
Son el blason y orgullo de los pueblos.
En vano la procuran
Por mil distintos medios,
Y de optenerla tratan
Los que sin ella por su mal nacieron.
Esas almas sombrías
Como adustos espectros

Que vagan en las sombras
 Sin luz, sin voluntad ni pensamiento.
 Jamás verán un rayo
 De este divino fuego,
 Pues son como los brutos,
 Vivos al mundo, á la memoria muertos.
 Mas el genio inspirado,
 Cuando el rápido vuelo
 Hasta las nubes alza,
 No es dado á los mortales detenerlo;
 Porque puede la tumba
 Guardar su helado cuerpo;
 Pero su nombre sacro,
 De la inmortalidad queda en el templo.

AL S.^R CLAUDIO MARTINEZ DE PINILLOS.

¿Qué festivo rumor, qué arrebatados
 Himnos de bendición y de alegría
 Se oyen doquier poblando de armonía
 Los espacios del eter azulado?
 ¿Qué blanca, hermosa y transparente nube
 De tropical incienso al cielo sube?
 ¿Porqué risueña y leda á los fulgores
 Del alba pura ostenta sus palmeras,
 Y mostrando del iris los colores
 Aparece la vírgen de los mares
 Vertiendo aromas, derramando flores?
 No es un misterio, no, desde la amena
 Márgen florida de Almendar sonoro,
 Un eco parte que los aires llena,
 Y el Sol saluda con un disco de oro
 El nombre ilustre que entre vivas suena.
 «¡Salve Pinillos...!» resonando dice
 Con armónico son el grato acento
 Que se dilata plácido y felice,
 Llevando en alas del alisio lento.
 El sesgo Cauto en su torrente undoso
 Remeda el himno, agita sus cristales
 El sereno Cacon, el caudaloso
 Tinima ledó mueve sus raudales,
 Sagua al oír los tonos divinales
 Recogiendo el riquísimo tesoro
 Que esparcido en su fondo oculto brilla,
 En cien lugares de su verde orilla
 Grabó PINILLOS con arenas de oro.
 El Bélico sonante, su corriente
 Suspende sonriente,

Y exclama murmurando:—«Si te placen
Esos laureles que á mi orilla nacen,
Yo los consagro para ornar tu frente.»
Y hasta los matizados pajarillos
Que festejan al fértil Agabama
Imitando los ecos de la Fama
Repiten sin cesar «Salve á Pinillos...!»

Gózate ¡oh Cuba! tu semblante bello
Al mundo muestra de placer radiante,
Con áureas hojas de laurel brillante
Prendido ostenta el tropical cabello,
Y cuando un día, rica y deslumbrante
En la cumbre mayor, como destello
De la feliz prosperidad te halles
Llevando cual la palma de tus valles
Racimos de oro y de coral al cuello:
Al recorrer tu immaculada historia
Dos hijos hallarás sin mancha algun
De opuesta suerte y diferente cuna
Que subieron del templo de Memoria
A la más digna y elevada alteza,
El, cifrando su gloria en tu grandeza
Yo, cantando los timbres de su gloria.

Sí, varon ejemplar, prócer ilustre,
Yo pulsaré mi citara templada
Al son divino de los tonos suaves
Con que en los campos de la pátria mía
Felicitan la Aurora cada día
Sus arroyos, sus flores y sus aves.
Y mis versos serán como tu nombre,
Tal vez nublado por el negro aliento
Que fiero lanza el odio venenoso;
Pero frustrando su maligno intento,
Torna á lucir más fúlgido y radioso,
Como el Sol en mitad del firmamento.

Cuando el Nilo encrespado,
Su cauce natural dejando airado
Los verdes campos del Egipto inunda:
Se vuelve á sus canales engañado;
Pues presumiendo haberlos asolado,
Con sus propios despojos los fecunda:
Y cuando serenando sus furoros
Espera hallarlos mústios y desiertos,
Ellos rien lozanos y cubiertos
De hermosos frutos y gallardas flores.
No de otro modo al terminar la lidia
Que hacen á la virtud los impostores,
Supera siempre el mérito á la envidia.

Grandes tus hechos son, talento y arte
Juntos requiere la sublime obra

Que cumpla cual mereces ensalzarte.
 ¡Y yo sin ellos osaré cantarte?
 Sí, lo osaré, que inspiración me sobra.
 Me sobra y cantaré. Llegará día
 Que tus ilustres hijos escuchando
 El himno que en tu prez al cielo envía
 De honor y admiración mi plectro blando,
 Tu saber y virtud eternizando,
 Extasiados de insólito alborozo
 Tus hechos recitando esclarecidos,
 De noble orgullo exclamarán henchidos:
 «¡Ese es mi padre...!» y llorarán de gozo.
 Mas entretanto que fortuna esquivada
 Mi suerte hollando con su instable rueda,
 Tu rostro ver de bendición me priva;
 Y á tí, egregio varon, nada te veda,
 El néctar sacro de los justos liba;
 Y cuando pagues á la tierra el feudo
 Que el Supremo Hacedor impuso al hombre,
 Graba PINILLOS sin fastuoso alarde
 De rico escudo que al viagero asombre,
 Pues sobre el mármol que tus restos guarde
 Para hacerte inmortal basta tu nombre.

A MARÍA DE LAS MERCEDES SANTA-CRUZ Y MONTALVO.

CONDESA DE MERLIN.

A una sola voz suya, á una mirada
 Apaga Jove el iracundo rayo,
 Depone Marte la sangrienta espada.

QUINTANA.

Salve, deidad del Nuevo mundo, salve
 A tu risueña cuna,
 A tu nombre, á tu majia irresistible,
 A tu voz dulce, armónica y sensible,
 Cuyo menor cautivo es la fortuna.
 Salve á mi pátria, que nacer te viera,
 A quien tan puros plácemes arrancas,
 Como el disco genial de rosas blancas
 Que circunda tu hermosa cabellera.
 De mis lares honor, yo te bendigo;
 Bendigo el astro pío que alumbraba
 Tu feliz nacimiento,
 Bendigo de tornar el pensamiento
 A tu país natal, que verte ansiaba,
 Y aun á las verdes olas que rompía

Alígero el bajel, cuando impetuoso
 Tesoro tanto á Cuba conducía
 De los mares hendiendo el cauce undoso,
 Las bendice tambien el alma mía.
 Tu rostro mixto de azucena y grana
 Velado en magestad y esplendor, brilla,
 Cual de Vénus el astro en la mañana
 Cuando el alba con perlas engalana
 El vasto Edén de la feraz Antilla:
 De la Antilla fecunda que te adora,
 Y no bien galas por tu vuelta viste,
 Cuando presagia querellosa triste
 Que á partir vás, y anticipada llora.
 ¡Vás á partir...! ¡Porqué tan presto, bella,
 Del américo mar á la señora
 Desempara tu huella?
 ¿No te aclamó su más brillante estrella?
 Te dió sus dones al nacer, y ahora
 No halla placer tu corazón en ella?
 En ella que de lirios y azahares
 Formó el aura balsámica que aspiras;
 El fuego y brillantéz está en tus ojos
 De su luciente sol; son sus claveles
 Breves trasuntos de tús lábios rojos:
 De su cielo es tu risa, y el acento
 Con que leda extasiar sabes las almas,
 Es abreviado en tu meloso aliento,
 «La voz de sus arroyos y sus palmas;» (2)
 De sus palmas que al verte en la ribera
 Del Almendar fecundo,
 Clamaron impelidos
 Del zéfiro sutil que las meciera.
 «¡Salve, Corina, del moderno mundo
 «A quien hoy electrizas hechicera,
 «Todo es cubano en tí; salve habanera.
 ¿Angel de Santa-Cruz, y las olvidas?
 ¿Sorda serás á sus dolientes quejas?
 ¿Quién, ornato en las fiestas más lucidas
 De la Habana será si tu te alejas?
 ¿Pues qué Camajuani, cuya vertiente
 En nada cede á la hipocrénea fuente;
 El Ságua ondisonoro
 Que del alto Escambray nace á las plantas
 Mostrando en sus riberas, flores tantas
 Como arrastra en su fondo arenas de oro:
 El Agabama undoso,
 Y el Cáuto dilatado y caudaloso
 Que de gigantes pinos se corona,
 Menos tu pecho generoso estima
 Que el nebuloso clima

Donde corren el Sena y el Garona?
¿Porqué temer el tropical estío?
Gózate en este sol resplandeciente,
Que así es tu corazón, sublime, ardiente,
Y así es tambien el entusiasmo mío.
Siempre apacible y trasparente el cielo
Bañado el aire por la brisa pura,
Siempre del mar serena la llanura,
Siempre de flores alfombrado el suelo,
¿No te deciden á fijar tu estancia
En la ígnea zona que tu extirpe aprecia?
¿Es más diáfano el cielo de la Francia?
¿Son más bellos los campos de Lutecia?
¿Lauros vás á buscar? Tiende la mano,
Señálame á la bóveda azulada,
«A una sola voz tuya, á una mirada,»
Harás que al sacro templo de Memoria
Las alas de oro rebatiendo suba,
Trayéndote al volver uno de gloria;
Aunque hay sábanas de laurel en Cuba.
— Tente, iluso cantor, no es el deseo
De lucir en brillantes reuniones
El que me impele á repasar los mares,
Ni yo desdeño los paternos lares,
Por lucir de París en los salones.
La más noble de todas las pasiones,
El amor maternal, el que me hiciera
Volar tambien á la Siberia fría,
Es quien la vuelta á mi deber reclama.
Pasión eterna, y de tan gran valía
Por el fulgor de su divina llama,
Que ni la puede minorar la fama,
Ni la alcanza á pintar la poesía.
—Por tus hijos...! adiós, parte y perdona,
Busca en el cielo un lauro inmarcesible
Porque hallar en la tierra es imposible
A tan alta virtud digna corona.
Parte, no temas, y aunque el Ponto fiero
Venga la nave á combatir, levanta
Tu voz divina en tono lastimero,
Que la furia del líquido elemento
Tornarás en suavísimo desmayo,
Y verás á tu cántico doliente
«Soltar Neptuno el heridor tridente»
«Apagar Jove el iracundo rayo»
Llega felice, y al pisar la playa
Que te espera de Europa al mediodía,
Ciñe á tus hijos en paterno lazo,
Despues del santo maternal abrazo
Otro les dá que Cuba les envía;

Y no olvides jamás tu pátria amada,
 Esta tierra de paz y de ventura
 Ante cuya grandeza inmaculada
 Su antorcha apaga la discordia impura,
 «Depone Marte su sangrienta espada.»
 ¡Vas á partir, y para siempre acaso...!
 Vas á lucir del mar á la otra parte;
 Pero tu nombre en la cubana historia,
 Se esculpirá con letras diamantinas.
 Ya que el hado nos veda contemplarte,
 Gozaremos al ménos la memoria
 De tus mágicas gracias peregrinas,
 Y saboreando del placer la copa,
 Con noble orgullo contestar podremos
 A los artistas de la culta Europa:
 —«Si al Sér supremo conceder no plugo
 A la pátria dichosa de Varela;
 Un Virgilio, un Byron, ni un Víctor Hugo;
 Cuando el acento májico resuena
 De la noble Merlin, y su laureada
 Frente se ostenta de atractivos llena,
 Ni al Támises ni al Pó debemos nada:
 Nada tenemos que envidiar al Sena.»

A LOS JÓVENES ALUMNOS

de la cátedra de filosofía de la ciudad de Matanzas

Tiernos alumnos, que en la edad madura
 Llenos de fuego y ricos de alegría
 Sumisos acatáis la voz sagrada
 De quien al templo del saber os guía,
 No desmayeis, seguid la peregrina
 Marcha del genio digno de memoria
 Que al enseñaros la moral divina
 Os prepara una página en la Historia.
 Del buen pastor, que como el sol luciente
 Las densas nieblas del error quebranta,
 Y que ya ciñe á su modesta frente
 De sagrado arrayán diadema santa.

No os intimide juventúd amiga,
 Los escollos fantásticos que al paso
 Os presenta al acaso
 La pereza amiga,
 Impávidos marchad á la victoria;
 Porque no sin trabajo y sin fatiga
 «Se arrebatan sus palmas á la gloria.» (3)

Luz del entendimiento, yo te adoro,
 Alma Filosofía,
 Del sumo Dios la emanación más bella,
 Del verdadero honor única vía,
 Fija, luciente, esplendorosa estrella,
 Himnos de bendición con plectro de oro
 Te tributa mi ardiente fantasía:
 Sin tí no hay religión, virtud, ni leyes;
 Sin tu influencia celestial, los reyes
 Convierten la justicia en tiranía:
 Los pueblos ignorantes
 Son á un redil de fieras semejante.
 Ni ciencias hay sin tí, ni hay Poesía.

La sana filosofía
 Es, alumnos, vuestro astro,
 Ella es la egida más fuerte
 Que el cielo al mortal ha dado.
 Sin ella un hábil pintor
 Monta su paleta en vano,
 Por que su mente le niega
 Lo que le concede el tacto.
 Tal vez impúdicos sean
 Los asuntos de sus cuadros;
 Tal vez funestos y horribles,
 Antes que augustos y santos.
 Sin ella, el fuerte guerrero
 Colará de Marte al campo,
 Ingenio de sustentar
 Tu Dios, y sus lares pátrios:
 Ansiará emprender conquistas...
 Quien vence será inhumano;
 Quien vencido será tan debil
 Como ántes fué sanguinario.
 ¿Porqué de Temis al templo
 No entran juristas muy raros
 Quien la deidad excelsa
 No mire con ceño airado?
 ¿Porqué están inaccesibles
 Los corazones de mármol,
 Por la virtud oprimida,
 Y el clamor del desgraciado...
 Y al fatal brillo del oro,
 Que de un título al alhago
 Inocente sucumbe,
 El crimen es puesto en salvo?

Al vate que pulse el plectro
 En prez de goces profanos,
 El vulgo inmortal en vida
 Podrá colmarle de aplausos;
 Mas su inspiración perdida
 Causa lástima á los sábios:
 Antes que él, mueren sus obras...
 Con él se entierran sus cantos...
 Los que esta ciencia conocen,
 Ora artistas, ya letrados,
 Ya valientes adalides,
 O bien armónicos bardos;
 Gustará el mundo los versos,
 Honrará los justos fallos,
 Hará estátuas á los héroes,
 Y dará á los genios lauro.
 Jóvenes, seguid las ciencias
 Con firme y seguro paso:
 El sábio, despues de Dios,
 Todo lo tiene en su mano,
 Él torna en tierra los mares,
 Hace los yermos poblados,
 Y roba el fuego del cielo;
 Pues quita su fuerza al rayo.
 El sabio conduce al pueblo
 Como el pastor su rebaño,
 Y conquista sin legiones,
 Ruinas, incendios ni estragos.
 El tiempo y los hombres vuelan;
 Pero sus hechos preclaros
 No sufren que en hondo olvido
 Sepulte jamás al sabio.

Como debeis vosotros algun día
 Cánticos entonar de bendición,
 Al que afanoso por la senda os guía
 De la sana moral y la razón.

Jóvenes, vuestra suerte venturosa
Os ha mostrado un ángel tutelar:
Naves érais en noches borrascosas
Que inciertas vagan á merced del mar.

Él es el faro que os conduce al puerto;
Pues semejante á la columna es él,
Que condujo por medio del desierto
A la tribu escogida de Israel.

Algunos de vosotros inspirado
El arpa un día pulsará de Osian,
Y veránle de aplausos rodeado
Las bellísimas ninfas del San Juan.

Cuál glorioso, en los campos de Belona
Triunfará por su pátria y religión:
Cuál. ceñirá la fúlgida corona
De Las Casas, Espada y Fenelón.

Cuál de la ley en el recinto sacro
Moderno Cicerón, encantaré,
Y quién, de la virtud cual simulacro,
De Esculapio en el templo brillará.

Cada uno entónces de vosotros, fino
Al móvil honrará de tanto bien,
Y con un ramo de laurel divino
Decorará su generosa sien.

Y despues de los siglos, algun hombre
Vuestras obras atento leerá
Y en todas ellas hallárase un nombre
Que hasta el fin de los siglos durará. (4)

AL GIRASOL.

Al licenciando D. Ignacio Valdés Machuca.

Gigante flor, que espléndida apareces
De las campiñas tropical señora,
Dulce amiga del Sol, á quien ofreces
Por saludo tu risa encantadora,
Cuando á merced del céfiro te meces
Bañada con las perlas de la Aurora,
Y hasta que se sumerge en occidente,
No separa tu disco de su frente.

Corona de los prados peregrina,
A presentir en tu existencia llego,
Que al régio luminar quizá te inclina
La ignota mano del destino ciego:
O te formó la Potestad Divina
Compuesto vegetal de aroma y fuego,
Dándote de belleza por tesoro
De esmeralda los piés, el rostro de oro.

Cuando fértil y plácida intercalas
 En variados renuevos flores bellas,
 A la boreal constelación igualas
 Y cual la Osa fúlgida destellas
 Entre las otras, que con breves galas
 Y menor magnitud, áureas estrellas
 Y émulas tuyas son por su apostura,
 Sino en tamaño en brillo y hermosura.

Del padre de la luz los resplandores
 En tu corola mágica reflejas;
 En tí olvidando mil pintadas flores
 Se agrupan susurrando las abejas
 Como en torno del nardo los amores;
 Y en tu faz, virgen índica asemejas,
 Cuya dorada piel es siempre hermosa
 Sin púrpura, carmin, nieve ni rosa.

No envidies á flor alguna
 Cuantas el jardin ornan;
 Es miéntras más celebradas
 Mas su existencia gozan.
 Ya al clavel, al jazmin,
 La antáura, ambarina y rosa;
 Mas riegan para que nazcan,
 Mas abiertas las cortan:
 Marchítanse entre las trenzas
 Y se olvida de alguna traidora,
 Y se al reclinarsse en el lecho,
 Y se olvida de obtener otra
 En premio de que la hiciera
 Mas parecer más seductora,
 Mas se olvida y la deshace,
 Mas se la arranca y la arroja.
 No las envidies: su esencia
 Mas prestigio ¿qué te importan,
 Mas es momentánea su vida,
 Mas fantástica su gloria?
 Tú eres más feliz mil veces
 Mas cada de agreste pompa,
 Mas cuando la amada del Sol,
 Mas desde los campos corona;

Que ellas en lindas macetas,
 O entre flamantes charolas,
 Conque en las grandes orgías
 Las ricas mesas se adornan.

En tus ramas á trinar
 Los ruiseñores se posan,
 Y el favonio se recrea
 Arrullándose en tus hojas.

En dulce melancolía
 Sensible el alma se arroba,
 Cuando respira el que exhalas
 Grato y suavísimo aroma.

Risueña á tus piés murmura
 La clara fuente sonora,
 Con sus espumas te besa,
 Y te retrata en sus ondas.

¿Qué más, Girasol, anhelas?
 ¿No es tu suerte venturosa?
 Pues goza, flor, de tus galas,
 Y no envidies á las otras.

Advierte que al hombre imitar
 Las flores que el jardin ornan,
 Pues mientras más celebradas,
 Méno su existencia gozan.

Dirán que en vano en tu belleza admiras;
 Pues tambien se marchita tu arrebol,
 Mas eres venturosa, porque espiras
 Firme en tu tallo, contemplando al Sol.

Goza de vida peremnales horas,
 Salve mil veces, venturosa flor;
 Y el gran planeta que constante adoras,
 Conserve ileso tu feráz verdor.

EL INVIERNO.

Salve, estación sombría,
De caprichosas nubes coronada,
La triste faz velada
En dulce y celestial melancolía:
A cuyo aspecto airado el Bóreas zumba,
Pálida como el génio de la tumba,
Como mi corazón, nublada y fría.

¡Cuán pintoresco y vario brilla el cielo
De tus tardes al fúlgido arrebol,
Tus alboradas de punzante hielo,
Tu clara Luna y tu amarillo Sol!

Ora una nube la región hendiendo
Finge alígera y rápida condor
Que del viento á las ráfagas cediendo
Sus alas plega y se convierte en flor.

Ora pueblan las bóvedas etéreas
Gigantes sombras que agrupadas van
Como huestes fantásticas aéreas
Que una batalla en el espacio dan.

Sus espadas, sus lanzas, sus banderas,
Al fulgor del relámpago se vén,
Las plumas ondear de sus cimeras
Y sus adargas suspender también.

Mas lánzales con hórridos silbidos
El Artico helador al polo austral,
Y al ocaso descienden confundidos
Como pliegues de un manto funeral.

Así el débil mendigo, el rico fuerte,
Emblemas del poder y la orfandad,
Van mezclados al soplo de la muerte
A perderse en la oscura eternidad.

Salve, estación misteriosa,
De la vejez viva imájen,
Edad de tristes augúrios
Y de recuerdos fatales;

En que si de las pasiones
Tal vez rugen huracanes,
Débilmente silvan, vuelan,
Y perecen al instante.

Cuando tus opacas nubes
Disueltas al Ponto caen,
Y, sereno el firmamento,
Dejan de mujir los mares,

Entónces tus astros brillan
Con luz clara y penetrante,
Y las flores del pensil
Pueblan de bálsamo el aire.

Salúdante los arroyos
Con sus sonoros cristales,
Entre aguinaldos te entonan
Mélicos himnos las aves.

Y el bambú de las llanuras,
Y la palma de los valles,
Inclinando sus melenas
Parecen decirte:—«Salve.»

Y ¡salve! repiten los bosques umbríos,
Las cumbres que al cielo parecen tocar,
Las fuentes serenas, los lípidos ríos,
Los astros, el aire, la tierra y el mar.

Y tú, sus apláusos desoyes inerte,
Pues sordo á sus ecos de dicha y favor,
Cual débil anciano que espera la muerte
No encuentras en ellos placer ni dolor.

¿Te place que el Bóreas sacuda la selva,
Que el polo desate feróz huracan,
Que enturbie los ríos, y en ellos revuelva
Las cañas sonantes que adornan el Pan?

Pues bien, si te gozas doquier que caminas
En estas escenas de llanto y horror,
Trastorna la tierra, conviértela en ruinas,
Que el mundo no es digno de suerte mejor.

Ye entónces tendréme quizás por dichoso
Y alegre, espirando, podrále decir,
—*Me huelgo en tu ruina, conjunto monstruoso*
De engaño y bajeza...! te he visto morir.

A SELMIRA.

Selmira, no descanses
En esa peregrina
Belleza seductora
Con que á todos los prendes y electrizas.
Mira que el tiempo vuela,
Y con veloz porfía
Le siguen presurosas
Las verdes horas de la edad florida.
Le siguen, y no tornan,
Y esas horas perdidas
Sólo dejan recuerdos
Que envenenan las fuentes de la vida.
Dejan canas y arrugas,
Las fuerzas extinguidas,
Los corazones vanos,
Los cuerpos lacios, y las almas frías.
¿No adviertes en la cumbre
De la feráz colina,
Las piedras y techumbre
Por diferentes rumbos esparcidas?
Pues esos son los restos
De una preciosa quinta,
Donde todas las flores
Que ostenta el suelo tropical nacían.
Bajo sus enramadas

Danzaban bellas ninfas
 Coronadas las sienes
 De claveles, jazmin y siemprevivas.
 Mas pasaron por ella
 Unos tras otros días,
 Los rosales murieron,
 Secáronse los nardos y las lindas.
 Las paredes temblaron
 Del temporal batidas,
 Y entre sus anchas grietas
 Se anidaron las aves de rapiña.
 Un sepulcral silencio
 Reemplazó la alegría,
 El *jagüey* al naranjo,
 Y el cardo y yedra al lirio y ambarina.
 ¡Ay! Selmira, este ejemplo
 Te enseña que no hay dicha
 Segura, ni muralla
 Que de los tiempos al poder resista.
 Y que sin detenerse
 Marcha la humana vida,
 De la cuna al sepulcro,
 Como los ríos que á la Mar caminan.
 Quizá llorarás tarde;
 Pero en vano, Selmira,
 Porque el llanto no vuelve
 Las verdes horas de la edad florida.

A LA AURORA DE UN AMIGO.

Al S.^r Fernando De Rojas.

Torne á brillar el astro luminoso
 De sacrosanta inspiración, que un día
 Al fulgor de su rayo esplendoroso
 Mi altiva frente de laurel ceñía:
 Vuelva á mi diestra el plectro sonoro,
 Y el arpa de oro que tañir solía
 Del San Juan á la margen entre flores,
 Héroe loando, ó discantando amores.

Génios alados del empíreo cielo
 Que atentos á las órdenes divinas,
 De lo futuro descorriendo el velo
 Vislumbráis sobre tablas diamantinas;
 Y que al tender el apacible vuelo
 Ocultan vuestras formas peregrinas
 Como del sumo Sér divos querubas
 Místicas vestes de radiantes nubes.

Descended con la vénia soberana
 A estos pensiles de eternal verdura

Prestad benignos á mi edad temprana
 El tono firme, la dicción segura;
 Dadme el estro sublime de Quintana,
 De Petrarca y Horacio la cultura,
 De Anacreonte el ítsmaro hechicero,
 Las áureas trompas de Maron y Homero;

Y una diadema de arrayan florido
 Para adornar las sienas de Fernando;
 Mientras me admira el orbe suspendido
 Su grato oriente saludar cantando,
 Y cual bajel del zéfiro impelido
 Vá el mar, de espumas al correr sembrando
 Así pase mi acento á la memoria,
 Legando á su virtud flores de gloria.

Librad, ¡oh génios! del olvido airado
 Al que guardando de virtud los fueros
 Es tipo de bondad, de honor dechado,
 Entre los más apuestos caballeros.
 Tanta grandeza en cántico inspirado
 Trasmitid á los siglos venideros,
 Y los vivientes grabarán entónces
 Su nombre, en jaspes, mármoles y bronces.

Yo así clamaba en la tranquila hora
 Que el Sol tornando á su diurno giro,
 Igneo monarca se ostentó, que mora
 Bajo un dosel de diáfano zafiro.
 Iluminó su faz deslumbradora
 La palmífera cumbre de Capiro;
 Eran líneas de fuego su guirnalda,
 Y era su trono un monte de esmeralda.

Cuando al ruido de música armoniosa,
 En presto carro, por la rubia esfera,
 Entre banda de cisnes numerosa
 Una cándida vírgen descendiera:
 Su labio de coral, su tez de rosa
 Velada en sombra de carmin lijera,
 Superaban los rasgos más brillantes,
 De Apéles, Fidias, Zeuxis y Timantes.

«Salve, bardo de Cuba, á quien pretende
 En vano intimidar la suerte impía;
 De este mortal feliz la dicha atiende,
 El Santo de Israel á tí me envía:
 Soy la celeste gratitud, enciende
 Mi pura antorcha un su natalio día
 Y Dios desde su altísima eminencia,
 Bendecirá tu canto y su existencia.
 El vivirá cual murmurante fuente,
 Que ya besa las suaves amapolas,
 Ya plácida en su linfa transparente
 Finja de luz cambiantes aureolas.

O ya forme el Favonio sutilmente
 Leves arcos de perlas con sus olas:
 Dilátase por prados y jardines
 Y entra en el mar cubierta de jazmines.

Su memoria tendrá firmeza tanta,
 Cual la Seiba, del Norte á los furores,
 Que agrupando los pinos á su planta
 Presta albergue á los lindos rui señores;
 Y cuando el Iris la tormenta espanta,
 Ya revestida de pomposas flores.
 Recibe de las aves parias sumas
 En dulces trinos y ondeantes plumas.»

Díjome tal la virgen peregrina,
 Y esparciendo lumínico tesoro,
 Cual la brillante estrella vespertina,
 Alzóse leda al azulado coro
 Velado el rostro en majestad divina;
 Los blandos cisnes con sus picos de oro
 El carro ímpelen súbitos cantando:
 Salud, felicidad, gloria á Fernando.

LA SIEMPREVIVA.

Al S.^r D. Francisco Martinez de la Rosa.

Antes que torne en rojo el horizonte
 La clara luz del Sol resplandeciente,
 Y con variados trinos el sinsonte
 Baje á imitar la murmurante fuente;
 En la alta cumbre del vecino monte
 Dó el céfiro susurra blandamente,
Al son sublime de las cuerdas de oro
 La rama ceñiré del piérico coro.

Cual del bélico ardor arrebatado
 El desnudo mancebo se presenta
 Sólo de noble atrevimiento armado
 Es el estruendo de la lid sangrienta;
 Así yo vuelo impávido, animado
 De gloria al soplo que mi pecho alienta,
 Y pulso entre los vates la áurea lira,
 Aunque ni el arte ni el saber me inspira.

Mas ya que un rayo puro y esplendente
 El ígneo padre de Faeton me esquivo
 Para ornar tu aureola refulgente,
 Y de tal gloria sin razón me priva;
 Séame dado en tu velada frente
 Colocar esta roja *siempreviva*,
 Indica flor con que Almendar decora
 Su clara linfa de cristal sonora.

Destila el alba con su faz serena
 Fecundas perlas en risueñas flores,
 El manso arroyo por la blanca arena
 Límpido bulle convidando amores;
 Con voz melíflua de contento llena
 Himnos entonan gratos ruseñores;
 Huyen las sombras, y el dolor, y el llanto,
 Todo es dicha y placer donde yo canto.
 ¡Qué importa, empero, que el dolor reinara
 Tendiendo la borrasca el denso velo,
 O que el rayo abrasante resonara
 Y el mar cubriese embravecido el suelo;
 Si al dulce acento, cuando yo cantara,
 De su apacible claridad el cielo
 La faz vistiendo con que ríe Mayo,
 Calmara el mar, y contuviera el rayo?

.
 No tan copiosa lumbre el Sol derrama
 Cuando la etérea bóveda ilumina,
 Cual de plácido gozo inmensa llama
 Vertió la tumba de Colón divina
 Al publicar la voladora Fama,
 Como ensalzaba la sin par Cristina,
 Cercana al sόlio de Isabel dichosa
 Al inmortal Martínez de la Rosa.

El placer que la alegre Primavera
 Vierte en la tierra con gentil semblante,
 Nuncio es de paz, que en la turbada esfera
 Bonanza ofrece al triste navegante:
 El dulce beso que la vez primera
 Recibe de su ninfa el tierno amante,
 Y el hermoso nacer día de un claro día,
 Vivos trasuntos son de mi alegría.

Llénase el alma de cabal contento
 Al ver fugar de la nación hispana
 Los secuaces del déspota violento,
 Traidor contra su sangre soberana:
 Y exterminado el tribunal sangriento
 De hírcanos tigres con figura humana,
 Mónstruos que alteran, infundiendo espanto
 La dulce paz del Evangelio Santo.

Sumida en lloro la indomable España,
 Víctima noble de discordia impura,
 Vió de sus hijos en la horrible saña,
 Cercano fin, y perdición segura:
 A otros proscritos, que en nación extraña
 Lamentaban su fiera desventura,
 Viendo su pátria envuelta en precipicios
 De crímenes, venganzas y suplicios.

La voz entónces al empíreo alzando

Humilde exclama en suplicante tono:
 —«¡Santo Dios de Israel! tú, que mirando
 Mi pena estás desde el excelso trono,
 Haz que mis hijos su furor calmando,
 Por tí depongan el funesto encono:
 Que no es el odio timbre de los reyes
 Ni sangre piden tus cristianas leyes.»

El almo Dios al escuchar su acento
 Plácido envía celestial querube
 Que veloz mide la región del viento,
 De oro y zafir en transparente nube:
 —«Enjuga el llanto, mira al firmamento»
 Dice, y al cielo magestuoso sube.
 España, al verlo, cándida respira,
 El llanto enjuga, al firmamento mira.

Vió en tenebrosa oscura madrugada
 Lucir la estrella hermosa matutina,
 Nacer la blanca aurora sonrosada,
 Mostrando al Sol su frente purpurina;
 Resonar la tormenta inesperada
 Que débiles centellas aún fulmina:
 La discordia cruel tendiendo el velo,
 Brillar el iris, y aclararse el cielo.

Cristina fué la refulgente estrella;
 Risueña aurora, su ínclita amnistía:
 El luminoso Sol, Isabel bella;
 Feróz tormenta la ambición impía,
 Que lejana lanzó débil centella,
 Amagando incendiar la monarquía,
 Y tú, La Rosa, el iris reluciente,
 Dulce esperanza de la hispana gente.

¿Y quién por tu saber y patriotismo
 Más digno fuera de tan alta gloria,
 Que tú, cuya aversión al despotismo
 Nos asegura peremnal victoria,
 Del Tártaro, arrojándole al abismo:
 Y cuyo nombre grabará la Historia
 De la nación, y de mi canto al ruego,
 En tablas de oro con buril de fuego?

Ya más no te verá la cumbre Alpina
 Cruzar cercado de dolor y pena,
 Y de Pompeya en la asombrosa ruina
 Con vacilante planta hollar la arena,
 Ni la vista á tu pátria peregrina
Desde las tristes márgenes del Sena
 Volver, cubierto en afflictiva calma,
 De llanto el rostro y de pesar el alma.

Sutil Favonio que en la esfera exhalas
 Bálsamos gratos que la zona cría,
 Lleva á La Rosa en tus ligeras alas

La *siempreviva* que mi amor le envía:
 Tan desprovista de vistosas galas
 Como mi humilde lira de armonía,
 Por ser entre las flores tropicales
 Emblema fiel de acciones inmortales
 Y tú, del alto Pindo rey sagrado,
 Mientras los prados, fuentes y pastores
 Del ígneo Sur al Setentrion helado
 Con mudo acento cantan tus loores;
 Deja su heróico rostro coronado
 De divino laurel y olímpias flores,
 Levantando en tu fúlgida carroza
 Al sublime cantor de Zaragoza.

EL ANGEL DE LA GLORIA.

¡El arpa, el arpa de oro resonante
 Y el plectro de zafir! que el ansia mía
 Pulsarla intenta; y cuando el triunfo cante
 Del saber contra infanda Tiranía
 Su voz robusta, ardiente y penetrante
 Escucharéis, hispanos, aquel día
 Estremecer los antros del Averno,
 Retumbar ante el solio del Eterno.

Oid mi acento, adalides inmortales,
 Modelos de valor y patriotismo,
 Unos son nuestros timbres eternales
 Humillando al horrendo despotismo;
 Pues si el honor con signos celestiales
 De ráudo tiempo sobre el hondo abismo
 Por vuestros hechos sacros os levanta,
 Tambien se inmortaliza quien los canta

La voz sublime, el alma verdadera
 Del Sér Supremo, emanación notoria
 Que las nubes arrolla en su carrera
 Y no puede parar sino en la gloria:
 Tal yo inspirado, á la nación Ibera
 La paz predigo; anuncio la victoria;
 Y suspendiendo el impetuoso vuelo,
 No me es dado cantar sino en el cielo.

Con magestad la noche su funéreo
 Velo tendía en el inmenso espacio,
 Derramando en el fondo azul etéreo
 Igneas flores de fúlgido topacio:
 Por el lácteo camino el carro aéreo
 Guiaba Febo al celestial palacio,
 Y recostaba el Mar su onda serena
 En suave alfombra de brillante arena.

Cuando yo con sublime atrevimiento
 Clamé del cielo á la Deidad propicia,
 Y en alas del heróico pensamiento
 Los triunfos del Saber y la Justicia
 Subí loando á la región del viento:
 El coro de querubes con delicia
 Mis ecos armoniosos consonaba,
 Y Dios reía miéntas yo cantaba.

Dejando entónces el excelso asiento
 El más bello querub que el coro admira,
 Vestido del color del firmamento
 Sobre mis hombros revolando gira;
 Y hablóme así con inefable acento:
 —«Al Sumo Sér que la verdad me inspira
 Nadie puede engañar, y á nadie engaña;
 PLACIDO, mira el porvenir de España.»

Dijo, y colmando al punto mi deseo
 El misterioso velo se desgarró,
 Correr las sombras de los héroes veo
 Que dieron lustre á la nación bizarra,
 Y á los pies del soberbio Pirineo
 Los asolados campos de Navarra,
 Donde vá á coronar próspera suerte,
 Al más justo, al más libre, y al más fuerte
 ¡Salve! ¡Salve! Olvidando los rencores,
 Que de almas nobles es pasión agena,
 Al clamor de los roncós atambores
 Y al son lejano del cañón que truena,
 Unidos van los bravos vencedores
 De Oporto, Waterloo, Bailén y Jena:
 A la victoria y al valor admiran;
 Y por la gloria y libertad suspiran.

Ved el ángel que Milton nos figura
 Del Edén puesto á la dichosa entrada
 En concha de oro reluciente y pura,
 Revuelve por doquier la vista airada:
 Al descender de la estrellada altura
 Los aires hiende su terrible espada,
 Y acercándose á Cárlos infelice,
 Así con gesto amenazante dice:

—«¡Qué maléfica sed de sangre humana,
 Ansia de ruinas, y ambición rastro,
 Mueve tu corazón, de tigre hircana,
 A desolar, herir, matar doquiera?
 ¡Cómo contra tu patria soberana
 De cien héroes legítima heredera,
 Vibra tu mano de matanza el rayo?
 ¡Cómo insultas la cuna de Pelayo?
 Tanta inocente víctima inmolada
 Por tu ambiciosa rabia seducida,

Tanta triste familia desgraciada,
 Y tanta sangre sin razón vertida
 Con que se vé tu frente salpicada;
 ¡No conmueven esa alma empedernida,
 Cobarde, aleve, vil, traidora, impura,
 Débil en lides, en crueldades dura?

¿Presumes subyugar á un enemigo
 Que defiende sus fueros soberanos,
 Y que se huelga derrocar contigo
 El secreto poder de los tiranos?
 Hipócrita feroz, teme el castigo
 Que te prepara el Dios de los cristianos:
 Ya toca el fin de tu carrera impia,
 Cercano está de la venganza el día.

Cercano, sí, que á la feroz matanza
 Van los alumnos cuya voz resuena,
 De Pedro el Grande, el libre de Braganza,
 De Ataulfo, de Essex, y de Turena.
 ¡No vé, mónstruo, no vé con qué pujanza,
 De la tumba á romper tu atroz cadena
 Se alza la sombra de Viriato airada
 Y vuela á tí con vengadora espada?

-«Ya los pueblos á costa de experiencia
 Saben ganar por armas su decoro,
 Y castigar la pérfida insolencia
 Al marcial eco del clarin sonoro:
 Ya cesó la feudálica influencia,
 Y los hombres no dan diademas de oro
 A quien por oprimir prende en la tierra
 Llama infernal de fratricida guerra.

Dice, y se torna por la esfera clara
 Hasta el templo inmortal donde ha salido.
 Absorto Cárlos la visión repara
 Silencioso, confuso y aturdido:
 Pretende hablar, mas presto resonara
 Del mortero el horrísono estampido,
 Y de nuevo le asusta y amedrenta
 La férrea bomba que á sus piés revienta.

Mas, ¿qué grupo de impávidos guerreros
 Salva del monte la enriscada cumbre,
 En veloces corceles caballeros
 Con rojas teas de funesta lumbre?
 ¡Oh dolor! al batir de sus aceros
 La fanática y torpe muchedumbre
 Yace sin vida, ó á la fuga apela,
 Y entre barrancos á esconderse vuela.

Yá los ínclitos héroes han llegado
 Ante el pendon flamante de Castilla:
 Lanuza ilustre, el fuerte Maldonado,
 Bravo el tremendo, el inmortal Padilla,

El infeliz y ardiente Empecinado,
 Los Leónidas de Mayo, en quienes brilla
 El amor puro de la pátria; y luego,
 Lacy, Porlier, Beltran de Lis y Riego.

Pero: escuchad la voz que generosa
 Suspende á los campeones peregrinos:
 «Tened, no derramáis sangre preciosa,
 Templemos el rigor de los destinos.

Sólo merecen muerte rigurosa

Esos dos, esos lobos asesinos»

Dice con voz de fulminante trueno,
 Y señala á Don Cárlos y á Moreno.

¿No vés, Moreno, cuál ligero avanza?

¿No conoces las armas relumbrantes
 De ese guerrero ansioso de venganza

Que corre á tí con ecos detonantes,

Recta la aguda, vengadora lanza,

Y los airados ojos centelleantes

En la siniestra de tu pecho fijos?

¡Tiembra, perverso! ¡tiembra!... él es... Torrijos.

El campo desaparece, noche umbría

Cubre mi vista con su denso velo,

Sólo percibo el himno de alegría

Que suspenden las aves hasta el cielo:

¡Salve! á la ilustre Libertad, se oía

Del polo Sur á la región del hielo,

¡Salve! dijo el nevado Guadarrama,

Y ¡salve! ¡salve! repitió la Fama.

Marcha luego con bélica arrogancia

La sacra hueste que al placer incita,

Hasta la misma encantadora estancia

Donde Tajo á Jarama el nombre quita:

A Iberia, Lusitania, Albion y Francia,

Allí unidas la Pátria felicita,

Y allí con entusiasmo sin segundo,

Juran las cuatro libertar al Mundo.

Juran, y un astro de color de aurora

Parece en el cenit, y hermoso brilla

Claro y sereno como el sol que dora

Los verdes prados de la hermosa Antilla.

Música aérea, divinal, sonora,

Regala al viento blanca nubecilla,

De su centro despréndese una estrella,

Dos ráfagas de luz giran en ella.

Dos ráfagas de luz... Mas ¡oh portento!

Dos génios son de forma peregrina,

El más jóven es signo de contento;

Su diestra ofrece cándida y divina

Las palmas del seguro vencimiento,

Y semeja el mayor una heroína,

Nueva Judith, risueña como el Alba,
 Que al Déspota destruye, al pueblo salva.
 Era España el zenit que dicha augura,
 El astro, emblema del *saber* naciente;
 La nube musical ligera y pura,
 El aura libre de la *edad* presente;
 La Justicia era, el genio de ventura
 Que anunciaba con faz resplandeciente
 La virtud y la paz y la victoria;
 Y el Progreso era el «Angel de la Gloria.»

LA SOMRRA DE PADILLA.

A la S.^{ra} D.^a María Cristina de Borbon.

Sábía y excelsa Reina, á quien admira
 Extasiado de gozo el pueblo hispano,
 Oye la voz de un vate que respira
 Aura de Libertad, oye un Cubano.
 Alguno habrá que con dorada lira
 Más digna de tu oído soberano,
 Cuando sus cuerdas diamantinas vibre
 Cante más grato; pero no más libre.

Era la madrugada: con dulzura
 Trinaban los arpados ruisseños,
 Blanda brisa jugaba en la espesura
 Derramando aromáticos olores,
 En oriente brillaba el alba pura
 Coronada de perlas y de flores,
 Y yo cantaba un himno en mi cabaña
 A la naciente libertad de España.

Cuando al rumor de musical concierto
 Animado de un cántico sonoro,
 Más suave y dulce que el melífluco acento
 De las que habitan en el Cintio coro;
 Suelta la blonda cabellera al viento,
 Prendida al frente con oliva de oro
 Y rojo manto, ante mi vista atenta
 Una deidad augusta se presenta.

Viene á su diestra impávido guerrero
 Coronada de luz la sien gloriosa,
 Cubierto el cuerpo de luciente acero
 Salpicado en su sangre generosa:
 Y al saludarme afable el noble Ibero,
 —«¿Tú vés me dijo, PLACIDO, esa diosa
 Que como el rey de los planetas brilla?
 Esa es la Libertad, yo soy Padilla.

El que inspirado de su fuego santo,
 Grande, animoso, denodado y fuerte,

De barbarie rasgando el negro manto,
 Proclamando la Ley, hallé la muerte;
 Mas no fué mi desdicha en grado tanto
 Que llorar pueda la enemiga suerte;
 Pues vale más ser presa de la parca
 Que privado de un déspota Monarca.

De los combates el furor sangriento
 Por un mal rey arrostra el hombre en vano:
 En vano dado á la merced del viento
 Tala los campos de un país lejano.
 De muerte y oro el déspota sediento
 Al fin... procederá como tirano
 Recompensando tantos sacrificios
 Con destierros, mazmorras y suplicios.

Y bien merece, si en razón se mira,
 Quien halaga tan bárbaro deseo,
 Del mismo á quien sirvió probar la ira
 Recibiendo la muerte por trofeo:
 Es el esclavo, mónstruo que respira
 Crueldad horrenda con la sed de empleo:
 Sólo de pátria y libertad el nombre
 Defender debe hasta morir el hombre.

Mira á Sobieski de valor armado
 Volar al campo con la frente erguida,
 En favor de Leopoldo, que cercado
 Contemplara su causa ya perdida.
 Por él mira á Tekeli derrotado,
 Y á su triunfo inmortal, sobrecojida
 De pánico terror la turca tropa,
 Salvar á Viena y libertar la Europa.

Y mira el premio con que ingrata Viena
 Corresponde á Polonia generosa,
 Ayudando á ponerle la cadena
 Vil y pesada de la Rusia odiosa.
 Bien como aquel que salva con gran pena
 Entre malezas tigre sanguinosa,
 Del cazador astuto, y fementida
 Mata cruel á quien le dió la vida.

Pero en breve el tremendo despotismo
 Será humillado por los que hoy infama,
 Que ya en el centro de la Rusia mismo
 Resaltan chispas de invisible llama:
 Por sofocar la voz del patriotismo
 Cuenta castigos hórridos la fama,
 De infinitos cubiertos en miseria
 Que espiran en los yermos de Siberia.

Caerá la tiranía: en todas partes
 Será el hombre benéfico y humano:
 Florecerán las ciencias y las artes;
 Del ancho Obi, hasta el muro Gaditano

Tremolarán los libres estandartes,
 Y deponiendo el fanatismo insano,
 Del progreso serán á las lecciones.
 Justos los hombres libres las Naciones.»

Así el prócer habló, que malgrado
 Tornó á nacer en Villalár muriendo,
 Y partió de la diosa acompañado,
 Dichas sin fin á Iberia prometiendo:
 Formaba el ruido de su carro alado
 Un armónico acento, que diciendo
 Cruza el espacio y en los cielos brilla:
 —«¡Gloria á la Libertad! ¡Gloria á Padilla!»

A LA PROCLAMACIÓN DE S. M. DOÑA ISABEL SEGUNDA.

Venga á mis manos por la vez primera
 De júbilo feliz la grata lira,
 Aunque sus dones esquivarme quiera
 Del Pindo, el soberano.

Sobrado aliento al corazón le inspira
 Desde el hispano trono al sol hermoso
 Puro y brillante de Isabel Segunda;
 Cuya luz, con las ráfagas que envía,
 De Iberia heróica la región inunda
 El claro cielo de la pátria mía.

Que cuando á nombre tan sagrado brindo
 Pulsando el plectro de oro,
 Para loarlo en cántico sonoro
 No necesito inspiración del Pindo.

De la noche las sombras disipaba
 Vénus; luciente númen de alegría
 Y las parleras aves y las flores
 Saludaban con cánticos y olores
 Al astro hermoso precursor del día.

Del céfiro halagado en mis oídos
 Resonaba el rabel de los pastores,
 Que al alba festejaban divertidos
 Cantando por la selva sus amores.

Mientras yo desvelado,
 Abandonando mi campestre asilo,
 Me alejaba tranquilo
 Las pintadas conchuelas recogiendo,
 Que brillan á millares
 En la tumba del límpido Almendares.

De gozo enagenados mis sentidos
 Fijé la vista en las serenas ondas,

Y ví las ninfas revolver gallardas
Las rubias hebras de su trenzas blondas.

Y levantando afables y risueñas
Sus bellísimos talles,
Aproximarse á la arenosa orilla,
Donde las llama con acentos graves
Una deidad, que entre las otras brilla
Como el águila en medio de las aves.

Depuesto á un lado el fúnebre vestido, (5)
Marcha al frente con paso majestuoso
De sus náyades bellas,
Revuelta en el azul celeste manto
Tachonado de auríferas estrellas.

La fama en torno gira
De aquel lucido y esplendente coro;
Sus acentos admira,
Y empuña luego su clarín de oro.

La diamantina cítara pulsando
Con grato acento la ilustrada Cuba,
Al entonar sus ecos
Descoje el rico manto,
Hiere las cuerdas, y principia el canto.

CORO.

¡Salve! ¡salve! Isabel adorada,
Nuevo sol que la Iberia ilumina,
¡Salve! ¡salve! adorada Cristina;
Nombres dignos de lauro inmortal.
Así la noble Cuba acompañada

Del lírico instrumento,
La voz soltaba á la merced del viento:

Miéntas yo en una hoja
De la espesa *caleta* verde y roja,
Y una punzante concha que tenía,
Fijando en ella mis sentidos todos
Sus ecos celestiales inscribía.

Llevóselos la Fama hácia el oriente:
No, Reina bella, porque sean mis versos
De que la Fama los encumbre dignos;

Mas la ardorosa é inextinguible llama
De heroicidad que inflama
El feraz suelo de mi pátria hermosa,
Reforzando con vínculos sagrados
Los fraternales lazos nunca rotos,
Y los fervientes votos
Que sus hijos al santo cielo elevan
En tu Real solemnísima proclama,
Son dignos de tu trono y de la Fama

DIADEMA REGIA.

A la Jura de la Princesa Heredera.

Nunca tan bella la rosada Aurora
 Al descorrer la nocturnal cortina,
 Con las perlas bordó que el Alba llora
 Y flores mil su frente purpurina;
 Cual hoy, que apenas cándida colora
 La transparente esfera zafрина,
 Cuando ya la saludan los pastores
 Los cielos y las plantas y las flores.

Mas ¡qué arrebató y general contento
 Hierde mi oído? ¡Regocijo tanto
 Esparce de la Aurora el nacimiento?
 ¡No rasga siempre de la noche el manto
 Con el propio fulgor y lucimiento?
 ¡Las aves no la dan el propio canto?
 ¡Cuál es el móvil que, la misma siendo,
 Hoy produce placer tan estupendo?

Absorto así mi corazón decía;
 Cuando asomando Febo reluciente,
 Rayos de oro y púrpura tendía;
 Y de diamantes en el rojo oriente,
 El céfiro las flores remecía
 Perfumando de aromas el ambiente,
 Y al Sol daban con ánsia peregrina,
 Salva en la tierra y salva en la marina

Grupo gentil de náyades hermosas
 Nacidas en la culta pátria mía,
 Coronadas de mirtos y de rosas
 Hácia mi choza en dirección corría:
 Salúdanme con voces amorosas,
 Y dijéronme:—«PLACIDO, este día
 Celebra en fiestas la ilustrada Habana,
 A Isabel, su futura soberana.»

Entónces de entusiasmo poseído
 Y de gozo y placer arrebatado,
 Tomé el blando rabel que en triste olvíó
 Yacía largo tiempo abandonado,
 Y entre el gentío inmenso confundido
 Danzando corro el floreciente prado:
 ¡Viva Isabel! resuena en mi cabaña,
 ¡Viva! ¡viva Isabel! y ¡viva España!

En pos de la ciudad de ninfas bellas
 Van con cestillos de olorosas flores,
 Y Delio, y Velez, y Desval entre ellas
 Al cielo suspendiendo mil loores

Marchan vertiendo plácidas centellas,
Dando envidia á los dulces ruiseñores,
Y alejando los hórridos pesares
Al grato son de líricos cantares.

Delino llega, y á su voz divina
Redóblase el placer, la dicha crece.
—«¡Salud! exclama, á la inmortal Cristina,
Y al nuevo sol que Iberia nos ofrece,
¡Viva Isabel! estrella matutina
Que tras la negra tempestad parece.»
Y el pueblo le contesta vivas dando,
A Isabel, á Cristina, y á Fernando.

Gozáos de mi pátria en la alegría
Y á mi acento reid, nobles guerreros,
Los que en Bailén y San Marcial un día
Temblar hicisteis á los Galos fieros;
Véd cual se alzan de la tumba fría
Rui-Díaz, Lara, Córdoba, y Cisneros,
Y rie el panteon donde descansa
El vencedor de Lúsara y Almansa.

Sagrados génios que la gloria hispana
Ensalzáis junto al regio Manzanares;
Venid á visitar la culta Habana.
Que en su playa el clarísimo Almendares
Os mostrará la frente soberana
Coronada de piñas y palmares,
Y os dará de sus hijos el acento
Fraternal y benigno acojimiento.

Y luego á vuestros lares retornando
Regalaréis la nueva venturosa
A la esposa del séptimo Fernando,
Como celebra Cuba deliciosa
Su Real Princesa, impávida jurando
Laureár de Isabel la sien gloriosa,
Y á falta de varon, darle la silla
Y el cetro de Leon y de Castilla.

Mas ¿qué pretendes, rústico instrumento?
Deja atrevido el desusado canto;
Pues explicar no puedes mi contento,
Torna al olvido en que por tiempo tanto
Sepultado estuviste: vates ciento
Coronados de rosas y amaranto
Loarán por la Habana peregrina
A la hija augusta de la Gran Cristina.

LA PROFECÍA DE CUBA A ESPAÑA.

En los días de D. Isabel de Borbón.

¡Cómo! ¿en el polvo tú, plácida lira?
Ven y resuena á par de mi entusiasmo,
Darás honor al Genio que te inspira,
Llor á la virtud, al mundo pasmo.

¡Canoros cisnes de la pátria mía!
¿Dó están los ecos que al lejano polo
Llevaba el raudo Eolo,
Y gratos metros que escuchar solía
El límpido cristal de Arroyo-Apolo,
«Dulces y alegres cuando Dios quería?»
¿El corazón no os late? pues en tanto
Que adorna el firmamento
El Alba pura con nevado manto
Himnos de gozo sobre el leve viento
A la región olímpica levanto:
Calle el que tema: yo no temo, y canto.

Como en las aras del supremo Jove
Juró Asdrubal rencor á los Romanos
Y les mostró de Marte la fiera,
Yo ante el Dios de la gran Naturaleza,
Odio eterno he jurado á los tiranos.

A la temprana luz del sol naciente
Que presagiaba un venturoso día,
Cuando ornaba la blanca Aurora fría
Con festones de púrpura el Oriente,
Sobre la espuma de los anchos mares
Mostró Cuba la frente
Coronada de palmas y azahares,
Y los ojos tornando
A la doliente desgraciada Iberia,
Alzó la voz, hablando
Al nuevo Atila del rebelde bando:
—«¿Cuándo te ocultarás, mortal perverso
Allá en los antros del Averno oscuro,
O exhalarás por bien del Universo
El humor negro de tu sangre, impuro?
¡Qué...! ¿presumes reinar...? ¿Cuál será el trueno
Que aterre y venza del saber los hijos?
Acaso el vil, el pérfido Moreno,
Cobarde atroz, verdugo de Torrijos...?»

Tiembla y huye, infeliz: la edad presente
No sostiene traidores coronados,
Y si tu horda vandálica insolente
Lograr pudiera su perverso encono

Fueras siempre un esclavo sobre un trono,
 Mas nunca un rey. Tu furibunda saña
 No ejercerás jamás, fiera alimaña,
 Que humillarse el poder á un cruel vestiglo
 No lo tolera la moderna España
 Ni lo consiente la opinión del siglo.
 ¡Huye y tiembla, infeliz! que si fiado
 Vés al leon vestido de cordura,
 Contener su fiereza sólo es dado
 A la regia piedad, y á la hermosura:
 Mas ¡ay de tí! si eriza la melena
 Y el cuerpo estriba en la potente garra,
 Y colérico salta, y ruge, y truena.
 Y se lanza en los campos de Navarra,
 Al bélico rugido resonante
 Verás disperso el fanatismo ciego,
 Y al renacer la libertad divina,
 Al grito heróico de Padilla y Riego
 Alzarse un Bravo, aparecer un Mina.»

Dijo, y un arco en el celeste coro
 Apareció esplendente,
 Como brillaban las estrellas de oro
 Con el fulgor naciente
 De las egipcias lámparas de Osiris.
 Lució el Genio de la historia
 Entre los vivos que ostentaba el Iris
 De nítido diamante,

Y en el vacío de zafir brillante
 Esculpiéron las hijas de Memoria.
 «Paz á la España, y libertad y gloria.»

El nombre del progreso en áurea nube
 Por la Justicia y el honor llevado,
 De la inmortalidad al templo sube;
 Y reflejando por la esfera, ofrece
 Divo conjunto de virtudes raras,
 Cual la fúlgida Luna, entre las claras
 Serenas ondas del San Juan se mece.
 Vencen sus hijos la sangrienta guerra,
 Y el Despotismo vil muerde la tierra,
 Y rabia, y tiembla, y brama, y desaparece.

LA SOMBRA DE PELAYO.

Cuando los altos montes se estremecen
 De los airados vientos al silvido,
 Y las aves y fieras se guarecen
 En cóncavas cavernas, ó perecen
 De la centella al súbito estampido:

Miéntras ni el ruiseñor ni el cisne cantan
 Y todo es susto y confusión y duelo,
 Altiva entónces la condor levanta,
 Ceñida de relámpagos el vuelo;
 A su brillante lumbre
 Desdeña de los Andes la alta cumbre
 Impávida y tremenda como Palas,
 Y con mirar sereno,
 Por la región horrisona del trueno
 Bate atrevida sus potentes alas.

Tal yo en mitad del general espanto
 Que incertidumbre por do quier respira,
 Pulso risueño la sonante lira,
 Vuelo á la cumbre del Olimpo, y canto.

En el cántabro mar, cabe una roca
 Que del Bóreas los ímpetus contiene,
 Y en ondas de cristal Tetis sagrada,
 Cuando no ruge airada,
 De verde viste como al campo Mayo,
 La sombra ví del inmortal Pelayo.
 En su noble ademán la acción se mira
 Que al hombre imprime potestad suprema:
 Su magnánima faz aleja el llanto,
 Cubre su noble cuerpo rojo manto,
 Su sienes ciñen inmortal diadema.

Al lucir en oriente la áurea llama
 Del astro universal que luz derrama,
 Desnuda osado la fatal cuchilla,
 Y el pendón tremolando de Castilla
 Torna ledo la vista á Guadarrama.

—«Nieta de San Fernando, (el héroe dice
 Salud y bendición. Aunque ajitada
 Por el fiero huracán de las pasiones
 Está tu regia cuna, siempre amada
 Serás de los iberos corazones.
 Los que sostienen tu gloriosa silla,
 Los que combaten al feroz tirano
 Que usurpar quiere el sólio de Castilla,
 Los que defienden el dosel hispano,
 Tus hijos son, y nietos de Padilla.

El cielo hará que de terror se llenen
 Los pérfidos que ultrajan tu persona,
 Y que los males calmen y serenen,
 Cuando justicia y libertad resuenen
Del mar de hielo á la abrasada zona. (6)

Ha dicho el padre de la pátria, y luego
 Por la región etérea se ha marchado
 Con plácido sosiego,
 Cual si el Sumo-Hacedor le hubiese dado
 Alma de rayo, inspiración de fuego.

De noble ardor se inflaman
 A su voz los alumnos de la gloria,
 Y ¡oh, sacro-santa, Libertad! exclaman,
 «Solo es tuyo el laurel de la victoria.»

A LA EXC.^{MA} S.^{RA}

DONA MARÍA FRANCISCA DEL CASTILLO.

En su día.

Ría el Olimpo, y apacible el viento
 Los ecos lleve que mi voz entona.
 Estése quedo el Mar, vierta contento
 El astro regio de la rubia zona,
 Temple mi plectro inspiración suprema,
 Luzca en el cielo divinal corona,
 Brille en mi frente tropical diadema.
 Que cuando á la virtud y á la hermosura
 De Cuba el Cisne canta
 Dichas sin fin á su natal augura
 En los himnos de gozo que levanta.
 Cuando con faz serena
 Justos loores por do quier derrama,
 Ni se oscurece el Sol, ni el Ponto brama,
 Ni el Euro ruge, ni el Olimpo truena.
 Antes velado de esplendor divino
 Los aires y la tierra iluminando,
 Aparece el lucero vespertino,
 Y el cefrillo blando,
 Riega suaves aromas, agitando
 La inhiesta copa del gigante pino.
 ¿Acaso, olvidará Naturaleza
 Que eres timbre y honor de tus mayores?
 Y yo que tanto debo á tu grandeza
 ¿No haré trinar los dulces ruiseñores
 Al nacer de tu célica belleza?
 ¿Olvidar puedo que tu noble esposo,
 Condesa idolatrada,
 Partió de mi destino riguroso
 Con mano fuerte la terrible espada?
 Jamás olvidaré que su alma tierna
 Cual moderno Pompilio
 Por la virtud sagrada se gobierna,
 Y su memoria en Cuba será eterna
 Como en Roma los cantos de Virgilio.
 A par tu nombre de su nombre mira
 Que de la gloria al templo se levanta,

Oye en tu prez sonar mi humilde lira;
Vé los siglos correr bajo tu planta.

Meció tu cuna amor, y peregrina
Naciste ornada de guirnaldas bellas,
Y entre las hijas de Colon descuellas
Mostrando gracias de tu faz divina,
Cual la Luna en mitad de las estrellas,
Cual la palma que nace en la colina.

Cual la Reina de Chipre entre las olas
Sobre el nivel de los tendidos mares,
La sien ceñida de albas amapolas,
Te aplaudieron los índicos palmares
Al volver á las playas españolas.
Apareciste entónces candorosa,
Angelical emblema de ventura,
Como los campos de tu pátria hermosa,
Más que la nieve de los Alpes pura.

Amores por el éter esparcías
Que con tu suave aliento embalsamabas,
Y jazmines brotar la tierra hacías,
Donde la planta celestial fijabas.
La culta Habana que tu estirpe aprecia,
¡Salve! dijo, y sus ninfas colocaron
En tu frente los lauros que ganaron
En Italia Corina, Safo en Grecia.
Gloria, paz y salud, condesa ilustre,
En tu natalio día
El sacro Jove por mi voz te envía.
Gózalas, pues, de tu preclaro esposo
En feliz y amorosa compañía,
Mientras yo en raudo vuelo,
Tu oriente encumbro á la región del cielo

Tales los ecos de mi musa fueron.
«Gloria, paz y salud,» luego clamaron
Las montañas y valles que la oyeron,
Y los montes y mares que escucharon.
«Salud, y paz, y gloria,» repitieron.

A LA S.^{RITA} VIRGINIA PARDI,

por su ejecución de «Los Caprichos» en el arpa.

No con aquella degradada lira
De ingratas cuerdas y oropel cubierta.
Con que tan sin razón y sin justicia
Apláusos suelo prodigar, malgrado
De mi fiel corazón, en voz ficticia,
Celebraré tu mérito elevado;

Sino con aquel plectro
 Libre de la lisonja y la impostura,
 De cuerdas áureas y metal electro:
 Emblema de ventura
 Que el sentido arrebatada y enagena,
 Tan incorrupto como tu alma es pura,
 Tan extasiante como tu arpa suena.
 Sombras de los antiguos trovadores
 Que con doradas arpas hechiceras,
 A imitación de alados querubines,
 Del Adda y el Adige en las praderas
 Cantas gratos amores,
 Y danzando en sus plácidos jardines
 Huellas las plantas sin quebrar las flores:
 A los fecundos y risueños campos
 De mi patria volad: almo el contento
 Escuchareis de la índica Virginia.
 Sus *caprichos* divinos
 Que inspiraron las hijas de Memoria,
 Os llenarán de insólito contento;
 Y unida mi canción á vuestro acento
 Le entonaremos himnos de Victoria
 Que sonando en el templo de la Gloria
 Pueblen de *vivas* la región del viento.
 ¿Será que diestro á los remotos siglos,
 Del antártico mar al boreal polo
 Trasmitirá el pincel tu gentileza?
 Vénus pudiera solo
 Tus gracias hermanar con su belleza,
 Si pulsara la cítara de Apolo.
 Púdica vírgen, á los pueblos parte
 Que el sacro Tiber riega,
 Y á dar placer con tu celeste arte
 A los mortales que te adoran, llega.
 Pulsa allí tu laúd, nueva Malvina,
 Y tu sien ceñirá la culta Roma
 Con los lauros del Tasso y de Corina.
 Feliz la estrella que marcó el instante
 De tu sagrado oriente,
 Y con rayos de fúlgido diamante
 Cubrió tu cuna y decoró tu frente.
 Dichoso tu talento peregrino,
 Mortal dichoso el que consiga amarte
 Y ser amado de tu sol divino.
 Y más dichoso yo, porque el destino
 Me reservó la gloria de cantarte.

EL SUSPIRO.

A Doña Inocencia Martinez en el Papel de María de la comedia
«La niña abandonada».

Si faltare cadencia en el conuento
Dedicado á tu prez, bella María,
Previénete mi fé con grato acento,
Que en un sencillo y nuevo pensamiento,
Más que en el verso está la Poesía.

Un don quiero ofrecerte sin segundo,
Más durable y sublime, aunque sin arte
Que cuantos puede el mundo regalarte;
Porque será cual hoy, claro y fecundo,
Aun después que perezca el Sol y el mundo.
Desde mi creación cuando el Eterno,
Alma inmortal uniera
A mi humana porción perecedera,
Formó del fluido mismo
Un soplo celestial, sonoro y tierno,
El que, ya que exhalarse no pudiera,
Con su mayor hermana unido fuera
De la tumba al Empíreo, ó al Infierno.

Tal como ser debía
Libremente exhalado
Por natural y extrema simpatía
A la presencia del mortal sensible
Que adivinar supiese mi desgracia...
¡Desgracia cruel, que el hado turbulento
Me prohíbe explicar! Sí, que al acento:
«Llegad que aquí os aguardo, madre mía.»

.....
Lancé un profundo ¡ay! Triunfó María.
Triunfastes, sí: no empero satisfecha
De la fácil victoria conseguida,
Vibrasme en cada sílaba una flecha,
Que al corazón derecha
Parte saliendo roja y encendida
Arrancándome el alma por la herida.
¡Dónde, mágica, dí, dónde aprendiste
Esos gestos de pena y de disgusto,
Que al semblante revela un pecho triste?
Es verdad, que naciste
En el opaco siglo diez y nueve,
Que suelen de oro titular: en tanto
De dolores le nombra el plectro mío,
Por ser tan melancólico y sombrío,
Que hasta su mismo Sol me inspira llanto.

¿Adónde, dí, te llevan los pesares?
 ¿A quién le ruegas, mísera María?
 «Te mald...» No sigas... desgraciada, tente!
 ¿Eres tú por acaso,
 Fanática, soberbia, ó delincuente?
 Ellos solos maldicen;
 La divina virtud no es maldiciente.

Al recorrer la clásica elegía,
 Y acabado el desmayo delirante,
 En brazos de una madre, y un amante,
 Que perdón de sus yerros te pedía,
 ¿No miraste al través del tierno lloro
 Que tu cándido rostro hermozeaba,
 Línea de fuego que por él serpeaba
 Cual mínimo relámpago de oro?
 ¡Ay! estática entónces creerías
 Reflejadas las luces en la nieve
 De tu líquido llanto,
 Tal yerro en tí no admiro;
 Sabe, pues, que el fulgor que te bañaba,
 Era el áura sutil de mi suspiro.

Ella fué, yo la ví:

Del oprimido
 Pecho, rápida alzóse á la garganta
 Revuelta en hondo ¡ay! mal contenido,
 Y acompañando al eco sonoro
 Rosa ígnea de límpido topacio,
 Convirtiéndose en círculo cumplido
 Medió veloz el agitado espacio
 Por vivas y loores,
 Y en el aire dos palmos suspendido,
 Como disco de luz resplandeciente
 Derramaba sus rayos en tu frente.
 Salud, jóven sensible y peregrina,
 Dulce y cándida Hebe, Flora lozana,
 Que á la modesta sencillez de Diana
 Juntas leda las gracias de Ciprina;
 Y pues ya del saber á la alta cumbre
 Osas subir por tu constancia fuerte,
 Toma este rayo de la eterna lumbre,
 Que sólo consagrado á la Inocencia
 Triunfará de la muerte:
 Él es tan puro cual su diva esencia,
 É inmortal como el alma que lo vierte.
 Por mi Suspiro de eternal memoria
 Que altas virtudes místicas encierra,
 Te adorarán los hombres en la tierra,
 Y yo por él te abrazaré en la Gloria.

ADIÓS A MI LIRA.

EN LA CAPILLA.

(Escrita pocos momentos antes de marchar al suplicio).

No entre el polvo de inmunda bartolina
 Quede la lira que cantó inspirada
 De laureles empíreos coronada
 Las glorias de Isabel y de Cristina;
 La que brindó con gracia peregrina
 La «Siempreviva» al cisne de Granada
 No yazga en polvo, nó, quede colgada
 Del árbol Santo de la Cruz divina.

Omnipotente Sér, Dios poderoso,
 Admitidla, Señor, que si no ha sido
 El plectro celestial esclarecido
 Con que os ensalza un querubin glorioso,
 No es tampoco el laud prostituido
 De un criminal perverso y sanguinoso.
 Vuestro fué su destello luminoso
 Vuestro será su postrimer sonido.

Vuestro será, Señor: no más canciones
 Profanas cantará mi estro fecundo.
 Mas ¡ay! me llevo en la cabeza un mundo!
 Un mundo de escarmiento y de ilusiones;
 Un mundo muy distinto de este sueño,
 De este sueño letárgico y profundo,
 Antro quizá de un Genio furibundo,
 Sólo de llantos y amarguras dueño.

Un mundo de pura gloria,
 De justicia y de heroísmo,
 Que no es dado á los profanos
 Presentir: mundo divino,
 Que los hombres no comprenden,
 Que los ángeles han visto
 Y aun con haberlo soñado
 No lo comprendo yo mismo.

Acaso entre breves horas
 Cuando divise el Empíreo,

Postrado ante vuestro trono
 Veré mis sueños cumplidos;
 Y entónces vueltos los ojos
 A esta mansión de delitos,
 Os daré infinitas gracias
 Por haber de ella salido.

En tanto, quede colgada
 La cáusa de mi suplicio,
 En un ramo sacrosanto
 Del que hicísteis vos divino.

Adiós, mi lira: á Dios encomendada
 Queda de hoy más: «adiós»... yo te bendigo.
 Por tí serena el ánima inspirada
 Desprecia la crueldad del hado enemigo:
 Los hombres te verán hoy consagrada.
 Dios y mi último adiós quedan contigo,
 Que entre Dios y la tumba no se miente.
 Adiós. voy á morir... ¡Soy inocente!...

PLEGARIA A DIOS.

Sér de inmensa bondad, Dios poderoso,
A vos acudo en mi dolor vehemente;
Extended vuestro brazo omnipotente,
Rasgad de la calumnia el velo odioso
Y arrancad este sello ignominioso
Con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
Vos solo sois mi defensor, Dios mio:
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz á los cielos,
Fuego al Sol, jiro al aire, al Norte hielos,
Vida á las plantas, movimiento al río.

Todo lo podeis vos; todo fenece
O se reanima á vuestra voz sagrada:
Fuera de vos, Señor, el todo es nada
Qué la insondable eternidad perece,
Y aun esa misma nada os obedece;
Pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia;
Y pues vuestra eternal sabiduría
Vé al través de mi cuerpo el alma mía
Cual del aire á la clara transparencia,
Estorbad que humillada la inocencia
Bata sus palmas la calumnia impía.

Estorbadlo, Señor, por la preciosa
Sangre vertida, que la culpa sella
Del pecado de Adan, ó por aquella
Madre cándida, dulce y amorosa,
Cuando envuelta en pesar, mústia y llorosa
Siguió tu muerte como heliaca estrella.

Por aquella de Regla venerada
Que un tiempo en Monserrate apareciera
De refulgente aureola iluminada,
Sobre radiante disco placentera:
Por aquella tu esposa idolatrada
Que en su seno divino te tuviera,
Tiende, Señor; el iris de bonanza
Y al mónstruo horrendo en el abismo lanza...

Mas si cuadra á tu suma Omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío,
Y que los hombres mi cadáver frío,
Ultrajen con maligna complacencia...
Suene tu voz; y acabe mi existencia...
Cúmplase en mí tu voluntad; ¡Dios mio!... (7)

NOTAS DE LAS ODAS

(1) Poeta latino rival de Virgilio en la fuerza y elegancia de estilo: escribió el bellissimo poema en seis cantos «De natura verum,» cuya mejor edición es la que en 1725 imprimió en Leyde el célebre Havercamp. Lucretius Carus, fué amigo y contemporáneo de Ciceron, de Cátulo y de Atiens, y nació el año 95 A. de J. C.

(2) Heredia.

(3) Quintana.

(4) La cátedra de Filosofía, incorporada á la Universidad de la Habana, fué fundada en Matánzas por el cura párroco principal de aquella feligresia Dr. D. Manuel Francisco García: regenteábala el Doctor en Derecho (entónces bachiller) D. Benito José Riera, alumno aventajado del célebre filósofo D. José de la Luz Caballero. De esa cátedra, que Riera desempeñaba con general aplauso y excelente método, salieron la mayor parte de los abogados y médicos que hoy honran á Matánzas con sus talentos y con sus virtudes cívicas.

Hoy el Sr. Riera, que tanto bien hizo á Matánzas, es el catedrático decano del Instituto de 2.^a Enseñanza de la Habana.

(5) Alude al luto de Fernando VII, que se suspendió para la proclamación.

(6) N. Gallego.

(7) Estos magníficos versos los iba recitando el poeta en voz clara, firme y enérgica cuando marchaba al cadalso. A ejemplo de Andrés de Chenier quiso dar á la lira su postrer «Adiós», y el númen que en sus días de amor, de esperanza y de gloria le halagara, no le abandonó en sus últimos instantes de agonía. Presentamos aquí esta plegaria (que por su forma y carácter es una oda) tal cual la escribió en la capilla el desventurado Gabriel, y no como ha corrido impresa y manuscrita, mutilada por los copistas.

S. A. M.

ÍNDICE

Todas las composiciones marcadas en el índice así: * son las que tienen el carácter de inéditas.

PRIMERA PARTE. — SONETOS.

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
* Invocación	7	A Celina	17
* La Primavera	7	El loco cuerdo	17
La primera sensación de amor	8	* Imitación del portugués	18
A Doris.—En la muerte de Fela	8	Las faltas	18
Recuerdos	8	La envidia	18
A una ingrata	9	* A los pasajeros del vapor «Natches.»—(Improvisado)	19
A mi amada	9	A mi amada.—En su día	19
En los días de Fela.—Después de su muerte	10	A Dorila de Almendar.—En su día	20
A mi amigo Nicolás Ayala.—En la muerte de Fela	10	Consejos á Fabio	20
* Adiós	10	A Doña Isabel Segunda.—En su día	20
A Dámaso García.—La partida	11	* A Amira	21
A mi cumpleaños	11	En los días de S. M. la Reina Gobernadora	21
* A Elino.—En la muerte de Fela	12	Una súplica	22
* A Villaclara	12	En los días de Doña Cristina de Borbon	22
* ¡Tristes memorias!—A Doris	12	* Desencanto	22
* Los tres anatemas	13	* Al Sr. D. Manuel Francisco García.—Cura párroco	23
A una jóven	13	A Don Francisco Javier Foxá.—Autor del drama histórico «Don Pedro de Castilla»	23
El canario.—A los días de Selmira	14	* El Agunaldo.—A Amira	24
A la Virgen del Rosario	14	* A José Jacinto Milanés, autor de «El Conde Alarcos»	24
* A una hermosa	14	A. D. Antonio Hermosilla	24
* A la S.rita Juana Ruiz de la Plaza	15	* El entusiasmo. Al pianista Miró	25
Decepción.—Improvisado	15		
* A un individuo que triunfó de sus adversarios en una contienda judicial	16		
Sobre la sepultura de Rocinante	16		
Un usurero	16		

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
A. D. Eduardo Torres.—En el aria de Asur	25	año despues de la boda» . . .	30
A un amigo.—En sus natales	26	Muerte de Jesucristo	30
A la Sra. D. ^a Teresa Rossi. —En el papel de Fausta	26	La Resurrección	31
A la Sra. Rossi	26	Al aniversario de la muerte de Napoleon	31
A las Sras. Rossi y Pantanelli. —En el tercer acto del «Mon- techi»	27	Muerte de Gesler	32
A Clorinda Corradi Pantanelli	27	La sombra de Mina delante de Bilbao	32
A las Sras. Pantanelli y Rossi	28	A Grecia	32
A Marieta Albini de Vellani	28	A Polonia	33
A. D. ^a Vicenta de la Puerta. —En el papel de Ginebra	28	A Venecia	33
A. D. ^a Manuela Martinez.— En «Raquel»	29	La lágrima de sangre	34
A. D. ^a Luisa Martinez.— En el papel de la Gitana de «El Trovador»	29	Muerte de César	34
A D. ^a Vicenta de la Puerta. —En «El conde Alarcos»	30	* A Terevisa.—En sus natales	34
A la actriz D. ^a Manuela Mar- tinez.—En la comedia «Un		* La fatalidad	37
		Despedida á mi madre	37
		* A la Sra. D. ^a Carlota Armen- ta.—En el desempeño de la protagonista en el drama «Catalina Howard»	38
		A la Sra. D. ^a C. E.—Despues de haber cantado cierta canción	38
		Notas de los sonetos	39

SEGUNDA PARTE. — LEYENDAS.

	<i>Pág.</i>
El hijo de Maldición.—Leyenda caballeresca del tiempo de las cru- zadas	41
* El bardo cautivo	64

TERCERA PARTE. — ROMANCES.

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
* A los natales de Delio	67	El acreedor advertido	88
El Evangelio	67	Mi prisión	89
Compañía peligrosa	68	Otros tiempos	89
Cora	68	Mi casa	90
El pescador de San Juan	70	* La Guirnalda hurtada	91
* Inés y Rosa	74	* Amor curado	92
* El desengaño	75	* A D. Francisco Martinez de la Rosa	93
La satisfacción	76	Un remedio	94
* El santo de Nise	77	Jicotencal	94
Fajardo (Morisco)	79	* El amor viajando (imitación)	95
Especulación moderna	81	Mi amor	96
El jaqueton	81	* Las cosas de Juan José	97
Un año y un día (Morisco)	82	* Agudezas de un borracho	98
Rebato de Granada	88		

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
El garrafón de Juana	98	* Ejemplos.—A Selmira	110
* Los consejos	99	* Pequeñez del hombre	111
* El desafío	99	A un criticastro	112
* Las burlas vienen á veras	100	La inocencia	112
* Ociosidad	101	Un consejo á las bellas	113
* Encuentro fatal	101	Desengaño	114
* A Fabricio	102	Él parará	114
* No siempre es temible el fuerte	102	A mi trigueña	116
* El novio soñado	102	* El pajarillo	116
* El profesor finjido	103	Fantasmas, duendes y brujas	117
* La respuesta de un curro	104	* Un cubo	118
* El prestigio	104	* La falta imperdonable	119
* El consejo de un anciano	105	* El beso de Selmira	119
* La peor furia	105	Ya me caso	120
* La sol-fa-a-sí	106	El hombre de la guagua	120
* A Elino.—Un consejo	106	* El porvenir	121
Nuevo entretenimiento	107	* Consejos á un poeta	121
* A una concha marina	107	La estrella del diablo	122
* Con la vara que mides	108	* El signo	123
* A Laura	108	* Nombres cambiados	123
* La felicidad	109	* Comparaciones	124
* A Lince.—En sus días	110	Notas de los romances	124

CUARTA PARTE. — POESIAS VARIAS.

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
* A una flor.—Canción	125	A la Sra. D. ^a C. E.—La bella imagen	143
* La Guirnalda.—Al Sr. Mar- tinez de Pinillos	125	A los ojos de mi amada	144
* A Carmina.—En sus días	126	* A Lesbía.—La separación	145
* Declaración de amor	127	* El sí.—A Lesbía	146
* Recuerdos á una Conchita	128	La Atala.—Canción	147
* Una súplica.—A las Sras. Pan- tanelli y Rossi	129	A la ingratitud de Selmira.— Canción	148
* Juicio del año 1838	130	La concha marina	149
* Despedida.—Canción.—A las Sras. D. ^a Inocencia y D. ^a Ma- nuela Martínez	131	Ausencia	151
* Las palmas del Yumurí	132	Las venturas del trabajo	151
* La fama	134	El sueño.—A Desval	155
* Al Sr. D. Ignacio Martínez	134	A la Sra. Teresina Rossi.—En «Nina loca por amor»	157
* Juicio del año 1841	137	A «El Pan»	157
* Despedida á Selmira.—Canción El poeta	139	A D. Ignacio Valdés Machuca. —Dedicatoria	159
* Un sueño.—A un amigo	141	Al Yumurí	159
* A la reina de la hermosura. —Improvisado	142	En los días del Sr. Antonio Bui- trago	161
* El eco de la gruta	143	* A la Sra. Galindo.—En «El Trovador»	162
		* A un pez	163

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
Una flor.—A la Sra. Lapuerta	164	* A una adormidera	175
Un recuerdo.—A Selmira . .	165	El cementerio ideal	175
* Despedida del año	166	* La reconciliación	177
* A mi guajira	167	* A Idalia	178
Meditación	167	La despedida.—Canción	178
* Vanidad del hombre	168	* A la justicia	179
* A Desval.—Para Dorila . . .	168	La flor de la cera	179
* El tiempo no se vá	169	La ambarina	180
* No afirmar ni dudar	170	La vequera inocente	181
* A un cometa	170	La rosa de Trinidad	182
* Las dos edades	171	La partida del pirata	183
* Los dos extremos	171	* El pirata en la mar	184
* Súplica.—Escrita en la prisión	172	* El vequero	188
* A Silvia	172	* Egloga cubana	190
* La Gloria	173	A mí amigo J. de la C. C.—En	
* Recuerdos.—A Elpidio	173	la muerte de Fela	193
* A un niño dormido	174	Notas de las poesías varias . .	194

QUINTA PARTE. — FÁBULAS.

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
El perro	195	* La hoja del purio y la ver-	
Los hombres y las aves	195	dolaga	211
* El ruiseñor y la tórtola . . .	196	Los dos zapatos	211
Los dos gallos	196	* El diablito	212
El gallo letrado	197	* Nueva generación	212
* Quid pro quo	198	La escuela del diablo	213
El ruiseñor y el cerdo	198	El cántaro de Juana	213
El loro maestro	199	Los bobos	214
La poma-rosa y el canistel . .	199	Cada uno arrima la brasa . .	214
La fortuna del malo es ilusoria	200	Contra tristeza abundancia . .	214
El leon y el cordero	201	* El chivo héroe	215
La malva y la palma	202	* El leon profeta	216
El juez advertido	202	El pensamiento de Inés	217
El conde y su arriero	203	El egoista	217
* La mujer y la mar	204	El amor carnero	218
El pastor y el mico	204	* El burro músico	218
El zorro orador	204	* El último mono siempre se	
* La estatua de piedra	205	ahoga	219
* El cordero de Filis	205	* La cotorra y el buey	220
El cernícalo y la abeja	205	* Las hormigas nombrando rey	220
* El interés, la verdad y la jus-		* El regalo de un celoso	221
ticia	206	* Los dos perros	222
* El loco enfermo	208	* Moralidad	223
* El gato bravo	208	* Siempre hay algo que apren-	
El águila y las palomas	209	der	223
* El mono, el zorro y el tigre	210	* Un simil	224

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
* La justicia	225	* El guapo	231
* El gallo sabio	225	* El gato pedante	231
* A nadie le falta Dios	226	* El mono escarmentado	232
El perro de Amariles	227	* El sombrero y la media	232
* La verdad	227	* El remedio de la jaba	233
* La protección	228	* No hay peor cuña	234
* Mi no sé que ha richo	228	* La figura de un alma	234
* La fortuna	229	El grumete retórico	234
* La cotorra sabia	229	El hombre y el canario	237
* La capa y las botas	230	La rosa inglesa	238
* La corona de Inés	230	* El ciego agudo	238
* El falso pintor	230	* Lo mismo son	239

SEXTA PARTE. — LETRILLAS.

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
* A Mirta	240	¡Zafa!	252
La flor de la caña	240	* A Nise	252
La estrella del Pan	242	* El avaro	253
A nadie le falta su quiquiriquí	242	* Lo más cuerdo	254
El Consejero mentido	243	* Que busque quien se lo crea	254
Con su pan se lo coma	244	* A un pajarillo	255
¡Digo!	245	¡Cuánta ilustración!...	255
Quien hace un cesto hace ciento	245	* El consuelo	256
No hay por donde pasar	246	* Esa no la trago yo	257
¡Así vá el mundo, tía Pepal!	247	* A que nó	257
Los ojos de mi morena	247	* El mundo abanico	258
* Es pedir muelas al gallo	248	La flor de la piña	259
El año nuevo	248	La flor del café	259
La luna de Enero	249	El que no tiene harina, etc.	260
* La calentura no está en la ropa	249	* Que se lo cuente á su abuela	260
* La lagartija	250	¡No juegue, que me moja!...	261
* Quéjense que no hay cacao	250	* ¡Qué toro tan bravo!	261
* ¡Dios nos asista!	251	Notas de las letrillas	262

SÉPTIMA PARTE. — EPIGRAMAS.

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
Viendo Zelima al Amor	263	El ciudadano Faustino	264
Por un melón al mercado	263	* Don Poca no tiene nada	264
Persigue el gato al ratón	263	* De día, de noche, siempre	264
Quiere cierto caballero	263	* Viendo de hierro una cara	264
* Paseando Rosalía	263	* A Silvia Fabio encontró	264
Un doctor no pudo hacer	263	* Ya mi tierra está muy rica	264
Con semblante placentero	264	Muestra D. Numa alegría	264

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
Se estrenó Juan un sombrero	264	Casóse Lesbia y ganó	265
* Muchacho, aquel caballero	265	Padece melancolía	266
Con mis consejos de amor	265	¿En qué demonios se emplea?	267
* Viendo Fabio que ya es don	265	Cuenta el poetastro Doria	267
Yendo Pedro á misa un día	265	* Si á todos, Alcino, dices	267
¿No ves aquel que desdena?	265	* Reza, Luz, cuatro rosarios	267
* Moya los hados fatales	265	* Queriendo Lisio elogiar	267
Un verso á los ojos tiernos	265	* A Ligerea con grave	267
Conque te vas á casar	265	Dice Tomás con candor	267
¿De dónde Anton sacará?	265	Rosalía se casó	267
En el feliz siglo de oro	266	Está Pascual en pelota	267
Sin duda tenido había	266	Envidia tengo, y no poca	267
El presumido Tristán	266	* Aquel caduco usurero	267
Queriendo Juana pescado	266	* Si ni con pluma ni acero	267
Una carta escribió Antonio	266	* Aquel necio que vá allí	268
* Lucina toma licor	266	¿Porqué dará Don Manuel?	268
D. Simplicio, dijo Bruna	266	Miente Andrés tan sin gua- rismo	268
Tiene Guillen comenzadas	266	Compró un billete Matías	268
¿Tú ves aquél figurón?	266	Nota de los epigramas	268

OCTAVA PARTE. — ANACREÓNTICAS.

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
El amor pescando	269	El amor y la abeja	272
* A unos ojos	270	Los amores mosquitos	272
* El desden	270	* A Lésbia.—En su día	273
A mi barquilla	270	* La nave del amor	273
A Amira	271		

NOVENA PARTE. — EPISTOLAS.

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
* A Lince.—Desde la prisión	275	Al marqués de Casa-Calvo	283
A Lisio	277	A mi amigo Doris	284
A mi amigo Antonio Abad Ra- mos	280	Al Sr. Fernando de Rojas	288
Al Sr. Francisco Chacon	282	A mi amigo Castro	290
		Notas de las epístolas	291

DÉCIMA PARTE. — ELEGÍAS.

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
El cólera en la Habana	292	A mi amigo R. H.—En la muer- te de D. Francisco Roselló	299
A la bendición del nuevo ce- menterio de «San Carlos» de Matánzas	296	A la muerte de la jóven Juana: Ruiz de la Plaza	300

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
* A la memoria de la Señorita Juana Ruiz de la Plaza . . .	301	Llanto de despedida	314
* En la muerte del joven Néstor Trelles	302	A. P. G. en la muerte de Fela . . .	318
* A la memoria de un hermano	303	* La estrella del sepulcro	319
La luna de Octubre	305	* El llanto de la amistad	320
* La malva azul.—En la muerte de Heredia	308	* El lirio.—A la memoria del señor Laborde	322
* A la memoria de Sr. Tomás Gener	311	El ciprés	323
A la memoria del valiente capitán Don Francisco De Justiz	313	A la muerte de G. de C.	325
* Una lágrima.—En la tumba del Sr. F. Gimenez	314	* A una virgen muerta	326
		Las flores del sepulcro	327
		Al Sr. Buenaventura Romero	332
		* En la muerte de la S.rita Agustina Gomar	334
		Notas de las elegías	338

UNDÉCIMA PARTE. — POESÍAS SAGRADAS.

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
La Resurrección de Jesús	339	* A la bendición de la nueva nave construida en la iglesia parroquial de la ciudad de Matánzas	343
Muerte del Redentor	340		
* A la colocación de la primera piedra de la iglesia parroquial de Matánzas	342		

DUODÉCIMA PARTE. — ODAS.

	<i>Pág.</i>		<i>Pág.</i>
* La inspiración	346	La sombra de Padilla	367
* Al Sr. Claudio M. de Pinillos	347	A la proclamación de S. M. Doña Isabel II	369
A M. ^a de las Mercedes Santa-Cruz y Montalvo, Condesa de Merlin	349	Diadema régia	371
A los jóvenes alumnos de la cátedra de filosofía de la ciudad de Matánzas	352	La profecía de Cuba á España	373
El Girasol	354	La sombra de Pelayo	374
El invierno	356	A la Sra. D. ^a María Francisca del Castillo.—En su día	376
A Selmira	357	A la S.rita Virginia Pardi	377
A la aurora de un amigo	357	El suspiro.—A Doña Inocencia Martinez	379
La siempreviva	360	Adiós á mi lira.—En la capilla	381
El ángel de la gloria	363	Plegaria á Dios	382
		Notas de las odas	383



OBRAS POÉTICAS

adornadas de artísticos fotografados y tapas-cromo

El Parnaso Mexicano (Los trovadores de México) *Un tomo*

El Parnaso Argentino. Antología de Poetas del Plata *Un tomo*

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

El Parnaso Oriental. Antología de Poetas uruguayos *Un tomo*

JUAN DE DIOS PEZA

Las Glorias de México. Cantos á la Patria . . . *Un tomo*

Poesías escogidas. *Un tomo*

ANTONIO PLAZA

El Album del Corazón *Un tomo*

Poesías, artículos y pensamientos sueltos, obras
póstumas é inéditas *Un tomo*

MANUEL M. FLORES

Pasionarias (Poesías) *Un tomo*

MANUEL ACUÑA

Obras poéticas, con el drama « El Pasado » . . . *Un tomo*

JUÁN ZORRILLA DE SAN MARTIN

Tabaré - La Leyenda patria *Un tomo*

JOSÉ SANTOS CHOCANO

Obras poéticas - Iras santas - En la aldea - Azahares - Selva virgen - Poemas. *Un tomo*

ANGEL FALCO

Cantos rojos - Toques de carga - Noches de insomnio *Un tomo*

FEDERICO BALART

Dolores - Horizontes. *Un tomo*

JOSÉ ZORRILLA

Poesías *Un tomo*

JOSÉ MÁRMOL

Obras poéticas (Cantos del Peregrino, Poesías
diversas) *Un tomo*

GUSTAVO A. BECQUER

Rimas (Obras escogidas) *Un tomo*

OBRAS POÉTICAS COMPLETAS de

RAMÓN DE CAMPOAMOR *dos tomos*

JOSÉ DE ESPRONCEDA *Un tomo*

FRANCISCO DE QUEVEDO (En prosa y verso) *Un tomo*

NUÑEZ DE ARCE *Un tomo*



